

Edición Especial 

NORA ROBERTS

ANNA CASANOVAS
ISABEL KEATS
ERIKA FIORUCCI

Tiempo de estrellas



Por impulso. Nora Roberts

Por una vez en su vida, Rebecca Malone había decidido seguir sus impulsos.

Tras dejar su trabajo y vender todas sus pertenencias, partió hacia Grecia en busca

de aventuras. Así pues, cuando un atractivo empresario local se prendó de ella, no

puedo resistirse al deseo de hacerse pasar por una mujer sofisticada y viajera. Pero

enamorarse de Stephen Nickodemus no entraba en sus planes. Tendría que

encontrar un modo de revelarle su verdadera identidad sin romperle de paso el

corazón.

Cleo pide un deseo. Anna Casanovas

Cleo es bailarina en el Liceo de París y está decidida a conquistar por fin a

Daniel, su mejor amigo y director de la orquesta. Sin embargo, la vida tiene otros

planes y una noche conoce a Sergio, un viejo amigo de Daniel que solo tiene que

mirarla para que se derrita. Daniel o Sergio, Sergio o Daniel, cuando llegue el

momento solo uno será el deseo de Cleo...

Patas de alambre. Isabel Keats

¿Qué ocurriría si, de pronto, tuvieras a tu merced al mismo chico, ahora

convertido en un hombre peligrosamente atractivo, que te hizo la vida imposible

en el instituto?

¿Te vengarías, o por el contrario...?

El vecino perfecto. Erika Fiorucci

Sasha Collins odiaba la Navidad, y tenía buenas razones para ello, hasta que,

literalmente, cayó a los pies de su nuevo vecino, el chef serbio Irek Dragic, quien le

enseñó, a fuerza de comida casera, galantería y un poco de seducción, que la fecha

no era solo decoraciones y compras excesivas, sino estar allí para quienes amas.

Impulso

Rebecca tomo la decisión más importante de su vida cuando lo dejó todo y

se marchó a Grecia en busca de aventuras. Allí conoció a Stephen Nickodemus y

ambos se dejaron llevar por sus impulsos, sin darse cuenta de que no siempre es

bueno precipitarse.

Uno

Ella sabía que era una locura y eso era precisamente lo que más le gustaba.

Era ridículo, demencial, poco práctico y estaba completamente fuera de lugar. Y

Rebecca se lo estaba pasando como nunca. Desde la suite del hotel podía ver la

playa, el azul profundo del mar Jónico teñido de rosa al atardecer.

Corfú. Incluso el nombre sonaba a misterio. Y ella estaba allí. Ella, la práctica

y firme Rebecca Malone que nunca había viajado a más de quinientos kilómetros

de Filadelfia, estaba en Grecia. Y no sólo en Grecia sino en la exótica Corfú, uno de

los lugares de veraneo más atrayentes de Europa.

En primera clase. Se asomó a la ventana para que la brisa le acariciase el

rostro. Mientras que durara, siempre en primera clase.

Su jefe había pensado que sufría un ataque de locura. Edwin McDowell de

McDowell, Jableki & Kline, nunca llegaría a entender los motivos por los que la

joven contable diplomada con más futuro de la empresa más importante de

Filadelfia renunciaba a su puesto. Tenía un buen sueldo, disfrutaba de excelentes

beneficios e incluso tenía una pequeña ventana en

su oficina.

Sus amigos y conocidos se preguntaban si no estaría sufriendo una crisis

nerviosa. Después de todo, no era el estilo de Rebecca renunciar a un buen trabajo

sin la perspectiva de otro mejor.

Luego, cuando vendió su piso y en la misma frenética semana subastó todo lo

que poseía, desde los muebles hasta la última sartén, todos se convencieron de que

estaba mal de la cabeza.

Rebecca no se había sentido más cuerda en toda su vida.

No poseía nada que no le cupiera en la maleta. Ya no se preocupaba por las

inversiones desagradables ni por los planes de jubilación. Convirtió sus acciones,

recogió sus cosas de la mesa del despacho, y se adentró alegremente en el mundo

de los desempleados.

Hacía seis semanas que no veía un ordenador o una calculadora.

Por primera, y quizá única vez en su vida, se sentía completamente libre. No

tenía responsabilidades. Se habían terminado las prisas y las presiones. No tenía

despertador. ¿Loca? No. Rebecca sacudió la cabeza y se rió como si la brisa pudiera

entenderla. Hasta que durara, iba a aferrar la vida con las dos manos para saber lo

que tenía que ofrecerla.

La muerte de su tía Jeannie había marcado el punto decisivo. Sucedió de

repente y Rebecca se quedó sin familia. La tía Jeannie había trabajado duro a lo

largo de sus sesenta y cinco años, siempre puntual, siempre responsable. Su trabajo

como bibliotecaria jefe había sido todo para ella. Nunca había faltado ni un solo

día. Sus facturas estaban pagadas y jamás había roto una promesa.

A Rebecca le habían dicho en más de una ocasión que seguía los pasos de su

tía. Sólo tenía veinticuatro años pero era... había sido tan formal y diligente como

su tía. Dos meses después del fallecimiento había empezado a hacer planes para

viajar y disfrutar de las recompensas por las que había trabajado tan duramente.

El dolor que había sentido había dado paso al furor, para luego convertirse en

frustración al darse cuenta de que llevaba el mismo camino que su tía. Trabajaba,

dormía, hacía una dieta equilibrada pero siempre comía sola. Tenía un pequeño

círculo de amigos que sabían que podían contar con ella en caso de crisis. Rebecca

siempre encontraba la respuesta más práctica. Nunca les agobiaba con sus

problemas porque no tenía ninguno. La bendita Rebecca que era un refugio para

las tormentas.

Odiaba todo aquello y había comenzado a odiarse

a sí misma. Tenía que

hacer algo. No se trataba de escapar sino de liberarse. Toda la vida había hecho lo

que se esperaba de ella. En el instituto, su timidez exagerada había hecho que se

sintiera más a gusto con los libros que con sus compañeros. En la universidad, la

necesidad de justificar la fe que su tía había depositado en ella la habían hecho

concentrarse exclusivamente en los estudios. Siempre había tenido facilidad para

los números. Había sido fácil, quizá demasiado, especializarse en ese área porque

sólo allí se encontraba segura.

Y ahora iba a descubrir a la auténtica Rebecca Malone. En las semanas, o

meses, que le quedaban de libertad, se proponía averiguar todo lo posible acerca

de la mujer que llevaba dentro. Quizá no hubiera una mariposa dentro del capullo

en el que se había envuelto, pero fuera lo que fuera, Rebecca esperaba que le

gustase y quizá incluso llegara a respetar a la desconocida que habitaba en su

interior.

Cuando se le acabara el dinero, conseguiría otro trabajo y volvería a ser la

Rebecca sencilla y práctica que todos esperaban. Hasta ese momento era rica, no

tenía ataduras y estaba preparada para las sorpresas.

También tenía hambre.

Stephen se fijó en ella en cuanto Rebecca entró en el restaurante. No era

particularmente llamativa, pero había algo atractivo en su manera de andar. Era

como si estuviese preparada para cualquier cosa e incluso fuera buscándola.

Stephen se detuvo, el negocio era tranquilo a aquellas horas, y volvió a mirarla con

más detenimiento.

Era alta y esbelta. Su piel era blanca, lo que decía a las claras que acababa de

llegar a la isla. Llevaba un vestido blanco que dejaba al descubierto la espalda y los

hombros contrastando fuertemente con su pelo negro.

Ella se detuvo y respiró profundamente. Stephen

casi pudo oír su suspiro de

satisfacción. Dedicó una sonrisa al camarero mientras le seguía hasta la mesa que

le había adjudicado.

Stephen decidió que tenía una cara bonita. Brillante, inteligente y vehemente.

Sobre todo sus ojos. También eran pálidos, de un gris casi transparente. Sin

embargo su expresión no tenía nada de pálida. Ella le volvió a sonreír al camarero

y se rió mirando alrededor como si nunca en su vida hubiera sido tan feliz.

Cuando Rebecca vio al hombre que estaba apoyado en la barra, su timidez

hizo que apartara la mirada automáticamente. Otros hombres atractivos la habían

mirado antes, aunque no se podía decir que fuera cosa de todos los días. Rebecca

nunca había podido llevarlo con el aplomo o el cinismo con que se lo tomaban la

mayoría de las chicas. Levantó la carta del menú para ocultar la turbación que le

producía.

Él no había pensado quedarse más tiempo, pero obedeciendo a un impulso

repentino alzó la mano y le hizo una seña al camarero que acudió al momento con

presteza. El camarero asintió mientras Stephen le decía algo en voz baja y luego

desapareció. Cuando volvió fue para servir una botella de champaña en la mesa de

Rebecca.

—Con los saludos del señor Nickodemus —
explicó el camarero.

—¡Oh! —exclamó ella siguiendo su mirada hasta
el hombre que había en la
barra.

Iba a decir algo pero se calló antes de tartamudear.
Recordó que una mujer

s sofisticada jamás balbucearía ante una botella de
champaña. La aceptaría con

gracia y dignidad. Y quizá, si no era tonta del todo,
se relajaría lo suficiente como

para coquetear con el hombre que la invitara.

Stephen siguió con atención las expresiones que
reflejaban su rostro.

—¡Fascinante! —musitó.

Se dio cuenta de que el vago aburrimiento que había estado sintiendo se

había desvanecido. Cuando ella le sonrió, él no podía saber que tenía el corazón en

un puño. Sólo vio que aceptaba su invitación.

Mientras se acercaba a la mesa, Rebecca pensó que no sólo era atractivo, sino

que además era espléndido. Tenía una mirada atenta y una boca maravillosa. Re-

becca tuvo la impresión de estar viendo a Apolo o a un antiguo dios griego. El sol

reverberaba en su pelo rubio y su tez bronceada se veía en cierto modo resaltada

por una cicatriz en la mandíbula. Un rostro que irradiaba fuerza con los ojos más

azules que había visto nunca.

—Buenas tardes. Me llamo Stephen Nickodemus.

Su voz era rica y profunda, sin ningún acento en especial. Podía ser de

cualquier parte. Aquello era lo que más le intrigaba.

Rebecca se obligó a adoptar una pose de mujer de mundo cuando le tendió la

mano.

—Hola. Yo soy Rebecca, Rebecca Malone. Gracias por el champán.

Sintió una extraña agitación cuando le besó la mano. Rebecca la retiró

sintiéndose como una tonta y la dejó en su regazo.

—Me pareció que era lo apropiado.

La estudió durante un momento, preguntándose por

qué recibía unos signos

tan contradictorios.

—Usted está sola.

—Sí.

Quizá había sido un error admitirlo, pero si iba a vivir la vida al máximo,

tenía que correr algunos riesgos. El restaurante no estaba abarrotado, aunque tam-

poco se hallaban solos. Se ordenó a sí dar un paso adelante e intentar otra sonrisa.

—Lo menos que puedo hacer es ofrecerle una copa.

Stephen se sentó frente a ella. Despidió al camarero y él mismo sirvió el

champaña.

—¿Es usted americana?

—¿Se nota?

—No. En realidad pensaba que era francesa hasta que empezó a hablar.

—¿En serio? —dijo complacida—. Acabo de llegar de París.

Rebecca tuvo que obligarse a no tocarse el peinado. Se lo había cortado en un salón de belleza francés.

Stephen brindó entrechocando las copas. Los ojos de Rebecca burbujearon tan alegres como el champaña.

—¿Fue allí por negocios?

—No, sólo por placer —dijo pensando en que el mundo era maravilloso—. Es

una ciudad encantadora.

—Cierto. ¿Y va muy a menudo?

—No lo suficiente —contestó con una sonrisa—. ¿Y usted?

—De vez en cuando.

Ella estuvo a punto de suspirar. Estaba con alguien que hablaba de ir a París

«de vez en cuando».

—Hubiera querido pasar más tiempo allí, pero me había prometido a mí

misma venir a Grecia.

Stephen pensó que había dado con la pista. Estaba sola, inquieta y huyendo.

Quizá por eso mismo le había resultado tan atractiva. Él estaba en la misma

situación.

—¿Corfú es su primera escala?

Ella bebió un sorbo dudando de si estaba en un sueño. Grecia, champán,

aquel hombre...

—Sí. Es una isla muy hermosa. Mucho más de lo que imaginaba.

—¿Entonces es su primer viaje? —preguntó Stephen sin poder precisar por

qué aquello le complacía—. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Tanto como quiera —dijo ella sonriendo. Era el sabor de la libertad—. ¿Y

usted?

—Creo que más tiempo del que tenía planeado.

Entonces apareció el camarero. Stephen habló con él rápidamente en griego

con el menú entre las manos.

—Si no le importa. Me gustaría guiarla por la cocina griega en su primera

comida en la isla.

La antigua Rebecca hubiera estado demasiado nerviosa como para resistir

una cena con un desconocido. La nueva Rebecca bebió otro sorbo de champaña.

—Me encantaría. Muchas gracias.

Resultaba fácil sentarse, reír y probar sabores nuevos. Olvidó que él era un

extraño, que el mundo en el que estaba era sólo provisional. No hablaron de nada

importante, París, el tiempo, el champaña... No obstante, estaba segura de que era

la conversación más interesante que había tenido en toda su vida. Él la miraba

como si estuviese encantado de pasar el tiempo hablando de cualquier cosa. El

último hombre que había cenado con ella pretendía que le hiciera un descuento en

su declaración fiscal.

Stephen no le pedía nada más que su compañía. Cuando la miraba, no

parecía precisamente que fuera a preguntarle cómo se rellenaba el impreso de

deducciones.

Cuando sugirió que dieran un paseo por la playa, ella aceptó sin

remordimientos. ¿Qué mejor forma de coronar una velada que un paseo a la luz de

la luna?

—He estado contemplando la playa desde mi ventana antes de cenar —dijo

Rebecca quitándose los zapatos—. No se me ocurrió que estaría más bonita a la luz

de la luna que de día.

—El mar cambia con la luz, como una mujer. De esa manera atrae a los

hombres.

Stephen se detuvo a encender un puro delgado.

—¿Se siente atraído por el mar?

—Me he pasado la vida en él. De pequeño pescaba en estas aguas.

Le había contado durante la cena que había crecido viajando por las islas

junto a su padre.

—Debe de ser emocionante ir de isla en isla. Ver algo nuevo todos los días.

Él se encogió de hombros. Nunca había estado seguro de si aquella inquietud

había nacido con él o era producto de su educación.

—Tenía sus buenos momentos.

—A mí me encanta viajar.

Rebecca dejó caer sus zapatos y metió los pies en el agua mientras reía. El

champaña hacía su efecto. La luna era una caricia. Cuando las olas salpicaron su

falda, no dejó de reír. Eran las olas sagradas del Mar Jónico.

—Si tuviera que decidirlo en una noche como ésta, jamás volvería a casa.

Ella emanaba vida. Estaba de pie en la orilla, vibrante, con su falda blanca

ondeando en la brisa.

—¿Dónde vive?

Rebecca le miró. Su mirada incitante fue completamente espontánea y tuvo

un efecto devastador.

—Todavía no lo he decidido. Tengo ganas de nadar.

Siguiendo un impulso, penetró en el agua. A Stephen le dio un vuelco el

corazón cuando desapareció. Se había quitado los zapatos y avanzaba hacia el mar

cuando ella salió a la superficie. Por segunda vez le pareció que su corazón se

detenía.

Rebecca reía con el rostro vuelto hacia la luna. El agua caía en cascadas sobre

su pelo, sobre su piel. Las gotas refulgían como joyas, las únicas que llevaba. No

era hermosa, era eléctrica.

—Es maravillosa —murmuró él para sí—. Suave y maravillosa.

Stephen sacudió la cabeza y se adentró en el agua lo bastante para cogerla de

la mano y llevarla a la orilla. Estaba un poco loca, pero era muy atractiva.

—¿Es siempre tan impulsiva?

—Lo intento. ¿Usted no? ¿O siempre les envía champán a las desconocidas?

—Cualquiera que fuera mi respuesta, me metería en problemas. Tenga —dijo

ofreciéndole su chaqueta.

El rostro de Rebecca resplandecía. Había gracia y fuerza en sus pómulos y su

barbilla ligeramente respingona. Era toda delicadeza excepto en su mirada.

Cuando la miraba a los ojos veía fuerza, un poder que dormía.

—Eres irresistible, Rebecca.

Ella le miró confusa mientras él le colocaba la chaqueta sobre los hombros.

—Estoy mojada —acertó a decir.

—Lo que te hace más hermosa. Y fascinante.

Aún tenía las manos sobre su chaqueta cuando la atrajo hacia sí. Pero ella se

echó a reír.

—No lo creo, pero gracias de todos modos. Me alegro de que me hayas

invitado a champán y de que me hayas asesorado en la cena.

Rebecca notó que se ponía nerviosa. Él tenía la mirada fija en sus ojos. Sólo la

apartó una vez para mirar su boca, húmeda de agua salada. Sus cuerpos estaban

tan cerca que casi se rozaban. Ella empezó a temblar, pero sabía que no tenía nada

que ver con que estuviera empapada.

—Tengo que volver a cambiarme.

Había algo en ella. La impulsividad, la incitación natural, y una inocencia

inconfundible que atraía y confundía a Stephen. Fuera lo que fuera, quería más.

—Te veré otra vez.

—Sí —dijo ella intentando calmar su corazón—. No es una isla muy grande.

Él sonrió ante su ocurrencia. Rebecca sintió con una mezcla de alivio y

arrepentimiento que sus manos se relajaban.

—Mañana tengo asuntos que atender. A las once habré acabado. Si te viene

bien, te enseñaré Corfú.

—De acuerdo. Nos veremos en el vestíbulo.

El buen juicio y los nervios no tenían nada que decir; quería ir con él. Con

cuidado, porque no sabía si al final se atrevería, se dio la vuelta. La luna dibujaba

su silueta contra el mar.

—Buenas noches, Stephen.

Rebecca se olvidó de ser sofisticada y echó a correr hacia el hotel. Él la miró

marchar. Aquella mujer le dejaba perplejo, tanto como no lo había hecho ninguna

desde que era un niño, demasiado joven para comprender que a las mujeres no se

las puede entender. Y la deseaba. Eso no era ninguna novedad, pero el deseo se

había presentado con una fuerza y una velocidad sorprendentes.

Rebecca Malone había empezado siendo un impulso, pero se había

convertido en un misterio que él se propuso resolver. Sonriendo, se agachó a

recoger los zapatos que ella había olvidado. Hacía muchos meses que no se sentía

tan lleno de vida.

Dos

Stephen no era del tipo de hombres que trastocan su jornada para pasar el día

con una mujer. Especialmente con una a la que apenas conocía. Era un hombre

saludable, pero también un hombre ocupado al que la ambición y el orgullo le

obligaban a mantener un alto grado de compromiso en todos sus proyectos. Era

responsable y había aprendido a disfrutar de los beneficios de tener constancia y

dedicación.

Aquellos días en Corfú no eran vacaciones, es decir, no habían sido

planeados para disfrutar de unas vacaciones.

Mezclar el placer con los negocios no

era su estilo. Sin embargo, se encontró haciendo juegos malabares con citas,

reuniones y conferencias para tener una tarde libre para dedicársela a Rebecca.

Pensaba que cualquier hombre querría conocer más a fondo a una mujer que

tan pronto charlaba animadamente frente a una

botella de champán como se

zambullía vestida en el mar.

—He retrasado la reunión con Theoharis a las cinco y media de esta tarde

—dijo su secretaria mientras tomaba notas en un bloc que tenía en el regazo—. Se

reunirá contigo para tomar el aperitivo en la suite. Ya he encargado los entremeses

y una botella de vino de ouzo.

—Tú siempre tan eficiente, Elana.

Ella sonrió mientras se atusaba el cabello con gesto coqueto.

—Eso intento.

Stephen se asomó a la ventana y ella juntó las manos en actitud de espera.

Había trabajado durante cinco años para él.
Admiraba su energía y su astucia para

los negocios y, por fortuna para los dos, hacía
tiempo que habían superado un

primer desliz. Había especulaciones sobre su
relación, pero aunque Stephen podía

ser amable, los negocios eran los negocios.

—Ponte en contacto con Mithos en Atenas. Quiero
que me mande un télex

con ese informe antes de la noche. Y quiero tener
noticias de Lereau a las cinco,

hora de París.

—¿Quieres que le llame y le de un empujoncito?

—Si piensas que es necesario...

Se metió las manos en los bolsillos; estaba

inquieto. Se preguntaba de dónde

provenía su descontento. Era un hombre que gozaba de salud, de éxito y de

libertad para ir donde quisiera. Mientras contemplaba el mar, recordó el aroma de

la piel de Rebecca.

—Manda flores a la suite de Rebecca Malone.

Flores silvestres, y que sea esta

tarde.

Elena lo anotó esperando poder echarle un vistazo a esa tal Rebecca en cuanto

podiera. Stephen le había contado de pasada que había cenado con una americana.

—¿Y la tarjeta?

—Sólo mi nombre.

Él no era un hombre hecho para la poesía.

—¿Algo más?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Tómame un rato libre y vete a la playa.

Ella se levantó.

—Me aseguraré de cumplir tu encargo. Que pases una buena tarde, Stephen.

Eso se proponía. Consultó su reloj cuando ella se marchó. Eran las once

menos cuarto. Podía hacer algunas llamadas para aprovechar el tiempo. En lugar

de eso, recogió los zapatos de Rebecca y salió.

Al tercer intento, Rebecca se decidió por un conjunto. No tenía demasiada

ropa porque prefería gastarse el dinero viajando.

Pero se había permitido algunos

caprichos en su recorrido por Europa. Nada que recordase a los trajes insulsos de

una contable diplomada. Se ajustó un fajín fucsia sobre unos pantalones de

algodón azul zafiro. Nada de zapatos delicados o de blusas color pastel. El último

toque de color lo dio una blusa ancha amarillo pálido con el cuello a juego con los

pantalones.

La combinación le encantaba, aunque sólo fuera porque su antigua empresa

hubiera preferido un color menos llamativo y una línea más austera.

No sabía a dónde se dirigía, y tampoco quería saberlo.

Hacía un día hermoso, aunque se había levantado con un molesto dolor de

cabeza fruto de la resaca que acompañaba al champaña. Hizo un desayuno ligero

en su terraza y luego se zambulló en el mar. Aquello bastó para aclarar su mente.

Aún no se había acostumbrado a poder haraganear una mañana a su gusto y

todavía no se creía que iba a pasar la tarde con un hombre al que acababa de

conocer.

La tía Jeannie hubiera chasqueado la lengua y le hubiera recordado los

peligros de ser una mujer soltera. Algunas de sus amigas se hubieran sorprendido,

otras la hubieran envidiado. Pero todas se

hubieran quedado pasmadas de que

Rebecca hubiera paseado a la luz de la luna con un nombre atractivo que tenía una

cicatriz en la mandíbula y una mirada de terciopelo.

Si no hubiera tenido su chaqueta como prueba, habría pensado que se trataba

de un sueño. A menudo se había imaginado a sí misma en un lugar exótico con un

hombre igualmente exótico. Siempre a la orilla del mar, con luna y música. En

aquellos momentos siempre tenía que rechazar los sueños y volver al ordenador y

al trabajo.

Pero aquello no lo había soñado. Todavía recordaba la sensación de alegría y

de terror que la había recorrido cuando él le había puesto la chaqueta sobre los

hombros y la había atraído hacia sí, cuando sus bocas habían quedado sólo a pocos

centímetros de distancia, al tiempo que el mar y la bebida resonaban en su cabeza.

¿Qué hubiera sucedido si la hubiera besado? ¿Qué sabores habría conocido?

Estaba segura de que sería un sabor rico y fuerte. Se pasó un dedo por los labios

convencida de que no había nada tibio en Stephen Nickodemus. Sin embargo no

estaba tan segura con respecto a ella misma.

Probablemente hubiera titubeado y se hubiera puesto colorada. Apartó

aquellos pensamientos y comenzó a cepillarse el

pelo. Los hombres atractivos no se

morían por besar a mujeres de mente práctica.

Pero le había pedido que se vieran de nuevo.

Rebecca no tenía claro si se

sentía desengañada o aliviada de que él no se hubiera aprovechado de aquella

ventaja para besarla. Ya la habían besado y abrazado antes, pero intuía que sería

algo muy diferente con Stephen. Quizá le hiciera querer más, ofrecer más de lo que

nunca había ofrecido a ningún hombre.

Eran demasiados sueños, decidió mientras revisaba el contenido de su bolso.

Además, no iba a tener una aventura ni con él ni con nadie. Incluso la nueva

Rebecca Malone no era de esa clase de mujeres.
Aunque quizá... Rebecca se mordió

el labio inferior. Quizá pudiera tener un romance
que recordar mucho tiempo

después de haber abandonado Grecia.

Ya estaba lista, pero era demasiado pronto para
bajar al vestíbulo. No creía

que esperar diez minutos a la vista de todos
encajase muy bien con la imagen de

mujer de mundo que quería dar. No quería que él
pensara que estaba ansiosa y

mucho menos que carecía de experiencia.

Una llamada a la puerta evitó que se volviera a
cambiar de ropa.

—Hola.

Stephen la estudió sin sonreír. Casi había estado seguro de que había

exagerado, pero ella seguía igual de vibrante que la noche anterior. Le entregó los

zapatos.

—Se me ocurrió que los podías necesitar.

Ella rió acordándose de su zambullida repentina.

—No me había dado cuenta de que me los había dejado. Pasa un momento.

Obedeciendo al sentido del orden que le habían inculcado desde niña, los

guardó en el armario del baño.

—Yo estoy preparada, cuando quieras.

Stephen levantó una ceja. Le gustaba la puntualidad, pero no la esperaba más

que en los negocios.

—Tengo un jeep esperando. Algunos caminos son bastante malos.

—Parece excitante.

Rebecca cogió su bolso y un sombrero de paja. Le entregó a Stephen su

chaqueta impecablemente doblada.

—Me olvidé de devolvértela anoche.

Cuando él se la quedó mirando, Rebecca se preguntó si debería ofrecerse a

hacérsela limpiar. Jugueteeó con la correa del bolso y decidió que no.

—¿Te molesta que lleve la cámara? —preguntó ella.

—No, ¿por qué iba a molestarte?

—Porque hago montones de fotografías. Es algo que no puedo evitar.

No bromeaba. Conforme se dirigían a las colinas tomaba fotos de todo. De las

ovejas y los huertos de tomates, de los olivares y las plantas de salvia dispersas.

Stephen detuvo el coche para que ella pudiera ir hasta el borde de un acantilado y

admirar la pequeña aldea que colgaba sobre el mar.

A Rebecca le hubiera gustado poder filmar aquella aldea. Sabía que nunca

podría olvidar esa luz diáfana y pura, los tejados de color naranja contrastando con

las casas bajas y encaladas. El azul peligroso y profundo del mar en su lucha contra

los acantilados.

Había redes secándose al sol en la playa y niños jugando junto a ellas. Las

flores silvestres formaban macizos más espectaculares que cualquier arriate de

jardín.

—Es hermoso —pronunció ella con un nudo en la garganta—. Hay tanta paz.

Me imagino a las mujeres amasando pan de centeno y a los hombres volviendo a

casa con el olor a pescado y a mar en las ropas. Parece como si no hubiera

cambiado en cien años.

—Ha cambiado muy poco —dijo él asombrándose más que complacido de

que a ella le afectaran las cosas más simples y sencillas—. Nos asomamos a la anti-
güedad.

—Aún no he estado en la Acrópolis, pero no creo que sea más espectacular que esto.

En la cima del acantilado, ella lo absorbía todo. La caricia de la brisa marina, la claridad de los colores y el sonido y la presencia del hombre que se hallaba a su lado.

—No te he dado las gracias por tomarte la molestia de enseñarme todo esto.

Él tomó su mano, no para besarla, sino solamente por el placer de tocarla, una

necesidad de la que no había sido consciente.

—Disfruto volviendo a ver estos lugares a través de tus ojos.

A Rebecca le parecía que de pronto el borde del acantilado estaba demasiado

cerca, que el sol calentaba demasiado. ¿Podía él se el causante de todo eso con sólo

cogerla de la mano? Se esforzó por sonreír.

—Si alguna vez pasas por Filadelfia, haré lo mismo por ti.

Por un momento ella pareció casi asustada. Frágil y asustada. Stephen

siempre evitaba con cuidado a las mujeres a las que se les podía hacer daño

fácilmente.

—Tendré en cuenta tu promesa.

Continuaron el viaje por unos caminos empinados y llenos de curvas.

Rebecca vio por primera vez un agrimi, la cabra salvaje de Grecia. Había prados

salpicados de piedras y ovejas enjutas. En todas partes, intensos y desafiantes, los

colores de las flores silvestres enriquecían el paisaje.

Stephen no protestó cuando ella le pidió que se detuvieran para tomar fotos

de unos diminutos capullos azules que crecían en las grietas de las rocas. La

observó maravillarse ante un arbusto de espino coronado de flores amarillas. Ella

le hacía darse cuenta, con un sentimiento de pesar,

de que habían pasado muchos

años desde que no contemplaba las cosas simples y vitales que había en la isla.

A menudo, el camino serpenteaba por acantilados que caían a pico sobre el

mar. Rebecca, que era demasiado tímida para enfrentarse al tráfico de los automó-

viles en hora punta, los encontró excitantes.

Le parecía ser otra persona. Reía con la caricia del viento mientras se sujetaba

el sombrero que corría peligro de salir volando.

—¡Me encanta! —gritó por encima del ruido del motor y del ulular del

viento—. Es una isla salvaje, antigua e increíble. No se parece a ningún lugar que

haya conocido antes.

Stephen llevaba gafas de sol y sujetaba un puro entre los dientes mientras

conducía. Ella le hizo una foto y él detuvo el coche para sacarle otra a Rebecca.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

Él se inclinó sobre ella para abrirla la puerta. Rebecca sintió que una descarga

eléctrica le recorría el cuerpo con fuerza cuando Stephen se quedó parado con el

brazo tendido y el rostro muy cerca del suyo. Stephen notó la misma sensación de

la noche anterior, una sensación de proximidad, fresca y seductora. Y la inocencia,

que le resultaba aún más tentadora por contradictoria. Levantó la mano y le

acarició la mejilla. Era tan suave como su aroma, y aquello fue una especie de

prueba para ambos.

—¿Tienes miedo de mí, Rebecca?

—No. ¿Debería tenerlo?

Estaba casi segura de que había dicho la verdad. Él no sonrió. Al otro lado de

las gafas de color ámbar vio que la mirada de Stephen era muy intensa.

—Yo no estoy tan seguro.

Cuando se irguió, la escuchó suspirar. Él tampoco estaba demasiado sereno.

—Bueno, tendremos que hablar un poco.

Rebecca se bajó del coche. Con la mente agitada echó a andar por el sendero

polvoriento. Se decía a sí misma que una mujer de mundo no se ponía a temblar

cada vez que un hombre se acercaba. Stephen sacó la cesta de la comida del

maletero.

Ocupado con sus propios pensamientos, Stephen llegó hasta ella. Dudó un

momento y luego le cogió la mano. Aquel gesto sencillo le hacía sentirse bien. En

silencio, cruzaron un olivar. El sol caía con fuerza sobre las hojas polvorientas y el

suelo pedregoso. Ya no se oía el rumor del mar, pero cuando el viento llegaba de la

dirección correcta, sí se podían escuchar los gritos

de las gaviotas. La isla era

pequeña, pero aquel lugar parecía deshabitado.

—No he comido en el campo desde hace años —
dijo extendiendo un

mantel—. Y nunca lo he hecho en un olivar. ¿No
vendrá nadie a echarnos?

—No.

Stephen sacó de la cesta una botella de vino
blanco. Rebecca le dejó abrirla y

ella se encargó de sacar la comida.

—¿Conoces al dueño?

—El dueño soy yo.

Ella miró a su alrededor queriendo grabar en su
memoria cada hoja y cada

piedra. Debería haber supuesto que él sería el propietario de algo diferente,

impresionante.

—Suenan muy romántico tener un olivar.

Él levantó una ceja. Tenía varios olivares, pero nunca se le había ocurrido

pensar que fuera algo romántico. Sólo se trataba de un negocio más. Le ofreció un

vaso de vino y luego brindaron.

—Por lo romántico.

Rebecca bajó los ojos para combatir su timidez. Para Stephen resultó un gesto

provocativo.

—Espero que tengas hambre —dijo ella sabiendo que hablaba demasiado

deprisa—. La comida tiene un aspecto formidable.

Bebió un trago para refrescar la garganta que se le había secado y continuó

sacando cosas de la cesta.

Había olivas negras del tamaño de un dedo pulgar y un gran trozo de queso

curado. Y también cordero frío, pan y fruta que parecía recién cogida.

Poco a poco se fue tranquilizando.

—Me has dicho muy poco de ti misma —comentó él—. Lo único que sé es

que eres de Filadelfia y que te gusta viajar.

¿Y qué más podía contarle? Un hombre como él se aburriría con la triste

historia de Rebecca Malone. Nunca había sido

muy buena mintiendo, de modo que

optó por un camino intermedio entre la verdad y la ficción.

—No hay mucho más. Crecí en Filadelfia. Perdí a mis padres cuando era

pequeña y me fui a vivir con mi tía Jeannie. Ella fue muy cariñosa conmigo y me

ayudó a soportar su pérdida.

—Es doloroso —dijo él recordando no sólo el dolor sino la furia que había

sentido al morir su padre, dejándole huérfano a los dieciséis años—. Esas cosas te

roban la infancia.

—Es verdad —dijo sintiéndose más cercana a él. La entendía y eso le daba

seguridad—. Quizá sea el motivo por el que me gusta viajar. Siempre que ves un

sitio nuevo puedes volver a ser niño.

—¿Y no quieres echar raíces?

Ella lo miró. Estaba apoyado en el tronco de un árbol fumando

perezosamente.

—No sé qué busco.

—¿Hay un hombre?

Stéphen tomó su mano haciendo que se acercara más a él.

—¿Ninguno?

—No. Yo...

No estaba segura de lo que iba a decir, pero se

quedó muda cuando él le dio

la vuelta a la mano y la besó la palma. Rebecca sintió que su mano empezaba a

arder y que el fuego se propagaba por todo su cuerpo.

—Eres muy sensible —dijo él bajando la mano pero sin soltarla.

Stephen sentía el calor, pero no estaba seguro de si provenía de su propia

mano o de la de ella.

—Si no hay ninguno, los hombres de Filadelfia deben de ser un poco lerdos.

—He estado muy ocupada.

Stephen sonrió levemente. La voz de Rebecca temblaba y había pasión en su

mirada.

---¿Sí?

—Sí.

Temerosa de hacer el ridículo, retiró la mano y se la pasó por los cabellos.

—Todo esto es precioso. ¿Sabes lo que necesito?

—No. Dime.

—Otra foto —dijo levantándose de un salto.

Sonrió sintiéndose más

tranquila—. Un recuerdo de mi primera comida en un olivar. Veamos. Ponte allí.

El sol es perfecto frente a ese árbol y podré encuadrar esa parte.

A Stephen le resultaba divertido.

—¿Cuánta película te queda?

—Este es el último rollo, pero te advierto que tengo montones en el hotel.

Él observó cómo enfocaba y ajustaba la cámara con manos hábiles. Hasta ese

momento no se había dado cuenta de que podía sentirse atraído tanto por su be-

lleza como por su capacidad. Ella murmuró algo para sí misma y echó la cabeza

hacia atrás de forma que sus cabellos ondearon por un instante. Stephen notó que

el estómago se le encogía.

La deseaba. Ella no había hecho nada para que se sintiera tan tenso y

ardiente. No podía acusarla de haber coqueteado con él y sin embargo se sentía

tentado. Por primera vez en su vida, una mujer que no había hecho nada más que

ofrecerle su compañía y unas cuantas sonrisas lo había seducido.

Ella seguía charlando mientras acomodaba la cámara en el saliente de un

olivo. Hablaba como si fueran amigos, como si no sintiese más que un ligero afecto

por él. Pero Stephen sentía que le hervía la sangre cuando recordaba el fuego que

había aparecido sólo por un instante en su rostro. Quería verlo otra vez.

—Ahora pondré el timer —continuaba ella al margen de sus pensamientos—.

Sólo tienes que quedarte ahí. Una vez que ajuste este maldito cacharro correré

hacia ti para que salgamos los dos en la foto.

Cruzó los dedos y echó a correr hacia Stephen.

—Si no he metido la pata, disparará sola y...

El resto del mundo se desvaneció cuando Stephen la abrazó y capturó sus

labios.

Tres

Calor, luz, vértigo. Rebecca experimentaba nítidamente cada sensación.

Urgencia, anhelo, impaciencia. Los sentía en sus labios con un regusto a miel

silvestre. Aún sin haberse besado, Rebecca había sabido con exactitud cómo sería

estar con él boca contra boca, deseo contra deseo.

En un instante, el mundo se había reducido de lo visible a una nube de pura

emoción. La arropaba sin miramientos, cálida e irresistible. Atrapada entre el

miedo y el deleite, alzó una mano para acariciarle la mejilla.

Ella era dulce. Cuanto más la abrazaba excitado por la simplicidad de su

aceptación, más lo desarmaba y afectaba su dulzura. Había dudado casi

imperceptiblemente antes de entreabrir los labios bajo los suyos. Pero luego,

incitante, le había aceptado.

Ella emitió un suspiro demasiado débil para ser oído cuando él le pasó sus

manos por la espalda hasta los hombros. Era

curiosa, sencilla, generosa. Un hom-

bre podía ahogarse en su dulzura, caer prisionero de su docilidad. Y también podía

salvarse por ella. A la sombra del antiguo olivo, ella le daba algo más, le daba

esperanza.

Él murmuraba frases de amor en griego. Las palabras no significaban nada

para ella, pero su sonido en el aire quieto, la sensación de que le acariciaban la

piel... ¡Seducción! ¡Gloriosa seducción!

El placer ardía en su sangre, en su cabeza, en su corazón. Millares de

pequeñas burbujas que la obligaban a estrecharse contra él.

Aquella explosión silenciosa lo envolvió. Su pecho se tensó y sus sentidos se

confundieron. Rebecca se amoldaba a su abrazo como si hubiera nacido para estar

allí, como si se conocieran de antes, como si se hubieran amado antes. Parecía que

había una erupción entre ellos, algo cálido que surgía potente, peligroso. Pero no

era algo nuevo. Era el eco susurrado de pasiones sin tiempo.

Rebecca empezó a temblar. No se explicaba cómo aquello podía resultarle tan

familiar. No era posible sentirse tan amenazada y segura al mismo tiempo. Se

abrazó a él mientras que una imagen vaga acudía a su mente. Le había besado

antes. A través del torbellino de su mente, se oyó a sí misma contestarle con los

mismos murmullos. Tan libre e inevitablemente como el sol alumbraba, las

respuestas fluían de ella. No podía hacer nada por evitarlo. Asustada por la

pérdida de control, se debatió contra él a pesar suyo.

Stephen se separó levemente para contemplarla, para ver cómo la había

afectado su abrazo, cómo la había cambiado. También le había cambiado a él. La

pasión hacía que los ojos de Rebecca parecieran más seductores, aunque en ellos

había una nube de temor. Sus labios estaban rojos y llenos. Su aliento salía en-

trecortadamente entre ellos. Bajo sus manos podía sentir el calor de su piel y el

temblor involuntario de sus músculos.

Mientras la estudiaba, Stephen supo que no actuaba. Tenía entre sus brazos la

inocencia y el deleite en persona.

—Stephen yo...

—Bésame.

El rostro de Stephen ocupó su mundo y Rebecca se perdió. Nunca había

imaginado que un hombre pudiera abrazarla de tantas maneras, que pudiera

besarla de formas tan diferentes. Sus labios persuadían más que demandaban.

Saboreaban en vez de devorar. Su rendición

sobrevino en calma, tan

inconfundiblemente como su pasión. Dejó de temblar y el temor se esfumó. Con

una confianza tan ciega que les sorprendió a los dos, se apretó contra él para

ofrecerse.

Stephen se apartó, más excitado por la serenidad de ella que por la tormenta

de besos. Tenía que hacerlo o lo que había empezado terminaría sin que ninguno

de los dos pronunciara una sola palabra. Mientras que él maldecía mientras

encendía un puro, Rebecca tuvo que apoyarse en un árbol.

Sólo habían transcurrido unos pocos minutos y Rebecca se sentía como si

hubieran pasado años. En un lugar como aquel con un hombre como Stephen, ¿qué

era un año o un siglo?

Medio aterrorizada, se llevó la mano a los labios. Todavía tenían su sabor.

Nada podía volver a ser como antes, nunca.

Stephen miraba la dura y polvorienta tierra que le había visto crecer. Más allá

estaban las rocas que había escalado de niño.

¿Qué estaba haciendo con ella? Tiró el puro sintiéndose furioso. Lo que sentía

era algo nuevo y nada cómodo y él prefería la comodidad. Comodidad y libertad.

Controlándose, se volvió hacia ella para tratar lo que había sucedido como un

hombre. Es decir, a la ligera.

Ella permanecía de pie entre el sol y la sombra del olivo. En su mirada no

había ni incitación ni reproches. No retrocedía ni se encaraba con él, tan sólo estaba

allí con una débil sonrisa en los labios. Era como si supiera todas las preguntas que

él se hacía y conociera todas las respuestas.

—Se está haciendo tarde —dijo él.

Rebecca se sintió dolorida, pero luchó para que no se le notara.

—Creo que tienes razón.

Se pasó una mano por el pelo, lo que era la primera señal de agitación, y fue a

recoger la cámara.

—Tendré una foto para recordar este momento —
dijo ensayando un tono de
voz indiferente.

Pero cuando sintió que él la cogía del brazo para
que se diera la vuelta, se
quedó sin aliento.

—¿Quién eres? —preguntó Stephen—. ¿Qué eres?

—No sé lo que quieres decir —dijo sintiendo que
la emoción estallaba sin que
pudiera dominarla—. Y tampoco sé lo que deseas.

Stephen le dio tal tirón que tropezó contra él.

—Sí sabes lo que quiero.

Rebecca tenía el corazón en la garganta latiendo
desaforadamente. Le

extrañaba sentir deseo en lugar de temor. Nunca había sido consciente de que

pudiera sentir algo tan poco razonable. Resultaba purificador experimentar esa

sensación y verla reflejada en los ojos de Stephen.

—Hace falta algo más que una tarde —dijo en un intento de convencerse a sí

misma—. Para mí hace falta algo más que una comida campestre y un paseo a la

luz de la luna.

—Tan pronto te muestras tentadora como te haces la víctima ultrajada. ¿Lo

haces para confundirme, Rebecca?

Ella negó con un gesto y él le apretó más las manos.

—Pues funciona —murmuró entre dientes—. No he dejado de pensar en ti

desde que te vi. Quiero hacer el amor contigo aquí, a pleno sol.

Rebecca notó que sus mejillas se congestionaban, que estaba azorada porque

se lo podía imaginar a la perfección. Pero, ¿entonces qué?

Con cuidado, se obligó a respirar normalmente. Aunque se hubiera dejado

llegar por sus impulsos, aunque hubiera quemado las naves, todavía necesitaba

respuestas.

—No —dijo luchando contra sus propias necesidades—. No cuando yo no

estoy segura y tú te sientes furioso. Stephen, me

estas haciendo daño y no creo que

eso sea lo que quieres.

Él le soltó el brazo lentamente. Estaba enfadado y furioso, aunque no por la

negativa. La ira provenía del deseo que ella despertaba en su interior, un deseo que

se había presentado demasiado rápido y demasiado fuerte, más allá de su control.

—Nos vamos al hotel.

Rebecca asintió y se arrodilló para recoger los restos de la comida.

Stephen era un hombre ocupado, demasiado ocupado para obsesionarse con

una mujer a la que apenas conocía y a la que no entendía en absoluto. Tenía

informes que leer, llamadas por hacer y otras muchas cosas para las que no tenía ni

ganas ni energía, pero se dijo que unos pocos besos no bastaban para distraer a un

hombre de su trabajo. Pero no había habido nada de simple en aquellos besos.

Disgustado, Stephen se levantó de su escritorio y se dirigió a la terraza. La había

dejado abierta porque la brisa y la fragancia que había en ella le ayudaban a

olvidar que debía permanecer allí.

Durante algunos días tuvo que esforzarse para cumplir con sus

responsabilidades en un intento de olvidar su malestar. Un malestar que tenía

nombre: Rebecca. Podía haberse ido a dirigir sus

negocios a Atenas, Creta o

Londres. Sin embargo, no hizo planes para viajar, aunque tampoco intentó

aproximarse a ella.

Aceptó que ella le preocupaba. Sentirse atraído por una mujer atractiva era

tan natural como respirar. Que esa atracción le produjera incomodidad, confusión

y desasosiego no tenía nada de natural. No había tenido suficiente con aquellos

besos. No obstante, dudaba.

Rebecca era misteriosa. Y quizá por eso no se la podía quitar de la cabeza. Por

fuera daba la impresión de ser una mujer libre que se aferraba a la vida con ambas

manos. Pero había corrientes subterráneas. Esas trazas de inocencia, de timidez, su

dulzura. La complejidad de aquella mujer hacía que no dejara de pensar, de

imaginar.

Quizá sólo fuera un truco de mujer. Era una pérdida de tiempo dejarse

embrujar por su magia femenina. Pero había algo más que una innata gracia

femenina en Rebecca.

Cuando la había besado, y aunque se tratara de la primera vez, había sido

como volver a un amor después de una separación dolorosa. Cuando sus bocas se

habían unido, había sentido que un ardor, una impaciencia, un conocimiento

tomaba posesión de su cuerpo.

Stephen la conocía, lo sabía todo de ella y sin embargo no sabía nada.

Se dijo que eran fantasías. No tenía tiempo para divagaciones. Apoyado en la

barandilla de la terraza encendió un puro y contempló el mar.

Como siempre, el mar evocó en él los recuerdos de una infancia

despreocupada pero demasiado breve. Hubo un tiempo en que el sol era brillante

y el mar azul e inmenso. Su padre le había enseñado a pescar y a descubrir la

belleza y el encanto de los lugares nuevos. También le había enseñado a beber

como un hombre.

Hacía quince años. Todavía echaba de menos a su padre; su compañía, su risa

fuerte. Habían sido amigos además de padre e hijo. Entre ellos llegó a existir un

vínculo tan fuerte y poderoso como no lo volvería a conocer nunca. Pero su padre

había muerto tal como había querido hacerlo, en el mar y en lo mejor de su vida.

Si él hubiera visto a Rebecca, hubiera puesto los ojos en blanco y le habría

apremiado a su hijo para que la disfrutara. Pero Stephen ya no era un niño. Era

más cauteloso, más consciente de las consecuencias. Si un hombre se zambullía en

el mar, debía conocer su profundidad y sus corrientes.

Entonces la vio salir del agua. Todo su cuerpo chorreaba brillando al sol. En

los últimos días, su piel había adquirido un tono dorado. Mientras la miraba, notó

que sus músculos se tensaban uno a uno. Sin que se diera cuenta, sus dedos se

crisparon rompiendo el puro en dos. Nunca pensó que el deseo podía suscitar una

reacción tan próxima a la ira.

Rebecca se detuvo. Aunque él sabía que no podía saber que la estaba

mirando, muy bien podría estar actuando. Mientras que las gotas de agua

resbalaban por su piel, ella se desperezó. El bañador descansaba en sus caderas de

adolescente y giraba sugerente sobre las curvas

sutiles de sus senos. En aquel

momento ella estaba absorta por completo en su propio placer, tan indolente como

un animal joven tendido al sol. Stephen no había visto nunca algo tan tentador.

Luego se pasó los dedos por el pelo, lentamente y sonriendo como si

disfrutara con su tacto húmedo y sedoso. Él sintió que el aire le faltaba en sus

pulmones. La hubiera matado por hacerle desear lo que aún no entendía.

Rebecca sacó una camiseta grande del bolso de paja y después de ponérsela,

entró descalza en el hotel.

Él se quedó en la terraza esperando a que el deseo pasara. Pero creció más

aún, mezclado con un dolor que le enfurecía y una nostalgia que termino por

aturdirle.

Debería ignorarla. El instinto le advertía que si no lo hacía su vida nunca

volvería a ser la misma. Ella no era más que una distracción, un impulso pasajero

que debería ser capaz de resistir. Debía centrarse en el trabajo. Tenía citas y

obligaciones y no podía perder tiempo con fantasías. Tiró el cigarro soltando un ju-

ramento.

Había veces en las que un hombre debía confiar en el destino y zambullirse

en él.

Cuatro

Rebecca acababa de cerrar la puerta cuando oyó que llamaban. El sol y el mar

la habían dejado agradablemente cansada, pero todas sus ideas de echar una

cabezadita se desvanecieron al ver a Stephen.

Él tenía un aspecto estupendo. Tranquilo y un poco despeinado. Durante

varios días se había preguntado dónde se habría metido. Sintió que su pulso se

aceleraba y que los labios dibujaban una sonrisa sólo con verle. Logró mantener un

tono de voz casual a costa de un gran esfuerzo.

—Hola. No estaba segura de si todavía estabas en la isla.

Se dijo a sí misma que no era una mentira, al menos no del todo. Un

informante anónimo le había asegurado que el señor Nickodemus no había dejado su habitación.

—Te he visto llegar de la playa.

—¡Oh!

Con un gesto inconsciente, se subió el cuello de la camiseta. Para Stephen fue otra señal contradictoria.

—No me canso del sol y del mar. ¿No quieres pasar?

Stephen entró y cerró la puerta suavemente. La pose que Rebecca había construido tan cuidadosamente comenzó a

derrumbarse.

—No te he dado las gracias por las flores.
Todavía están frescas. Esto... yo creí

que te encontraría en el comedor o en la playa...

Sus palabras se perdieron cuando él levantó una mano y le acarició el cabello.

—He estado ocupado —dijo mirándola a los ojos que se empañaban al

contacto de su caricia—. Negocios.

Era ridículo, lo sabía, pero no estaba segura de poder hablar.

—Si tenías que trabajar, dudo que pudieras encontrar un lugar más hermoso.

Él se acercó. Rebecca olía a sol y a agua de mar.

—Disfrutas mucho de la isla.

Le había cogido la mano, pero eso bastaba para que sintiera flaquear las rodillas.

—Sí, mucho.

—Quizá te gustaría verla desde una perspectiva diferente.

Deliberadamente, para probarse a sí mismo y a ella, se llevó su mano a los

labios. Apenas hubo rozado los nudillos cuando sintió la descarga. Rebecca

también, eso podía verlo, de modo que no era sólo su imaginación.

—Pasa el día en mi barco.

—¿Cómo?

Stephen sonrió complacido con su turbación.

—¿Quieres venir mañana conmigo?

Rebecca quería ir con él a cualquier parte.
Asombrada, dio un paso atrás.

—No tengo planes para mañana.

—Muy bien.

Stephen volvió a acortar la distancia entre ellos.

Ella alzó las manos para impedirlo y luego se calmó al ver que él no hacía

ademán de tocarla.

—En ese caso los haré yo por ti. A las nueve pasaré a recogerte.

Un barco. Rebecca respiró hondo e intentó serenarse. Aquello era real, no

como cuando soñaba despierta. Las rodillas no la sostenían y se sentía invadida

por oleadas de deseo. Era maravilloso.

—Me encantará —dijo esbozando una sonrisa que esperaba fuese apropiada

para una mujer de mundo.

—Hasta mañana, entonces. ¡Ah! Y no olvides tu cámara.

Ella esperó a que cerrase la puerta para ponerse a bailar de alegría.

Cuando Stephen habló de un barco, Rebecca se había imaginado un barco

pequeño. En vez de eso, se encontró subiendo a la cubierta de caoba reluciente de

un yate. Con sus más de treinta metros de eslora, tenía una forma verdaderamente

hermosa.

—Podrías vivir aquí —dijo para desear de inmediato haberse mordido la lengua.

Pero Stephen se echó a reír.

—Vivo aquí bastante a menudo.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo un hombre uniformado de blanco y con acento británico.

—Grady, te presento a mi invitada, la señorita Malone.

—Encantado, madame.

La fría reserva británica de Grady no vaciló ni siquiera un momento, pero

Rebecca sintió que la estaba observando.

—Zarpa cuando estemos listos. ¿Te gustaría verlo?

—dijo ofreciéndole el

brazo a Rebecca.

—¡Claro! Me encantaría verlo todo.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no sacar la cámara

que llevaba en el bolso.

Stephen la condujo abajo y le mostró cuatro camarotes decorados con

elegancia. Su comentario acerca de vivir a bordo había sido impulsivo, pero pudo

comprobar que podía hacerlo fácilmente e incluso con toda clase de lujos.

Arriba había un gran camarote acristalado donde se podía tomar el sol y

contemplar el mar sin importar el tiempo que hiciese. Rebecca había oído decir que

había gente que vivía así. Parte de su antiguo trabajo consistía en investigar y

calcular cómo esa misma gente podía pagarle al gobierno lo menos posible. Pero

estar allí no tenía nada que ver con hacer cálculos sobre un papel.

Había un aire de masculinidad en aquel camarote, en todo el barco. Cuero,

madera y colores sobrios. Había una biblioteca, un bar y un equipo de música.

—Todas las comodidades del hogar —murmuró.

Pero se dio cuenta de que había puertas y paneles que podían asegurarse en

caso de mal tiempo. Se preguntaba cómo sería

estar en medio de una tormenta.

Rebecca lanzó una exclamación de sorpresa cuando sintió que el suelo se

movía. Stephen la cogió del brazo para evitar que perdiera el equilibrio.

—Hemos zarpado. ¿Te asustan los barcos?

—No.

No podía admitir que el barco más grande en el que había estado antes era

una canoa biplaza de un campamento de verano.

—Me ha cogido desprevenida. ¿Podemos salir a cubierta? Me gustaría mirar

el mar.

Se emocionó cuando el viento le azotó en la cara desordenando sus cabellos.

Se apoyó en la barandilla para ver cómo se hundía la isla y el mar se ensanchaba.

No lo pudo resistir y sacó unas cuantas fotos del barco alejándose de Corfú.

—Es mejor que volar. Te sientes parte del barco. ¡Mira! —dijo riéndose—. Las

gaviotas nos siguen.

Stephen levantó la vista para ver a las gaviotas trazar círculos y gritar por

encima de la estela. Pero prefería observar el deleite y la emoción que florecían en

el rostro de Rebecca.

—¿Siempre disfrutas de todo tan completamente?

—Sí.

Intentaba apartarse el pelo del rostro, pero el

viento lo volvía a lanzar contra

sus ojos. Rió de nuevo y se apoyó de espaldas con la cara levantada hacia el sol.

Era irresistible. Él le puso las manos en las caderas y la hizo girar para que le

mirase. Fue lo mismo que tocar un cable eléctrico. Una corriente los sacudió a los

dos.

—¿De todo? —preguntó él.

Tenía las manos en su espalda y la empujó suavemente hasta que sus muslos

se tocaron.

—No lo sé. No lo he probado todo.

Pero le hubiera gustado. Instintivamente, Rebecca le había puesto las manos

en los hombros. Allí, con el rumor del mar y del viento y sintiéndose abrazada,

hubiera querido probarlo. Sin pensar en ella misma, Rebecca se inclinó hacia él.

Stephen lanzó una maldición en voz baja y Rebecca dio un salto atrás como si

hubiera gritado. Pero él tomó su mano mientras hacía un gesto hacia el mayor-

domo que acababa de aparecer con unas bebidas.

—Gracias, Víctor. Puedes retirarte.

Su voz era suave, pero Rebecca podía sentir la tensión de su mano mientras la

conducía a una silla para ofrecerle un cóctel.

Pensó que él seguramente creería que era una estúpida. Cada vez que la

tocaba, se echaba en sus brazos. Estaba claro que él sí que era un hombre de

mundo, y además muy amable. No todos los poderosos trataban con amabilidad a

los que trabajaban para ellos. Esbozó una sonrisa mientras probaba su cóctel. Ella

lo había sabido desde el principio.

Stephen sentía que su cuerpo era un torbellino. Ni siquiera en su juventud

había encontrado una mujer que le afectara de esa manera. Sabía cómo persuadir,

cómo seducir y hacerlo con elegancia. Pero cada vez que estaba más de cinco

minutos en compañía de Rebecca, se sentía como un potro al que espolean y frenan

al mismo tiempo.

Y se sentía fascinado por la facilidad con que ella se arrojaba a sus brazos, por

la confianza que veía en sus ojos.

Encendió un cigarro para calmar su agitación. El pensamiento resultaba

doloroso, pero su deseo era real. Si no podía haber elegancia, quizá sí pudiera

haber candor.

—Te deseo, Rebecca.

Ella sintió que se le paraba el corazón y luego comenzaba a latir lentamente.

Bebió otro sorbo y se aclaró la garganta.

—Lo sé.

Aquello la apabullaba, la halagaba y la aterrorizaba al mismo tiempo.

Ella parecía tan serena que él sintió envidia por un momento.

—¿Quieres venir a mi camarote?

Rebecca le miró. Su mente decía una cosa y su corazón otra. Parecía muy

fácil, muy... natural. Si había un hombre al que se pudiese entregar sin reservas, lo

tenía delante. Las complicaciones que hubiera eran sólo suyas.

Pero no importaba lo lejos que hubiera huido de Filadelfia y de su estricta

crianza. Había fronteras que no podía cruzar.

—No puedo.

—¿No puedes? ¿O no quieres?

Stephen encendió el cigarro asombrado de que

estuvieran discutiendo sobre

hacer el amor de la misma manera que podían discutir sobre qué les apetecía para

cenar.

Ella suspiró y dejó el vaso sobre una pequeña mesa.

—Sí quiero, pero no puedo. Lo deseo mucho pero...

Sus ojos grandes y pálidos estaban fijos en él.

—¿Pero?

—Sé muy poco de ti. Apenas tu nombre y que tienes un olivar. No es

suficiente.

Volvió a coger el vaso porque no sabía qué hacer con sus manos.

—Entonces tendré que contarte más cosas.

Stephen se recostó en la silla y notó que la tensión desaparecía con tanta

rapidez como había llegado. Rebecca era capaz de provocar eso con sólo una

sonrisa. • No conocía a nadie que pudiera excitar y aplacar con tan poco esfuerzo.

—¿Crees en el destino, Rebecca? ¿En algo inesperado que ni siquiera se

busca? ¿Algo pequeño que a menudo cambia completa e irrevocablemente la vida?

Ella pensó en la muerte de su tía y en su decisión.

—Sí.

—Bien. Yo casi había olvidado que también creía en él hasta que te vi sentada

sola.

Rebecca estaba descubriendo que había maneras y maneras de seducir. Una

mirada, un tono de voz podían ser tan devastadores como una caricia. En aquel

momento lo quería más de lo que alguna vez había pensado querer a nadie. Se

levantó y fue a la barandilla para concederse un poco de tiempo y poner un poco

de distancia de por medio.

Incluso el silencio de Rebecca era fascinante. Había dicho que sabía muy poco

de él, pero Stephen sabía aún menos sobre ella. Pero no le importaba. Era peligroso

y quizá destructivo, pero no le importaba. Mientras contemplaba cómo el viento

hacía ondear sus ropas y sus cabellos, descubrió que no le importaba de dónde

venía, ni lo que había sido ni lo que había hecho.

Se levantó y fue junto a ella dando la cara al mar.

—Cuando yo era muy joven, hubo otro momento en mi vida en que las cosas

cambiaron. Mi padre era un hombre de mar. Vivía por él y murió por él. Yo tenía

diez u once años. Todo marchaba viento en popa y las redes estaban llenas. Mi

padre y yo caminábamos por la playa. Él se detuvo para meter la mano en el agua;

la cerró y luego la abrió. «No puedes atraparla», me dijo. «No importa lo mucho

que lo intentes, o lo mucho que ames, o lo mucho que sudes.» Entonces metió la

mano entre la arena. Estaba húmeda y la arena permanecía en su mano abierta.

«Pero esto sí que lo puede coger un hombre.»
Nunca volvió a hablar de eso.

Cuando llegó el momento, le volví la espalda al mar y cogí la tierra.

—Era lo correcto para ti.

—Sí —dijo él acariciándole las puntas de los cabellos—. Era lo correcto.

Tienes unos ojos grandes y tranquilos, Rebecca —murmuró—. Me pregunto si han

visto lo suficiente como para saber qué es lo correcto para ti.

—Creo que he empezado a buscar un poco tarde.

El pulso se le había acelerado. Hubiera querido sentarse, pero Stephen se

colocó de tal forma que estaba atrapada entre él y la barandilla.

—Tiemblas cuando te toco —le pasó la mano por el brazo hasta que se unió

con la suya—. ¿Tienes idea de lo excitante que es eso?

—Stephen, hablaba en serio... —él rozó su sien con los labios—... cuando dije

que no podía —le besó suavemente en la mejilla—. Necesito pensar.

Rebecca notó que sus dedos se aflojaban en la mano de Stephen. De pronto

volvía a ser frágil, vulnerable.

—La primera vez que te besé no te dejé otra opción —dijo mientras la

acariciaba con los labios—. Ahora la tienes.

Casi no la tocaba. Era como un aliento, como un suspiro, la promesa de una

caricia. Aquel suave rozar de sus labios sobre la piel no era un beso, nunca se le

podría llamar demanda. Ella sólo tenía que apartarse para eludir el tormento y la

gloria.

—No —dijo ella buscando sus labios.

No había opción, ni pasado, ni futuro. Sólo aquel momento. Rebecca sentía el

presente con todos los anhelos y deseos que había en su interior. El beso se hizo

ardiente, desesperado. El corazón de Stephen latía contra el suyo como una

tormenta mientras le echaba la cabeza hacia atrás. Nunca nadie la había tocado de

aquella manera. Nadie le había advertido que un toque de violencia podía llegar a

ser tan excitante. Su exclamación de sorpresa se convirtió en un gemido de placer

al saborear la lengua de Stephen.

Él pensaba otra vez en rayos, bolas de fuego y destellos. Entre sus brazos ella

era eléctrica, despedía chispas. Su aroma, tan acariciante como un susurro, le

nublaba la mente mientras que su sabor aumentaba su apetito.

Ella era toda una mujer, era todas las mujeres y sin embargo no había

ninguna como Rebecca. Con su nombre en los labios, presionó su boca contra su

garganta allí, donde la piel estaba caliente por el

sol.

Rebecca hubiera caído sobre cubierta como un muñeco si él no la hubiera

abrazado con frenesí. Podía sentir que sus músculos se endurecían cuando la toca-

ba. Nunca se había sentido más frágil, más abandonada. El mar estaba en calma,

pero ella se sentía en el ojo del huracán. Con un suspiro, le echó los brazos al

cuello.

Fue la indefensión que traslucía aquel gesto lo que hizo que Stephen se

retirase a tiempo. Debía de haberse vuelto loco. Por un momento, había estado a

punto de arrastrarla a su camarote sin pensar en los deseos de Rebecca ni en las

consecuencias. Cerró los ojos y la abrazó sintiendo el latido errático de su corazón.

«Quizá todavía esté loco», pensó Stephen, pues mientras el deseo se

apaciguaba algo más profundo y mucho más peligroso florecía.

La quería de una forma tal que ningún otro hombre podía querer a una

mujer. La quería para siempre.

Pensaba en el destino mientras le acariciaba el cabello. Parecía que se estaba

enamorando, lo quisiera o no. En unas pocas horas que llevaba a su lado, estaba

sintiendo mucho más de lo que nunca había imaginado que pudiera sentir alguna

vez.

Se retiró con infinito cuidado.

—Quizá ninguno tengamos opción. Y si te vuelvo a tocar no te daré ninguna

—dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

Incapaz de fingir y sabiendo que ambos temblaban, Rebecca se pasó una

mano por el pelo. No se molestó en disimular el temblor de su voz, tampoco

hubiera sabido hacerlo.

—No quiero ninguna opción.

Ella vio que sus ojos se oscurecían con rapidez, pero lo que no podía ver era

que las manos se crispaban dentro de los bolsillos, refrenándose.

—Me lo estás poniendo muy difícil —dijo

Stephen.

Ella dejó escapar un suspiro. Nadie la había deseado así y quizá nadie

volviera a hacerlo.

—Lo siento. No era mi intención.

Stephen se obligó a relajarse.

—No he dicho eso. Y ésa es una de las cosas que encuentro más intrigantes de

ti. Pero te tendré, Rebecca —vio que algo relampagueaba en sus ojos, una mezcla

de pánico y excitación—. Estoy seguro de eso porque tú estás segura. Intentaré con

todas mis fuerzas darte un poco más de tiempo.

—De lo que no estoy segura es de si debo darte las gracias o salir corriendo

—dijo ella con humor.

Él sonrió, sorprendiéndose a sí mismo. Luego le acarició la mejilla.

—No te lo aconsejo, «amor mío». Te alcanzaría.

Rebecca no tenía dudas sobre eso. Bastaba con mirarle a la cara, aunque la sonrisa la había suavizado.

Era amable, pero detrás de su sonrisa advertía una decisión implacable.

—Entonces tendré que darte las gracias.

—De nada.

Stephen se dio cuenta de que tendría que ser paciente y rápido.

—¿No te gustaría tomar un baño? Hay una bahía perfecta muy cerca de aquí.

Rebecca pensó que el agua calmaría sus nervios.

—Me encantaría.

Cinco

El agua estaba fresca y clara. Rebecca se sumergió con un suspiro de placer.

En Filadelfia estaría en aquel momento tecleando en la calculadora. Sus números

siempre cuadraban, sus informes siempre estaban bien archivados.

La eficiente señorita Malone en la que todo el mundo confiaba.

Y sin embargo estaba nadando en la bahía de aguas cristalinas, dejando que

el mar la refrescara y el sol la calentara. Los libros de cuentas y los informes

estaban a años luz de distancia. Al alcance de la mano había un hombre que le

estaba enseñando todo lo que había querido saber sobre la fragilidad del corazón y

sus anhelos.

Rebecca pensaba que él no podía saberlo. Dudaba que alguna vez reuniera el

coraje necesario para decirle que él era el único hombre que le había hecho temblar

y abrazarse. Un hombre como él por fuerza tendría que sentirse incómodo

sabiendo que entre sus brazos se hallaba una mujer sin experiencia.

Pero no lo sabía, porque cuando estaba entre sus brazos no se sentía torpe. Se

sentía hermosa y deseada.

Riendo, Rebecca se zambulló para dejarse llevar por el mar y por la sensación

de libertad. ¿Quién lo hubiera creído?, Se preguntaba.

—¿Siempre te ríes por tan poco?

Rebecca se echó hacia atrás los cabellos mojados. Stephen nadaba a su lado

sin apenas perturbar la superficie. Tenía la piel de un dorado intenso que brillaba

en el agua. El sol competía con su pelo y el agua era del mismo color que sus ojos.

Ella tuvo que reprimir el impulso de acercarse y acariciarle.

—Una cala escondida, un cielo hermoso y un hombre interesante —dijo

flotando sin esfuerzo—. A mí no me parece tan

poco. Me he prometido a mí misma

que, independientemente de dónde esté o de lo que haga, no volveré a dar nada

por seguro.

Stephen no pudo dejar de advertir el tono de tristeza con que había dicho la

última frase. El impulso de reconfortarla no era nuevo en él, pero tampoco tenía

demasiada práctica.

—¿Te ha desengañado algún hombre?

Ella tuvo que sonreír, pero Stephen no podía saber que se reía de ella misma.

Había salido con hombres, naturalmente. Por lo general se había tratado de tardes

educadas y aburridas sin mucho interés por ambas

partes. Rebecca había sido

demasiado torpe o al menos nunca había tenido el coraje suficiente como para

desplegar las alas. Más de una vez había cumplido demasiado bien con su papel de

«la eficiente señorita Malone» como para salir del paso.

Con él todo era distinto. Porque le quería. No sabía cómo o por qué, pero lo

amaba.

—No. No se trata de un hombre —dijo cerrando los ojos y confiando su

cuerpo al mar—. Cuando mis padres murieron sufrí tanto que me asusté de la

vida. Creo que convertirse en un adulto responsable era algo realmente

importante, pero ni siquiera tenía edad para ser adolescente.

Era extraño que nunca había llegado a pensar de esa manera hasta que

decidió dejar de obsesionarse con aquella responsabilidad. Y aún más extraño que

le fuera tan fácil contarle que nunca se había conocido a sí misma.

—Mi tía Jeannie era considerada y cariñosa, pero había olvidado lo que era

ser adolescente. Y de pronto me di cuenta de que me había perdido la juventud, el

ser perezosa, alocada y todas aquellas cosas que todo el mundo merece ser al

menos una vez en la vida. Decidí ponerle remedio.

Sus cabellos estaban extendidos en el agua. Era

demasiado angulosa para ser

una auténtica belleza. Pero era fascinante. Su cuerpo y su filosofía eran muy

atractivos. Pero lo que más emocionaba a Stephen era su manera de aceptar con los

brazos abiertos todo lo que se encontraba en su camino.

Se descubrió contemplando la cala como no se había molestado en

contemplar nada durante años. Bebía con la mirada los reflejos del sol en la

superficie del agua y en las ondas concéntricas que partían de sus cuerpos para

alejarse. Más allá había una estrecha franja de arena en forma de media luna.

Estaba desierta excepto por unos pocos pájaros

que revoloteaban sobre ella. Había

tanta tranquilidad que no parecía natural. Sólo se oía el ritmo monótono de las

pequeñas olas al acariciar la arena. Stephen estaba totalmente relajado. Quizá

también él había olvidado lo que era ser joven y atolondrado.

Obedeciendo a un súbito impulso, puso las manos sobre los hombros de

Rebecca y la sumergió en el agua

Ella no tardó en emerger escupiendo agua y apartándose el pelo de la cara.

Stephen sonrió y siguió nadando.

—Ha sido muy fácil.

Ella evaluó la distancia que les separaba. En sus

ojos brillaba un reto, y

chispeaba la diversión.

—La próxima vez no lo será tanto.

Él sonrió con malicia. De pronto, rápido como una anguila nadó hacia ella.

Rebecca sólo tuvo tiempo de gritar y tomar aliento. Stephen la atrapó del tobillo

pero esa vez estaba preparada. Sin oponer resistencia dejó que él la hundiera y

entonces en vez de intentar ganar la superficie, se trabaron en una lucha submari-

na. Todavía estaban trabados cuando salieron a la superficie.

—¡Empate! —gritó ella buscando aire.

—¡De eso nada!

—Si estuviéramos sobre una lona te hubiera dejado fuera de combate.

¿Quieres que sigamos?

—Quizá —dijo sintiendo que sus piernas se trababan—. Pero por ahora

prefiero esto.

Stephen la quería besar otra vez. Lo veía en sus ojos, lo sentía en la tensión

del brazo que les mantenía unidos. El problema no era que no estuviera preparada,

el problema era que lo estaba demasiado.

—¿Stephen?

—¿Hum?

Stephen podía sentir su aliento en los labios. Pero al momento desapareció de

entre sus brazos. Estaba a punto de enfadarse con ella cuando emergió a unos

cuantos metros de distancia. Su risa le llegó joven y desinhibida sin pedir

disculpas.

—Ha sido muy fácil.

Pero tuvo que ponerse a nadar cuando él salió en su persecución. Quizá lo

hubiera conseguido dada la ventaja que le sacaba, pero parecía que Stephen había

nacido en el agua. Con todo, ella era ágil y casi consiguió eludirle, pero la risa la

traicionó. Tragó agua y tosió. Él la agarró y de nuevo se enzarzaron bajo el mar.

—Me gusta ganar —comentó ella mientras respiraba—. Es un defecto

personal. A veces hago trampa cuando juego a la canasta.

—¿Canasta?

Lo último que podía imaginarse era que la mujer esbelta y sexy que tenía

entre los brazos pasara las tardes jugando a las cartas.

—No puedo evitarlo —dijo ella jadeando con la cabeza apoyada sobre su

hombro—Me falta fuerza de voluntad.

—Yo tenía el mismo problema.

Y sin más palabras la arrojó volando por los aires.

—Supongo que me lo tenía merecido —dijo ella haciendo pie—. Pero ahora

necesito sentarme.

Avanzó por el agua hasta la cuesta suave de la playa donde se dejó caer con

la mitad del cuerpo en la arena.

—Cuando él se dejó caer a su lado, ella le cogió de la mano.

—No me acuerdo de haber pasado nunca un día tan estupendo —comentó

Rebecca.

Stephen se quedó contemplando sus manos entrelazadas. Había sido un gesto

tan natural que se preguntaba cómo podía reconfortarle e incitarle al mismo

tiempo.

—Ya se está acabando.

—¡Lástima! Parecía que iba a durar siempre.

Rebecca quería quedarse allí. Toda la vida riendo bajo el ciclo azul, la frescura

del mar y las horas interminables. Había conocido un tiempo en el que los días se

convertían en noches sin que ocurriera nada.

—¿No has querido escaparte nunca? —preguntó ella.

Stephen observó unas nubes que pasaban. Mientras estaba tumbado

cogiéndole la mano, se preguntó cuánto tiempo hacía que no contemplaba el cielo.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Lejos de lo que es el mundo y de lo que siempre será.

Si cerraba los ojos, Rebecca se podía ver a sí misma bebiendo una taza de café

a las siete y cuarto y abriendo el primer informe a las nueve en punto exactamente.

—Desvanecerse en el aire y aparecer en otro lugar como si fueras una persona

diferente por completo.

—No puedes cambiarte a ti misma.

—¡Claro que sí! —dijo cambiando el tono de voz

—. A veces tienes que

hacerlo.

Ella se incorporó para apoyarse sobre un codo y él le acarició los cabellos.

—¿De qué huyes?

—De todo. Soy una cobarde.

Él la miró a los ojos. Estaban llenos de entusiasmo.

—No lo creo.

—Pero tú no me conoces —objetó mientras un relámpago de arrepentimiento e incertidumbre cruzaba su rostro—. Y no estoy segura de querer que me conozcas.

—¿Ah, sí? —exclamó cerrando los dedos sobre su pelo para obligarla a

quedarse quieta—. Hay gente y circunstancias que no lleva mucho tiempo

entender. Algo se pone en su lugar cada vez que te miro, Rebecca. No sé qué es, ni

tampoco por qué, pero es así. Yo te conozco —dijo mientras se inclinaba sobre ella

para darle el más leve de los besos—. Y me gusta mucho lo que veo.

—¿Sí? ¿De verdad? —preguntó ella con una

sonrisa.

—¿Tú crees que paso el día con una mujer sólo porque quiero dormir con

ella?

Rebecca se encogió de hombros y aunque su sonrojo fue muy débil, él se dio

cuenta y sonrió divertido. Se preguntó cuántas mujeres podían abandonarse a los

besos de un hombre y luego sonrojarse.

—Rebecca, estar contigo es un placer difícil.

Ella se rió y comenzó a dibujar con el dedo sobre la arena. Se preguntaba lo

que diría él si supiera quién era Rebecca Malone. O con más exactitud lo que no

era. Se dijo a sí misma que no importaba. No

podía permitir que lo que había entre

ellos se echara a perder.

—Creo que es el cumplido más maravilloso que me han hecho en la vida.

—¿Dónde estabas entonces para que nunca te lo hubieran dicho?

Cuando ella se removió inquieta, él la obligó a permanecer tranquila.

—No. No voy a tocarte. Todavía no.

—El problema no es ése. El problema es que deseo que me toques, tanto que

me asusta.

Rebecca se sentó, tomándose su tiempo para reunir todo su valor. Quería ser

sincera y tenía la esperanza de no parecer una

estúpida.

—Stephen, yo no voy por ahí acostándome con todo el mundo. Quisiera que

lo entendieras porque todo esto está ocurriendo con demasiada rapidez y no es

nada casual.

Con un dedo le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo. Rebecca vio sus

ojos azules e insondables como el mismo mar.

—No lo es.

En aquel instante, Stephen tomó una decisión, aunque la idea le había estado

rondando por la cabeza durante todo el día.

—Mañana tengo que salir para Atenas. Ven conmigo, Rebecca.

—¿A Atenas? —dijo ella con dificultad.

—Es un viaje de negocios. Un día o dos a lo sumo y me gustaría que

estuvieses conmigo.

A Stephen no le importaba admitir que tenía miedo de que cuando volviera

ella se hubiera ido.

Rebecca no sabía qué decir ni qué era lo correcto.

—Me dijiste que querías visitar la ciudad.

Si era necesario la presionaría. Una vez tomada la decisión, no tenía la más

mínima intención de ir a ninguna parte sin ella.

—Sí, pero no quisiera distraerte de tu trabajo.

—Estés aquí o allí, siempre me distraerás.

Rebecca alzó de golpe la cabeza mirándole con timidez y asombro. Stephen

reprimió el impulso de abrazarla y rodar hasta sentirla debajo de su cuerpo. Había

prometido concederle tiempo. Quizá lo que había querido decir era que él también

lo necesitaba.

—No quiero forzarte, Rebecca. Tendrás tu propia suite. Sólo te pido

compañía.

—Un día o dos —murmuró ella.

—Sólo tienes que decir que te reserven tu habitación hasta que vuelvas.

«Hasta que vuelvas». Ella, no él. Si Stephen se iba al día siguiente, era muy

posible que no lo volviera a ver nunca. Él le ofrecía un día más, quizá dos. Recordó que no debía dar nada por seguro.

Era verdad que pensaba visitar Atenas antes de abandonar Grecia. Unos

pocos días antes, había pensado que le gustaría ir sola. La aventura de conocer

lugares y gente nueva por sí misma. Pero ver la Acrópolis por primera vez con

Stephen a su lado lo cambiaba todo.

—Sí, me gustaría ir contigo.

Se levantó de un salto y se zambulló en el mar.

Seis

Atenas no era Oriente ni Occidente. Era carne espetada asándose con

especias. Era altos edificios y tiendas modernas.
Era estrechas calles sin asfaltar y

bulliciosos bazares. Había sido el escenario de
batallas y revoluciones. Era antigua,

civilizada y apasionada.

Rebecca se enamoró a primera vista.

París la había seducido, Londres le había
encantado, pero Atenas le robó el

corazón. Quería verlo todo de inmediato, desde el
amanecer hasta la noche.

Estuvo paseando durante toda la mañana mientras
Stephen estaba ocupado

en sus reuniones de negocios. El hotel que él había
escogido era bonito, pero

Rebecca se sentía atraída por las calles y sus
gentes. De alguna manera no se sentía

como una turista más, era como volver a casa después de un largo viaje. Atenas la esperaba para darle la bienvenida.

Era increíble. Toda la vida había aceptado los parámetros que otros habían

establecido para ella. Sin embargo, en aquellos momentos disfrutaba de total

libertad mientras paseaba por la ciudad vieja donde podía comprar baratas copias

de escayola de los principales monumentos o elegantes antigüedades.

Pasó por delante de las tabernas, pero estaba demasiado emocionada como

para dejarse tentar por el delicioso aroma del café y los pasteles. Escuchó las notas

de una flauta y cuando levantó la vista vio la

Acrópolis.

Aunque era bastante temprano, grupos de turistas se dirigían ya hacia el

único camino de subida. Rebecca se sentía sola, pero también cómoda en medio de

toda aquella gente.

No era capaz de explicar la sensación de estar al sol de la mañana

contemplando un monumento erigido en honor a los dioses, algo que había

soportado la guerra, las tormentas y el tiempo. Había sido un lugar de culto.

Incluso después de los siglos, Rebecca podía sentir su espiritualidad. Quizá la

diosa Atenea con su casco brillante y su lanza todavía la visitaba.

Se había sentido desengañada al saber que Stephen no podía hacerle

compañía en su primera mañana en la ciudad. Pero en aquel momento se alegraba

de estar a solas con sus pensamientos y ensoñaciones, sin tener que explicárselos a nadie.

Paseó entre los templos meditando sobre los cambios que ella había

experimentado. No era sólo el respeto que sentía allí, ni la emoción que le habían

producido Londres o París lo que la había cambiado. Era Stephen y todo lo que

sentía por él desde que lo había conocido.

Quizá volviera a Filadelfia algún día, pero jamás volvería a ser la misma

persona. Una vez enamorada hasta la última fibra de su ser, ya nada sería lo mismo.

Deseaba que fuera más sencillo, como imaginaba que lo era para muchas

otras mujeres. Un hombre interesante y una atracción física. Pero con Stephen,

igual que con Atenas, había perdido el corazón. Aunque pareciera imposible,

reconocía que la ciudad y Stephen eran parte de su ser. Y el deseo mezclado en el

amor nunca podía ser algo sencillo.

Pero, ¿cómo podía estar segura de haberse enamorado si nunca le había

ocurrido antes? Si estuviera en su casa, por lo menos tendría alguna amiga con

quien hablar. Soltó una risita. No podía recordar cuántas veces había sido ella la

que escuchaba en aquellos casos. Le emoción, el sufrimiento, las angustias. A veces

había sentido envidia y otras veces se había alegrado de no complicarse la vida.

Pero siempre había ofrecido sus consejos y su apoyo.

Y aunque pareciera extraño, no era capaz de hacer lo mismo por ella misma.

Sólo podía pensar en cómo se desbocaba su corazón cuando Stephen la

acariciaba. En cómo la recorrían el pánico y la emoción cada vez que él la miraba.

Cuando estaba con él, todos sus sentimientos y fantasías parecían razonables.

Cuando estaba con él, podía creer en el destino y en que estaban hechos el uno para el otro.

La atracción y la pasión no bastaban. Sin embargo, no había otra explicación

para aquel sentimiento de estar haciendo lo adecuado que experimentaba a su

lado. Ella no era la mujer de mundo que aparentaba ser. Seguía siendo Rebecca

Malone a pesar de todas las cadenas que había roto. ¿Qué pensaría él cuando le

contara lo convencional y tediosa que había sido su vida?

¿Cómo y cuándo iba a reunir el coraje necesario para decírselo?

Se prometió a sí misma que en unos pocos días

más estaría preparada.

Esperar era egoísta y quizá hasta peligroso, pero necesitaba unos pocos días más.

Volvió al hotel a media tarde. Sin importarle lo que pensarán de ella, fue

directamente a la habitación de Stephen. No podía esperar más para verle y

contarle todo lo que había visto, para enseñarle todo lo que había comprado. Su

sonrisa se apagó un poco cuando la secretaria de Stephen abrió la puerta.

—¿Señorita Malone? Por favor, pase y tome asiento.

—No quisiera interrumpir —dijo Rebecca sintiéndose ridícula.

—De ningún modo. ¿Acaba de llegar?

—Sí, yo...

Rebecca se dio cuenta de que su piel estaba húmeda y que tenía el pelo

desordenado. Al contrario que Elana, que iba impecable.

—En realidad, debería irme.

—Por favor —dijo Elana ofreciéndole una silla—.

Deje que le prepare un

refresco.

Elana comenzó a preparar la bebida mientras se sonreía. Había esperado que

la misteriosa dama de Stephen fuera despampanante, tranquila y muy dueña de sí.

Le complacía mucho descubrir que Rebecca se sentía un poco insegura y que

estaba claramente enamorada.

—¿Ha disfrutado de su primera mañana en Atenas?

—Mucho —dijo ella aceptando un zumo helado.

Estaba intentando relajarse cuando se dio cuenta de que sentía celos.

Sonrojándose, pensó de repente que nunca había experimentado ese sentimiento.

Pero viendo a Elana contestar el teléfono, se preguntó quién no tendría celos de ella.

La griega era espléndida, eficiente y con un gran dominio de sí misma. Y por

encima de todo, mantenía una relación con Stephen de la que Rebecca no sabía

nada. Se preguntaba desde cuándo se conocerían y hasta qué extremo.

—Stephen está terminando un negocio —dijo Elana colgando el teléfono y

sirviéndose algo de beber—. ¿Qué opina de Atenas?

—Es encantadora —dijo Rebecca deseando haber tenido tiempo de retocarse

el peinado y el maquillaje—. No estaba muy segura de lo que esperaba encon-

trarme, pero esto lo supera con creces.

—Para los europeos es Oriente y para los orientales Occidente —Elana se

acomodó en su asiento notando con sorpresa que había algo en Rebecca Malone

que le gustaba mucho—. Atenas es Grecia, pero

antes que nada es Atenas misma.

A Stephen le ocurre algo parecido.

—¿Hace mucho que trabaja para él?

—Cinco años.

—Debe de conocerle muy bien.

—Mejor que la mayoría. Es exigente y generoso como jefe y un hombre muy

interesante. Por suerte, me gusta mi trabajo y me encanta viajar.

Rebecca se sacudió una mancha de polvo que había en sus pantalones.

—Nunca me había imaginado que la agricultura implicara tantos viajes. No

sabía lo que significaba la producción olivarera.

Elana alzó las cejas sorprendida.

—Stephen siempre hace las cosas a fondo — comentó.

Elana sonrió satisfecha. Hasta entonces no había estado segura de si la

americana se sentía atraída por Stephen ó por su posición.

—¿Le ha dicho Stephen algo sobre la cena de esta noche? —preguntó Elana.

—Me ha dicho que iba a haber una pequeña fiesta en el hotel. Una cena de

negocios.

—Los hombres se toman esas cosas más a la ligera que las mujeres —dijo

Elana dirigiéndole una sonrisa sinceramente amistosa—. Puede que sea una fiesta

pequeña, pero también extravagante.

Vio que Rebecca se llevaba automáticamente la mano a la cabeza.

—Si necesita algo, un vestido, ir al salón de belleza, el hotel tiene todos esos servicios.

Rebecca pensó en el conjunto informal que había metido en la maleta antes de su impulsivo viaje a Atenas.

—Necesito de todo.

Elena se levantó con una sonrisa de comprensión,

—Haré algunas llamadas por usted.

—Gracias, pero no quisiera distraerla de su trabajo.

—Parte de mi trabajo es procurar que usted se sienta cómoda.

Las dos se volvieron al mismo tiempo cuando la puerta se abrió.

—Stephen, ¿ves como no se había escapado? — dijo Elana cogiendo su vaso

mientras se retiraba para dejarlos a solas.

—Has estado fuera mucho tiempo.

No le gustaba admitir que había empezado a mirar el reloj y a preocuparse,

imaginando que algo podría haberla sucedido. Había empezado a preguntarse si

ella iba a desaparecer de su vida con la misma rapidez con que se había presentado

en ella.

—Creo que me quedé embelesada mientras exploraba la ciudad.

Rebecca iba a levantarse cuando Stephen tiró de ella hacia sí buscando su boca.

La desesperación de Stephen la sacudió violentamente. Su avidez la sentía

como propia. Sin dudarlo un instante se abrazó a él aceptando su beso, mientras

murmuraba algo incoherente que luchaba por salir de su garganta.

Stephen pensó que no era normal quererla de aquella manera. No había

podido dejar de pensar en ella en toda la mañana. Quería abrazarla, besarla, estar

con ella. Había comenzado a temer lo que su vida

sería sin ella.

Pero eso no iba a suceder. Rozó sus labios con los dientes y ella le ofreció su

boca. No iba a permitir que eso sucediera. Le pertenecía y no importaba de dónde

procedía ni hacia dónde se dirigía. Y empezaba a enfrentarse al hecho de que él

también le pertenecía a Rebecca.

Pero Stephen necesitaba un poco de cordura, un poco de lógica. Luchando

consigo mismo, se apartó de ella. Rebecca tenía los ojos cerrados y los labios

entreabiertos. Un suspiro apasionado salió de ellos cuando abrió los párpados.

Respiró hondo y luego exhaló el aire lentamente.

—Creo que debería ir a pasear más a menudo —
pronunció ella.

Poco a poco Rebecca se dio cuenta de la fuerza
con que la sujetaba, como si

tuviera miedo de que fuera a desaparecer. Él lo
notó y aflojó la presión.

—Hubiera preferido acompañarte.

—Estabas ocupado. Te hubieras aburrido mirando
todas las tiendas y

contemplando todas las columnas.

—No —dijo él. Si había algo de lo que estaba
seguro era de que Rebecca

nunca le aburriría—. Pero me hubiera gustado ver
de cerca tu primera impresión

sobre Atenas.

—Ha sido como volver a un lugar familiar. Nunca tengo bastante, no me

canso de pasear. No se parece a ningún otro lugar que haya conocido antes. En la

Acrópolis ni siquiera tomé fotos porque sabía que no podrían captar el espíritu de

aquel lugar. Luego anduve por las calles y vi a los ancianos con esos

Kom..kon-bou —dijo intentando pronunciar la palabra en griego.

—Kombouloi —le ayudó Stephen—. Rosarios.

—Sí. Me imaginé como pueden pasarse la vida sentados a la sombra de los

portales con los rosarios en la mano y viendo pasar los años. Ví las tiendas llenas

de oropes y esas horribles copias en escayola.

Él sonrió mientras se sentaban.

—¿Cuántas de esas horribles copias has comprado?

—Nada más que tres o cuatro —dijo mientras revolvía en las bolsas que

llevaba—. Te he traído un regalo.

—Una estatua de escayola de Atenas.

—Casi, casi. Descubrí una pequeña tienda de antigüedades en el barrio viejo.

Era oscura, polvorienta e irresistible. El dueño sabía unas cuantas frases en inglés y

yo tenía mi libro de griego. Después de hacernos un lío tremendo, conseguí

comprar esto.

Sacó una pipa de porcelana decorada con cabras

salvajes. Tenía un cuerpo

largo de madera suave y en la punta una boquilla de latón.

—Me recordó a las cabras que vimos en Corfú. Pensé que podría gustarte,

aunque nunca te he visto fumar en pipa.

Él se rió y la miró mientras sopesaba el regalo.

—No. O por lo menos no de esta clase.

—Es más decorativa que funcional. El dueño de la tienda no pudo contarme

mucho sobre ella porque no nos entendíamos. Yo nunca había visto algo parecido.

—Me alegra oírlo.

Cuando ella le miró con expresión perpleja, él se inclinó para darle un beso en

los labios.

—Amor mío, es una pipa de hashish.

—¿Cómo? —dijo mirándola primero con sorpresa y después con

fascinación—. ¿De verdad? Quiero decir, que si la gente la usaba realmente.

—Sin lugar a dudas. Y bastante, ya que por lo menos tiene más de ciento

cincuenta años.

—Ya me imagino —comentó ella mientras imaginaba oscuras covachas llenas

de humo—. Supongo que no es un recuerdo muy acertado.

—Por el contrario. Siempre que la vea, me acordaré de ti.

Rebecca le miró a los ojos sin acabar de convencerse, pero había una chispa

de diversión en ellos que la hizo sonreír.

—Debería haberte traído la estatua de escayola.

Él la cogió de las manos y se levantaron.

—Me halaga que me hayas traído un regalo. Quiero estar contigo, Rebecca.

Horas, días. Hay muchas cosas que necesito saber de ti.

Cuando ella bajó su mirada, Stephen, poniéndole un dedo bajo la barbilla, la

hizo levantar la cabeza.

—¿Qué son todos esos secretos?

—Nada que pueda interesarte.

—Te equivocas. Mañana quiero averiguar lo que necesito saber.

Stephen vio un destello de inseguridad en sus ojos. Pensó que debía tratarse

de otro hombre y no pudo reprimir un incómodo acceso de celos. Al infierno con

ellos.

—No quiero más evasivas. Te quiero, lo quiero todo de ti. ¿Me entiendes?

—Sí, pero...

—Mañana. Ahora debo atender unos negocios que no admiten demora.

Pasaré a recogerte a las siete.

—Muy bien.

Rebecca pensó que hasta el día siguiente tenía

tiempo para decidir lo que le

iba a decir. Pero por medio estaba la noche de la fiesta y ella se convertiría enton-

ces en todo lo que había deseado ser siempre, en todo lo que Stephen quería que

fuera.

—Será mejor que me vaya —dijo antes de que pudiera tocarla otra vez.

Recogió sus bolsas y se dirigió hacia la puerta. Allí se dio la vuelta para mirarle.

Estaba en el centro de la habitación, seguro de quién era y qué era, cómodo en

medio del bienestar que le rodeaba.

—Stephen. Quizá te desengañes cuando lo averigües.

Salió rápidamente. Stephen la miró irse con el ceño fruncido.

Siete

Estaba muy nerviosa. Cada vez que Rebecca se miraba en el espejo, se

preguntaba quién era aquella mujer que le devolvía la mirada. No era una

desconocida, pero sí una Rebecca Malone muy diferente.

Tal vez se tratase del nuevo peinado. Sus cabellos enortijados le enmarcaban

el rostro. O quizá se tratara del vestido, un derroche de aguamarina que dejaba sus

hombros al descubierto. No, había algo más, algo más que la habilidad de

peluqueros, maquilladores y ropas elegantes. Eran

sus ojos. La mujer que la miraba

desde el espejo era una mujer enamorada.

Rebecca se preguntaba qué iba a hacer, qué podía hacer. Todavía era lo

suficientemente práctica como para admitir que algunas cosas no cambiaban

nunca. Pero la pregunta era si era lo bastante orgullosa o lo bastante fuerte como

para elegir lo que deseaba y aceptar las consecuencias.

Cuando escuchó que llamaban a la puerta, recogió el pequeño e inútil bolso

de noche y suspiró profundamente. Todo había sucedido muy rápido. Al volver de

la suite de Stephen, le había llegado un mensaje de Elana. Era una lista detallada

de masajes, maquillajes, salón de belleza y el nombre del director de la boutique

más lujosa del hotel. No había tenido tiempo de pensar en la noche con Stephen. Y

mucho menos en el día siguiente.

Decidió que quizá había sido mejor así y abrió la puerta. Parecía una sirena

con el pelo acaracolado y el vestido del color del mar. Stephen recordó haber pen-

sado que ella no era exactamente bella, pero en aquel momento estaba

completamente seguro de que no había visto, ni volvería a ver, una mujer tan

excitante.

—Estás asombrosa, Rebecca —le cogió la mano atrayéndola hacia sí.

—¿Por qué? ¿Porque estoy arreglada a tiempo?

—Porque nunca eres lo que espero que seas, pero siempre eres lo que deseo.

Le besó la mano. Rebecca se quedó callada mientras él cerraba la puerta y la

llevaba del brazo hasta el ascensor. Ella pensó que parecía un hombre diferente del

que había conocido, cuando vestía con una elegancia casual. Aquella noche había

una formalidad, una sofisticación que ella sentía bajo la aparente facilidad con que

llevaba su smoking.

—Estás tan hermosa que me parece una vergüenza malgastar la noche en una

cena de negocios.

—Esperaba que me presentaras a algunos de tus amigos.

—Asociados —la corrigió con una sonrisa extraña—. Cuando has sido pobre

y no tienes intención de volver a serlo, es muy raro hacer amigos en el mundo de

los negocios.

Rebecca frunció el ceño. Esa era una parte de él que ella desconocía. Al

mirarle, se dio cuenta que era implacable, pero lo aceptó. Un hombre como él ten-

dría que ser implacable con lo que le pertenecía.

—¿Y has hecho enemigos?

—En los negocios se aplica la misma regla a los amigos y a los enemigos. Mi

padre me enseñó algo más que a pescar. También me enseñó que para tener éxito

es necesario saber hasta dónde puedes confiar en ti mismo y en los demás.

—Yo no he sido pobre, pero me imagino que debe de ser terrible.

—No, te da fuerzas —dijo cogiéndole de la mano cuando se abrió la puerta

del ascensor—. Pertenece a ambientes, diferentes, pero afortunadamente he-

mos llegado a coincidir en el mismo lugar.

Había hablado de confianza. Rebecca descubrió que quería contárselo todo,

decirle que no sabía nada de las fiestas elegantes y de las vidas exóticas. Ella era un

fraude y cuando él lo averiguara, se reiría de ella y

la apartaría a un lado. Pero

Rebecca quería que él lo supiera.

—Stephen, quiero que sepas...

—Stephen, otra vez nos has dejado en ridículo al elegir a tu acompañante.

—¡Dimitri!

Rebecca se detuvo al borde de su confesión. El hombre que había hablado era

atractivo. Sus cabellos plateados contrastaban con su tez bronceada, surcada por

medio siglo de sol. Llevaba un bigote que caía majestuoso sobre sus dientes

blancos.

—Has sido muy amable al invitarnos esta noche, pero aún lo serías más si nos

presentaras a tu encantadora acompañante.

—Rebecca Malone, Dimitri Petrópolis.

Un diamante resplandecía en la mano que cogió la de Rebecca.

—Es un placer. Atenas es una colmena de rumores sobre la mujer que ha

venido con Stephen.

Ella estaba segura de que se trataba de una broma.

—Entonces Atenas debe de necesitar noticias con desesperación —replicó

Rebecca sonriendo.

Dimitri se quedó un momento sorprendido y luego sonrió.

—No me cabe duda de que usted se las proporcionará en abundancia.

Stephen cogió del brazo a Rebecca. La mirada que le lanzó a Dimitri fue

rápida y contundente. Habían competido por la posesión de la tierra, pero no había

competición posible sobre ella.

—Si nos excusas, Dimitri, me gustaría invitar a Rebecca a champán.

—Por supuesto.

Con gesto divertido, Dimitri se atusó el bigote mientras los contemplaba

alejarse.

Rebecca no sabía que una pequeña cena de negocios significaba por lo menos

cien invitados. Esperaba no estropear la fiesta mostrándose tímida y torpe y

haciendo el ridículo. En el pasado, siempre que se había visto envuelta por una

multitud, había buscado el rincón más idóneo para pasar desapercibida. Pero

aquella noche se prometió a sí misma que no ocurriría nada parecido.

«Quizá fuera la nueva Rebecca Malone», pensó.

Escuchaba discutir de negocios constantemente y por todos los lugares del

salón. La mayoría de las discusiones versaban sobre hoteles y urbanizaciones. Le

pareció extraño que la mayoría de los invitados hablaran de negocios inmobiliarios

en vez de olivares.

—Pareces muy complacida de ti misma —le susurró Stephen en el oído.

—Sí. Hay mucha gente interesante.

Lo que él no podía saber era que ella se sentía complacida por encontrarse

cómoda en una fiesta de desconocidos.

—¡Interesante! —dijo pasando un dedo por sus rizos—. Pensé que ibas a

encontrarla aburrida.

—De ningún modo. —¿Tanto te gustan las fiestas?

—A veces. Me gusta ésta

porque tengo la oportunidad de conocer a tus socios.

Stephen recorrió el salón con la mirada, evaluando los gestos y los murmullos

apagados.

—Van a estar semanas enteras hablando de ti. --

Ella contestó riendo. Dio una

vuelta en redondo lentamente. En torno suyo estaban los ricos y los poderosos. Las

joyas refulgían y el oro brillaba. Le agradó comprobar que ella podía hablar de

algo más que de deducciones fiscales y evasiones de impuestos.

—No puedo creer que tengan tan poca cosa en la cabeza.

Contempló el salón de baile con sus paredes color crema y sus suelos

resplandecientes, los artísticos candelabros en las paredes y los grandes árboles

ornamentales en macetones de cobre. Las mesas estaban arreglabas para dar una

sensación de intimidad, cubiertas con mantelerías

de color marfil y largas velas.

—Es un hotel muy bonito —comentó—. Todo va como una seda. No sé si

quedarme con él o con Corfú. —Gracias.

Cuando Rebecca le hizo ver que no comprendía, él se lo explicó.

—Los dos son míos.

—¿Qué?

—Que son mis hoteles —dijo él guiándola hacia la mesa.

Durante los primeros quince minutos de la cena, Rebecca hablaba sin tener ni

idea de lo que decía. Había ocho comensales en la mesa de Stephen, incluyendo a

Dimitri que había cambiado las tarjetas para poder

sentarse a su lado. Después de

juguetear con el entrante de marisco y conversar sobre frivolidades, se preguntó si

podía hacer todavía más el ridículo.

Él no era simplemente un hombre rico. Rebecca todavía sabía bastante de

contabilidad para saber que si un hombre poseía lo que Stephen, es que era bastan-

te más que rico.

¿Qué pensaría de ella cuando descubriese su origen? ¿Confianza? ¿Cómo

podía esperar que confiara en ella? Tragó sin saborear y se las arregló para sonreír.

¿Pensaría que era un cazafortunas y que se había propuesto atraparle?

No, aquello era ridículo.

Se obligó a levantar la vista para descubrir que Stephen la miraba fijamente.

Deseaba que él fuera un hombre corriente. ¿Por qué había tenido que

enamorarse de alguien tan fuera de su alcance?

—¿Nos has abandonado?

Rebecca se echó hacia atrás sorprendida y vio que Dimitri le estaba

sonriendo. Se sonrojó al descubrir que habían servido otro plato mientras ella

estaba en las nubes.

—Lo siento —dijo y con un esfuerzo empezó a jugar con la ensalada.

—Una mujer hermosa no necesita disculparse por

haberse sumido en sus

propios pensamientos —dijo Dimitri palmeándole la mano.

Dimitri vio que Stephen le miraba sombríamente y sonrió. Si no le gustara

tanto aquel muchacho, no le divertiría tanto enfurecerle.

—Stephen, cuéntanos cómo os conocisteis.

—Nos conocimos en Corfú.

—¡Ah! Noches dulces y días soleados. ¿Está usted de vacaciones? —le

preguntó a Rebecca.

—Sí —dijo ella esforzándose en sonreír—. Stephen ha sido muy amable al

enseñarme la isla.

—Él conoce bien Corfú y otras muchas islas de nuestro país. Tiene el espíritu de un gitano.

Ella ya se había dado cuenta. Era parte de su atractivo. Pero... ¿no había algo de gitana en ella misma?

—¿Le conoce desde hace mucho? —le preguntó Rebecca a Dimitri.

—Mantenemos unas relaciones de negocios prolongadas. Podíamos decir que somos rivales amistosos. Cuando Stephen era poco más que un adolescente, acumuló una impresionante extensión de propiedades. Como puede ver, lo supo aprovechar. Creo que posee dos hoteles en su país.

¿Dos más? Rebecca bebió un largo trago de vino.

—Yo me preguntaba si no serían viejos amigos que se conocían de América

—comentó Dimitri.

—No. Sólo hace unos pocos días que nos conocemos.

El camarero retiró la ensalada y sirvió moussaka.

—Como siempre, Stephen actúa rápido y con estilo. ¿De qué parte de

América es usted? —dijo Dimitri volviéndole a coger la mano más que divertido

ante la expresión cada vez más adusta de Stephen.

—De Filadelfia —dijo ella mientras se proponía relajarse—. Está al noroeste.

A Stephen le irritaba ver cómo Rebecca

coqueteaba con otro hombre.

Observaba que ella casi no probaba la comida y sin embargo regalaba todo el

tiempo a Dimitri con tímidas sonrisas. Ni una sola vez se había apartado cuando

Dimitri se inclinaba hacia ella. Desde su lugar podía captar su aroma

enloquecedor. Podía oír su risa tranquila mientras Dimitri le murmuraba algo al

oído.

Luego se levantaron cogidos de la mano y se pusieron a bailar una melodía

romántica.

Stephen luchaba contra sus celos mientras el vestido de Rebecca ondulaba y

giraba bajo las luces. Tenía la cara cerca de la de Dimitri. Él sabía lo que era tenerla

tan cerca, respirar el aroma de su piel. Stephen sabía lo que era sentir el cuerpo de

ella contra el suyo, la pasión que desencadenaba.

Muchas veces había firmado para poseer una tierra, pero nunca una mujer.

No creía en ello. Pero sólo un idiota se quedaría con los brazos cruzados y dejaría

que otro hombre disfrutara de lo que era suyo. Maldijo por lo bajo y se levantó.

Fue hasta la pista de baile y dejó caer una mano sobre el hombro de Dimitri.

—¡Ah, bien! —dijo el otro apartándose con un suspiro—. Nos veremos luego.

Antes de que Rebecca pudiera responder, la cogió

entre sus brazos. Ella

suspiró relajada mientras seguía al ritmo de la melodía. Se decía a sí misma que

quizá todo fuera un sueño, cerrando los ojos y dejándose llevar por la música. Pero

se propuso disfrutar de cada minuto antes de que llegara el momento de despertar.

Stephen pensó que ella parecía fundirse contra su cuerpo. Le acariciaba el

pelo suavemente mientras apoyaba su mejilla contra la de él. Se dio cuenta de que

Rebecca no había bailado de la misma manera con Dimitri y se maldijo a sí mismo.

Estaba haciendo el tonto, pero no podía evitarlo. Y si siempre había tenido que

luchar por todo lo que tenía, ¿por qué con aquella

mujer iba a ser diferente?

Deseaba sacarla a rastras de aquel lugar y buscar un rincón oscuro y tranquilo

para poder amarla.

—¿Te diviertes?

—Sí, mucho.

Rebecca no quería pensar en lo que era él. La noche pasaría pronto y luego

habría que encarar el día de mañana. Pero mientras sonaba la música y ella la

escuchaba entre sus brazos, sólo quería pensar en lo mucho que significaba para

ella.

El tono ensoñador de la voz de Rebecca estuvo a punto de hacer que él se

derritiera.

—Parece que Dimitri ha sabido entretenerte.

—¡Hum! Es un hombre simpático.

—No has protestado por cambiar de sus brazos a los míos.

Algo en el tono de sus palabras arruinó de repente el placer que invadía a

Rebecca. Cuidadosamente, levantó la cabeza para poder mirarlo.

—Creo que no sé a lo que te refieres.

—A mí me parece que sí.

Ella sintió ganas de reír, pero no había humor en los ojos de Stephen. A

Rebecca se le encogió el estómago, como siempre que la ocurría cuando tenía que

enfrentarse a un conflicto.

—Si lo sé, entonces tendré que pensar que te estás comportando de manera

ridícula. Quizá sea mejor que volvamos a la mesa.

—Así podrás estar con él —mientras pronunciaba aquellas palabras, Stephen

se dio cuenta de que eran absurdas y ridículas.

Ella intentó controlarse para dominar la furia que la invadía.

—No creo que sea el lugar más apropiado para esta clase de discusión.

—Tienes toda la razón.

Tan furioso consigo mismo como con ella, Stephen la sacó de allí.

Ocho

—¡Para! —gritó Rebecca que ya se había repuesto de la primera impresión—.

¿Qué te pasa?

—Te estoy llevando a un lugar más adecuado para nuestra discusión.

La empujó al interior de un ascensor y pulsó el botón correspondiente a su piso.

—Pero tienes invitados —comenzó ella, pero él le lanzó una mirada que la

hizo sentir como una estúpida. Recuperando la dignidad, se irguió—. Prefiero que

me pregunten si quiero marcharme antes de que me arrastren como si fuera una

mula de carga.

Rebecca escapó de Stephen y salió corriendo en cuanto se abrió la puerta del

ascensor con la intención de meterse en su suite y cerrarle la puerta en las narices.

Pero él, en dos zancadas, la alcanzó de nuevo. Rebecca se encontró conducida sin

demasiados miramientos a la suite de Stephen.

—No quiero hablar contigo —dijo, temiendo que sus dientes empezaran a

castañetear en cualquier momento.

No sabía discutir ni siquiera en mejores circunstancias que aquéllas, y frente a

la ira de Stephen llevaba todas las de perder.

Él no dijo nada. Aflojó su corbata y se desabotonó la camisa. Fue al bar y

sirvió dos copas de brandy. Se estaba comportando de una manera irracional y era

consciente de ello, pero no podía hacer nada para evitarlo. Aquello era algo nuevo;

sin embargo, estaba acostumbrado a sentir emociones nuevas desde la llegada de

Rebecca.

Le ofreció una copa a Rebecca y al mirarla quiso gritar, suplicar, pedir. El

resultado fue que cuando habló, su voz fue cortante y dura.

—Has venido a Atenas conmigo, no con Dimitri o con cualquier otro hombre.

Ella no tocó el brandy. Estaba segura de que se le caería de tanto que le

temblaban las manos.

—¿Es una costumbre griega? —preguntó con una calma que la sorprendió y

reforzó su confianza en sí misma—. ¿Se le prohíbe a las mujeres hablar con otro

hombre?

—¿Hablar?

Stephen todavía podía ver a Dimitri inclinar su cabeza sobre la de Rebecca.

Dimitri que era diestro y educado, que tenía un pasado parecido al que creía que

tenía Rebecca, una familia adinerada, una infancia privilegiada y tranquila, lo

mejor de la sociedad.

—¿Dejas que todo el que hable contigo te abrace, te toque?

Ella no se sonrojó. Al contrario, se puso pálida.
Temblaba, pero no de temor,

sino de furia.

—Lo que yo haga y con quién es asunto mío. ¿Me oyes? ¡Mío!

Deliberadamente él alzó su copa y bebió.

—No.

—Si piensas que porque he venido aquí contigo puedes darme órdenes, estás

muy equivocado. Yo soy dueña de mí misma. No soy propiedad de nadie, ni de ti,

ni de nadie. No recibiré órdenes, ni admitiré presiones de ningún tipo.

Se dio la vuelta para marcharse y él la volvió a alcanzar con rapidez

sujetándole los brazos con ambas manos.

—No vas a volver con él.

—No podrías detenerme si fuera eso lo que quisiera hacer en este momento

—dijo desafiante—. Pero no tengo intención de volver con Dimitri ni con nadie—

dio un tirón para liberarse—. Eres un idiota. ¿Por qué habría de querer estar con él

si eres tú al que quiero?

Se quedó quieta, con la boca abierta. Abrumada por la humillación y la furia,

se dio la vuelta. Al instante, se debatía en los brazos de Stephen.

—¡Déjame! ¡Oh, dios! ¡Déjame!

—¿No pensarás que te voy a dejar ir ahora?

Le apartó el pelo de la cara y sus ojos se encontraron. Rebecca vio en ellos el triunfo y el deseo.

—Siento como si hubiera estado esperando durante toda mi vida oírte decir esas palabras.

Stephen dejó caer una lluvia de besos sobre el rostro de Rebecca hasta que ella dejó de oponerle resistencia.

—Me vuelves loco —murmuró Stephen—. Quiero estar contigo.

—Por favor, necesito pensar.

Rebecca sentía girar luces y colores en su cabeza.

—No. Pídeme lo que sea excepto más tiempo. ¿Crees que me pasa esto con

todas las mujeres?

—No lo sé —dijo gimiendo mientras Stephen le besaba la garganta. Algo

salvaje y terrorífico le recorría las entrañas—. No te conozco y tú no me conoces

tampoco.

—Yo sí —dijo él apartándose lo suficiente para mirarla a la cara—. Desde el

primer momento en que te vi, comprendí que te conocía, te necesitaba, te quería.

Rebecca sabía que era verdad, pero negó con la cabeza.

—No es posible.

—Te he querido antes, Rebecca, casi tanto como te quiero ahora.

Stephen sintió que ella se quedaba quieta. De nuevo el color abandonó su

rostro, pero seguía mirándole a los ojos.

—No quiero oírte decir que no es real, que no estás seguro —replicó Rebecca.

—¿No lo sentiste la primera vez que te besé?

Cuando Stephen vio que ella asentía con su expresión, la abrazó más

estrechamente; sentía correr su corazón desbocado para igualar el ritmo del suyo.

—De alguna manera, yo he vuelto a ti y tú a mí. No hay más que hablar —y

antes de que ella pudiera responder, añadió—. Te necesito esta noche.

Era verdad. Rebecca comprobó la certeza de su aserto cuando sus bocas se

juntaron. Y si no era correcto abandonarse al deseo, pagaría el precio que hiciera

falta. Ya no podía seguir negándolo.

No hubo ternura en aquel abrazo. Fue como un hambre prolongada que al fin

se sacia. Ella dio más de lo que imaginaba tener. Su boca era tan ávida como la de

él, sus murmullos igual de desesperados. Sus manos no temblaban al recorrer su

cuerpo; acariciaban, presionaban, pedían. Codiciosa, le quitó la chaqueta.

Sí, Stephen había vuelto a ella. Si era una locura creerlo, iba a estar loca por

una noche.

El sabor de Rebecca hacía que la cabeza de Stephen diera vueltas y que le

hirviera la sangre. Le mordisqueó el labio y luego succionó hasta que oyó su

gemido. Aquella noche la quería desesperadamente. Algo fiero dentro de él exigía

una Rebecca débil e indefensa. Cuando ella se abandonó entre sus brazos, él cubrió

su boca con los labios y empujó con su lengua. Su respuesta le desgarró, dulce,

vulnerable y luego súbitamente ardiente.

Rebecca había dejado caer las manos. Volvió a levantarlas para penetrar

dentro de su camisa, para correr debajo de ella por su piel cálida. Sólo podía

pensar en lo bien que se sentía cuando lo acariciaba, cuando se apretaba contra él y

esperaba a que encendiera nuevos fuegos en sus

entrañas.

Stephen lanzó un juramento y la cogió en brazos para llevarla a la habitación.

La delicada luz de la luna arrojaba sombras sesgadas sobre la cama, como en

un sueño. Pero la vibración de su pulso le dijo a Rebecca que no se trataba de un

sueño. Había un olor a jazmín proveniente de un florero junto a la cama. Era un

perfume que siempre recordaría, como recordaría lo profundos y oscuros que eran

aquella noche los ojos de Stephen.

Anhelantes y desesperados, cayeron en la cama.

Stephen quería tener cuidado con ella. Parecía pequeña y frágil. Quería

demostrarle lo mucho que llenaba su corazón. Pero su cuerpo ardía y Rebecca se

movía como un torbellino debajo de él.

Los labios de Stephen estaban en todas partes haciéndola temblar y

retorcerse. Unos deseos que nunca había conocido nacían en su interior y se

apoderaban de ella. Ella los obedecía en pleno delirio y buscaba más.

Rodaron sobre la cama en una batalla apasionada que culminaría con dos

vencedores, acariciando, tomando, descubriendo. Él le quitó el vestido con

impaciencia y gimió cuando descubrió sus senos con las manos, con los labios. El

deseo llegó a ser absoluto cuando sintió que ella

se encumbraba. Su cuerpo ardía

como un horno, caliente y fuerte. Las sensaciones que la traspasaban la dejaban sin

aliento. Se debatía gimiendo debajo de su cuerpo, abierta a cualquier demanda que

Stephen pudiera hacer, anhelando cualquier nuevo descubrimiento que tuviera

que ofrecerle.

Al fin conocía lo que era amar, y ser amada, ser deseada más allá de la razón.

Se abrazó a él en su desnudez sumida en el poder y la debilidad, en la gloria y el

terror.

Stephen cabalgaba sobre ella como si de antemano supiera lo que le iba a

hacer temblar, lo que le haría jadear de placer.
Nunca antes había conocido a nadie

de esa manera ni nunca había estado tan en sintonía
con alguien.

Rebecca le hacía sentir como un dios. La
acariciaba y su piel vibraba bajo su

mano. Ella estaba húmeda, ardiente y expectante.
Parecía explotar debajo de Step-

hen, perdida en el placer, ahogada en la pasión.
Ninguna otra mujer le había

llevado tan al borde de la locura. Ella echó hacia
atrás la cabeza mientras hundía

los dedos en las sábanas.

Con su nombre en los labios, entró en ella. Dejó
de respirar al tiempo que su

mente giraba. Rebecca lanzó un grito de dolor y de

alivio que levantó ecos en su

cabeza y que les llevó a los dos un sentimiento de triunfo y de culpa. El cuerpo de

Stephen estaba rígido mientras luchaba por desandar su camino. Entonces ella

pareció cerrarse en torno a él con el cuerpo, con el corazón, con el alma. Tan

desvalido como ella, cruzó la línea de la locura llevando a Rebecca consigo.

Nueve

El reflujó de la pasión la atormentaba. Yacía aturdida y confusa en la

penumbra de la habitación. Nada la había preparado para aquello. Nadie le había

advertido que el placer podía llegar a ser tan inmenso. Si lo hubiera sabido...

Rebecca cerró los ojos y estuvo a punto de echarse a reír. Si lo hubiera sabido, haría

años que hubiera revuelto el mundo buscando a Stephen.

Sólo a él. Exhaló un suspiro de calma. Sólo a él.

Stephen se estaba maldiciendo a sí mismo lentamente, obstinadamente.

Rebecca era inocente, fresca y virgen como la primavera y él la había usado, la

había herido.

Enfadado consigo mismo, se sentó y buscó un puro. Pero necesitaba algo más

fuerte, necesitaba beber, aunque no confiaba que sus piernas le sostuvieran.

El chasquido de su encendedor sonó como un cañonazo. Por un instante, su

rostro, endurecido por la ira y el remordimiento, quedó iluminado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Rebecca aún flotaba en un océano de placer y parpadeó.

---¿Qué?

—Maldita sea, Rebecca. ¿Por qué no me habías dicho que nunca habías

estado con un hombre? ¿Que yo era el primero?

Su voz tenía un tono acusatorio. Ella se dio cuenta de que estaba desnuda.

Sus mejillas se encendieron mientras buscaba la sábana para cubrirse. Un momento

antes había experimentado la gloria; en aquel momento sólo sentía vergüenza.

—No pensé en eso.

—¿No crees que tenía derecho a saberlo? ¿O te parece que esto hubiera

ocurrido si yo lo hubiese sabido?

Era verdad que no lo había pensado. No le había importado. Él era el

primero, el último y el único. Pero en aquel momento pensaba que un hombre

como él quizá no hubiera querido hacer el amor con una mujer inexperta.

—Lo siento. Me dijiste que me amabas, que me deseabas. El resto me pareció

poco importante —gritó sin poder dominarse.

Rebecca había gritado. Él había detectado la conmoción y el dolor en su voz.

Sí, necesitaba beber algo.

—Pues sí que importa —dijo mientras se levantaba para dirigirse a la otra

habitación. A solas, Rebecca dejó escapar un suspiro mientras no dejaba de

temblar. Claro que importaba. Sólo una tonta podía haber pensado lo contrario. Él

había pensado que estaba tratando con una mujer experimentada y madura que

conocía las reglas del juego. Las palabras como «amor», «anhelo» y «deseo» eran

intercambiables. Había dicho que la quería, pero tanto amor resultaba al final algo

solamente físico.

Rebecca había hecho el ridículo y le había enfadado. Y todo porque había

empezado una relación que estaba basada en ilusiones.

Pero había corrido un riesgo conscientemente. Se levantó de la cama

dispuesta a pagar el precio.

Stephen ya estaba más calmado cuando volvió al dormitorio, aunque la ira

todavía se agitaba en su interior. Pensó que lo que tenía que hacer en primer lugar

era demostrarle cómo tenía que haber sido, cómo podía ser. Luego tendrían que

hablar, racional y coherentemente.

—Rebecca... —empezó a decir, pero cuando miró a la cama estaba vacía.

Ella se había envuelto en un albornoz y estaba haciendo las maletas cuando

escuchó que llamaban a la puerta. Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas para

continuar su frenética tarea. No iba a abrirle para ser humillada de nuevo.

—Rebecca, esto es ridículo. Abre la puerta.

De nuevo Stephen había perdido la calma. Golpeaba furioso la puerta

mientras maldecía.

Ignorándolo, Rebecca recogía botes y frascos para meterlos de cualquier

manera en su bolso de viaje. Se repetía a sí misma que Stephen acabaría yéndose,

pero no se daba cuenta de que había empezado a llorar. Después tomaría un taxi al

aeropuerto para coger el primer avión que saliese.

El sonido de la madera hecha astillas hizo que corriera hacia el salón a tiempo

de ver cómo Stephen abatía la puerta.

Pensaba que ya le había visto furioso antes, pero se había equivocado. En

aquel momento lo veía en su cara. No acertó a decir nada mientras contemplaba

tan pronto a Stephen como a la puerta hecha astillas.

Elana apareció corriendo mientras se intentaba anudar el cinturón de su

albornoz.

—¿Qué pasa aquí?

Stephen se volvió hacia ella y le dijo algo en un griego áspero y tajante. Elana

abrió mucho los ojos y miró a Rebecca con una expresión mezcla de compasión y

de envidia, antes de retirarse ante el gesto imperativo de Stephen.

—¿Crees que lo vas a arreglar todo alejándote de mí? —preguntó él, cerrando

lo que quedaba de la puerta.

—Quiero... —dijo ella llevándose una mano a la garganta como si quisiera

obligarse a pronunciar las palabras—. Quiero estar sola.

—Al infierno lo que tú quieres.

Dio un paso hacia ella, pero se paró en seco cuando Rebecca se quedó

encogida de miedo. Stephen había olvidado lo que era hacer verdadero daño hasta

aquel instante.

—Una vez te pregunté si tenías miedo de mí y ahora veo que es cierto.

Para controlarse, metió las manos en los bolsillos del pantalón que se había

puesto a toda prisa. Rebecca parecía indefensa y aterrorizada, las lágrimas corrían

por sus mejillas.

—No volveré a hacer daño. ¿Quieres sentarte?

Cuando ella negó con un gesto, él lanzó una maldición.

—Entonces me sentaré yo.

—Sé que estás furioso conmigo —dijo Rebecca cuando él se dejó caer en una

silla—. Me disculparé si sirve de algo, pero

quiero estar sola.

Stephen entrecerró los ojos.

—¿Disculparte? ¿Por qué?

—Por... —Rebecca se preguntaba qué otra cosa podía esperar él que dijera—.

Por lo que ha pasado. Por no haberme explicado. Por lo que quieras —continuó

mientras las lágrimas arrasaban sus ojos—. Pero déjame sola.

—¡Ay, Dios! —exclamó pasándose una mano por el rostro—. No creo que

haya hecho nada más torpe en toda mi vida —dijo incorporándose, pero se detuvo

cuando vio que ella se retiraba—. No quieres que te toque. No lo haré, pero espero

que me escuches.

Su voz era ronca y tuvo que aclararse la garganta.

—No hay nada que decir. Entiendo lo que sientes y por qué lo sientes.

Preferiría que dejáramos el tema de una vez.

—La manera en que te he tratado no tiene excusa.

—No quiero disculpas.

—Rebecca...

—No —alzó la voz conteniendo sus lágrimas—.

Es culpa mía. Ha sido mi

culpa desde el principio. No, no —gritó cuando él dio otro paso hacia delante—.

No quiero que me toques. No podría soportarlo.

Stephen contuvo el aliento y lo dejó escapar con

lentitud.

—Te gusta hurgar en la herida.

Pero ella temblaba mientras paseaba nerviosa por la habitación.

—Al principio no importaba, al menos, no creí que importara. No sabía quién

eras ni que acabaría enamorándome de ti. Pero he esperado demasiado y lo he

echado todo a perder.

—¿De qué estás hablando?

Rebecca pensaba que lo mejor para los dos era confesar de una vez la verdad.

—Has dicho que me conocías, pero no es así porque no he hecho otra cosa

que mentirte.

Lentamente, Stephen se volvió a sentar.

—¿Sobre qué me has mentido?

—Sobre todo —dijo con los ojos ahogados por el arrepentimiento—. Y

además, esta noche he averiguado que tenías dos hoteles.

—No era ningún secreto. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna si yo fuera lo que aparentaba ser.
Después de haber hecho el amor

y de que tú... Me di cuenta de que con mi
fingimiento te estaba haciendo concebir

sentimientos por alguien que no ha existido nunca.

—Rebecca, tú existes. Te tengo delante.

—No, no de la manera que piensas. No de la
manera que te he dejado creer.

Stephen se preparó para lo peor.

—¿Qué has hecho? ¿Estás huyendo de América?

—No, sí... —Rebecca no pudo evitar reírse con aquello—. Sí, he estado

huyendo. Ya te he dicho que soy de Filadelfia. Allí he pasado toda mi vida, allí he

estudiado, he trabajado... yo soy contable.

Rebecca encontró un pañuelo en el bolsillo de su albornoz.

Stephen se le había quedado mirando con expresión incrédula mientras ella

enjugaba sus lágrimas.

—¿Perdón? —dijo sin salir de su asombro.

—He dicho que soy contable —contestó Rebecca de golpe, dándose la vuelta

para mirar hacia la ventana.

Stephen quiso levantarse, pero lo pensó mejor y no se movió.

—Me resulta difícil imaginarte haciendo cuadrar los libros de cuentas,

Rebecca. Si te sentaras podríamos poner todo esto en claro.

—¡Maldita sea! Te he dicho que soy una contable diplomada especializada en

impuestos de empresas. Hace pocas semanas todavía trabajaba para la empresa

McDowell, Jableki & Kline.

Stephen pareció comprender.

—De acuerdo. ¿Y qué hiciste? ¿Un desfalco?

Rebecca echó hacia atrás la cabeza al borde de un

ataque de risa. Pensaba que

si contestaba afirmativamente, le intrigaría bastante. Pero el momento de las

intrigas había pasado. Había llegado la hora de la verdad.

—No. No he hecho nada ilegal en mi vida. Ni siquiera me han puesto una

multa. Nunca había hecho nada fuera de lo corriente hasta hace unas pocas se-

manas.

Comenzó a pasear otra vez, demasiado agitada para quedarse quieta.

—Nunca había viajado, nunca un hombre me había mandado una botella de

champán, nunca había paseado a la luz de la luna por la playa y nunca había

tenido un amante.

Stephen no dijo nada, no porque estuviera aburrido o enfadado, sino porque

estaba fascinado.

—Tenía un buen empleo, tenía mi propio coche y algunas inversiones que me

hubieran asegurado una jubilación cómoda. Para mis amigos soy alguien en quien

se puede confiar. Si alguien necesita que les cuiden a los niños, saben que pueden

llamar a Rebecca. Da igual que necesiten consejo o a alguien que dé de comer a sus

peces cuando están de vacaciones. Nunca he llegado tarde al trabajo y nunca me he

retrasado en la comida.

—Admirable —comentó Stephen ganándose una mirada fulminante.

—Justo el tipo de empleado que a ti te gustaría contratar.

Stephen tuvo que contener la risa. Se había preparado para que le confesara

que tenía el récord de encarcelamientos de todo el estado. En vez de eso le contaba

que era contable y que tenía una hoja de servicios excelente.

—No tengo ningún deseo de contratarte, Rebecca.

—Da lo mismo. Cambiarás de opinión cuando te cuente el resto.

Stephen cruzó las piernas y se arrellanó en su asiento.

—Estoy ansioso de oírlo.

—Mi tía murió de repente hace tres meses.

—Lo siento. Sé lo difícil que es perder a alguien de la familia.

En aquel momento le hubiera gustado ir hacia ella y abrazarla, pero estaba

claro que aún no estaba preparada.

—Ella era todo lo que me quedaba —dijo abriendo las puertas del balcón. El

aire cálido y fragante de la noche penetró en la habitación—. No podía creer que se

había ido para siempre, así, sin previo aviso. Hice los preparativos para el funeral.

Sin adornos ni aspavientos. Como le hubiera gustado a ella. Tía Jeannie era una

mujer muy austera, no sólo en el sentido económico, sino en el vestir, en el hablar.

La gente siempre me había comparado con ella.

Stephen levantó las cejas mientras contemplaba cómo Rebecca se dejaba

mecer por la brisa.

—Poco después de su muerte, no sé decir si fueron días o semanas, algo

estalló dentro de mí. Me detuve a contemplar mi trabajo, a mí misma y lo odié

todo. De pronto me veía al cabo de diez, treinta años, sin nada más que lo que ya

tenía. No pude soportarlo.

Ella se dio la vuelta mientras la brisa hacía ondear el vuelo de su albornoz.

—Me despedí y lo vendí todo.

---¿Qué?

—Lo vendí todo: coche, apartamento, muebles, libros, absolutamente todo lo

que poseía. Lo convertí todo en cheques de viaje, incluso la pequeña herencia que

me había dejado mi tía. Miles de dólares. Sé que a ti no te parecerá mucho, pero era

más de lo que yo había imaginado tener alguna vez.

—¡Un momento! —exclamó él levantando una mano—. Quiero asegurarme

que lo he entendido bien. Me estás diciendo que vendiste todas tus posesiones.

Rebecca no podía recordar haberse sentido más ridícula que en aquel

instante, pero reunió valor y continuó.

—Hasta la cafetera.

—Asombroso.

—Compré ropa y una maleta nueva y volé a Londres. En primera clase.

Nunca había subido a un avión.

—Nunca habías volado pero tu primer viaje fue cruzar el Atlántico.

Rebecca no se dio cuenta de que había admiración en la voz de Stephen;

pensaba que estaba divirtiéndose.

—Deseaba ver algo diferente, convertirme en otra persona. Me hospedé en el

Ritz y saqué fotos del cambio de guardia. Después volé a París y fui a un salón de

belleza.

Se llevó la mano al pelo inconscientemente.

Stephen era consciente de que

estaba sobreexcitada y procuró no sonreír.

—Después de París, vine a Grecia y te encontré a ti. Todo sucedió porque yo

dejé que sucediese —Rebecca sentía que se le escapaban las lágrimas y sólo

esperaba que él no se diera cuenta—. Tú te sentiste atraído por alguien que no era

yo. Nunca antes había tenido un romance. Nadie me había mirado antes como tú

lo hiciste.

Una vez más, Stephen escogió con cuidado sus palabras.

—¿Me estás diciendo que yo era otra aventura, como volar a un salón de

belleza en París?

Rebecca nunca podría explicar lo que el estar con él había significado para

ella.

—Las disculpas o las explicaciones no van a cambiar nada ahora. Pero lo

siento, Stephen, lo siento mucho.

Él no vio las lágrimas, pero oyó el arrepentimiento en su voz. Entrecerró los

ojos mientras todo su cuerpo se tensaba.

—¿Te estás disculpando por haber hecho el amor conmigo, Rebecca?

—Me disculpo por lo que tú quieras. Haría lo que fuera por ofrecerte una

reparación, pero no veo cómo a menos que me tire

por la ventana.

—No creo que esto requiera algo tan drástico.
Quizá si te sentaras...

Ella rehusó y permaneció donde estaba.

—Ya no puedo soportarlo más por esta noche.
Stephen, lo siento. Tienes todo
el derecho a estar enfadado.

Stephen se levantó sintiendo aquella impaciencia
que ya le resultaba familiar.

Pero Rebecca tenía un aspecto tan pálido y frágil y
parecía tan preocupada que se

dominó. No la había tratado con cortesía, pero
podía ser un buen momento para

empezar.

—De acuerdo, mañana hablaremos después de que

hayas descansado.

Quiso aproximarse a ella, pero volvió a detenerse.
Llevaría tiempo

demostrarle que había otras maneras de amar, de
que el amor era mucho más que

una aventura.

—Quiero que sepas que me arrepiento de lo que
ha pasado esta noche. Pero

eso también puede esperar hasta mañana. Ahora
descansa.

Mantuvo las manos en los bolsillos para no
acariciarla.

Rebecca había creído que tenía roto el corazón,
pero eso no había sido nada

comparado con aquel instante. No confiaba en su
propia voz y se limitó a asentir.

Stephen la dejó sola y cerró la puerta destrozada como pudo. Rebecca

pensaba que no debía de haber en el mundo otra mujer más estúpida que ella. Pero

ya no importaba.

Al menos quedaba algo que sí podía hacer por los dos. Desaparecer.

Diez

Rebecca suponía que debía de ser culpa suya. Tenía delante de sí media

docena de puestos de contable en los anuncios de trabajo, pero ninguno le

interesaba. Había trazado un círculo alrededor de los más prometedores. No podía

dejar de pensar en Stephen, no había podido hacer otra cosa en dos semanas.

Se preguntaba lo que habría sentido él cuando descubrió que se había ido.

Quizá alivio o quizá una vaga incomodidad por haber dejado un negocio sin

cerrar. Con el lápiz en la mano miraba por la ventana de la casa que había

alquilado. En sus fantasías se lo imaginaba buscándola furiosamente, decidido a

encontrarla a costa de lo que fuese. Suspiró pensando que la realidad no era tan

romántica. Estaba segura de que se había sentido aliviado. Ella no era sofisticada,

pero al menos había salido de su vida discretamente.

Y había llegado el momento de poner en orden su propia vida.

Lo primero era lo primero. Tenía una casita y el pequeño cuadrado de césped

que constituía su jardín iba a hacerla feliz. Aquello era un reto en sí. Su antiguo

apartamento estaba en pleno centro de la ciudad, en el quinto piso de un edificio

moderno con todas las comodidades. Aquella casita encantadora estaba sus

buenos cuarenta kilómetros del centro, pero podía oír los pájaros por la mañana. Si

miraba por la ventana podía ver viejos robles y arces que susurraban con el viento.

Quizá no era un cambio tan grande como volar a París, pero para Rebecca era todo

un logro.

Había comprado algunos muebles. «Algunos» era

sólo una manera de

expresarse. El mobiliario se reducía a una cama, una mesa vieja y una silla.

No era lógico. Pero no quería nada lógico. No quería ninguna elegante sala de

estar con las cortinas a juego. Incluso el juego de toallas que había comprado le

parecía frívolo. Pero era lo que quería. Se proponía hacer lo que durante años había

querido y había mantenido en secreto. Iba a comprar lo que realmente necesitara,

no por su precio o su durabilidad.

Se preguntaba cuántas personas entendían de verdad la importancia de

tomar decisiones realmente deseables. Ella lo había hecho con su casa, con su

peinado... Los cambios de apariencia tenían que llevar a los internos. O viceversa.

De cualquier modo, nunca volvería a ser la mujer de antes.

O quizá sería la mujer que siempre había sido y que un día se negó a admitir.

¿Y por qué estaba señalando los anuncios? ¿Por qué estaba allí sentada en una ma-

ñana hermosa planeando un futuro en el que no tenía el menor interés? Quizá

fuera verdad que nunca podría llegar a tener a la única persona que quería. Ya no

habría más paseos a la luz de la luna, ni más noches de amor frenéticas. Sin

embargo, conservaba los recuerdos, los momentos y los sueños. No había arrepen-

timiento con respecto a lo ocurrido con Stephen ni nunca lo habría.

Rebecca se sentía más fuerte después de aquel viaje.

Más segura de sí misma. Más libre. Y lo había conseguido ella sola.

No se le ocurría nada que le apeteciera menos que entrar a trabajar para otro,

cuadrando números, calculando costes y beneficios. Y no lo haría.

No volvería a dejar su vida ni su carrera en las manos de otro. Abriría su

propia compañía. Una compañía por supuesto pequeña, pero también personali-

zada y con carácter. ¿Por qué no? Tenía la capacidad y la experiencia y había

reunido al fin el coraje.

No iba a ser fácil. De hecho, iba a ser arriesgado. Con el dinero que le

quedaba tenía que pagar el alquiler, equipo, publicidad... Reía mientras fue a

buscar un cuaderno. Tenía que hacer una lista de cosas que debía hacer y otra de

gente a la que llamar. Confiaba en persuadir a algunos de sus contactos de la vieja

empresa para que le dieran una oportunidad.

—Un momento —gritó cuando escuchó que llamaban a la puerta.

Rebecca sabía que antes de abrir era conveniente cerciorarse por la mirilla,

pero estaba tan absorta en sus planes que ni siquiera lo pensó. Cuando abrió la

puerta se encontró cara a cara con Stephen.

Incluso si Rebecca hubiera podido hablar, no le hubiera servido de nada,

porque él no estaba de humor para dejarla tranquila.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? — preguntó mientras cerraba de

un portazo—. ¿Intentas deliberadamente volverme loco? ¿O es algo que te sale

natural?

—Yo...

Fue inútil resistirse, él ya la había abrazado. Las palabras que iba a decir se

disolvieron en un gemido contra sus labios. El cuaderno cayó al suelo, pero cuando

levantaba las manos para abrazarle, él se apartó.

—¿A qué estás jugando, Rebecca?

Ella sólo podía mover la cabeza y Stephen se metió las manos en los bolsillos

y empezó a dar zancadas por la habitación casi vacía. Estaba sin afeitarse,

despeinado y muy atractivo.

—Me ha costado dos semanas y un montón de problemas el dar contigo.

Creía que habíamos acordado volver a hablar. Me sorprendió comprobar que no

sólo te habías ido de Atenas sino que también habías dejado Europa.

Se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—¿Por qué?

Rebecca se sentía aturdida pero luchó para no balbucear.

—Pensé que lo mejor sería irme.

Él dio un paso hacia ella. Su furia era tan palpable que Rebecca tuvo miedo.

—Creíste que sería lo mejor... pero, ¿para quién?

—Para ti. Para los dos —dijo mientras intentaba ocupar sus manos en algo—.

Sabía que estabas furioso conmigo por haberte mentido y que te arrepentías de lo

que había pasado entre nosotros. Me pareció que sería mejor para los dos si...

—¿Escapabas?

—Si me marchaba.

—Dijiste que me amabas —la acusó él.

—Lo sé —contestó ella tragando saliva.

—¿Era otra mentira?

—Por favor. No esperaba verte otra vez. Estoy intentando darle un sentido a

mi vida, hacer no sólo lo que debo hacer sino lo que me haga feliz. En Grecia hice

lo que me hacía feliz sin preocuparme de si era justo o no. El tiempo que estuve

contigo fue...

—¿Fue qué?

Rebecca se pasó las dos manos por el pelo y levantó el rostro. Era como si

aquellas dos semanas no hubieran pasado. Otra vez se enfrentaba a él para intentar

explicarle, aunque no sabía cómo hacerlo.

—Fue lo mejor que me ha sucedido nunca, lo más importante, lo más

inolvidable. Siempre me sentiré agradecida por haber vivido aquellos días.

—¡Agradecida!

Stephen no sabía si reír o asesinarla. Dio otro paso y la sorprendió al ponerle

las manos alrededor de la garganta.

—¿Por qué agradecida? ¿Por haber echado tu primera cana al aire? ¿Por un

romance rápido y anónimo sin ninguna consecuencia?

—No —dijo poniéndole la mano en la cintura, pero sin resistirse—. ¿Has

hecho el viaje para que me sienta más culpable?

—He venido desde tan lejos porque siempre acabo lo que empiezo. Y

nosotros aún no hemos acabado, Rebecca.

Rebecca se decía que debía mantener la calma. Cuando un hombre se hallaba

en aquel estado, la mejor defensa para una mujer era la serenidad.

—Muy bien. Si me sueltas, hablaremos. ¿Quieres un café?

Stephen apretó los dedos al oírla y luego fue relajándose poco a poco.

—Habrás comprado otra cafetera.

Rebecca se preguntó si era humor lo que había en sus ojos.

—Sí. Sólo hay una silla. ¿Por qué no te sientas mientras voy a la cocina?

Stephen la cogió del brazo.

—No quiero café, ni silla, ni conversación.

La serenidad no parecía funcionar demasiado.

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

—A ti. Creía que lo había dejado suficientemente claro —dijo mirando en

torno a él—. Y ahora dime, Rebecca. ¿Es esto lo que tú quieres? ¿Un puñado de

habitaciones para estar sola?

—Quiero tener lo que sea lo mejor para mí. Ya me he disculpado por haberte

decepcionado. Me doy cuenta de que...

—¡Decepcionarme! —Stephen levantó una mano para que se detuviera—.

Quiero aclarar por lo menos este punto que se refiere a mí. ¿De qué manera me has decepcionado?

—Dejándote pensar que yo era algo que no soy.

—¿Acaso no eres una mujer hermosa y apasionada? Rebecca, tengo

demasiado orgullo para creer que pudieras decepcionarme tan completamente.

Ella estaba segura de que él la estaba confundiendo deliberadamente.

—Ya te he dicho lo que hice.

—Sí —convino él—. Y cómo lo hiciste.

Otra vez llevó su mano a su cuello, pero en esa ocasión se trataba de una

caricia. A Rebecca ya no le temblaban las rodillas

ante su furia, pero sentía que

flojeaban ante su ternura.

—Vendiendo tus posesiones para volar a París y meterte en un salón de

belleza. Dejando tu trabajo para agarrar la vida con las dos manos. Me fascinas

—dijo rozándole la boca con los labios. La atrajo hacia sí lentamente. Una

sensación de alivio le recorrió el cuerpo al notar que ella se abandonaba—. ¿Crees

que era tu ambiente lo que me atraía?

—Estabas furioso —acertó a articular Rebecca.

—Sí. Furioso ante la idea de que había sido una parte de tu experimento

—dijo antes de profundizar el beso—. Furioso

porque pensaba que era un capricho
pasajero.

Ella ardía entre sus brazos tal como él la recordaba, tal como él la necesitaba.

—¿Tengo que decirte que durante dos semanas no he podido trabajar ni

pensar? A cualquier parte donde mirara estabas tú, pero no podía encontrarte.

—Tenía que irme —se justificó ella mientras introducía sus manos debajo de

su camisa para poder sentir el calor de su piel de nuevo—. Cuando dijiste que te

arrepentías de haber hecho el amor...

Sus propias palabras la hicieron recuperarse. Retiró las manos con rapidez y

se alejó de él.

Stephen se quedó mirándola durante un momento, lanzó un juramento y

comenzó a pasear por la habitación.

—Nunca creí que fuera un idiota tan grande. Aquella noche te herí de una

manera muy distinta de la que yo pensaba.

Se detuvo y suspiró. Rebecca se dio cuenta entonces de lo cansado que estaba.

—Siéntate y descansa. Deja que te prepare algo.

Stephen se pasó las manos por los ojos. Había sentido de nuevo deseos de

estrangularla y de reír. Eso era lo que ella necesitaba y lo que entendía. Pero al

mismo tiempo le desconcertaba.

—Me has debilitado, Rebecca, y has sacado a la luz el tonto que hay dentro de

mí y que yo había olvidado. Me sorprende que me dejaras poner el pie en tu casa.

La furia se desvaneció tan rápidamente como había sobrevenido. Todo lo que

necesitaba mirar estaba en los ojos de Rebecca. Respiró profundamente para se-

renarse. Un hombre no siempre tiene tantas oportunidades para alcanzar la

felicidad.

—Rebecca, yo nunca me he arrepentido de haber hecho el amor contigo. Sólo

me arrepiento de cómo sucedió. Tú necesitabas mucho y yo no me daba cuenta.

Por eso me arrepiento de aquello y siempre

lamentaré que en tu primera vez

hubiera fuego, pero no calor ni ternura.

Rebecca tomó sus manos y se las llevó a los labios.

—Fue muy hermoso.

—En cierta manera, sí. Pero no fui ni amable ni tierno, como tiene que ser la

primera vez.

Rebecca sintió que la esperanza renacía en su corazón.

—Nada de eso importaba.

—Importaba mucho más de lo que puedas imaginar. Y después de que me lo

contaras todo, importaba todavía más. Si yo hubiera hecho lo que me dictaban mis

instintos en aquel momento, nunca me habrías dejado.

Con suavidad y ternura acercó la punta de uno de sus dedos a su boca y la

cogió de la mano mirándola fijamente a los ojos.

—Deja que te muestre ahora cómo tenía que haber sido. Rebecca, ¿me

quieres?

Era el momento de la verdad.

—Sí.

Stephen la alzó en brazos escuchando cómo se agitaba su respiración.

—¿Confías en mí?

—Sí

A Rebecca le dio un vuelco el corazón cuando vio que el sonreía.

—Debo preguntarte algo más.

---¿Qué?

—¿Tienes una cama?

Ella notó que se sonrojaba a pesar de la risa.

—Ahí mismo.

Ella temblaba, lo que hacía que Stephen recordase lo cuidadoso que debía ser

con ella en esa ocasión. La luz del sol se derramaba sobre la cama y sobre ellos. La

besó con besos dulces y profundos hasta que Rebecca dejó de abrazarle y sus

brazos cayeron inertes. Ella seguía temblando y él la arrullaba mientras sus labios

recorrían sus mejillas y su cuello.

Stephen le había enseñado la desesperación que podía causar el amor. Pero

en aquel momento quería demostrarle que el amor también podía significar sere-

nidad y dulzura.

Él quería enseñarle, no aprender, infundirle confianza pero sin buscar nada a

cambio. Pero aprendió y fue reconfortado. El deseo estaba allí tan fuerte como

siempre. Pero la fuerza estaba atemperada por la paciencia. No tenía prisa. Le

abrió la bata para deleitarse en la luz del sol que caía sobre su cuerpo, en la manera

que tenía su piel de arder cuando la tocaba.

Mientras la desnudaba, Rebecca respiraba agitada y nerviosa. Pero Stephen se

dio cuenta de que no eran nervios. Ella se sentía fuerte, capaz y segura. Era la

impaciencia lo que la hacía temblar. Con un suspiro, ella se inclinó buscando el

contacto de sus manos. Le mordisqueó ligeramente los pezones y ella pasó de

repente de la serenidad a la pasión.

Stephen se movía con lentitud guiándola hacia una especie de tormento

ardiente que nunca antes había experimentado. El deseo le arrasaba el vientre y su

cuerpo se retorció como un muelle. Reprimiendo su propio deseo, Stephen liberó el

de Rebecca y la contempló mientras volaba por

encima de la primera cumbre.

Entró en ella refrenando sus propias pasiones, decidido a verla remontarse de

nuevo.

—Dime que me amas. Mírame a los ojos y dímelo.

Rebecca abrió los ojos. De alguna manera recobraba la fuerza rápida y

poderosamente. Las sensaciones se agolparon. Ella se movió a su ritmo

presionando, corazón contra corazón. Pero sólo veía sus ojos azules, oscuros e

intensos. Quizá se estaba ahogando en ellos.

—¡Stephen, te quiero!

Luego cayó en las profundidades insondables de aquellos ojos. Apretó los

brazos en torno al cuerpo de Stephen y lo arrastró al fondo con ella.

Él la estrechó entre sus brazos para poder acariciarle el pelo mientras

recuperaba el pulso normal. Ella era inocente. Pero la sorpresa que había tardado

dos semanas en digerir era que él había sido tan inocente como ella. Stephen

conocía la pasión, pero nunca había conocido una intimidad que llegase al corazón

tan completamente como al cuerpo. Y sin embargo...

—Ya hemos estado antes aquí —murmuró él—. ¿Puedes notarlo?

Ella jugueteó con sus dedos.

—Yo nunca creía en cosas como ésta hasta que te

conocí. Cuando estoy

contigo es como si recordara. No sé explicarlo.

—Te quiero Rebecca.

Ella le acarició las mejillas.

—No quiero que digas nada que no sientas de verdad.

—¿Cómo puede una mujer ser tan inteligente y tan estúpida a la vez?

Hizo un movimiento brusco y rodaron hasta que él quedó encima de ella.

—Un hombre no viaja miles de kilómetros sólo para esto, por muy delicioso

que sea. Te amo, y aunque este sentimiento me molestó durante una temporada, ya

estoy acostumbrado.

—¿Te molestó?

—Me enfurecía —dijo besándola para que no pudiera responder—. Me veía a

mí mismo libre para siempre. Y entonces encontré a una mujer que había vendido

su cafetera para sacar fotos a las cabras.

—No tengo intención de interferir en tus planes.

—Ya lo has hecho.

Stephen sonreía mientras la sujetaba cuando ella intentaba separarse.

—El matrimonio acaba con algunas libertades, pero abre la puerta a otras.

—¿Matrimonio? —exclamó ella renunciando a debatirse, pero apartando la

cabeza para esquivar otro beso.

—Muy pronto —dijo él frotando la nariz contra su nuca—. De inmediato.

—Yo nunca he dicho que me casaría contigo.

—No, pero lo harás —dijo acariciándola con la punta de los dedos—. Soy un

hombre muy persuasivo.

—Necesito pensarlo —se excusó aunque temblaba otra vez—. Stephen, el

matrimonio es un asunto muy serio.

—Es mortal. Y tengo que advertirte que he decidido matar a todo el que te

mire durante más de veinte segundos seguidos.

—¡No me digas!

Rebecca se volvió para mirarle, dispuesta a enfadarse. Pero él sonreía. Nadie

le había sonreído nunca de aquella manera.

—¿De verdad?

—No puedo dejar que te vayas. Ni puedo ni quiero. Vuelve conmigo y

casémonos. Ten hijos conmigo.

—¡Stephen!

Él le puso un dedo en los labios.

—Sé lo que te pido. Has empezado una nueva vida con planes nuevos.

Nosotros sólo hemos pasado unos días juntos, pero sé que te puedo hacer feliz. Te

puedo prometer que te amaré toda la vida o cuántas vidas tengamos. Una vez,

siguiendo un impulso, te lanzaste al mar. Lánzate conmigo ahora, Rebecca. Te juro

que no te arrepentirás.

Presionó levemente con el dedo en sus labios y retiró la mano.

—Toda mi vida me he preguntado qué encontraría si me atreviera a

asomarme al mundo. Te encontré a ti —dijo Rebecca riendo—. ¿Cuándo quieres

que nos vayamos?

Nora Roberts - Impulso

Cleo pide un deseo. Anna Casanovas

Cleo es bailarina en el Liceo de París y está decidida a conquistar por fin a

Daniel, su mejor amigo y director de la orquesta. Sin embargo, la vida tiene otros

planes y una noche conoce a Sergio, un viejo

amigo de Daniel que solo tiene que

mirarla para que se derrita. Daniel o Sergio,
Sergio o Daniel, cuando llegue el

momento solo uno será el deseo de Cleo...

«Aquel día fue en el que descubrió con asombro
que cuando él decía “como deseas”, en

realidad significaba “te amo”».

La princesa prometida — WILLIAM GOLDMAN

Capítulo 1

El primer día de bailarina en la Ópera de París. La
cantidad de sacrificios que había hecho

para llegar hasta allí le parecieron, durante un
segundo, insignificantes. No lo eran, e iba a

tener que seguir haciéndolos, pero no le
importaba. Cleo se detuvo en mitad de la calle y

observó embobada el imponente edificio. De pequeña lo había visitado en dos ocasiones

con el colegio y todavía se quedaba sin aliento cuando recordaba el techo pintado por

Chagall. En la primera de esas visitas, mientras la profesora reñía a uno de sus

compañeros de clase, Cleo vagó distraída por el pasillo y se quedó hipnotizada

observando los gráciles movimientos de una joven junto a una barra de madera clavada en

la pared frente a un espejo. Se la veía tan segura, tan delicada y fuerte al mismo tiempo,

que en lo más profundo de su ser Cleo supo que quería ser como ella.

Hoy entraba en la Ópera de un modo distinto y si todo salía bien seguiría haciéndolo

durante mucho tiempo. Iba a ser muy difícil, estaba segura, pero la constancia y el

esfuerzo formaban parte de su ser y no iba a traicionarse a sí misma ahora. Soltó el aliento

despacio y cruzó con solemnidad el paso de peatones. El conductor del coche que

encabezaba la fila le sonrió a través del cristal como si estuviese al corriente de que era un

gran día para ella. Cleo le devolvió una sonrisa trémula y al pisar de nuevo la acera el

sonido del tráfico pareció seguir el ritmo de su pulso. Abrió la puerta sin poder contener

un cosquilleo en la palma de la mano y, tras sonreír y presentarse al conserje, se dirigió a

los despachos de administración, donde según lo acordado la estaban esperando. Firmó

los papeles después de leerlos, aunque pasó por alto algunas palabras. Finalizadas las

formalidades burocráticas, le dijeron que podía cambiarse y utilizar cualquiera de las salas

de ensayo que había en el primer piso mientras esperaba la llegada del resto de bailarinas

y del director.

El vestuario al que la dirigieron tenía un aire antiguo, romántico, las molduras del cristal

que había encima del largo tocador parecían susurrar secretos de las bailarinas que habían

estado allí mucho antes que ella. Cleo vio que había dos bolsas de deporte en un rincón y

otra más en medio del banco de madera. Eligió un espacio en la esquina de más a la

derecha y colgó el abrigo con solemnidad en el

gancho que había a la altura de sus ojos.

Pasó los dedos por la diminuta placa de metal en la que había grabado un número, el

ocho, y después dejó la bolsa y empezó a cambiarse. Si se quedaba embobada con cada

pequeño detalle, nunca saldría de allí. Todavía faltaba una hora para la primera reunión

de la compañía e iba a aprovechar cada minuto para calentar los músculos y relajar los

nervios. Abrió la puerta de la sala que presidía el pasillo convencida de que iba a

encontrarla vacía y conoció al hombre del que seguiría enamorada dos años más tarde:

Daniel Liveux. Lástima que en ese momento, igual que en muchos a lo largo de esos dos

años, estuviera acompañado de una mujer

despampanante.

Cleo tendría que haberse ido, dar un paso hacia atrás y cerrar la puerta. Pero no lo hizo, se

quedó tan embobada al ver a Daniel Liveux, el joven director de la orquesta del Liceo, que

fue incapaz de moverse y se quedó allí, petrificada, babeando, observando la escena.

—¡A mí no puedes hacerme esto! —gritó la desconocida a Daniel.

—Oh, vamos, querida, no te pongas así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? —Se abrochó un botón de la camisa, las joyas que

adornaban sus dedos brillaron al verse reflejadas en el espejo de la sala de ensayos casi

tanto como el carmín de labios que acababa de aplicarse.

Él suspiró exasperado y sacudió la cabeza. Al hacerlo, descubrió a Cleo de pie en la entrada y le sonrió.

La mujer giró el cuello de inmediato y de repente la furia que hasta entonces había sido

capaz de contener estalló. Volvió a mirar a Liveux y lo abofeteó.

—¡Eres un cerdo!

Él se tocó la mejilla y la miró con los ojos helados y una sonrisa igual de fría en los labios.

—Has sido tú la que ha venido a verme esta mañana sin motivo, querida. Y la que no ha parado hasta conseguir lo que quería.

El significado de esa frase no pasó inadvertido a ninguna de las dos mujeres, la rica

desconocida reculó ofendida y tras coger una gabardina y un pañuelo del respaldo de una

silla que había junto a la puerta se fue tan rápido que Cleo tuvo que apartarse para que no

la pisase. Casi sin querer, Cleo siguió con la mirada la tempestuosa partida de esa morena

despampanante y, cuando el ruido de la puerta que conducía a la escalera resonó por el

pasillo, reaccionó y comprendió que se había entrometido en algo muy privado. En su

primer día de trabajo. Con el director de la orquesta del Liceo.

Con la estrella del Liceo.

Sintió náuseas, iban a despedirla. Ni siquiera había bailado una nota e iban a despedirla.

Apretó los dedos alrededor del picaporte mientras

les mandaba la orden de cerrar la puerta

e ir al vestidor a cambiarse antes de humillarse.

—Siento que hayas tenido que presenciar el numerito de Elsa.

Él no le estaba gritando ni le estaba ordenando que se fuese, ¿le estaba pidiendo perdón?

—No pasa nada —balbuceó. Lo tenía demasiado cerca y podía ver que sus ojos al natural

eran mucho más azules de lo que se veía en la tele y en las revistas.

—Gracias, y no solo por ser tan comprensiva, sino también por haber llegado cuando lo

has hecho —le sonrió y se puso las manos en los bolsillos—. Elsa tiene problemas para

entender una negativa.

—Claro. —Cleo en realidad no sabía qué decir. No entendía nada de esa conversación y el perfume de Daniel le impedía pensar con claridad.

—Confío en que no le contarás a nadie lo que ha pasado, ¿verdad? Sé que no me dirán

nada —añadió guiñándole el ojo—, pero no quiero oír otro sermón del señor Clairmont, se

pone muy pesado cuando intenta ejercer de figura paternal.

—Por supuesto que no.

—Fantástico, eres un encanto. —Sacó las manos de los bolsillos y apoyándose en el marco

de la puerta con un hombro se cruzó de brazos—. Por cierto, ¿nos conocemos? No me

suenas, y te aseguro que tengo buena memoria, yo soy Daniel

—Sé quién eres —lo interrumpió ella—, es un honor conocerte.

—No digas tonterías y dime tu nombre —le sonrió él, encantado en el fondo de que ella le hubiese reconocido.

—Soy Cleo, soy bailarina. —Le tendió una mano—. Hoy es mi primer día.

La sonrisa de Daniel se volvió más devastadora.

—Bueno, Cleo soy bailarina, es un placer conocerte. —Le cogió la mano y la estrechó con firmeza—. Veamos qué más puedo hacer para que tu primer día sea interesante.

Sonó un viejo timbre cogiéndolos por sorpresa y Cleo recordó que la profesora de ballet

que se ocupaba del primer ensayo de la mañana era extremadamente estricta. No podía

llegar tarde. Soltó la mano a Daniel y salió corriendo con la risa de él detrás y un

cosquilleo recorriéndole de arriba abajo la espalda.

Ese primer día fue maravilloso, los nervios no llegaron a abandonar a Cleo, pero consiguió

contenerlos y disfrutar de cada pequeño descubrimiento. Además, había conocido a

Daniel Liveux y era todavía más guapo y encantador de lo que se había imaginado. Y él le

había sonreído. No volvió a cruzarse con él hasta días más tarde, nada extraño porque ella

era una de las nuevas bailarinas y él, el director de la orquesta, aun así sus caminos

volvieron a juntarse un viernes y fue también en una situación de lo más extraordinaria:

—Hola, Cleo soy bailarina.

Cleo casi se tropezó con la acera al oír la voz de Daniel. Él estaba sentado tras el volante de

un descapotable negro con tapicería crema que gritaba a los cuatro vientos lo exclusivo

que era.

—Hola.

—¿Has salvado a algún otro director de orquesta de las garras de una mujer despechada?

—Se puso unas gafas de sol estilo aviador que lo hicieron más atractivo.

—No —consiguió balbucear.

—Me alegro de ser el único —sonrió—. Me voy, me están esperando. Que tengas un buen

fin de semana, Cleo soy bailarina.

—Tú también.

—Gracias. El lunes a las ocho te lo cuento tomando un café —le señaló con la mano una cafetería que había en la otra esquina—. No llegues tarde.

El ruido del motor le impidió contestar a Cleo, aunque antes habría tenido que encontrar la mandíbula, que le había caído al suelo.

Pasó el fin de semana como siempre, aunque las horas se le hicieron injustamente más

largas y lentas, y el lunes, nerviosa como la adolescente que probablemente no había sido

jamás, se presentó en el lugar acordado diez minutos antes de la hora establecida. Se

preparó mentalmente para un plantón, se horrorizó durante un instante al considerar la

posibilidad de que todo eso formase parte de una truculenta novatada, una broma de mal

gusto dirigida al más reciente miembro de la compañía, pero la puerta del local se abrió,

las campanillas que colgaban del techo tintinearón, y Daniel apareció.

—Buenos días, veo que además de comprensiva eres puntual.

—Buenos días. —Se sonrojó. Cuando él estaba cerca no podía evitarlo.

Daniel pidió dos cafés con leche al cruzarse con el camarero y le sonrió a Cleo al acercarse.

Se quitó el abrigo y se sentó frente a ella. Le preguntó por esos primeros días con atención

y le rozó la mano que ella tenía encima de la mesa tres veces.

Cuando minutos más tarde se hizo un silencio, Cleo tuvo el impulso de llenarlo

haciéndole a Daniel una pregunta, la que no había podido quitarse de la cabeza desde el viernes.

—¿Cómo está Elsa? ¿Habéis pasado un buen fin de semana?

—Me imagino que Elsa está bien, ya no estamos juntos. —Durante un segundo a Cleo el

corazón le subió a la garganta—. He pasado el fin de semana con Adele y ha sido

espectacular, ella es mucho menos dramática que Elsa. Seguro que me entiendes.

El corazón le volvió al pecho y se obligó a sonreír.

—Claro.

Daniel le contó que Adele era abogada y que se habían conocido en un acto benéfico,

quizá le dio más detalles, pero Cleo no prestó atención o los olvidó. Igual que olvidaría

más adelante más conversaciones sobre Monique, Silvia, Martha, Raquel y Beatrice.

Tal vez Cleo hubiese podido evitar enamorarse de Daniel si él hubiese sido un seductor

más, pero poco a poco fue cambiando, madurando, y su amistad también. Según el propio

Daniel, Cleo era su mejor amiga, exceptuando un misterioso amigo del pasado llamado

Sergio; hablaba con ella de todo, de sus composiciones musicales, de las ofertas que recibía

de otras compañías, de su familia, y de las mujeres con las que salía. Era cariñoso con ella,

detallista, romántico incluso, y Cleo había estado a punto de volverse loca demasiadas

veces a lo largo de esos dos años.

La relación entre ellos dos seguía un patrón invisible preestablecido por algún sádico:

durante la semana, Daniel se preocupaba de que Cleo desayunase, no llegase tarde a

ningún ensayo y volviese a casa sana y salva. Le apartaba la silla para que se sentase, le

abría la puerta cuando entraban en la cafetería o en el Liceo, le prestaba la chaqueta si

hacía frío.

Le apartaba el mechón de pelo negro que se le escapaba siempre de la diadema.

Le acariciaba la mejilla.

Y cuando saltaba alguna chispa de atracción en el aire, cuando se miraban a los ojos

demasiado rato o se humedecían los labios y sus rostros se acercaban, Daniel se apartaba y

carraspeaba para añadir después la suerte que tenían de ser tan buenos amigos. Esos

momentos tensos, mágicos, se sucedían cada tres o cuatro meses y después él desaparecía

durante días con alguna otra mujer. Cleo se sentía entonces como una idiota y se juraba

que se olvidaría de él, al menos en ese sentido, y que se fijaría en otros hombres. Pero,

cuando lo hacía, cuando aceptaba salir con otro, era siempre un desastre. Además, Daniel

siempre volvía y volvía a prestarle la chaqueta, a hacerle las preguntas exactas, a sonreírle

en el momento preciso y a ganarse su corazón.

Podía esperar, se repetía Cleo constantemente, lo único que necesitaba Daniel era tiempo.

Nada más. Era imposible que él no sintiese algo especial por ella, el modo en que la

miraba, en que la tocaba, hablaba de emociones mucho más profundas que la amistad,

aunque sin duda esta también era muy importante, pues él no se la había ofrecido a

ninguna de las mujeres con las que se acostaba.

Podía esperar, los ensayos consumían su vida de todos modos y si no estaba atrapada en

el

Liceo lo estaba en casa. Hacía unos meses que su hermana Luella y la hija pequeña de esta,

Marion, se habían instalado con ella trastocándole los horarios y la vida entera. La noche

que Luela llegó sin avisar discutieron hasta las tantas de la madrugada. Si su hermana no

hubiese estado acompañada por la niña de apenas cuatro años, Cleo se habría planteado

echarla y mandarla a un hotel. Pero Luela lloró y le juró que había cambiado, las drogas

habían quedado atrás y ya no se iba con el primer tipo que la invitaba a una copa, ahora

trabajaba de camarera y quería rehacer su vida, pero necesitaba un lugar donde empezar.

Cleo cedió, quiso creerla desde lo más profundo de su corazón y lo hizo. Las dos

hermanas habían reaccionado de maneras completamente opuestas a la prematura muerte

de sus padres cuando justo después de que sus hijas entrasen en la veintena murieron en

un trágico accidente aéreo. Cleo, la mayor, pidió un préstamo para complementar su parte

de la herencia y se compró el pequeño apartamento donde vivía, terminó los estudios de

danza y trabajó duro hasta que se convocó una plaza de bailarina en el Liceo y luchó con

uñas y dientes para conseguirla. Luela dejó la carrera de periodismo sin terminar y se fue

a Mallorca a vivir con un tipo al que hacía dos meses que conocía. Cuando esa relación

fracasó, se fue con otro, y luego con otro. La bebida y las drogas no tardaron en aparecer, y

tampoco el distanciamiento con su hermana. Hasta que se quedó embarazada de un

desconocido al que no recordaba y para sorpresa de ambas decidió tener al bebé. Desde el

nacimiento de Marion, Luela había intentado ser distinta, aunque no llegaba a conseguirlo.

De pequeña había sido igual, incapaz de contenerse, se bañaba en la piscina hasta que le

quedaba la piel arrugada, entregaba los deberes tarde y perdía todas las piezas de sus

muñecas.

Cleo se había distanciado de Luela porque le dolía ver lo empecinada que estaba su

hermana en destruirse, pero esa noche fue incapaz de alejarse de ella y de su sobrina y las

dejó entrar en su pequeño y cálido apartamento y en su vida.

Habían pasado dos años desde ese primer día en

el Liceo, ahora tenía a su hermana y a la pequeña Marion en casa, estaba a punto de tener un papel importante en el ballet que se estrenaría la Navidad siguiente, *La Bella Durmiente*, y estaba enamorada de su mejor amigo. Podía esperar a que él se enamorase también de ella.

Capítulo 2

El misterioso Sergio regresaba a París y Daniel le organizaba una fiesta de bienvenida en su casa. Cleo no le había visto nunca pero Daniel hablaba tanto y tan a menudo de él que tenía la sensación de conocerlo. Eran muchas las conversaciones que empezaban o terminaban con un «Sergio habría dicho lo mismo» o «Sergio esto y lo otro», tantas que

Cleo sabía muchos detalles de un hombre al que solo había visto en fotografía una vez y cuya voz desconocía por completo.

—Tienes que venir a la fiesta, Cleo.

—Este sábado Luela trabaja y le prometí que me quedaría con Marion.

Daniel le cogió la mano y le sonrió.

—Puedes pedirle a tu vecina que cuide de ella igual que hiciste esa vez. Tienes que venir, tengo muchas ganas de que conozcas a Sergio.

El mismo cosquilleo que se producía siempre que Daniel rozaba su piel se extendió por la mano y el antebrazo de Cleo hasta llegar al interior del cuerpo y crear allí un remolino.

Empezó a asentir casi sin querer y Daniel la soltó

y le sonrió satisfecho, victorioso también.

A Cleo no le gustó esa mueca. La hacía sentirse vulnerable comprobar que su amigo sabía

perfectamente qué resortes tocar para conseguir lo que quería. No era la primera vez que

presenciaba tal táctica, y una vocecita en su cabeza le recordó que ya era hora de empezar

a ver todas las facetas de Daniel, sí, era un hombre encantador, un músico y un compositor

brillantes, pero a veces también se comportaba como un niño malcriado. «No importa,

solo está nervioso por la llegada de Sergio y porque tiene ganas de presentármelo».

—Supongo que puedo preguntarle a la señora Cazé si puede quedarse con Marion,

tampoco volveré muy tarde, ¿no?

—Por supuesto que no, solo será una cena entre amigos. Sergio nunca se queda en la

ciudad más de dos días y, dado que esta vez ha prometido quedarse unos meses, he

pensado que estaría bien organizarle una pequeña fiesta. Nada más. Te espero a las siete,

vamos, Cleo soy bailarina, dime que vendrás.

—Iré.

Cleo no podía negarle nada a Daniel, al parecer ambos lo sabían, y esa tarde se pasó el

viaje entero en metro de regreso a su apartamento pensando en cómo le diría a Luela que

el sábado no podía quedarse con Marion. Luela había pasado muy mala racha, la habían

despedido de la tienda de moda donde trabajaba y había tenido que volver a aceptar

ofertas de camarera. El día del despido las dos hermanas tuvieron una fuerte discusión

porque Cleo le preguntó a Luella si había vuelto a tomar drogas y si ese, y no otro, había

sido el motivo de que la propietaria de la tienda la hubiese echado sin previo aviso. Luella

se subió por las paredes y acusó a su hermana mayor de no confiar en ella. Cleo acabó

pidiéndole perdón, pero desde esa noche no podía quitarse de la cabeza que Luella en

ningún momento le había negado que hubiese vuelto a consumir. Se frotó el entrecejo

preocupada y soltó despacio el aliento. En realidad Luella era la misma de siempre,

divertida, desordenada, caótica, egoísta.

Tal vez se había precipitado acusándola de eso, la

única justificación que tenía era que ella

probablemente podría recuperarse de la traición de Luela, pero la pequeña Marion no. La

niña era tan opuesta a su madre que si no fuera porque era idéntica a Cleo de pequeña

esta habría dudado de que existiese algún vínculo familiar entre ellas. Sobrina y tía eran

idénticas y se adoraban, algo que, por desgracia, siempre provocaba los celos de Luela,

que se sentía excluida de su selecto club. Cleo lo sabía y por eso intentaba disimular e

incluir siempre a su hermana cuando jugaba con la hija de esta o escuchaban música o

veían un viejo musical en la tele. Luela lo intentaba, Cleo tenía que ser sincera y reconocer

que su hermana hacía un esfuerzo por estar quieta

en el sofá e interesarse por el musical

en blanco y negro de turno, pero al cabo de cinco minutos hacía piruetas y decretaba que

salían las tres a comer un helado. Marion sonreía, a la niña le gustaba cualquier cosa con

tal de compartir la alegría de su madre, y se cogía de la mano de Cleo para que no la

soltase ni la dejase. Cleo tenía el presentimiento de que la pequeña, aunque adoraba a su

madre, sabía que esta no era una persona en la que se pudiese confiar a largo plazo.

Bajó del vagón de metro sin haber encontrado otra solución excepto decirle a Luela que

ese sábado ella tampoco iba a poder cuidar de Marion y que tenían que pedirle un favor a

su vecina. Discutieron, Luela estaba irascible y

muy alterada, no solo iba a trabajar ese fin

de semana, sino que tenía intención de pasar el domingo con un hombre al que había

conocido la noche anterior en el bar. Las dos hermanas se hirieron con palabras donde más

dolía. Luela le dijo a Cleo que estaba muerta por dentro, que la rigidez que se había

impuesto la había secado y que era incapaz de divertirse.

—Por eso ese Daniel no quiere tocarte, eres tan frígida que ningún hombre te desea.

—Ya te desean a ti por las dos, ¿no crees?

—Al menos yo sé lo que es el sexo y el placer, tú solo piensas en tu maldito y estúpido

ballet. Crees que eres demasiado buena para estar con un simple mortal, con un tío común

y corriente, pero en realidad eres patética. Estás malgastando la vida.

—Yo como mínimo tengo la decencia de no destrozarle la vida a otra persona. Tienes una hija, Luella, por Dios.

—No metas a Marion en esto, Cleo, te lo advierto.

—Eres tú la que la mete en esto.

—Me tienes envidia porque tú nunca sabrás lo que es sentirte tan atraída por un hombre y

que él te desee tanto como para olvidarte de todo.

—Sí, ya veo que es muy bonito no saber quién es el padre de tu hija.

Luella abofeteó a Cleo y se fue del apartamento hecha una furia. No intercambiaron

palabra durante el resto de la semana, se

comunicaron a través de notas que se dejaban

colgadas con un imán en la nevera. Cleo se planteó no acudir a la fiesta del sábado pero no

quería darle esa satisfacción a su hermana. Marion estaba encantada de pasar la tarde y

parte de la noche con la señora Cazé, que siempre le preparaba pastel de chocolate, y ella

tenía muchas ganas de ver a Daniel fuera del Liceo.

Aunque intentó negárselo sin cesar, las palabras de Luela le dolieron porque tenían parte

de verdad. Pero su hermana se había equivocado en algo muy importante, ella no se

consideraba demasiado buena para estar con un chico normal. Ella sencillamente se había

pasado tanto tiempo preocupada, trabajando por el

futuro que había soñado desde

pequeña, que ahora tenía miedo de meter la pata y elegir mal. Una mala decisión podía

costarle todo lo que estaba a punto de conseguir. Luela se había equivocado en los

motivos, pero tenía razón al decir que tenía que aprender a relajarse y ser más atrevida.

Ese fin de semana era el momento perfecto para empezar a cambiar. Eligió el vestido con

sumo cuidado y se obligó a hacer oídos sordos a sus miedos y timideces de siempre. Nada

de vestidos elegantes y recatados, nada de sobriedad. Escogió un vestido corto de color

rosa fucsia que dejaba al descubierto sus piernas de bailarina —Daniel las había alabado

en más de una ocasión— y resaltaba la piel blanca y la melena negra. Se la dejó suelta y se

maquilló ligeramente los labios. La única joya eran los pendientes que brillaban serenos en

los lóbulos de las orejas y una horquilla, una mariposa, que Marion le prestó antes de salir.

—Estás muy guapa, Cleo —le susurró tras abrazarla.

—Sí que lo estás. Vete tranquila, Marion y yo estaremos bien.

Se despidió de la señora Cazé y deseó que su hermana también estuviese allí para verla

salir de ese modo. Luella seguía enfadada con ella y no había dado señales de vida. Suspiró

resignada y se prometió que buscaría la manera de hacer las paces. Fue a la fiesta en taxi,

no cogió el metro porque a pesar del ataque de valentía que la había impulsado a elegir

ese vestido seguía siendo la chica tímida de siempre y porque quería llegar perfecta a la

casa de Daniel, y no sudada y despeinada.

Daniel vivía en las afueras, en una casa preciosa demasiado grande para él y perfecta para

salir en las revistas. La fortuna de Daniel procedía del excelente sueldo que cobraba en el

Liceo como el director más joven y más premiado que habían tenido nunca y de los

derechos de autor de varios grandes éxitos que

había compuesto para distintos cantantes y

bandas sonoras. Él nunca alardeaba del dinero, pero tampoco lo escondía ni fingía haber

pasado por los problemas que a menudo acosaban a Cleo, como pagar el alquiler. Daniel

era generoso, le había ofrecido dinero a Cleo en más de una ocasión. Ella siempre lo

rechazaba, por supuesto, tenía el presentimiento de que eran demasiadas las mujeres, o las

personas, que se acercaban a él por ese motivo.

El taxista se detuvo en la entrada y el ruido y las luces procedentes de la casa le

confirmaron a Cleo que no se trataba de la cena íntima que Daniel le había prometido.

Daba igual, se dijo, pagó el taxi y respiró profundamente. Esa noche Daniel iba a fijarse en

ella.

Esperó a que el taxi se alejase por el mismo camino por el que habían ido y se acercó a la

puerta. Le temblaba la mano cuando llamó al timbre.

No tuvo tiempo de reaccionar. Apenas un segundo más tarde se encontró frente al hombre

más atractivo que había visto jamás. Todo su cuerpo reaccionó al verlo, fue una respuesta

tan física que tuvo que sujetarse del marco para no caer, pues le temblaban las rodillas. El

nudo que tenía en el estómago le retorció las entrañas, el corazón le golpeaba el esternón y

estaba segura de que se había sonrojado de la cabeza a los pies. Si su hermana pudiese

meterse ahora en su mente, descubriría lo poco

frígida que era. Dios, prácticamente estaba

babeando frente a ese desconocido y en su mente se lo imaginaba en bañador saliendo de

una piscina, con ese vello negro que se le insinuaba por el cuello de la camisa

desabrochada completamente empapado.

Él —todavía ninguno de los dos había dicho ni una palabra— también la estaba

recorriendo con la mirada y no se esforzaba lo más mínimo en disimular que la estaba

desnudando con ella.

El sonrojo de Cleo empeoró y tuvo tanto calor que estuvo a punto de abanicarse con la

mano.

—Hola, creo que deberíamos irnos de aquí.

Oh, Dios, esa voz iba completamente a juego con el físico de hombre torturado y

demasiado guapo para ser real y le estaba recorriendo la piel y poniéndosela de gallina.

—¿Qué has dicho?

—Tú y yo deberíamos irnos de aquí ahora mismo.

—Se lamió el labio inferior y alargó una

mano para coger a Cleo por la muñeca—.

Volveremos más tarde, cuando podamos pensar.

Cleo se estremeció al notar los dedos del desconocido en su piel y cerró los ojos un

segundo para buscar entre sus recuerdos alguna sensación parecida. No la encontró, sus

pies avanzaron y la obligaron a seguir al desconocido hacia la escalera.

—¡Cleo, has llegado!

La voz de Daniel no fue lo primero que la hizo reaccionar y volver a la realidad, sino que

su maravilloso desconocido la soltara de inmediato como si no pudiese soportar tocarla.

Cleo se detuvo en el primer escalón. El desconocido estaba ya en el tercero y Daniel en el

rellano. ¿De verdad había estado dispuesta a seguirlo? ¿Adónde? ¿Para qué? Esas

preguntas no le habían importado un segundo atrás, y mucho menos sus respuestas,

sencillamente había sentido la necesidad de dejarse llevar por algo inexplicable.

—Sí, he llegado.

—Y veo que has conocido a Sergio.

Sergio, el desconocido era Sergio, el amigo de la infancia de Daniel, su inseparable

compañero de aventuras y periodista incansable.

—No exactamente, solo le he abierto la puerta.

¿Solo le había abierto la puerta? ¿Cuántas veces había *abierto así la puerta* esa noche?

Sergio descendió esforzándose por no tocarla ni mirarla y se colocó junto a Daniel tras

darle una palmada en el hombro. Al verlos el uno junto al otro Cleo decretó que no había

dos hombres más distintos y que le causasen reacciones más dispares, aunque en ese

instante le resultó imposible diferenciar cuál de los dos la había puesto de mal humor, cuál

le había acelerado el pulso y cuál le había anudado el estómago.

—Sergio, ella es Cleo Bretodeau, una de las bailarinas del Liceo y mi ángel de la guarda.

El cosquilleo que le recorrió la espalda fue mérito de Daniel y su mirada al llamarla «mi ángel».

—Encantado de conocerte, Cleo.

La frialdad de esa afirmación chocó de bruces con la calidez con la que le había hablado

antes. Cleo quiso disimular la confusión y el extraño dolor que le causó notarlo, aunque

probablemente no lo consiguió.

—Lo mismo digo, Sergio.

Le tendió la mano al ver que él no hacía el gesto de acercarse a besarle la mejilla y esperó.

Si hubiese podido, no se la habría estrechado, la reacción fue más que evidente, pero al

final lo hizo con brevedad y de mala gana. Cleo se

incomodó de verdad y le escocieron los

ojos, era estúpido que ese hombre la afectase tanto, pero había tenido una semana horrible

y había discutido con su hermana para poder estar allí esa noche. No se merecía que la

tratase como si fuese una apestada y menos después de haberla mirado como la había

mirado al *abrirle la puerta*. Para empeorar las cosas, Daniel no se había quedado sin aliento

al verla, en realidad le había dedicado el mismo interés que siempre, ni el vestido, ni el

maquillaje, ni nada de nada parecían haberle causado la menor impresión.

—Cleo, estás guapísima. —Alice, otra de las bailarinas de la compañía, apareció casi de la

nada. No eran especialmente amigas todavía

porque Alice acababa de llegar de Inglaterra,
pero Cleo intuía que podían llegar a serlo.

—Gracias.

La llegada de Alice originó otra presentación y al finalizarla Sergio se alejó para ir al

encuentro de unas personas que oportunamente lo estaban llamando. Cleo suspiró

aliviada y la tensión que le había dominado los hombros hasta entonces se desvaneció un

poco. Daniel compartió unos minutos con ellas, hasta que sonó el timbre y se dirigió a

cumplir con las tareas propias del anfitrión. A Cleo nada le habría gustado más que

escabullirse, esa noche no estaba saliendo como ella esperaba y era más que evidente que

su suerte no iba a cambiar, pero no lo hizo. No podía hacerlo, además, si lo intentaba

seguro que la pillaban en el acto.

Se quedó charlando con Alice un rato y, cuando esta le preguntó si quería tomar algo,

caminó con ella hacia una mesa que había frente al balcón trasero repleta de bebidas,

copas, pajitas y cubiteras. Allí, con el impresionante jardín de Daniel de fondo, charló con

otros compañeros del Liceo y conoció a varias personas. Ella no era una gran

conversadora, al menos no así de entrada, pero tuvo que reconocer que le gustó estar en

medio de ese círculo de gente. Tal vez su hermana tenía razón (y la voz de su conciencia) y

tendría que salir más. Las risas y las copas de champán cumplieron con su cometido y

Cleo se relajó y charló con más invitados. La fiesta se desarrollaba principalmente en el

salón de la casa, aunque había personas también en la cocina y en los pasillos, y una o dos

parejas en el jardín. En el piso superior, se oían pisadas a pesar de la música y de vez en

cuando alguien bajaba por la escalera tras acudir a uno de los baños que había arriba. La

decoración de la fiesta había sido confeccionada por una selecta y discreta empresa de

catering que también había proporcionado los camareros que se paseaban elegantes por

entre los invitados, asegurándose de que todo estuviese perfecto. El ambiente era

estudiadamente informal, las risas, los brindis, las conversaciones se mezclaban con

sutileza en esa celebración que no encajaba con la vida de Cleo. Pero allí estaba, con su

vestido rosa, sus piernas inacabables y ese amor secreto y no correspondido que sentía por

Daniel.

No podía seguir así, se recordó valiente tras beber una segunda copa. Había llegado el

momento de ir en busca de Daniel. Dejó la copa vacía encima de una mesa preciosa que

había junto a una lámpara que seguro valía demasiado y se dirigió a la cocina. Había visto

entrar allí a Daniel unos segundos antes, le preguntaría si podía hablar a solas con él y,

cuando lo consiguiera, se aseguraría de tener toda

su atención antes de preguntarle si creía

que entre ellos dos podía existir algo más que una mera amistad. Cogió aire y se detuvo al

lado de la puerta corredera. En la cocina había alguien más con Daniel, podía oír el ruido

de unos cubitos de hielo golpeando un vaso de cristal y Daniel no sujetaba ninguno. Ellos

no podían verla, Cleo iba a entrar y revelar su presencia cuando oyó su nombre y se

detuvo.

—Creía que Cleo iba a ser distinta.

A pesar de que acababa de conocerlo, podía imaginarse la mueca de Sergio a la perfección.

—¿Distinta?

—Más de mundo, más sofisticada.

—Cleo es una buena chica, no deberías juzgarla tan precipitadamente. —Daniel no la

había defendido exactamente, pero se conformaba con eso a pesar de que la primera mitad

de la frase dejaba claro que no se sentía atraído por ella.

Una parte de Cleo quiso irse, pero otra, dominada por el orgullo, la obligó a quedarse.

—No negaré que tiene un polvo y si no fuera por ti probablemente intentaría tirármela,

pero nada más.

—¿Por mí?

—Claro, Cleo y tú os habéis acostado, ¿no?

—¿Cleo y yo? ¡Por supuesto que no! Es toda tuya si quieres.

La sorpresa de Daniel fue insultante y Cleo se dio cuenta de que estaba llorando cuando

una lágrima se detuvo en la comisura de sus labios y notó el sabor salado.

—No, gracias —contestó al instante Sergio—. Ahora mismo prefiero descansar, buscar

apartamento y centrarme. No quiero complicaciones, y una buena chica conlleva

demasiadas. Paso.

Daniel le sugirió entonces a Sergio que fuese a charlar con una mujer llamada Chantal, o

Carla, Cleo no pudo estar segura porque salió de esa casa antes de que alguien pudiese ver

el daño que le habían hecho esos dos idiotas con sus estúpidos comentarios.

Cleo no se lo merecía, pero horas más tarde, en su

cama y después de llorar, pensó que

había tenido suerte de descubrir qué pensaba Daniel de ella antes de ponerse en ridículo y

preguntárselo a la cara (como había estado dispuesta a hacer). Ahora ya no cometería esa

locura y podría mantener la dignidad intacta. Seguirían coincidiendo en el trabajo, eso era

inevitable, pero ahora ya no caería rendida ante cualquier sonrisa del director de orquesta.

En cuanto a Sergio, había tenido suerte de averiguar cómo era de verdad. La inexplicable

atracción que había sentido al verlo al llegar a la fiesta había desaparecido por completo y

ahora podía afirmar que lo odiaba con todas sus fuerzas. Además, lo más probable era que

no volviese a verlo nunca más.

Capítulo 3

Seis meses más tarde

El enfado con Daniel tardó en disiparse, pero, tras semanas de sonrisas, cafés y miradas

varias, el corazón de Cleo volvió a acelerarse cada vez que ella y él se encontraban en el

Liceo. Él, ajeno a los motivos que habían ocasionado el distanciamiento de Cleo, lo atajó a

nervios por el trabajo o a la complicada situación familiar de ella.

Cleo estuvo a punto de decirle que había escuchado (por casualidad) esa conversación y

de preguntarle por qué diablos le resultaba tan imposible concebir la posibilidad de

acostarse con ella. No lo hizo, por supuesto, y durante el primer mes después de esa fiesta

fue capaz de salir un par de noches sin pensar en él, pero Daniel, su música y sus

conversaciones no tardaron en volverse a ganar un lugar en sus pensamientos, y en sus

estúpidos sueños románticos.

En cuanto a Sergio, la teoría de Cleo de que no volvería a verlo también resultó ser un

auténtico fiasco. Sergio Vertel había decidido quedarse en París indefinidamente, al menos

de momento, y había alquilado un apartamento a pocos metros del Liceo. Ellos dos se

veían —y fulminaban con la mirada— casi a diario y, cuando no, acababan coincidiendo

en los lugares más sorprendentes, con o sin Daniel a su alrededor. En el primero de esos

encuentros Cleo intentó fingir que no había visto a

Sergio, pero no lo consiguió y él se encargó de restregárselo por la cara.

Ella había entrado en un supermercado que había dos calles antes de llegar a casa. Lo

había elegido porque sabía que allí vendían esa pasta con forma de princesas que tanto le

gustaba a su sobrina. Iba cargada con el bolso y la bolsa de lona negra llena de la ropa que

había acumulado en el vestuario del Liceo. Entró y cuando se dirigía al pasillo de las

pastas vio a Sergio de pie frente a la sección de salsas. Giró tan rápido para evitarlo que

chocó con el carrito de una señora y el sonido, acompañado de su gemido de dolor porque

la rueda del carrito le pasó por encima del pie, captó la atención de Sergio. Aun así, ella

fingió no verlo y se fue de allí tras disculparse con la señora. Sergio la siguió.

—¡Cleo!

Ella caminó más deprisa, dio un par de saltos a la pata coja porque el dedo del pie todavía

le dolía, y no paró hasta llegar a la sección de higiene femenina.

—Oh, vamos, Cleo, sabes que te he visto.

—Yo a ti no.

Sergio se rio y se detuvo junto a ella (frente a las compresas).

—¿Te has hecho daño en el pie?

—No.

Lo miró de reojo y vio que él desviaba la mirada hacia el pie en cuestión. Sergio llevaba,

igual que el día de su fiesta, una camisa arrugada y con el botón del cuello desabrochado.

Tenía las manos en los bolsillos y Cleo sintió un cosquilleo recorriéndole la espalda

mientras él la observaba en silencio.

—¿Vienes a este súper a menudo?

Era una pregunta tan inocente que no encajaba para nada con el hombre que la formuló.

—A veces.

Eso no era lo que había querido preguntarle, Cleo podía oírle respirar y contener las

palabras.

—Yo...

—Sergio, baby, aquí estás —lo interrumpió una chica pelirroja que parecía sacada

directamente del Photoshop. La pelirroja, con acento y facciones de inglesa, se le colgó del cuello y le estampó un beso en la mejilla. Iba vestida completamente de negro y olía a perfume caro.

—Ella es Cleo, Eve, una amiga de Daniel.

Cleo se giró entonces y vio que Sergio rodeaba a *Eve* por la cintura y que el rostro de él

había cambiado por completo. No supo exactamente cómo se dio cuenta del cambio,

apenas lo conocía, pero era tan brusco y tan visceral que se le revolvieron las entrañas. Ese

era el Sergio de verdad, era cuando se cruzaba con ella cuando dejaba de serlo. ¿Por qué

jugaba ese doble papel? ¿Por qué no era capaz de tratarla igual que al resto? Ese

descubrimiento le dio tanta rabia que Cleo fue capaz de decir:

—Encantada de conocerte, Eve, me encanta la ropa que llevas, es muy sofisticada —esperó

a que él la mirase a los ojos—, muy de *mujer de mundo*.

Eve le dio las gracias por el cumplido sin detectar la mala intención y Cleo se fue a buscar

la pasta de princesas con los ojos de Sergio clavados en la espalda.

Unos días más tarde Cleo bajaba la escalera del metro cuando tropezó y unos brazos la

sujetaron por la cintura y evitaron que se rompiera la crisma contra el suelo. Supo que su

salvador era Sergio antes de que él hablase porque se le encogió el estómago igual que la

noche que lo conoció y se le erizó el vello de la nuca.

—Te tengo.

La apoyó en el escalón y la soltó despacio. No se apartó de detrás de ella hasta lentos

segundos más tarde. Cleo le oyó respirar y después Sergio bajó dos escalones y se colocó

frente a ella, mirándola. La gente los esquivaba al pasar aunque en realidad ninguno de

los dos parecía darse cuenta y ninguno mostró intención de moverse de donde estaba. Él

volvía a tener las manos en los bolsillos y apretaba los labios en esa mueca de enfado que

ella ya relacionaba con él.

—Gracias.

A pesar de todo estaba claro que tenía que darle las gracias por haber evitado que se rompiese la crisma.

—¿Siempre caminas tan distraída?

Sintió que la estaba riñendo, que estaba enfadado con ella, y se puso a la defensiva.

—No iba distraída.

—Podrías haberte hecho mucho daño.

—Bueno, por suerte no me lo he hecho.

—¿Por suerte? Dirás mejor que no te lo has hecho porque te he cogido a tiempo.

—Y ya te he dado las gracias. Lo normal sería que hubieras dicho «de nada» y no este interrogatorio propio de la inquisición española.

—¿Te gusta Monty Python? —le brillaron los ojos y le sonrió. Fue repentino, inesperado, y

el corazón de Cleo se aceleró.

—Sí, ¿por qué?

—Ya sabes, «nadie espera a la inquisición española».

Le tocó sonreír a Cleo, él subió un escalón. La gente seguía esquivándolos y recibieron

algún comentario malsonante de un transeúnte apresurado, pero ella solo podía oír el tono

divertido de Sergio, había cambiado tanto como el brillo de sus ojos.

—Gracias por evitar que me cayese.

—De nada —aceptó Sergio esta vez—. En un cine cerca de mi apartamento pasan *La vida*

de Brian, ¿te apetece ir a verla?

Una señora golpeó a Cleo con el bolso al pasar y se vio obligada a regresar a la realidad.

Ella no podía ir a ninguna parte. De hecho tenía que darse prisa y subirse al primer metro

que pasase porque Luela tenía que irse a trabajar y probablemente Marion ya estaba sola

en casa. Además, ¿a qué venía la petición de Sergio? Él creía que ella le «traería

complicaciones». La conversación que había escuchado a hurtadillas en esa fiesta todavía

la perseguía y debió de reflejarse en su rostro porque Sergio retrocedió el peldaño que

había subido minutos atrás.

Ese peldaño fue de kilómetros de distancia.

—No, yo...

—No pasa nada —la interrumpió él—. De todos modos, acabo de recordar que tengo un compromiso.

—Claro.

Entonces, ¿por qué diablos la había invitado al cine? Cleo se subió el bolso, el peso pareció duplicarse, y esquivó a Sergio para seguir bajando la escalera. Él la siguió y se colocó a su lado.

—Daniel ha organizado una cena con un grupo de amigos, me había olvidado.

Cleo no dijo nada más, caminó con la mirada al frente, fija en el túnel por el que tenía que entrar el tren. Llegaron a una intersección, un

pasillo seguía hacia delante y el otro hacia la

izquierda. Ella no tenía que desviarse y el ruido chirriante le anunció que su tren estaba a

punto de detenerse y abrir las puertas. No contó con despedirse, volvía a sentirse como

una estúpida por haberse planteado durante un segundo que los ojos de Sergio le

entrecortaban la respiración, pero él la sujetó por el antebrazo y la detuvo.

—De verdad tengo que irme.

Ella no podía dejar de mirar la mano de él rodeándole el brazo, la tela de la cazadora se

arrugaba entre sus dedos y sentía una extraña presión en la piel.

El tren de Cleo dio la primera señal de aviso.

—Por supuesto, yo también.

Sergio la miró a los ojos y la soltó apretando los labios, conteniendo una explicación o quizá una excusa.

—Ve con cuidado —se despidió con esa frase que ella solo oyó porque ya se había dado media vuelta para salir corriendo hacia las puertas que se cerraban.

Cleo no vio que Sergio se quedaba en esa intersección mirándola, y tampoco que sacudía la cabeza mientras caminaba tenso y enfadado hacia la dirección opuesta.

En el metro Cleo mandó un mensaje a su hermana Luela para que supiera que llegaría cinco minutos más tarde. Sujetó el móvil paciente entre los dedos mientras esperaba la

respuesta, un sencillo O.K. o un emoticono le habría bastado, pero no recibió nada y la

paciencia desapareció y se convirtió en nervios. Podía haber una explicación lógica, su

hermana podía estar en el baño y no haber visto el teléfono, aunque el sexto sentido de

Cleo, ese que siempre se retorció cuando Luela iba a complicarse la vida, lo negaba a

gritos. En cuanto el vagón se detuvo en la parada, se apresuró a salir y cruzó a la carrera

las dos calles que faltaban hasta su casa. Abrió la puerta del apartamento y suspiró de

alivio al ver a Marion sentada frente al televisor.

—Hola, princesa.

—Hola.

—¿Y mamá?

—Se ha ido.

Cleo se mordió la lengua para no insultar a su hermana frente a la niña. Solo había llegado

cinco minutos tarde, pero cinco minutos era tiempo de sobra para que Marion se hiciese

mucho daño estando sola en un apartamento.

—¿Hace mucho?

—No lo sé, no sé mirar el reloj —la niña se dio media vuelta y le sonrió—, pero Aladdín

todavía no tenía la lámpara.

Cleo desvió la vista hacia la pantalla del televisor y vio que el genio azul y disparatado

estaba a punto de recuperar su libertad. Era la película preferida del momento y tanto

Marion como ella se la sabían de memoria. Luella llevaba casi una hora fuera. Maldita fuera.

Se quitó la cazadora abatida y la dejó encima del respaldo de una silla del comedor. Hacía

semanas que sospechaba que su hermana había vuelto a tomar drogas y esa clase de

comportamiento no ayudaba a disipar sus dudas, todo lo contrario. No había encontrado

nada en el apartamento. Después de que Luella se fuese de casa por primera vez, había

aprendido a buscar y Cleo conocía las técnicas de escondite de su hermana. Si ahora se

estaba drogando había aprendido a ocultarlo mejor. Tal vez estaba equivocada —ojalá lo

estuviese— y el motivo de la distracción de Luella

fuera un hombre, su hermana tenía un

gusto pésimo para elegirlos y al principio de una relación se comportaba como una adicta,

aunque sin duda eran preferibles a la otra opción.

Cleo no envidiaba esa clase de pasión, le parecía una muestra de egoísmo y una estupidez.

Ella nunca había olvidado nada por ningún hombre y nunca había cometido locuras por

ninguno, Luella las hacía por las dos y también eran las dos las que tenían que pagar las

consecuencias, o las tres, porque sin duda Marion también las pagaba. El único riesgo que

había corrido Cleo en la vida había sido enamorarse de Daniel y no confesárselo, ni

siquiera insinuárselo, nunca. Sí, después de esa cena se alejó de él, pero si era sincera

conigo misma tenía que reconocer que si Daniel se propusiese conquistarla no le costaría

mucho conseguirlo. Cuando ella se permitía soñar, los veía a los dos acudiendo juntos al

Liceo, compartiendo momentos.

—¿Puedo ayudarte a cocinar, Cleo?

—Claro —carraspeó para despertar la garganta. Estaba muy preocupada por Luela y no

quería que Marion lo notase.

—Creo que mamá no volverá esta noche, se ha llevado la bolsa grande.

Mierda.

Con disimulo, Cleo entró en el dormitorio de Luela y vio cajones abiertos y ropa esparcida

por el suelo. Suspiró aliviada y enfadada al mismo

tiempo. El comportamiento de su

hermana sin duda era irresponsable, había dejado sola en casa a una niña pequeña y a ella

ni siquiera la había avisado, pero seguía sin encontrar rastros de drogas por ninguna

parte. Cerró los cajones, apagó la luz que Luela se había dejado encendida y salió a

preparar la cena.

Fue un fin de semana intenso, Marion preguntó por su madre durante toda la mañana del

sábado y Cleo, para distraerla, la llevó al parque y después al cine. La niña no tenía la

culpa de que su madre fuese una impresentable, pero Cleo tampoco y, aunque intentó no

pensar en lo cansada que estaba o en las ganas que tenía de dormir, le costó fingir que no

pasaba nada y que ellas dos, las adultas de la familia, habían organizado ese fin de semana

tía-sobrina desde el principio. Por su parte, Luela no dio señales de vida hasta el domingo

por la noche cuando mandó un mensaje diciendo que volvería a casa el lunes por la noche.

Genial, pensó Cleo, tumbada exhausta en la cama. Con toda seguridad, su hermana estaría

mal durante toda la semana y ella tendría que ocuparse de la casa, la pequeña, y claro,

ensayar el resto de horas del día, pero quién necesitaba dormir.

Quizá fue culpa del cansancio, o tal vez fue su subconsciente quien también decidió

torturarla, pero esa noche, cuando se durmió después de maldecir a su hermana, Cleo

soñó con que Daniel se subía al escenario en plena representación, la cogía en brazos, y la

besaba apasionadamente para llevársela lejos de allí y hacerle el amor como un poseso. Se

despertó sobresaltada y acalorada (entre otras cosas) y fue a la cocina a por un vaso de

agua. Allí, mientras lo bebía, se dio cuenta de que en el sueño no había visto el rostro del

hombre que la besaba y desnudaba tan frenéticamente, ella sencillamente había deducido

que era Daniel.

Nunca soñaba con otro, pero esta vez no podía estar segura de que hubiese sido él el que

la besaba.

Descubrir eso la inquietó. No hacía falta ser demasiado listo para darse cuenta de que

utilizaba a Daniel como escudo o, mejor dicho, como excusa para no correr el riesgo de

sentir algo y, Dios no lo quisiera, perder la cabeza por un hombre real, uno que pudiese

corresponderle. Sin embargo, si Daniel empezaba a fallarle incluso en sueños, quién le

recordaría que el amor y la pasión eran tan necesarios como maravillosos, ¿los Monty

Python?

Capítulo 4

Luela volvió y se comportó como si no hubiese pasado nada, fingió incluso haber echado

de menos a Cleo y a Marion. Cleo se lo permitió porque no quería entristecer a su sobrina,

no tardaría en ver la realidad con sus propios ojos, adelantárselo sería una crueldad

innecesaria. Cleo no llegó a recuperarse del ajetreo del fin de semana y la intensidad de los ensayos antes del estreno no ayudaron en nada.

El ambiente en el Liceo estaba tenso, los miembros de la compañía se comportaban como siempre con educación y profesionalidad, pero todos tenían los nervios a flor de piel por el

inminente estreno. Cleo esquivaba a los compañeros más irascibles e intentaba estar a la

altura y aprovechar al máximo las horas de ensayo a pesar de que varios músculos de su

cuerpo se quejaban a diario por el sobreesfuerzo. Llevaba las piernas y los brazos cubiertos

de tiras de varios colores del fisioterapeuta y una venda alrededor de una muñeca; tomaba

una aspirina casi a diario. El único momento del

día en que estaba tranquila era por la

mañana, después de dejar a Marion en el colegio, en manos de su profesora, caminaba

hasta el café que había una esquina antes de llegar al Liceo y se sentaba allí a leer un poco

mientras desayunaba. A veces, cuando tenía mucha suerte, Daniel se sentaba con ella, solo

a veces.

Esa mañana pidió un café con leche y su tostada de siempre, eligió una buena mesa, una

de las que no cojeaban, se sentó y sacó la novela que estaba leyendo del bolso.

—Buenos días, Cleo soy bailarina.

Había tenido suerte, Daniel iba a desayunar con ella.

—Buenos días.

Cerró el libro y le sonrió, el día había mejorado de repente, aunque se sonrojó un poco

—no demasiado— al recordar el sueño de noches atrás.

—Tenía ganas de verte.

El sonrojo de Cleo ahora sí que aumentó.

—Últimamente no charlamos como antes, te echo de menos.

Si no hubiese aparecido el camarero en ese momento con los dos cafés con leche, Cleo probablemente habría creído que estaba soñando. En ningún sueño suyo aparecería un camarero sin chaleco y pajarita.

—Yo también.

Daniel alargó una mano y cogió la de ella. Cleo se precipitó hacia el infarto.

—¿Qué te parece si salimos este viernes?
Podríamos ir a cenar y a tomar algo.

—Claro.

Luela le debía un favor, mil favores, y ese viernes iba a pedir un día libre en el trabajo y a ocuparse de su hija, se prometió Cleo.

—Fantástico. —Daniel le levantó la mano y le dio un beso en los nudillos. Nunca había hecho nada parecido y el gesto, aunque anticuado, la hizo temblar.

Dos bailarinas compañeras de Cleo entraron entonces en el café y Daniel las saludó

efusivamente a ambas, les sonrió y las encandiló igual que hacía siempre con todo el

mundo. Desayunaron los cuatro hablando del fin de semana y compartiendo chismes y

críticas sobre la dirección del Liceo. Podrían haber sido cuatro amigos sin más, pero Cleo

sentía que entre Daniel y ella había algo distinto, algo especial, y él se lo demostró

guiñándole un ojo al levantarse.

Durante los ensayos de ese día no le dolió ningún músculo a Cleo, ninguna articulación se

quejó y ni siquiera el sudor le molestó. La vida era maravillosa. Al terminar, ella y el resto

de bailarinas aplaudieron a la coreógrafa y directora y fueron a ducharse. No le molestó

ser la última ni tener el agua helada. Salió de la ducha envuelta en una toalla y se vistió, y

con una sonrisa en los labios salió a la calle. En

casa jugó con Marion y las dos cenaron

pasta en la cocina. En el colegio estaban preparando también un festival, así que las dos

compartieron anécdotas sobre sendos ensayos. Evidentemente, las de Marion fueron

mucho más divertidas. Recogieron los platos juntas, vieron un poco la tele y fueron a

acostarse. Cleo no oyó llegar a su hermana, pero antes de irse a la mañana siguiente

comprobó que estaba dormida —y todavía medio vestida— en la cama. No importaba, el

lamentable estado de Luela no consiguió empeorar su buen, y al parecer indestructible,

humor.

Daniel no estaba en el Liceo esa mañana, ni tampoco lo estuvo durante la tarde ni el día

siguiente. Le mandó un mensaje al móvil para decirle que había tenido que salir de

improviso de la ciudad y que volvería el viernes para la cena. Unas horas más tarde le

mandó otro mensaje con información sobre el restaurante y la hora de la reserva.

Cleo miró los dos mensajes de texto durante minutos como una idiota. Esa noche esperó

despierta en el sofá a que Luela apareciese y cuando lo hizo le preparó un café, que la

obligó a tomarse, y le contó que ese viernes tenía que ocuparse ella de la niña. Su hermana

intentó hacerse la ofendida, recurrió incluso a su táctica más habitual —hacer sentir

culpable a Cleo— para no ocuparse de Marion esa noche, y todo fue en vano. Cleo no

cedió, se mantuvo firme y decidida, aguantó los lloros y los pucheros, hasta los insultos, y

cuando Luela se dio por vencida y accedió a pedir un día libre en el trabajo se acercó a

ella, le dio un beso y las gracias, y fue a acostarse. Ese viernes iba a ser el primero de

muchos, lo presentía en el nudo que tenía en el estómago y en el cosquilleo que se le

deslizaba por la espalda.

Le habría gustado ver a Daniel antes de su cita, sí, tenían una cita, pero se conformó con

enviarle también un mensaje donde le confirmaba que estaría en el restaurante en la hora

acordada y que lo echaba de menos. Él le mandó una cara sonriente. No era la respuesta

que esperaba, pero sí una típica de Daniel.

La tarde del viernes, Cleo salió del Liceo a toda velocidad y se dirigió a casa para

cambiarse. Había dejado la ropa y los zapatos preparados esa mañana y tenía que

ducharse, secarse el pelo y maquillarse. No quería ir demasiado arreglada ni tampoco

demasiado informal, ni demasiado provocativa, ni demasiado poco. La elección había sido

difícil y necesitaba estar en plena posesión de sus facultades, y más minutos de los que

tenía de verdad, para conseguir el resultado deseado. Luela la sorprendió cuando apareció

en el dormitorio y la ayudó a maquillarse, e incluso le prestó unos pendientes que a Cleo

siempre le habían gustado. Se fue de allí con un beso de Marion en la mejilla y unos

cuantos consejos escandalosos —y obscenos— de su hermana susurrados en el oído,

aunque estos últimos le resultaron tentadores y se prometió hacerles caso más adelante.

Llegó al restaurante, pagó al taxista y durante unos minutos paseó indecisa frente a la

puerta, ¿tenía que entrar? ¿Quedaría más sofisticada si lo esperaba dentro?

—Hola, Cleo.

Se giró sobresaltada y con el pulso acelerado. Esa voz no era la de Daniel, la de Daniel no

le causaba nunca esa reacción.

—Sergio, ¿qué haces aquí?

Tal vez en otras circunstancias habría podido ser más educada.

—Daniel me ha dicho que habíais quedado aquí.

—Se detuvo frente a ella con la mirada

seria —. Tienes el móvil en silencio.

Cleo abrió el diminuto bolso donde había logrado meter, utilizando técnicas propias del

Tetris, el móvil, un pintalabios y las llaves de casa. Comprobó que tenía una llamada

perdida y dos mensajes de texto de Daniel. En el primero, le habían retrasado el vuelo y no

podía volver a tiempo, en el segundo se disculpaba y le decía que cenarían la semana

siguiente. Se despedía con un emoticono que desprendía más culpabilidad que sus pocas

palabras y sin ningún gesto mínimamente romántico o cariñoso.

«Es el malhumor porque le han cancelado el

vuelo».

—Será mejor que vuelva a casa —susurró sin mirar a Sergio.

—¿Por qué? Yo estoy aquí y tú estás aquí y no pareces tú. Podemos cenar juntos.

—¿¡No parezco yo!?

Cleo guardó el teléfono y cerró el bolso con un sonoro clic. El hombre que tenía delante

corría el riesgo de recibir una bofetada, así que emprendió la marcha hacia la esquina en

busca de un taxi.

—No, espera. —Él la sujetó por la muñeca—. Lo siento, quería decir que estás guapísima.

—Claro, y por eso no parezco yo. Suéltame antes de que te rompa la nariz.

—No podrías aunque quisieras.

—¿Nos jugamos algo?

Se sentía capaz de romperle la crisma entera.

—No, no. —El cretino se rio, pero la risa disolvió parte del enfado de Cleo y le retorció el

estómago—. Te creo. Vamos, date media vuelta. —
Le soltó la muñeca.

Cleo cogió aire y lo soltó despacio. No iba a irse de allí con los ojos llenos de lágrimas, no

quería que ese imbécil le contase a Daniel que la había visto llorar como a una niña

pequeña.

—Gracias por venir a avisarme y haber evitado que entrase en el restaurante e hiciese el

ridículo.

—No lo habrías hecho.

El bufido que salió de la nariz de Cleo no fue para nada elegante. Sergio la miró a los ojos

y sonrió, y la tristeza desapareció de los de Cleo.

—Gracias por haber venido, pero no hace falta que me invites a cenar. Estoy bien.

Sergio, sin dejar de sonreír, le cogió una mano y tiró de ella hacia la puerta del restaurante.

—Claro que estás bien, no quiero cenar contigo por eso.

Sergio se movió con destreza y tanta seguridad que antes de que Cleo pudiese darse

cuenta de lo que estaba sucediendo ya estaban los dos sentados en una mesa al lado de la

ventana con vistas al jardín interior del restaurante. Era un local precioso, decorado con

tonos blancos y negros y con una carta corta y deliciosa repleta de platos preparados a

diario con productos de mercados locales.

—¿Qué te apetece comer? Me han dicho que aquí todo está buenísimo.

Cleo parpadeó confusa y se cruzó de brazos. Ni en un millón de años se habría imaginado

a sí misma cenando con Sergio. Estaba furiosa con Daniel o, mejor dicho, con el avión al

que iba a subirse Daniel, con su mente fantasiosa que ya había visualizado cientos de

opciones distintas para esa velada, y ninguna incluía el plantón, y con el mundo entero,

pero con quien estaba más enfadada era con Sergio. ¿Lógico? Probablemente no.

—¿Qué diablos pretendes cenando conmigo? ¿Te

lo ha pedido Daniel? —sugirió de

repente. Era lo único que tenía sentido.

—No, Daniel no me lo ha pedido, lo único que me ha dicho era que habíais quedado aquí

y que tú no le cogías el móvil. Nada más.

—¿Has venido por tu cuenta? —La cabeza le daba vueltas. No tenía sentido que Sergio

hubiese decidido ir a avisarla sin más. Siempre que se veían acababan discutiendo y

fulminándose con la mirada. Cuando coincidían, lo cual sucedía inexplicablemente a

menudo, lo mejor que sabían hacer era ignorarse.

—Pasaba por aquí. ¿Qué quieres comer?

No iba a permitirle que diese por zanjado el tema tan fácilmente.

—¿No tenías planes para esta noche? Es viernes.

—Sé qué día de la semana es, gracias, y no, no tengo planes.

Cleo refunfuñó, no le creía en absoluto. Cogió la carta para distraerse y dejar de mirarlo, al

parecer los ojos de Sergio y la curva superior de sus labios podían hipnotizarla.

—¿Por qué no me crees? —siguió él adivinando la incredulidad de ella—. No te caigo bien

— añadió de repente entre sorprendido y dolido. Fue extraño, las emociones escondidas,

disimuladas en esa frase, fueron innegables.

Cleo notó el cambio de tono en la voz de Sergio y apartó la carta tras la cual se ocultaba. Él

volvió a subir la suya, aunque sus miradas se encontraron durante medio segundo. Tal

vez más. Cleo se perdió de nuevo en los nombres de los platos en busca de algo que

explicase por qué a Sergio le importaba la opinión que ella pudiese tener de él. Un hombre

que dijo que solo se la follaría porque ella era una mujer con «complicaciones». Apretó la

carta con los dedos, sí, Sergio había dicho eso, se lo había dicho a su mejor amigo en una

situación relajada. Esa noche fue sincero, esta quizá no lo era. Quizá a él también le habían

dado plantón y por eso había acudido a «rescatarla».

—No te conozco.

—No, cierto, pero crees que sí. De hecho, puedo ver que tienes una opinión perfectamente

formada sobre mí —afirmó rotundo y enfadado.

Cleo bajó la carta y dejó de disimular. Estaba harta de mentiras y de secretos, de contener

sus emociones. Esa noche, la noche que oyó esa conversación, tendría que haber entrado

en la cocina y haberles cantado las cuarenta a los dos. Sí, una vocecita le susurró en la

cabeza que tan culpable era Sergio como Daniel y que con el segundo no parecía estar tan

sumamente enfadada, pero quién diablos tenía tiempo para escuchar a su conciencia.

Además, Daniel y ella llevaban años siendo amigos y podía perdonárselo, pero Sergio

prácticamente acababa de aparecer en su vida y parecía empeñado en desmontársela.

—¿Y tú no la tienes de mí? ¿Acaso no le dijiste a Daniel que me follarías pero que te

parecía demasiado complicada?

Sergio apretó los labios y se quedó sin habla durante un segundo, estaba avergonzado y también furioso, lo que no tenía sentido.

—No sabía que habías oído esa conversación.

—Es lo que piensas, ¿no?

—No.

Cleo lo observó, él estaba confuso y sus ojos eran imposibles de descifrar. Seguro que

lamentaba que ella lo hubiese descubierto, a nadie le gusta que le pillen hablando mal de

otra persona, pero eso no implicaba que ahora estuviese siendo sincero. Ni mucho menos.

Aunque en realidad no importaba, estaba cansada, había tenido una semana muy difícil

que ahora culminaba con ese fiasco de cita en la que su pareja ni siquiera se había

presentado. Lo único que quería Cleo era irse a casa, quitarse esos zapatos de tacón que le

estaban destrozando los pies, desmaquillarse y tumbarse en la cama. Quizá se quedaría un

rato viendo la tele y bebería un chocolate caliente antes de acostarse, o quizá lloraría a

moco tendido viendo *Leyendas de pasión*, todavía no lo había decidido.

—Me voy.

Se levantó y dejó caer la servilleta encima de la mesa. No habían pedido nada, pero si

alguien del restaurante tenía un problema con ellos debería solucionarlo con Sergio

porque ella no pensaba quedarse allí ni un segundo

más.

—¿Están listos para pedir, señores?

Cleo aprovechó la aparición del camarero para dirigirse a la salida, Sergio la fulminó con

la mirada, ella pudo sentirla clavada en la espalda, pero se quedó a dar explicaciones.

Cuando él consiguió levantarse y salir a la calle, ella ya había desaparecido dentro de un

taxi.

Le oyó gritar su nombre, lo vio correr incluso detrás del taxi, pero una moto se cruzó en su

camino y tuvo que detenerse. Durante el trayecto a casa se repitió que había tomado la

decisión adecuada, que era imposible que Sergio la hubiese destrozado por no poder

explicarse. Y que no tenía sentido que ella hubiese llorado.

Ese fin de semana Cleo se volcó especialmente en Marion, la niña era la excusa perfecta

para no pensar en el plantón de Daniel ni en la conversación —y extrañas miradas— de

Sergio. Luela aprovechó la situación y prácticamente desapareció y las dejó solas día y

noche. El lunes, tras ese intensivo de abrazos, parques y *Aladdín*, el Liceo le pareció el

mejor lugar donde recuperar la normalidad y no se detuvo en la cafetería de siempre a

desayunar. No sabía si Daniel estaría ya de regreso, él no le había mandado ningún

mensaje ni la había llamado, y no tenía ganas de averiguarlo.

Era casi la hora de salir de ese mismo lunes cuando Daniel apareció y le sonrió. Le explicó

que, al final, debido al retraso del vuelo, había decidido quedarse todo el fin de semana en

Barcelona. Estaba exhausto y se sentía culpable por no haber acudido a la cena y por no

haberle dicho nada más desde ese último mensaje, pero había estado terriblemente

ocupado. Cleo se hizo la ofendida, por qué negarlo, y él la cameló, tampoco tenía sentido

negarlo. Dos guiños de ojo más tarde y tres sonrisas, y Cleo estaba dispuesta a perdonarlo.

—Vamos, Cleo, siento de verdad no haberte llamado y no haber llegado el viernes. Dime

que me perdonas.

—Está bien.

Se dijo a sí misma que estaba manteniendo las distancias.

—Genial. Este miércoles hay una fiesta en Le Carmen, yo tendré que cumplir con ciertos

compromisos pero los afrontaría con más ganas si tú también estás allí.

Cleo sabía de esa fiesta, la organizaba una importante revista de moda y siempre invitaba

a toda la compañía porque al parecer las bailarinas y los músicos del Liceo quedaban bien

en esa clase de eventos. Seguro que Daniel había recibido una invitación distinta a la de

ella, personalizada y más exclusiva. Ella no se había planteado asistir, hasta ahora.

—Estaré.

Daniel le sonrió de nuevo con hoyuelos incluidos.

El miércoles podía organizarse sin

problemas, lo único que tenía que tener presente era que no podía acostarse muy tarde

porque al día siguiente volvían a ensayar durante más horas de las recomendables.

Disculparían que Daniel, el director de la orquesta y niño bonito del Liceo, no se

presentase al trabajo o llegase tarde, pero ella, una bailarina sin más, tenía que estar allí a

primera hora y darlo todo a diario.

Pasó los días que faltaban hasta el miércoles concentrada en los ensayos y en la nueva

coreografía. Llegaba a casa pronto y desconectaba con Marion, cenaban juntas y se reían.

Acostaba a la niña temprano, después del baño y el cuento, y después se acostaba ella.

Luela seguía con su rutina habitual; desaparecía en cuanto ella llegaba y lo dejaba todo

hecho un desastre, pero no tenía la mirada perdida y nombraba sin cesar a Ricardo, un

compañero del bar donde trabajaba. A diferencia de la cita fallida de la semana anterior,

en esta ocasión Cleo intentó contener las ilusiones aunque no acabó de conseguirlo y se

vistió con un corto vestido negro que complementó con unos labios rosa nude y sombras

de ojo humeantes. Estaba elegante y misteriosa, eso fue lo que le dijo su vecina cuando

dejó a Marion en su casa para que la cuidase hasta su regreso.

Cleo suspiró, se montó en otro taxi, el último de ese mes porque si no su economía se iría

al traste, y notó que se le aceleraba el corazón.

Esa noche sí que iba a ser especial.

Y sin venir a cuento, cuando el taxi se detuvo en un semáforo, recordó la mirada de Sergio

corriendo tras ella.

Capítulo 5

Le Carmen estaba elegantemente lleno, no había las multitudes que solían hacer cola

frente a la puerta durante las noches del fin de semana, pero bastaba con acercarse para

comprobar que el interior vibraba con la música elegida para agasajar a los invitados de la

fiesta. Cleo facilitó su nombre al guarda de seguridad que protegía la entrada y este, tras

comprobarlo, le indicó adónde debía dirigirse.

Entregó el abrigo al encargado del

guardarropía y se dirigió hacia las mesas con los aperitivos. No tenía hambre, aunque

supuso que comer algo podría aflojarle el nudo que sentía en el estómago. No veía ni

rastro de Daniel por ningún lado, debía de llegar tarde, como siempre. Aceptó una copa

de champán de un camarero de lo más elegante, eligió un canapé del ejército que había y

se sentó en una butaca de terciopelo color chocolate a esperar.

Distintos miembros de la compañía del Liceo fueron apareciendo por la puerta, varios se

acercaron a saludarla, a darle conversación, a elogiarla por el vestido. Cleo intercambió

halagos y siguió donde estaba cada vez más

nerviosa. Ni siquiera la música lograba distraerla o relajarla.

—Estás preciosa.

Sintió un cosquilleo, el nudo del estómago se estrechó, el corazón le golpeó las costillas y

le subió por la garganta, tuvo calor. Mucho calor. Y tuvo que tragar saliva antes de hablar.

Haberse acordado de él de camino hacia allí no la ayudaba demasiado.

—Para ser yo.

—Estás preciosa —Sergio repitió la frase y se sentó junto a ella sin pedirle permiso.

Cleo se cruzó de piernas para ganar unos centímetros de distancia.

—¿Has venido con Daniel?

Había decidido que si volvía a ver a Sergio fingiría que la casi cena del viernes anterior no había tenido lugar. No podían ser amigos, pero intentaría ser civilizada con él.

—No.

Ella desvió la mirada de nuevo hacia la puerta, dio por concluida la conversación, si era

eso lo que habían tenido, e intentó olvidarse de que a su lado estaba sentado aquel tipo

engreído y maleducado. Pero esa descripción ya no parecía encajarle, si es que alguna vez

lo había hecho.

«Estás preciosa». Había sonado sincero, emocionado incluso. Culpa de la extraña acústica

del local. Sergio no se movió, la tensión sin embargo se abría paso por entre los hombros y

los dedos de sus manos. Cleo no quería que pensase que huía, pero no pudo resistirlo más

y se puso en pie, un escalofrío se extendía por su cuerpo con cada respiración. Él siguió

observándola sentado, igual que si quisiera decirle algo y no hallase las palabras. Soltó el

aliento al dar con una, cómo Cleo pudo oír ese cambio por entre el ruido que había

alrededor nunca lo sabría.

Tampoco pudo intentar averiguarlo, pues vio que las cortinas de terciopelo que dividían

ese local con el mundo real se separaban y entraba Daniel.

Daniel con una mujer muy guapa.

La vergüenza y la rabia le hicieron flaquear las rodillas, Cleo se debatió entre sentarse y

fingir que no los había visto y salir corriendo. Correr era preferible, podría llorar,

enfadarse consigo misma en cuanto estuviese a solas. Sujetó el bolso entre los dedos, cogió aire, y notó una mano sujetándola por la cintura.

—No te vayas, no se lo merece.

Le escocieron los ojos. Sergio había presenciado su derrota, su decepción, había adivinado

más allá de cualquier duda la verdad de los sentimientos de Cleo. Ella quería morir, no

se le ocurría peor persona para tal descubrimiento. Y sin embargo él la siguió sujetando y

le susurró de nuevo al oído.

—Quédate justo donde estás y sonríe. Estás preciosa.

Creyó que le besaba la mejilla, le ardían tanto que no podía estar segura.

—Hola, Cleo, me alegro mucho de que hayas venido —Daniel la saludó con un beso en la

mejilla, ese sí lo sintió y la dejó helada—, tenía muchas ganas de presentarte a Raquel.

Sonrió a Raquel, una bailarina española extremada y cruelmente guapa, intercambió dos

frases con ellos —no se soltaron ni un momento— e inició la despedida.

—¿Tan pronto? —Daniel no tenía ni idea de lo doloroso y humillante que era para ella

estar allí.

Sergio le apretó levemente la cintura y el gesto, inesperado, sin sentido, la reconfortó.

—Sí, es miércoles.

Raquel le dio las buenas noches, ella iba a quedarse hasta tarde porque estaba de

vacaciones. Iba a pasar esos días con Daniel, enamorándose de la ciudad del amor (frase textual de la española).

—Seguro que Daniel será un guía espléndido —intervino Sergio—. Se conoce a la perfección la *ciudad del amor*.

Fue una broma, los dos amigos sonrieron, aunque el tono de Sergio contenía cierto

reproche. Tal vez él también conocía a Raquel de antes y estaba interesado en ella, Cleo no

tenía ni idea y no iba a quedarse a averiguarlo. Les sonrió, balbuceó buenas noches y se

dirigió decidida al guardarropía a por el abrigo. Aceptó la prenda, el encargado le sonrió,

pero ella fue incapaz de devolver el gesto, se puso una manga, después la otra, se iría de

allí y no volvería a

Sergio pasó por su lado y la cogió de la mano, entrelazó los dedos con los de ella y tiró con

decisión hacia un pasillo que había junto al guardarropa y conducía a un salón privado.

—¡Suéltame!

No le hizo caso, se detuvo y se giró para mirarla. Los ojos de él contenían emociones

desordenadas, intensas, que se peleaban entre sí.

—Daniel no se merece estas lágrimas.

—¡No estoy llorando!

Él le acarició una mejilla y le demostró que mentía. Cleo perdió la respiración, Sergio juntó

los dedos con los que había capturado la lágrima hasta que esta se fundió en su piel.

—Te manipula, se lo he visto hacer otras veces, pero contigo...

—¿Conmigo qué? —Tenía la espalda apoyada en la pared y a Sergio a pocos centímetros

frente a ella—. No debería escucharte, no sé qué diablos pretendes. Se supone que Daniel

es tu mejor amigo.

—Y lo es, pero no se merece a una mujer como tú.

—¡Déjame en paz y lárgate de aquí! Sé que crees que no soy lo bastante...

La calló con un beso, no fue lento ni delicado. Cleo ni siquiera lo vio venir, la única

advertencia fueron las llamas de su mirada. Los labios de Sergio se colocaron con

insistencia sobre los de ella, la devoraron, los separaron con una pasión que clamaba ser

incontrolable y le derritieron las rodillas. La lengua de él se movió dentro de su boca como

si le perteneciera, conquistándola, descubriéndole rincones que Cleo no conocía. Las

piernas de él enmarcaron las de ella, sus muslos se rozaron y, aunque los separaban los

pantalones de él y las medias de ella, Cleo podía sentir su fuerza. Un ruido de un objeto al

golpear el suelo, el bolso, y Cleo sujetó a Sergio por la cintura y lo acercó a ella.

Él le mordió el labio, ella tembló, tenía calor, el corazón le latía tan rápido que podía oírlo

dentro de su cabeza. No podía pensar, solo sabía que se arrancararía la ropa si pudiera, y la

de él.

—Cleo...

Demasiado real.

Colocó las manos en el torso de Sergio, lo sintió tensarse y sin querer evitarlo le clavó las

uñas por encima de la camisa, pero lo apartó. Sí, una parte de su cuerpo, no, todo, se

quejó. Lo apartó de todos modos. ¿Qué estaba haciendo? Se humedeció los labios y al

encontrar allí el sabor de él el estómago se le encogió y tuvo que apretar las piernas. ¿Por

qué con él? ¡Con él!

—Cleo.

Utilizó su nombre como un suspiro, como si en esas pocas letras cupiera el universo. Ella

no podía decir nada, se había olvidado de hablar, de razonar.

La música de Le Carmen se metió por entre la confusión y la decoración del local fue

apareciendo poco a poco ante ella. Recordó dónde estaba, por qué había acudido allí esa

noche. El resto de invitados fueron dibujándose y una silueta en concreto se acercó a ellos.

Era la chica del supermercado, la que estaba con Sergio y le había llamado «baby».

Se agachó despacio, él, que seguía frente a ella, casi pegado, aguantó la respiración. Cleo

recogió el bolso, lo miró a los ojos y calculó que tenía el tiempo necesario para decir lo

único que importaba:

—No quiero volver a verte nunca más.

Sergio apretó la mandíbula, entrecerró los ojos, levantó una mano con intención de tocarla,

Cleo se apartó a tiempo y vio a Daniel cerca de la entrada. Se acercó a él decidida, vio a

Sergio por el rabillo del ojo, furioso, estupefacto, inmóvil donde estaba porque la guapa

del súper le había impedido —sin saberlo— seguirla y le estaba hablando.

Daniel le sonrió al verla y le preguntó si se lo estaba pasando bien.

—En realidad, vengo a despedirme. —Se habría abanicado si hubiese podido—. Nos

vemos mañana.

Él insistió en acompañarla fuera y buscarle un taxi, le colocó una mano en la cintura, igual

que hacía cuando entraban en un café o a veces en

el Liceo, y Cleo no supo qué hacer con

el gesto. Era evidente que esa noche su cuerpo no reaccionaba como siempre. Subió al taxi,

aceptó el beso en la mejilla de Daniel y se negó a pensar en el que Sergio le había dado en

los labios.

Eso no había sido un beso, había sido demasiado sexual, demasiado fuerte para definirlo

con esa palabra tan inocente.

No pegó ojo en toda la noche. Aunque cumplió con el ritual de siempre, se pasó las horas

dando vueltas en la cama. Fue un milagro que no se rompiese nada el día siguiente en los

ensayos, lo único que lo evitó fue que Daniel no apareció y Cleo casi logró fingir que lo

que había sucedido en Le Carmen había sido el sueño más extraño de toda su vida. A su

mente tal vez logró engañarla, pero su cuerpo seguía con la piel de gallina, las rodillas

todavía le temblaban, y en los labios sentía el sabor de Sergio. La marca de los dientes que

él le había dejado allí no ayudaba, podía verlo frente a ella, ni siquiera tenía que cerrar los

ojos, y la sangre se le aceleraba y empezaba a tener calor. No era una reacción racional, de

hecho, era de todo menos racional.

Al terminar los ensayos no se fue a casa como siempre, Marion había acudido a su primera

fiesta infantil y no tenía que ir a recogerla hasta más tarde. Aprovechó para quedarse sola

en una de las salas más pequeñas y practicar un

poco más. Bailar la dejaría lo bastante

exhausta como para poder dormir esa noche. Puso la música en marcha, una pieza clásica

de Tchaikovsky, se aseguró de llevar bien atadas las puntas e inició los ejercicios. Cerró los

ojos, se dejó llevar por la música y por esos movimientos que estaban grabados en su

mente y en su cuerpo.

La tensión fue alejándose, las preocupaciones también. Quedó solo ella.

—Nunca te había visto bailar.

La voz de Sergio le erizó la piel y se detuvo. Abrió los ojos convencida de que había

alucinado, pero él estaba de pie frente a la puerta, apoyado en ella. El Liceo estaba

prácticamente a oscuras, apenas se colaba luz por el cristal traslúcido que ocupaba la

mitad superior de la puerta de la pequeña sala de ensayos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —Se acercó a la barra de ejercicios en busca de la

toalla que había dejado allí para secarse el sudor.

—Te estaba esperando fuera, me ha visto el guarda de seguridad y me ha dejado entrar. Al

parecer estás sola en el Liceo.

—¿Qué quieres? —Bebió un poco de agua, una gota le resbaló por el cuello y él la siguió

con la mirada.

Tardó varios segundos en contestarle y lo hizo con la voz ronca.

—Hablar contigo. Verte.

Cleo no podía seguir huyendo, tenía que tener esa conversación de una vez por

todas. —No le cuentes a Daniel lo de ayer, fue una estupi... —No quiero hablar de

Daniel.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A verte a ti.

Se acercó, la miró con tanta intensidad que Cleo no pudo moverse de donde estaba.

—A hablar contigo, de mí, de ti. No de Daniel — continuó Sergio.

Le sujetó el rostro, Cleo pensó que tenía las palmas de las manos más fuertes y fiables que

había sentido nunca.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedes estar tan ciega?

Sergio agachó la cabeza despacio, sin dejar de mirarla, suspirando entre los dientes.

Colocó los labios encima de los de Cleo y la besó. Quizá habría sido un beso dulce, pero en

cuanto ella soltó el aliento los dos se aceleraron. Cleo sujetó las muñecas de Sergio, las

retuvo donde estaban, abrió la boca porque necesitaba que él volviese donde tenía que

estar. En esos instantes, no pensó en nada excepto en ese hombre que le despertaba todos

los sentidos, incluso los que ella quería que siguiesen durmiendo. Sergio tenía un sabor

increíble, movía los labios y la lengua sin pedirle nunca permiso, sin darle opción a

rendirse porque en cuanto la tocaba se perdía en él y se entregaba a esa locura.

Algo que ella no había hecho nunca.

Sergio se apartó, le besó los labios unos segundos eternos, inhaló profundamente y aflojó

uno a uno los dedos que tenía en sus mejillas.

—Tengo que irme a Londres. En realidad, mi vuelo sale dentro de dos horas, pero no

podía irme sin hablar antes contigo.

Cleo parpadeó, esos besos, el olor de la piel de él, la convertían en una mujer que solo

sentía y se olvidaba del mundo real. No le dijo nada, la noche anterior había sido capaz de

apartarlo, de asustarse por esa intensidad, ahora tenía todavía más miedo porque no sabía

qué haría si lo tocaba. ¿Lo apartaría o lo acercaría a ella y lo desnudaría?

Sergio la soltó y dio un paso hacia atrás. Respiraba despacio, controlando el modo en que

subía y bajaba el torso. La falta de respuesta de Cleo lo tenía confuso y midió sus

reacciones y sus palabras con cautela al continuar:

—La revista donde trabajaba, *The Whiteboard*, me ha pedido que asista a una reunión y

revise unos artículos.

Ella seguía sin decir nada, sin moverse, el sabor de él seguía circulándole por la sangre, las

piernas le temblaban y apenas podía mantener fija la mirada.

Sergio asintió, pareció resignado, incluso abatido, cuando se dio media vuelta y se dirigió

hacia la puerta de la sala.

—¿Volverás?

Cleo no reconoció su propia voz, no sabía que iba a preguntarle eso hasta que las palabras

salieron a toda prisa por su garganta. Sergio se detuvo, los hombros se movieron hacia

atrás y apretó el picaporte con los dedos.

—Tú estás aquí, ¿no?

Eso no explicaba nada, no era una respuesta.

—¿Yo? Yo siempre estoy aquí.

Intentaba no pensar nunca en ello porque, si alguna vez se planteaba qué haría si Marion y

Luela no la necesitasen, se sentía culpable. Si ellas no estuviesen quizá estaría muy lejos de

allí. —Entonces volveré.

Sergio salió de la sala y del Liceo, y de esa noche, con el mismo sigilo y misterio con el que

había entrado. Cleo se dio cuenta de que la música seguía sonando y se acercó a apagarla.

En cuanto alargó la mano para tocar los botones pertinentes, vio que temblaba. Con la

única luz del pasillo para guiarse, caminó hasta el vestidor, donde se puso las botas

encima de las medias y el abrigo sobre la ropa de ballet, se colgó la bolsa del hombro y se

fue corriendo a buscar a Marion.

¿Por qué la había besado Sergio? Ese beso no era fruto de las circunstancias, no era culpa

del mal humor o de la situación, no se había dejado llevar por un impulso. Sergio había

ido a verla al Liceo, la había esperado fuera y había entrado al ver que ella no salía. ¿Por

qué lo había besado ella? Él le había sujetado el rostro con suavidad, le había dado tiempo

de sobra para apartarse, en realidad, pensó sonrojada acostada ya en la cama, habría

tirado de él para que la besase antes.

Ella quería a Daniel, llevaba años enamorada de él. Daniel y ella eran perfectos el uno para

el otro, ya eran amigos y se llevaban muy bien. Sus vidas encajaban a la perfección.

Además Daniel era muy cariñoso con ella, últimamente la miraba de un modo distinto,

más atrevido, menos fraternal. Sí, él siempre parecía estar metido en alguna relación, pero

todas eran con las mujeres equivocadas. Él mismo

se lo había dicho, solo era cuestión de tiempo, tarde o temprano se daría cuenta de que ella estaba allí y era mucho más que su mejor amiga.

Lo que había sucedido con Sergio había sido un error, algo inexplicable que solo tenía sentido si lo analizaba con los hechos que lo habían precedido. Daniel se había presentado con otra en Le Carmen y le había hecho daño. Y Sergio había intentado consolarla dándole el beso más brutal de toda su vida.

«¿Y el beso de hoy?».

El beso de hoy había sido culpa de la música clásica, de la soledad, tal vez incluso de la rabia contenida por los sucesos de la noche

anterior. Había sido intenso, no podía negarlo.

Nunca había sentido nada igual, pero todo cambiaría cuando Daniel la besase. Entonces el beso de Sergio caería en el olvido.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, Cleo, gracias a su sobrina Marion, no tuvo tiempo de pensar en el

beso, en Daniel, ni en nada que no fuese llevar a la niña al colegio antes de que les cerrasen

la puerta en las narices. Se habían dormido y si no hubiese sido por el ruido que hacía el

ascensor del edificio donde vivían no se habrían despertado hasta el mediodía. Marion le

confesó que la noche anterior le había costado dormirse después de la fiesta. Cleo le sonrió

y no la riñó, ella no había pegado ojo, pero cayó rendida cinco minutos antes de que el

despertador sonase y no lo había oído.

Corrieron como unas locas por la calle, Marion con su mochila de Babar y Cleo

esquivando obstáculos y abriéndole paso a la pequeña. Llegaron al colegio sanas y salvas,

y a tiempo. Después de darle un beso a Marion, Cleo respiró despacio y decidió que hoy

sin duda se merecía un café con leche y uno de esos deliciosos cruasanes que preparaban

en la cafetería cerca del Liceo. Caminó más tranquila, sin acelerar el paso y sin volverlo

lento del todo, dejando la mente en blanco. Ella siempre había considerado que, dejando a

un lado la trágica muerte de sus padres, su vida era

muy normal, sin altibajos.

Esos últimos meses le estaban demostrando lo contrario, la llegada de Luela y Marion

había sido solo el principio. Conocer a Daniel, la aparición de Sergio, enamorarse de

Daniel, el beso — los besos— de Sergio. El corazón se le aceleró, un cosquilleo nació en su

estómago y bajó hasta los pies, arremolinándose durante unos incómodos segundos entre

sus piernas. Se sonrojó y miró a su alrededor. Tenía ganas de sonreír.

Sergio no significaba nada para ella, no podía significar nada para ella, se dijo, pero le

había recordado que era atractiva. No era que lo hubiese olvidado, sino que dicha

afirmación estaba cubierta de polvo en algún

rincón de su cabeza. Era una mujer atractiva

e iba a dejarse de tonterías con Daniel. Si él no la invitaba a salir pronto, lo haría ella.

Aceleró el paso de repente, impaciente por llegar a la cafetería y ver si Daniel estaba

esperándola en su mesa de siempre.

Lo estaba.

Cleo tomó aire y se dirigió decidida hasta él. Se plantó frente a la mesa y le sonrió. Iba a

decírselo de un segundo a otro.

—Cleo, qué bien que estés aquí. Tengo que contarte algo, necesito que me aconsejes.

Sergio no está y no sé a quién acudir.

Oír el nombre de Sergio la hizo titubear, le faltó el aire durante un segundo y le sudaron

las palmas de las manos.

«Y dices que no significa nada para ti», se burló su conciencia. La obligó a callarse y se

concentró en Daniel.

—Claro, yo también tengo que contarte algo.

—Oh, tú primero —se ofreció.

Cleo le observó con atención, se había sentado y tenía el rostro de Daniel a escasos

centímetros. Estaba tan guapo como siempre, aunque bajo los ojos azules tenía unas ojeras

muy pronunciadas. Ese detalle la inquietó, Daniel solo perdía el sueño cuando estaba muy

preocupado y eso solo lo conseguía su música.

—No, empieza tú.

—¿Recuerdas a Raquel, la bailarina española de la otra noche?

—Sí.

—La conocí cuando estuve en Barcelona. —
Alargó una mano y cogió la de Cleo—. Me han
ofrecido dirigir la orquesta del Liceo de esa
ciudad.

Cleo abrió los ojos, tembló, perdió el estómago,
que fue a pararle a los pies. No supo qué

hacer, qué decir, cómo reaccionar. Si Daniel se
iba, le perdería. Ella no podía irse a

ninguna parte, no hasta que Marion se hiciera
mayor, o hasta que decidiese hacérselo

Luela.

Daniel le estrechó la mano, ajeno a los
pensamientos de Cleo, o tal vez no tanto.

—Estoy feliz aquí en París, pero es una gran oportunidad. Aquí siempre me han criticado, siempre han menoscabado mis logros diciendo que soy «el niño mimado de Francia». Si triunfo en Barcelona, tendrán que callarse.

—Pero, ¿y la nueva función? —Fue lo único que se le ocurrió.

—No tendría que irme hasta dentro de un año.

El corazón de Cleo volvió a latir aliviado, un año era mucho tiempo y Daniel todavía no había aceptado.

—¿Te lo estás planteando de verdad? Esa gente que te critica seguirán haciéndolo, es el deporte nacional.

—No lo sé, nunca me he imaginado viviendo en

otra ciudad que no sea París, pero

Barcelona siempre me ha gustado. Y la oferta es espectacular, créeme.

—¿Cuándo tienes que contestar? ¿Te han puesto una fecha límite?

—Les he dicho que tenía que pensármelo y les he pedido un mes. Les ha parecido

razonable, aunque me han asegurado que no soy el único candidato. El primero, pero no

el único.

—Yo no quiero que te vayas, no sé qué haría sin ti.

La sinceridad la cogió por sorpresa, la acompañó de una sonrisa para intentar ocultar la

profundidad de sus emociones.

Daniel también le sonrió.

—Soy yo el que no sabe qué hacer sin ti. Si no estás tú, ¿quién evitará que me linche mi

próxima pareja?

—Eres pésimo eligiéndolas, tal vez te iría bien que alguna te linchase, como tú dices.

—¿¡Pésimo!?! Oh, vaya, gracias. Si de verdad crees eso, dime, ¿con quién crees que debería salir?

Cleo no se perdonaría jamás si dejaba escapar esa oportunidad.

—Conmigo.

—¿Contigo? —Daniel dudó unos segundos, iba a hacer algún tipo de broma o de

comentario sarcástico, pero la miró y su expresión se tornó seria, respetuosa—. Sí, tal vez

tengas razón. Tal vez deberíamos intentarlo.

Ella esperó, no era una reacción muy halagadora, él parecía tener que autoconvencerse

para salir con ella, pero tampoco había sido un completo desastre. Había dado un paso

hacia delante.

—Sí, tal vez. —Cogió el café con leche y bebió un poco—. Ahora, sin embargo, tenemos

que ir al Liceo, yo tengo que ensayar como una loca y tú tienes que perder el tiempo con

tus músicos. — Él la miró todavía concentrado, como si estuviera intentado descifrarla—.

Sigo siendo la misma de siempre, Daniel. No voy a ponerme a babear delante de ti como

una de tus seguidoras ni voy a ponerme a llorar si no me pides que salga a cenar contigo.

—Al menos no delante de él

—. Podemos seguir como

—¿Quieres ir a cenar conmigo? Solos, tú y yo —
especificó tanto para él como ella.

—Claro. —Se sonrojó.

—Esta semana no puedo, tengo reuniones cada noche con los directivos de la discográfica,
pero el viernes de la semana que viene estoy libre.

—De acuerdo.

No era nada romántico tener que esperar tanto.

—Fantástico, yo me encargaré de todo.

Daniel sacó unos billetes del bolsillo y pagó la cuenta. Parecía que le hubiesen quitado un

peso de encima y Cleo sonrió satisfecha, pues

sabía que era mérito de ella. Caminaron

juntos hasta el Liceo, igual que siempre. Él no le cogió la mano ni le rozó el brazo. Nada

había cambiado entre ellos excepto la promesa de que en unos días irían a cenar juntos. El

único detalle más personal se produjo cuando al separarse Daniel se acercó y le susurró al

oído que no le contase a nadie lo de Barcelona. Nunca se había acercado tanto a ella, en un

gesto tan íntimo, Cleo solo pudo asentir. No hizo falta más, él ya sabía que podía confiar

en ella.

Cleo entró en el vestuario y se unió a las otras bailarinas en la sala de ensayos principal

que se encontraba en el segundo piso. Allí, con la música de fondo y las órdenes de la

directora, Daniel desapareció enseguida de su mente, pero, cuando las notas insinaron

los compases de una pieza compuesta por Tchaikovsky, notó una caricia en el labio y

recordó el instante exacto en que Sergio se lo mordió al besarla.

Tchaikovsky estaba sobrevalorado.

El día llegó a su final y obsequió a Cleo con una pequeña lesión nueva y múltiples

agujetas. Se duchó con agua caliente y bien abrigada se dirigió de vuelta a casa. En cuanto

abrió la puerta supo que algo iba mal, y las lágrimas de Marion se lo confirmaron. Luela la

había recogido en el colegio y tras encerrarla en el piso se había ido.

Cleo quería matar a su hermana, literalmente. ¿A

quién se le ocurría dejar a una niña sola

en casa tantas horas? Podría sucederle una desgracia. Sin embargo, contuvo la ira y le

preparó la bañera a Marion. Una vez la tuvo en el agua, la dejó jugar con los muñecos de

goma y las burbujas mientras ella llamaba a Luela. Sacó el móvil del bolso y vio que tenía

una llamada perdida y un mensaje de un número desconocido. Le picó la curiosidad, a

ella apenas la llamaba nadie, pero antes de escuchar el mensaje, que probablemente sería

publicidad, llamó a su hermana.

Cinco veces. Luela no contestó ninguna. El enfado escaló hasta que al mirar la pantalla vio

el símbolo que le recordaba que tenía un mensaje. Tal vez fuera de Luela o de alguien que

la conocía y quería ponerse en contacto con ella porque le había sucedido algo a su hermana.

Presionó las teclas nerviosa y asustada y escuchó el buzón de voz con el corazón en ascuas.

—Hola, Cleo, soy yo, Sergio. Conseguí tu teléfono a través de los archivos del Liceo, no te enfades,

soy periodista y no puedo evitar curiosear — carraspeó e hizo una pausa—. Este es mi número,

llama si quieres insultarme, o por lo que sea. ¿De acuerdo? Bueno, será mejor que me despida.

Odio

hablar con estas máquinas. —Otro silencio—. Por cierto, no sabía que de verdad te llamabas

Cleopatra.

Cleo no apartó el aparato de la oreja hasta que sonó el timbre que marcaba el final del

mensaje. La voz de la casa de telefonía le recordaba las instrucciones que debía seguir para guardar el mensaje o eliminarlo. Movi6 los dedos y dudó encima de los números.

Guardó el mensaje.

Sergio había obtenido su número de teléfono, lo había buscado. La había llamado y le

había dejado un mensaje estúpido, extraño, y en cierto modo muy personal. No podía

borrarlo, igual que tampoco podía explicar la reacción que la voz de él había despertado

en su cuerpo con apenas esas cuatro frases.

—¡Cleo, se me ha caído el señor pingüino!

Marion estaba en la bañera, Luela seguía sin enviar señales y ella se había quedado

idiotizada porque un hombre le había dejado un mensaje. Se reprendió a sí misma, Sergio

no era de fiar, ese hombre cambiaba de pareja como de camisa y viajaba constantemente.

Era un periodista brillante —sí, lo había comprobado ella misma— porque perseguía las

noticias hasta conseguir la versión más auténtica, más desgarradora. Ahora estaba en

Londres, quién sabía adónde iría después.

«Volveré».

Sonaba muy romántico, muy sensual y misterioso. Propio de un hombre acostumbrado a

utilizar sus encantos para conseguir lo que quería. Ella le resultaba atractiva, eso Cleo no

lo dudaba, le había oído decir que le echaría un polvo, pero que prefería evitarlo porque

ella «conllevaba demasiadas complicaciones».

Pues bien, el señor tenía razón, ella era complicada. Le gustaba serlo, y no iba a caer en sus

garras solo porque le había dado el beso más brutal, más erótico y más inolvidable del

mundo y porque le había mandado un edulcorado mensaje. Ella conocía a los tipos como

él, los había rehuido toda la vida, y seguiría haciéndolo.

—¡Voy enseguida!

Enchufó el móvil al cargador que guardaba en la

cocina y fue en busca del señor pingüino.

Por la mañana, cuando fue a la cocina a prepararle el desayuno a Marion, vio que la

pantalla del móvil le anunciaba novedades. Tenía un mensaje de texto de Luella diciéndole

que no iba a volver a dormir a casa y que con toda seguridad estaría un par de días fuera.

La excusa era que el propietario del bar donde trabajaba le había pedido que lo

acompañase a visitar unas nuevas bodegas que querían ser sus nuevos proveedores. Cleo

levantó la cejas incrédula y si la hubiese tenido delante le habría preguntado a su hermana

si creía que era idiota. Pero como no la tenía se limitó a escuchar el mensaje de voz que la

estaba esperando.

—Buenos días, Cleopatra. No puedo parar de decirlo. Creo que llegaré a París este sábado por la

mañana. ¿Crees que podrías venir a buscarme al aeropuerto? Tengo ganas de verte. Espero que

acertase con el número y no esté dejando estos mensajes al encargado de vestuario del Liceo.

Apiádate de mí y llámame.

La voz de Sergio la hizo sonreír y el brinco que le dio el corazón amortiguó durante un

instante la preocupación y el enfado que le había provocado Luella. Colocó las rebanadas

de pan en la tostadora, calentó la leche, buscó el calendario de Marion para comprobar si

tenía que prepararle algo extra para ese día y antes de ir a despertarla tecleó una frase.

No es el móvil del encargado de vestuario.

Podía imaginarse la sonrisa de Sergio al leerlo y se sonrojó. No debería haberlo hecho,

Sergio no era lo que le convenía, pero al mismo tiempo no había podido evitarlo.

—Buenos días, Marion, es hora de levantarse.

La niña entreabrió un ojo desde la cama.

—Hoy estás contenta.

Cleo se preguntó si lo estaba y tuvo que reconocer que sí. Se lanzó sobre su sobrina para

hacerle cosquillas y contagiárselo. La llevó al colegio haciéndole bromas y después fue

directa al Liceo sin detenerse en la cafetería. Esa mañana tenía muchas ganas de bailar,

faltaban pocas semanas para el estreno y quería

hacerlo lo mejor posible. En unos meses

abrirían las pruebas para los papeles principales del siguiente ballet y quería presentarse.

El nombre de la ciudad de Barcelona se insinuó en su mente y sacudió la cabeza para

echarlo de allí. Daniel todavía no había tomado una decisión y quizá cuando llegase el

momento de hacerlo tendría en cuenta la opinión y las necesidades de ella.

Tenía tiempo, y ellos dos tenían una cita el viernes de la siguiente semana. Su primera cita.

Las horas le pasaron con rapidez, los ensayos eran cada vez más intensos y apenas tenían

un rato libre para comer y recuperarse. Comió acompañada de Alice, se quejaron de todo

lo que les dolía y bromearon un poco. Alice era

muy divertida, un poco loca en realidad, y con ella era muy fácil relajarse.

—Deberías salir conmigo y mis amigas, te lo pasarías bien. Además, serías la única nativa del grupo y así seguro que tus compatriotas franceses nos tratarán mejor.

—No me digas que habéis tenido problemas, y yo que creía que los ingleses erais siempre tan simpáticos y amables con todo el mundo.

Alice la fulminó con una mirada muy británica y dio un mordisco a la manzana que estaba sujetando.

—Lo digo en serio, ven con nosotras este sábado. Todavía no tenemos nada planeado, pero surgirá algo. Te llamo y te vienes, no se hable

más.

—De acuerdo, aunque tendré que buscar un canguro para Marion.

Alice se atragantó con la manzana de tal modo que Cleo tuvo que darle varias palmadas

en la espalda para ayudarla a detener el ataque de tos.

—¿Marion? —Se limpió las lágrimas de los ojos —. ¿Tienes una hija?

—No, es mi sobrina —la tranquilizó con una sonrisa—, ella y su madre, mi hermana,

viven conmigo. Pero últimamente Luela anda algo desaparecida.

Nunca se había sentido cómoda hablando de su familia con nadie.

—Oh, vaya, qué susto. Yo también tengo una

sobrino en Inglaterra, aunque mi hermana es una supermamá. A veces creo que no duerme y se pasa la noche entera cosiendo vestidos de Liberty y horneando galletas. Me preocupa.

Siguieron hablando y bromeando. Aunque la imagen que pintaba Alice de su hermana era sin duda exagerada, Cleo no pudo evitar desear que Marion tuviese una madre tan

especial. Ella intentaba cuidarla lo mejor que podía, pero siempre había situaciones en las que no se atrevía a entrar porque tenía miedo de provocar a Luella, discutir con ella, y que su hermana se fuese de casa sin avisar y con la niña a cuestas.

Sonó el reloj que había colgado en uno de los pasillos, un viejo armatoste que servía para

marcar las horas y provocar algún que otro infarto a los que no estaban al tanto de su

existencia, y las dos bailarinas volvieron a la sala de ensayos.

Esa noche, a solas en su dormitorio después de acostar a Marion, Cleo buscó el móvil. El

ritual del baño, la cena y el cuento le habían impedido hacerlo hasta entonces. Suspiró

aliviada al ver un texto breve de Luela confirmándole su regreso y dándole las gracias por

la paciencia. Esa gratitud era tan rara como excepcional y cruzó los dedos para que

significase algo más, tal vez incluso que Luela estaba por fin sentando la cabeza. Tenía una

llamada perdida y un mensaje de voz de Sergio, optó por conectar el altavoz y oírlo de esa

manera.

*—Hola, soy yo, Sergio —se le oía cansado— ,
tengo el vuelo confirmado. Llegaré el sábado a
las*

*diez de la mañana y, bueno, me gustaría verte.
Mucho. No me has llamado. Tengo que colgar, me
esperan en la reunión. Adiós, Cleo.*

No era un mensaje alegre y bromista como el anterior, era serio, desordenado y también

confuso. Cleo se quedó mirando el móvil como si no supiera qué hacer con él, ni con el

aparato ni con el hombre que había dejado esas frases en el buzón. No tuvo más remedio

que reconocer que no le había llamado porque tenía miedo de lo que pudiera decirle al oír

su voz. Ni ella ni su vida estaban preparadas para

Sergio.

Capítulo 7

El regreso de Luela alegró la cena de Cleo y Marion del viernes por la noche. Estuvieron

hablando y viendo una película de dibujos, *Aladdín*, por supuesto, y Cleo intentó no darse

cuenta de los repentinos cambios de humor de su hermana. Marion sí que los vio y a pesar

de su corta edad presintió que no era un estado normal, y cuando llegó el momento de ir a

la cama pidió a su tía, y no a su madre, que la acompañase a acostarse.

—Así mamá puede descansar.

Luela se quedó en el sofá y cambió el canal sin molestarse en preguntarle a su hija por qué

no quería que la llevase a la cama. Cleo se acercó a Marion con una sonrisa y le dio un

beso antes de susurrarle al oído:

—Tranquila, todo saldrá bien.

La niña entrelazó los dedos de una mano con los de su tía y juntas caminaron hasta el

dormitorio color azul cielo. Cleo le leyó un cuento y no se fue hasta asegurarse de que

Marion estaba completamente dormida. En el pasillo, cerró la puerta. Solía dejarla

entreabierta, pero esa noche hizo una excepción porque no quería que oyese la discusión

que estaba a punto de tener lugar en el comedor.

—¿Qué diablos te has tomado, Luela?

Fue directa, sin subterfugios, no servían de nada y

tal vez Luela no los entendería a esas horas.

—Nada, no seas pesada.

—¿Pesada? ¿Acaso crees que soy idiota? ¡Mírate, estás desquiciada, cambias de humor

constantemente! Incluso Marion se ha dado cuenta.

—Déjame en paz, Cleo. Solo me he tomado una pastilla para relajarme antes de venir. Eres

un coñazo.

—Tienes una hija.

—No empieces con la cancioncita de siempre. Si tan bien se te dan los niños, ¿por qué no

tienes uno? Ah, ya sé, porque eres una estirada, una frígida que no sabe lo que es echar un

polvo.

—Esta vez no conseguirás que me enfade, Luela. Atácame tanto como quieras, me quedaré

aquí y no pararé hasta que me prometas que no tomarás nada más y que te harás cargo de

Marion. —Vete a la mierda y ocúpate de tus asuntos.

—Prométemelo.

—¿Qué harás, me vigilarás las veinticuatro horas del día para asegurarte de que me porto bien?

—Si es necesario.

Luela se levantó del sofá y se acercó a Cleo con la mirada desorbitada.

—Mira, hermanita, solo me he relajado un poco,

pero lo tengo todo controlado. Carlos es

un tío genial y pronto me dejará dirigir el bar y me dará una parte de los beneficios. A la

niña seguro que le gustará.

Cleo tuvo un escalofrío al pensar en Marion con ese tal Carlos. Necesitaba hacerle

entender a su hermana que tenía que tomarse sus responsabilidades más en serio, pero

bastaba con verla para saber que esa noche tampoco iba a lograrlo.

—Lo único que te pido, Luela, es que tengas cuidado.

—Mañana me llevaré a la niña al zoo y después pasaremos por el bar.

—Mañana no puede ser, imposible. Marion va a pasar el día en casa de Nicole, es su mejor

amiga.

Esa tarde, cuando Cleo había ido a recoger a Marion en el colegio se había encontrado con

que la madre de Nicole la estaba esperando. La mujer, una encantadora morena

perfectamente arreglada, le contó que era el cumpleaños de Nicole y que de regalo quería

que Marion pasase el día y la noche del sábado con ellos. Podían ir a recogerla el domingo

por la mañana, y le facilitaría, por supuesto, todos sus números de contacto. Cleo vio la

felicidad en los ojos de su sobrina y fue incapaz de negarse. Intercambió la información

pertinente con Berthe, la madre de Nicole, y quedaron en que el sábado a las nueve de la

mañana se encontrarían de nuevo en la escuela —

era un buen punto de encuentro— para que Marion se fuese con ellos.

Luela no le preguntó nada a Cleo. En cuanto oyó que no iba a tener que ocuparse de

Marion, cogió el móvil y tecleó frenética. A Cleo se le encogió el corazón al pensar que

Berthe, prácticamente una desconocida, se había preocupado más por la niña que su

propia madre. Suspiró abatida y se dio media vuelta.

—Buenas noches.

Luela no le contestó.

Por la mañana, que empezó muy temprano porque Marion estaba muy nerviosa e

ilusionada con su primera noche fuera de casa,

Cleo preparó una pequeña bolsa con una

muda y un pijama para su sobrina y, tras un ligero desayuno, la acompañó a reunirse con

la familia de Nicole. En la puerta del colegio, cerrado por ser sábado, había aparcado un

monovolumen. Fuera estaban Berthe, Nicole y un hombre robusto que debía de ser su

padre. El marido de Berthe se presentó y ayudó a las niñas a sentarse en las sillas

reglamentarias mientras las dos mujeres intercambiaban de nuevo información pertinente

para tranquilizarse. Berthe se despidió de Cleo prometiéndole que las niñas se lo pasarían

muy bien y que, en el más que improbable caso de que sucediese algo, la llamaría.

Cleo asintió y se dirigió a la ventanilla de la

puerta junto a la que estaba sentada Marion

para darle un último beso y recordarle que se portase bien (y que si la necesitaba no

dudase en llamarla). Se quedó allí parada, despidiendo el coche hasta que lo perdió en

medio del tráfico de la ciudad.

Tenía el sábado para ella, llamaría a Alice y le preguntaría si seguía en pie su invitación

para salir con ella y sus amigas esa noche, pero antes tenía que hacer algo más.

A pesar de la discusión con su hermana, Cleo no había podido dejar de pensar en Sergio y

en el tono de voz de su último mensaje. Había intentado quitárselo de la cabeza, sustituirlo

por imágenes de Daniel, por la voz de este cuando le contó que le habían ofrecido dirigir

la orquesta del Liceo de Barcelona, y nada surtió efecto.

El rostro de Sergio, el sabor de sus labios, el tacto de su manos, se negaba a abandonarla.

La única solución que tenía era arrancárselo de cuajo. Por eso tenía todo el sentido del

mundo que fuese en metro hasta el aeropuerto para recibirlo. Durante el trayecto en cada

estación se planteó bajarse, aunque en ninguna hizo el menor intento y mantuvo los pies

fuertemente apretados contra el suelo.

Llegó al aeropuerto y tardó un rato en abrirse paso por el laberinto de puertas y pasillos.

No recordaba la última vez que había estado allí y estaba casi segura de que las

instalaciones se habían quintuplicado desde

entonces. Por fin encontró el camino que

conducía a la zona de llegadas y lo siguió con la misma fidelidad que Dorothy seguía el

camino de baldosas amarillas en *El mago de Oz*. En cuanto alcanzó su destino levantó la

mirada en busca de alguna pantalla que le informase acerca del estado del vuelo y

comprobó que había llegado.

Hacía más de treinta minutos.

Había llegado tarde. Se le encogió el estómago y tuvo que tragar saliva para contener un

absurdo escozor de los ojos. Era una idiota. Quizá esta fuera la manera que tenía el destino

de protegerla e impedir que cometiese un error. No tenía ningún sentido que estuviese

allí, lo mejor que podía hacer era dar media vuelta y volver a casa. Siempre se quejaba de

que no tenía tiempo para sus cosas; era el día perfecto para ordenar el armario o recuperar

esa novela que tenía a medias. O tal vez podía llamar a Daniel y hablar con él un rato. Giró

sobre sus talones y reconoció la espalda de un hombre que estaba a punto de cruzar la

última puerta. No lo llamó, de nada serviría, estaba demasiado lejos y había mucho ruido.

No corrió hacia él, no podía moverse de donde estaba y no podía dejar de mirarlo.

Quizá él sintió la mirada de Cleo o quizá se detuvo para aligerar la tensión que le

dominaba los hombros. La bolsa de lona que le había colgado del derecho tocó el suelo y

giró lentamente la cabeza hacia el lado opuesto al que estaba ella. La detuvo allí un

segundo y después la giró hacia el otro. El aeropuerto se fue difuminando con cada

milímetro del perfil de Sergio que recorría. Cuando él descubrió a Cleo, allí plantada

frente a unos paneles informativos, le sonrió. La sonrisa empezó en los labios y contagió a

los ojos, a la mirada, hasta que Cleo la sintió como una caricia y se le erizó la piel de la

espalda. Sergio levantó la bolsa del suelo sin desviar la atención de Cleo, reteniéndola con

él, y caminó hasta ella. Él no parecía tener ningún problema en caminar.

—Estás aquí. Has venido.

Cleo tragó saliva, los ojos de él siguieron el

movimiento de la garganta. La bolsa de lona

regresó al suelo porque Sergio necesitaba ambas manos para abrazarla y besarla. Ella

perdió el control de los pulmones, las piernas, el cuerpo entero. No podía respirar, ni

mantenerse en pie, ni mover las manos. Solo podía besarlo. No sabía de dónde salían esa

clase de reacciones y en ese momento no le importaba (tal vez no le importaría nunca), le

daba completamente igual estar en medio del aeropuerto o apenas conocer al hombre que

la estaba volviendo loca con sus labios.

Quería sentirse así, quería dejarse llevar y olvidarse de todo excepto de sentir.

Sentirlo a él.

Se sonrojó al notar que el gemido que acababa de oír le pertenecía y Sergio sonrió. Lo supo

porque levantó los labios ligeramente hacia arriba y la besó con más fuerza un segundo

después. Él apartó las manos del rostro de Cleo, pero no dejó de besarla, siguió haciéndolo

con un ansia que ella jamás había sentido dirigida hacia su persona, y las colocó en los

hombros. Se detuvo en ellos lo que duró un suspiro, ese que escapó de la boca de él y se

perdió en la de ella, y cuando reanudaron la marcha siguieron hacia abajo. Temblaron en

la espalda, se flexionaron en el hueco de la columna vertebral y se detuvieron en la

cintura, donde se apretaron como si quisieran atravesar la ropa de Cleo o arrancársela.

—Ven conmigo, a mi casa.

La voz ronca, los dedos rígidos, el beso que siguió a esa declaración se metieron bajo la

piel de Cleo y le fui imposible negarse.

—De acuerdo.

Cualquier cosa con tal de que siguiera besándola y manteniéndola en ese estado lejos de

neurosis y preocupaciones.

Al oír la respuesta, Sergio tiró de Cleo hasta pegarla por completo a él y le devoró los

labios, dejó de contenerse (aunque Cleo no se había dado cuenta de que se contenía) y

movió la lengua y los labios buscando quemarla. Ella absorbió esa sensación, intentó

clasificarla, y le rodeó por el cuello para no

perderse en esos mares desconocidos y que la

embargaban. Sergio tensó los hombros al sentirla y detuvo el beso de inmediato. Respiró

con los ojos cerrados antes de formular una única palabra.

—Vamos.

Cogió la bolsa del suelo con una mano y con la otra tiró de Cleo hacia la salida, donde

detuvo un taxi casi con la mirada. Si Sergio hubiese dejado de tocarla, de acariciarle la

mano con el pulgar, de besarla, durante el trayecto, Cleo habría dudado de su decisión y

se habría puesto nerviosa, pero no lo hizo. El único momento en que Cleo sintió un vuelco

en el estómago fue cuando el taxi pasó por la calle del Liceo. El apartamento de Sergio

estaba allí cerca y al ver la impresionante y familiar fachada del edificio Cleo no pudo

evitar que el nombre y el rostro de Daniel apareciesen en su mente.

Daniel y ella tenían una cita la próxima semana, una cita de verdad, él se lo había pedido

en medio de una conversación repleta de sentimientos. Sergio no.

Sergio no había intentado seducirla, no de verdad, sencillamente lo había hecho. Había

aprovechado esa extraña y brutal atracción que existía entre ellos, nada más. Cleo aguantó

la respiración, el corazón había enloquecido y le subía y bajaba por el pecho, y la mano

debió de temblarle. Tenían los dedos entrelazados, así que él lo notó y levantó ambas

manos para besar la de Cleo muy despacio.

—Gracias por venir a buscarme.

Cleo volvió a respirar, Daniel y ella todavía no eran pareja, a pesar de la futura cita

seguían siendo solo amigos, muy buenos amigos, los mejores. Sergio probablemente

volvería a Londres y no volvería a verlo nunca más. Ella jamás se había sentido con

ningún hombre como se sentía con él, como si quisiera arrancarle la ropa y besar cada

centímetro de su cuerpo. Jamás había sentido un deseo tan fuerte y tan real que podía

palparlo, saborearlo, que circulaba por sus venas. Lo más extraño de esa situación fue que

justo entonces recordó los insultos de su hermana Luela, los comentarios constantes sobre

que era incapaz de dejarse llevar por la pasión y la atracción hacia un hombre, y decidió

quedarse donde estaba, tirar de Sergio y darle su primer beso. El primer beso sexy,

apasionado, sin control, que iniciaba ella.

Capítulo 8

El taxi, la entrada del edificio, la puerta del apartamento de Sergio, la pared del salón, la

luz de la mesilla del dormitorio cayéndose al suelo, todo estaba borroso en la cabeza de

Cleo cuando se despertó horas más tarde desnuda y abrazada a él.

Su cuerpo había tomado el mando en cuanto Sergio empezó a desnudarla y a besarla sin

dejarla respirar, y su mente se había rendido a ese terremoto de emociones. Había sido

fácil mientras él la tocaba, le recorría las costillas a besos, le acariciaba las piernas y le hacía

el amor de modos que ella ni siquiera se había atrevido a imaginarse, pero ahora, con los

tonos anaranjados del atardecer entrometiéndose por la ventana, no tanto. El torso de él

subía y bajaba bajo su mejilla y ella tenía la mano descansando en los increíbles

abdominales de Sergio. La pasión le nubló de nuevo la mente y tuvo que flexionar los

dedos para no ceder a la tentación de dibujar esos músculos y sentirlos moverse tras sus

caricias.

Podía besarle el pectoral, él seguro que le sonreiría y la besaría. O tal vez la sujetaría por la

cintura y la tumbaría en la cama para volver a

estar dentro de ella. Igual que había hecho

antes. Se sonrojó y él se rio. El sonido hizo que sacudiese el torso.

—Puedo oírte pensar. —Le acarició la espalda lánguidamente—. Descansa, los dos lo

necesitamos, vida.

Vida, ella nunca había sido la vida de nadie.

Se le encogió el estómago, el corazón se le aceleró igual que en el pasaje del terror, y cogió

aire en busca de la calma que acababa de perder.

—Tengo que irme. —Fue lo único que se le ocurrió decirle. Necesitaba huir de ese

dormitorio, de esos brazos y esos besos.

Sergio se tensó e igual que ella respiró profundamente, sin embargo no dejó de acariciarle

la espalda, aunque los dedos temblaron ligeramente un segundo.

—¿Por qué? Es sábado, había pensado que podíamos

—He quedado con Alice y sus amigas inglesas, quieren salir con una nativa —ocultó la

verdad tras ese burdo intento de buen humor.

Él no dijo nada durante un rato, siguió tocándola, quizá incluso inconscientemente. Cleo

no sabía qué hacer, nunca se había encontrado en una situación semejante y desconocía la

etiqueta. ¿Debía darle las gracias por los mejores orgasmos de su vida? ¿Se despedía con

un beso y un «ya nos veremos» o con un «adiós»?

Sergio levantó las manos de la espalda y las dirigió al cabello de Cleo, lo acarició unos

segundos y después le sujetó la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás para besarla

suavemente en los labios. A pesar de todas las caricias y besos que habían compartido, y

de la cantidad de tabús que habían roto juntos, ese beso fue el más íntimo de todos, y el

que más asustó a Cleo. Se lo quedó mirando a los ojos y él le apartó un mechón de pelo.

—Piensas demasiado.

La apartó de encima de él con cuidado y salió de la cama. Desnudo, impactante, se detuvo

frente a la puerta del baño.

—Voy a ducharme, después puedes ducharte tú y, si quieres, comemos algo y te

acompañó a casa. O si tienes prisa puedes irte. — La frialdad de esa última frase habría

herido a Cleo si él no hubiese añadido de inmediato—. O, si quieres, puedes ducharte conmigo y después decides qué haces.

Le sonrió y entró en el baño sin esperar la respuesta de Cleo. Dejó la puerta abierta

mientras colocaba dos toallas en un taburete de acero que había en un extremo y

preparaba el agua de la ducha. La mampara estaba completamente oculta tras una

húmeda capa de vaho cuando Cleo entró y se duchó —entre otras cosas— con Sergio.

Él se vistió con unos vaqueros y una camiseta mientras ella recuperaba los nervios y el

pudor con cada prenda de ropa que volvía a colocarse. Sergio se ofreció a acompañarla,

cuatro veces, pero ella se negó en redondo.

Tampoco quiso ir a comer con él porque

llegaba tarde, eso fue lo que le dijo. No era verdad. Quizá ella no tuviese experiencia en

esa clase de situaciones, pero sabía que una no iba a cenar o a comer con el hombre con el

que solo se acostaba. El sexo no se mezclaba con esas situaciones más «de pareja». Hacerlo

solo la llevaría a la confusión.

Sergio la besó de nuevo frente a la puerta, contra la pared, en el pasillo y antes de que ella

se encerrase en ese viejo ascensor con rejas negras. Él se quedó allí de pie hasta que la jaula

desapareció por el hueco de la escalera y a Cleo le pareció que él cerraba la puerta del

apartamento con más fuerza de la necesaria.

Intentó no pensar en nada durante el trayecto en el metro, no lo consiguió porque sentía

los dedos de Sergio marcados en su piel, como si todavía estuviesen allí, y seguía teniendo

su sabor en la boca a pesar de que se había lavado los dientes —con su cepillo—. Llegó a

casa y la ausencia de Marion la sacudió durante unos segundos. Echaba mucho de menos

a su sobrina, aunque probablemente era mejor que ese día en concreto no estuviese. Cleo

estaba tan alterada que seguro que su sobrina pensaría que se le había aflojado un tornillo.

Se cambió de ropa, se dijo que no se duchaba porque no tenía tiempo y no porque quisiera

seguir oliendo a Sergio, y fue a reunirse con Alice.

Ese grupo de inglesas sí que estaban locas de atar,

pensó Cleo cuando la arrastraron al

tercer local de la noche, y nunca se lo había pasado tan bien con un grupo de mujeres. Ella

no había tenido demasiadas amigas y si esas chicas no la echaban iba a quedárselas. Rio,

bailó, bromeó sobre hombres, criticó a los jefes, bebió. Fue extenuante y muy divertido.

Regresó a casa de madrugada. Al desnudarse para ponerse el pijama vio que tenía los

labios de Sergio marcados encima del pecho izquierdo. Sintió un escalofrío al pasar los

dedos por la silueta. ¿Qué habría hecho él esa noche? ¿Habría salido? ¿Solo? Daba igual,

no importaba.

Se lo repitió una y otra vez mientras intentaba dormirse.

El domingo, entre ir a recoger a Marion y escuchar todas las grandes e increíbles aventuras

que había vivido en casa de su mejor amiga, se le pasó volando. El lunes fue al Liceo y se

detuvo en la cafetería de siempre, donde Daniel la estaba esperando con dos cafés con

leche y ganas de verla. Cleo se sintió culpable durante lo que duraron cinco latidos de su

corazón; Daniel no había sido ningún santo y en su pasado tenía más mujeres de las que

seguro conocía ella. No pasaba nada porque ella se hubiese acostado con Sergio.

Sergio, igual que si la mente de Cleo lo hubiese conjurado, entró entonces en la cafetería.

Se detuvo un instante demasiado largo frente a la puerta y observó imperturbable la

estampa que ofrecían Daniel y Cleo desayunando juntos.

Imperturbable se lo habría parecido a cualquiera que no le hubiese visto los ojos. Cleo los

vio y tuvo que dejar la taza encima de la mesa porque se le habían anudado el estómago y

la garganta. Sergio no se movió hasta que Cleo apartó la mirada y lo hizo para acercarse a

ellos y sentarse en la misma mesa.

—¿Cómo te fue por Londres? Te echamos de menos el sábado por la noche.

—Me quedé en casa.

Cleo no sabía si ponerse furiosa porque Daniel había salido de fiesta el sábado por la

noche o si sonreír como una boba porque Sergio no.

—Tío, ¿te pasa algo? —Daniel miró a Sergio con las cejas en alto.

—No, nada. —Hizo señas a un camarero y pidió un café—. El sábado me pasé casi todo el día en la cama, estaba exhausto.

Cleo tuvo un ataque de tos.

Daniel pagó la cuenta, se negó a aceptar el dinero de Cleo y el de Sergio, y los tres salieron

del café. Cleo estaba en silencio, incapaz de recuperar la voz, y ellos dos intercambiaban

comentarios sin ningún orden. Se detuvieron en la puerta del Liceo y Daniel fue

interceptado y secuestrado por el jefe de electricistas. Tenían que resolver unos temas

relacionados con la acústica de los nuevos aparatos de sonido. Cleo iba a aprovechar la

oportunidad y entrar con ellos, no se veía capaz de enfrentarse a Sergio bajo la luz del día,

pero él se lo impidió solo mirándola.

Estaban de pie a unos metros de la entrada, parcialmente ocultos tras el relieve de unas

losas de la fachada.

—Yo... No le digas nada a Daniel.

Sergio no le contestó, parecía que no la hubiese oído. Tenía los brazos cruzados y la

miraba intensamente.

Cleo se mordió el labio y con los dedos jugueteó nerviosa con el extremo de la camisa que

llevaba, era rosa con pequeñas flores blancas bordadas.

Sergio soltó los brazos, le sujetó las mejillas con

ternura y le dio un beso en los labios.

Separó los de ella con un suspiro y movió la lengua entre ellos despacio. Esperó a que ella

le devolviese el beso, a que también suspirase, y se apartó.

—No bailes demasiado.

Cogió aire, se metió las manos en los bolsillos, y empezó a andar hacia la boca del metro.

Cleo se quedó mirándolo hasta que desapareció por la escalera, no podía moverse, seguía

tratando de entender ese beso. No pudo quitarse de encima la sensación de que Sergio

esperaba algo, algo muy importante, pero qué.

El martes transcurrió sin noticias de Sergio, pensó en llamarlo, quiso hacerlo, aunque al

final no se atrevió. Fue un día largo y Cleo se tropezó con sus propios pies más veces de

las que fue capaz de reconocer. Ni siquiera cuando empezaba se había sentido tan torpe. A

Daniel sí lo vio. Aunque no habló a solas con él en ninguna ocasión, sí que este le guiñó el

ojo cuando se cruzaron por el pasillo. Daniel iba acompañado de dos directivos del Liceo y

Cleo dedujo que iban a hablar de la noche de estreno, que estaba cada vez más cerca. El

estómago le dio un vuelco cuando se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Daniel

hubiese quedado con esos directivos para decirles que había aceptado el puesto en

Barcelona, pero descartó la idea porque no encajaba para nada con el guiño y porque se

negaba a creer que Daniel hubiese tomado una decisión tan importante y no se lo hubiese

contado. A pesar de todos los argumentos que esgrimió mentalmente para convencerse de

que era imposible que Daniel se fuese a Barcelona, seguía pensando en ello cuando a la

mañana siguiente le sonó el móvil al salir de la boca del metro. Lo buscó por la bolsa, ese

trasto tenía la manía de esconderse, y tembló un poco al ver el nombre de Sergio reflejado

en la pantalla.

—Necesito verte.

Sergio no la saludó, la frase sonó ronca en cuanto ella descolgó, como si no hubiese podido

contenerla ni un segundo más.

—Yo...

—Hoy, ahora.

—Ahora no puedo, tenemos ensayo. —Sujetaba el teléfono pegado a la oreja y podía sentir

la respiración de Sergio rozándole la piel. Era imposible, por supuesto, pero lo sentía de

todos modos.

—Después.

—Tengo que ir a casa.

Él volvió a interrumpirla.

—Necesito verte. Es importante, ayer estuve todo el día colgado del teléfono con la gente

de Londres y me gustaría hablar contigo.

Londres, él no iba a tardar en marcharse. ¿Por qué

se lo contaba a ella? ¿Por qué

importaba?

—Tengo una hora para comer. —No sabía de dónde había salido la idea, la asimiló al pronunciarla.

—Ven a mi casa o, si quieres, puedo ir a buscarte.

—La segunda opción sonó a primera elección.

—No, no hace falta. Iré yo.

Sergio suspiró.

—Gracias.

—Solemos hacer la pausa a la una.

—Ven cuando quieras. Quería llamarte ayer, pero cuando terminé era muy tarde y sé lo

cansada que acabas con los ensayos.

—¿Lo sabes?

—¿Cuántas veces te he visto cuando sales del Liceo?

Cleo se quedó pensándolo, muchas. Sergio parecía estar muy a menudo por los

alrededores del Liceo, esperando a Daniel, hablando por el móvil, volviendo de una

reunión, paseando. Dado que ella no pudo decir nada, fue él el que retomó la

conversación.

—Se te marcan las ojeras y siempre llevas una venda nueva en algún sitio, y sales

corriendo en dirección al metro. Por eso no te llamé anoche.

Se le formó un nudo extraño al pensar que ella no había pensado en él, sino en Daniel y en

su posible marcha a Barcelona. Sin embargo, en medio de esa extraña culpabilidad,

recordó que durante los ensayos sí que había pensado en Sergio, por eso se había

tropezado y caído tanto. Cada caída iba precedida de un recuerdo de Sergio, un dedo

deslizándose por la espalda, el agua de la ducha resbalándole por los pectorales, el

perfume de su piel colándose por la nariz de ella. Había sido en cierto modo tan natural,

tan inevitable pensar en él, que casi lo había olvidado. —No me des plantón, Cleopatra.

—Odio ese nombre.

Se sonrojó porque él lo pronunciaba con sonrisa

incluida.

—Tiene que haber una historia genial detrás de un nombre como ese, ven y cuéntamela.

Te estaré esperando.

—De acuerdo.

Sergio se rio entonces.

—Te prometo que te gustará venir, Cleo.

Ella le colgó porque estaba segura de ello.

Durante el ensayo, no pudo dejar de sonreír, y

eso que la directora fue tan estricta como si el estreno fuese al día siguiente. Cuando por

fin llegó el descanso, sus compañeras estaban sudadas y abatidas, pero Cleo fue capaz de

correr hacia el vestuario, cambiarse las puntas por el calzado deportivo y ponerse el

abrigo.

—No sé adónde vas con tanta prisa, pero después de esa sesión de tortura yo solo correría

así si Jamie Dornan me estuviese esperando medio desnudo, con una copa, una bandeja de

bombones de chocolate y una bañera llena de espuma. —Alice tenía aliento para

provocarla mientras se quitaba el sudor con una toalla.

—Tengo que hacer un recado.

—Sí, un recado. Vamos, corre, solo te quedan cincuenta minutos antes de que tengas que

volver.

Cleo le hizo caso a su amiga y la oyó reírse a su espalda. El edificio de Sergio estaba cerca

del Liceo y el portero le abrió la puerta en cuanto la vio plantada en el portal. La saludó

con una sonrisa y ella se la devolvió antes de subir los peldaños de dos en dos. No iba a

perder más segundos de los necesarios esperando el ascensor. Llamó al timbre y en ese

instante, en ese pequeño instante, la asaltaron las dudas, los nervios, las preguntas ¿Qué

diablos estaba haciendo allí? Él le había pedido que fuese, sí, pero

Sergio abrió la puerta, la miró —la miró de verdad— y tiró de ella hacia dentro. Apoyó a

Cleo contra la puerta, cerrándola con el mismo movimiento, y empezó a besarla.

Y ella empezó a besarlo a él, a tirar de la camiseta gris que llevaba hasta quitársela, a

colocar las manos en la cinturilla de los vaqueros para tocarlo. Sergio le quitó el abrigo que

cayó al suelo, y la levantó en brazos. Cleo suspiró. Perdida de nuevo en los besos y las

caricias de Sergio, se dejó llevar por la pasión. Tampoco iba a poder detenerla, y le

sorprendió ver que él se detenía en el sofá y no la llevaba al dormitorio.

La tumbó con cuidado, asegurándose de que la cabeza le quedaba bien recostada en los

cojines y apoyó su peso en las palmas de las manos para no quedar encima de ella. La

besó, convirtió esos besos en una seducción entera, eran besos que contenían todo un

universo y al mismo tiempo solo un instante. Eran intensos, sensuales, auténticos, fuertes,

cada uno era mejor que el anterior y al mismo tiempo peor que el siguiente. Eran únicos,

apasionados, llenos de deseo, humedad, suspiros y gemidos.

—Has dicho que solo tenías una hora. —Tenía la frente apoyada en la de ella y los ojos cerrados.

Cleo también los mantuvo cerrados. Tenía la respiración entrecortada y cuando cogía aire su torso rozaba el de él y los dos se estremecía. Una hora.

—Sí.

—Mierda, lo siento. —Se apartó de ella despacio, conteniendo los movimientos, midiéndolos.

Lo habría retenido, iba a hacerlo, hasta que abrió los ojos y vio a Sergio poniéndose la

camiseta que al parecer ella había lanzado encima de la mesita del café. Estaba tenso, serio,

parecía estar furioso consigo mismo.

—¿Qué hora es? —le preguntó entonces, confusa.

—Casi las dos.

Cleo saltó del sofá y buscó las zapatillas como una loca. ¿Habían estado una hora

besándose?

—Lo siento. —La disculpa de él llegó desde otra habitación—. Al menos llévate esto.

Regresó y le plantó delante un sándwich perfecto envuelto con cuidado con una servilleta.

Era un detalle tan poco propio de un hombre con el

que se suponía que solo se acostaba (o

con el que se había acostado una vez) que Cleo le sonrió cariñosa.

—Gracias.

—Es de roastbeef y ensalada, los hacía mi madre. Espero que te guste.

Sergio estaba entre nervioso y avergonzado, y la mezcla le daba una dimensión que hasta entonces Cleo no había visto.

—Seguro que sí. —Le dio un mordisco al ver que él la miraba angustiada—. Está buenísimo.

Sergio asintió y se acercó a la entrada para recoger el abrigo, que seguía en el suelo. La ayudó a ponérselo y le abrió la puerta.

—¿Podemos vernos esta noche?

Cleo lo miró. Él no podía, y probablemente no quería, ocultar lo excitado que estaba, así

que Cleo supuso que tenía sentido que quisiera volver a verla. Aunque a decir verdad, ese

Sergio que tenía delante parecía más preocupado por algo mucho más profundo y

complicado que el sexo.

—No.

La respuesta no le gustó lo más mínimo, apretó los dedos con los que sujetaba la puerta y

arrugó el ceño.

—¿Por qué? ¿Tienes otros planes? —La segunda pregunta, la insinuación que escondía,

ofendió a Cleo y él se apresuró a contener las

consecuencias—. Sé que no es asunto mío, lo

siento. Es solo que de verdad me gustaría volver a verte, pero si has quedado con tus

amigas

—No, no he quedado con mis amigas. —La disculpa de él, su sinceridad, la llevó a

interrumpirlo—. Tengo que estar con Marion, mi sobrina.

—¿Tienes una sobrina? ¿Cuántos años tiene?

—Sí, seis, ella y su madre, mi hermana Luella, viven conmigo.

—Y tú te ocupas de ellas. —Adivinó y resumió la realidad de Cleo con una frase.

—Eso no importa ahora, solo quería que supieras por qué no puedo venir esta noche.

—Puedo ir yo a tu casa.

—No.

—¿No?

—No, no quiero confundir a Marion.

—No lo entiendo, ¿por qué se confundiría Marion si me viera? ¿Acaso no quieres que me conozca?

Cleo desvió la mirada hacia el reloj que llevaba en la muñeca y, tal vez fue cobardía, pero entonces vio que efectivamente llegaba tarde.

—Ah, lo siento, tengo que irme. Gracias por esto —levantó el sándwich y empezó a bajar por la escalera—. ¿Qué era lo que querías decirme?

Se había detenido cuatro escalones por debajo del piso de Sergio y al girarse vio que él

estaba entrando en su apartamento, a punto de cerrar la puerta. Se dio media vuelta

despacio, seguía con el pelo desordenado por culpa de los dedos de ella, aunque en sus

ojos y en sus labios parecía haber desaparecido el efecto de sus besos.

—¿Qué? Nada, no era nada. Ten cuidado, te vas a manchar.

Cleo bajó la vista y vio una gota de mayonesa resbalando por el extremo puntiagudo de la

servilleta. La capturó y cuando levantó la vista Sergio ya había desaparecido.

Capítulo 9

Cleo llegó tarde y soportó estoicamente la mirada

de reproche de la directora de la

compañía de ballet y el guiño de Alice. Al terminar el ensayo de la tarde, durante el cual

estuvo a punto de romperse una pierna porque no podía dejar de pensar en los ojos vacíos

de Sergio al irse, la directora le pidió que fuese a su despacho. Allí *madame* Coutillard le

recordó que era una falta de respeto llegar tarde a un ensayo y que demostraba muy poca

disciplina de su parte.

Si algo tenía Cleo era disciplina, mucha, quizá incluso demasiada, pero *madame* Coutillard

había dado en el clavo con su última frase:

—No es propio de ti, Cleo. Nada propio.

No, no lo era.

Llegó a casa unos minutos más tarde de lo habitual debido a la reprimenda de *madame*

Coutillard, y descubrió a Marion sola frente al televisor. Su hermana Luella se había ido y

había dejado allí a la niña sin más. Cualquiera otro día la habría llamado y le habría

recordado que le había prometido que no volvería a dejar sola a Marion nunca más, pero

esa noche tenía demasiado en la cabeza. Y se sentía demasiado confusa y culpable como

para tener que añadir los comentarios hirientes que sin duda le haría su hermana. Bañó a

Marion y decidió que ambas se merecían un plato de pasta, así que lo preparó sin

escatimar con el queso ni la mantequilla. Tras los postres, vieron un poco la tele y Cleo se

dejó distraer por las mil preguntas de Marion y, cuando terminó el segundo capítulo de la

serie de dibujos animados, la acompañó a la cama y le dio un beso de buenas noches. Su

sobrino se quedó dormida en unos segundos, sin embargo el sueño a ella parecía rehuirla.

Los besos de Sergio, el sándwich que le había preparado, la mirada perdida de él y ese

«nada» que le había dicho antes de entrar en el apartamento, el comportamiento errático

de Luella, las palabras de *madame* Coutillard, todo se mezclaba en su mente hasta

convertirse en un barullo ensordecedor. Y en medio de ese desorden decidió obsesionarse

con que Sergio al final no le había contado por qué quería verla y hablar con ella. Encendió

la luz de la mesilla de noche y se sentó en la cama. El despertador de la mesilla decía que eran las diez y media, tarde para una niña de seis años, pero no para un hombre de más de treinta. Sin darse tiempo de cuestionárselo, y porque de repente le pareció la mejor idea del mundo, salió de la cama y fue a por el móvil. Tecleó el mensaje a toda velocidad y aguantó la respiración.

¿Estás despierto?

Tal vez él no la contestaría, tal vez vería el mensaje y lo ignoraría, o tal vez no lo vería porque estaba demasiado ocupado con

Sí.

Soltó el aire y respiró de nuevo. Era una respuesta

breve, mínima. Estaba claro que Sergio

no iba a dar el siguiente paso, le tocaba a ella.

Si quieres, puedes venir a mi casa. Marion está durmiendo.

Tardó varios minutos en contestar, tantos que Cleo estaba a punto de devolver el móvil a

su lugar y empezar a insultarse por idiota.

Dame tu dirección.

Cleo la tecleó y añadió: *No llames al timbre, mándame un mensaje y te abro.*

Él volvió a enmudecer y Cleo caminó de un lado a otro del comedor y de la cocina como

una loca. Ni siquiera se le ocurrió cambiarse, iba en pijama, ni tampoco peinarse o

maquillarse. No sabía por qué había escrito a

Sergio, y mucho menos por qué le había

pedido que fuese a verla, pero si quería dormir algún día necesitaba saber por qué Sergio

había vuelto a entrar en su apartamento sin mirarla y sin responderle.

Llegó el mensaje, dos palabras, *estoy aquí*, y Cleo se puso más nerviosa. Cogió aire antes de

abrir la puerta y se pasó las manos por el pelo. Solo iban a hablar, a aclarar las cosas.

Escucharía lo que él quisiera decirle, ella le diría que no estaba hecha para esa clase de

relaciones y después todo volvería a la normalidad. Lo de esos días había sido una

completa locura. Giró la llave y dio un paso hacia atrás para abrir. Sergio estaba al otro

lado, despeinado, con una leve barba

oscureciéndole la mejilla, serio.

—Hola.

¿Qué más podía decirle?

Nada más, porque él la rodeó por la espalda y la pegó a él de ese modo tan repentino y

necesario y empezó a besarla sin pedirle permiso ni perdón. Cleo notó que se aflojaba una

banda que le había oprimido el pecho sin que ella se diese cuenta desde el mediodía. La

diferencia fue tan real, tan intensa, que se abrazó a Sergio para no caerse.

—Hola —interrumpió el beso para sonreírle—, ¿dónde está tu dormitorio?

Cleo se lo señaló y tiró de él para volver a besarlo, ese segundo se le había hecho eterno.

Sergio la levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas. Había dejado la luz

encendida y él la utilizó de guía. Al llegar allí, la depositó con cuidado en la cama y la

soltó despacio, y entonces hizo algo que confundió y emocionó a Cleo más allá de lo

esperable.

—¿Cierro la puerta con cerrojo? Tu sobrina quizá se asuste si se despierta y quiere entrar.

Cleo se puso en pie y caminó hasta él, alargó una mano tras la espalda de Sergio y cerró la

puerta con cerrojo.

—La oiré, pero tenemos que tener cuidado y no hacer ruido.

Sergio la rodeó de nuevo por la cintura.

—Nada de ruido.

En algún momento entre la puerta del dormitorio y la cama, Cleo recordó que tenía que

hablar con él, que tenía que decirle que no podían seguir haciendo eso tan maravilloso,

pero en cuanto sus cuerpos se tocaron desnudos se olvidó de todo el mundo excepto de

Sergio.

Cleo se despertó unas horas más tarde, desnuda y abrazada a Sergio. Había intentado

decirle que tenía que irse, que no podía quedarse a dormir. No quería que Marion lo viese

y se llevase la impresión equivocada, ella le había prohibido a Luella llevar hombres al piso

a no ser que se tratase de una relación estable. El día de esa discusión, Marion se despertó

y las interrumpió y, cuando les preguntó qué pasaba, Luela dijo algún disparate como que

Cleo vivía en un convento de clausura. Cleo le hizo caso omiso y se agachó para quedar a

la misma altura de Marion y le explicó que el día que ella llevase a un chico a dormir con

ella sería porque le amaba y quería estar siempre con él. La primera vez que Cleo había

intentado decirle a Sergio que tenía que marcharse, justo después de hacer el amor, él

volvió a abrazarla y a besarla. La segunda, también después de hacer el amor, él la tumbó

boca abajo en la cama y le hizo un masaje que la llevó a perder la cordura. Y después le

hizo el amor porque según él necesitaba volver a hacerlo. Al final se habían quedado

dormidos.

Eran las cinco de la mañana. Si lo despertaba ahora, podía irse sin que Marion lo viese.

Giró el rostro hacia él y se sintió muy satisfecha de sí misma. La sonrisa que tenía Sergio

en el rostro se la había puesto ella. Era tan atractivo, tan sensual, y ahora que sabía de qué

era capaz en la cama, Cleo se excitó solo con pensarlo. Salió de la cama y se puso el pijama,

unos pantaloncitos cortos y una camiseta. Intuía que Sergio no se iba a ir sin más y no

quería mantener esa conversación desnuda.

Vestida, se sentó al lado de él y le acarició el

rostro, tenía más barba que cuando había llegado.

—Sergio.

—¿Sí? —Estaba medio dormido y movió la mejilla en busca de la palma de Cleo.

—Son las cinco de la madrugada, tienes que irte.

—¿Irme?

—Sí, tienes que irte.

Abrió los ojos de repente sin rastro de sueño.

—¿Por qué?

Cleo tragó saliva en busca de las palabras exactas, del tono preciso, y cogió aire. Un sonido

en el pasillo la interrumpió y se giró preocupada hacia la puerta del dormitorio. Corrió a

abrirla y vio a Marion con el camisón manchado.

—He vomitado.

Cleo se acercó a ella preocupada, pero con una

sonrisa en el rostro.

—No pasa nada, cariño. ¿Te encuentras mal? ¿Te duele la tripa?

Marion asintió y la cogió de la mano, convencida de que su tía podía salvarla de cualquier mal.

—Creo que voy a vomitar otra vez.

Cleo tiró de la niña hacia el baño y le quitó el camisón. Empapó una toalla con agua y le refrescó la cara antes de limpiarle el sudor que se le había pegado al torso. Tenía fiebre y le estaba subiendo. Sentó a la niña en un taburete junto al baño y le recogió el pelo en una coleta para refrescarle también la espalda. Le susurraba palabras de cariño y Marion

sollozaba y se acercaba al baño cuando la asaltaban las arcadas. No podía dejarla sola y sin

Luela en casa tendría que esperar hasta la mañana para pedirle a su vecina que se quedase

con Marion mientras ella iba a la farmacia.

Oyó un ruido procedente del dormitorio y supuso que Sergio se estaba preparando para

irse. Seguro que ahora no tendría ningún problema en salir corriendo de allí, se dijo,

aunque una vocecita en su interior insistió en recordarle que minutos atrás ella

prácticamente le había echado. Lo vio detenerse en la puerta del baño.

—¿Te vas?

Él frunció el ceño, ofendido.

—No, pero puedo ir a la farmacia de guardia si necesitas algo.

Cleo suspiró aliviada, pero no se disculpó con Sergio, tal vez él se comportaba ahora como un caballero porque tenía a la niña delante, pero seguro que cuando se diese cuenta de que ella prácticamente era una aburrida madre soltera dejaría de parecerle tan excitante y atractiva.

—Sí, gracias. Necesitaría un antipirético y zumo de manzana, si también puedes pararte en un supermercado.

—Claro, cogeré tus llaves para no molestarte.

Sergio salió del apartamento y Cleo se quedó consolando a Marion, que volvió a vomitar.

Le limpió el rostro y le dio un vaso con agua para que hiciera gárgaras y se le quitase el

mal sabor. La puerta volvió a abrirse mucho antes de lo que ella había previsto y Sergio

entró en el baño con una bolsa con la cruz de una farmacia llena hasta los topes.

—No sabía qué marca preferías y he comprado unos cuantos, y también un termómetro y

unas cuantas cosas más que me ha recomendado el farmacéutico.

—Gracias. —Se acercó a la bolsa y sacó el que utilizaban normalmente—. ¿Puedes traerme

un vaso de agua de la cocina, por favor?

Sergio se movió por el piso como si lo conociese. No era nada difícil siendo pequeño como

era, y volvió a sorprenderla.

—Aquí está el agua, pero también he traído el zumo de manzana que me pediste. —Le

ofreció un tetrabrik individual de zumo de manzana con dibujitos en la caja.

—¿Quién eres? Ese zumo de manzana es mi preferido.

Sergio se acercó a Marion y se puso en cuclillas frente a ella.

—Soy Sergio, también es mi preferido. Si te tomas la medicina, podrás bebértelo, pero

despacio, no queremos que vuelvas a vomitar, ¿no?

Marion negó con la cabeza y abrió la boca para que Cleo pudiese darle la medicina.

Después, aceptó el zumo y sonrió a Sergio.

—No hace falta que te quedes, Sergio.

Cleo siguió pasando la toalla con agua fría por el cuerpo de Marion y tocándole la frente

para ver si le bajaba la fiebre. Sergio la buscó con la mirada y ella la esquivó. Él debió de

darse por vencido porque se puso en pie y salió del baño. Marion bostezó y apoyó la

cabeza en el regazo de Cleo, así que esta la cogió en brazos y la llevó al dormitorio. La

acostó con cuidado y dejó la luz de la mesilla de noche encendida. Quizá tendrían suerte y

no volviera a vomitar, pero, si no la tenían y Marion volvía a encontrarse mal, no se

asustaría. Le dio un beso en la mejilla y se preparó para volver a su dormitorio, Sergio ya

se había ido, pero seguro que en cuanto viese la cama pensaría en lo que se había atrevido

a hacer con él durante horas.

Dios, si no se hubiese despertado, tal vez no habría oído a Marion. Estaba exhausta,

necesitaba descansar un poco y no pensar en nada, y no sentirse culpable por todo lo que

hacía. Cogió aire y entró en su dormitorio con el temor de quien entra en un juicio.

—Estás aquí.

Sergio estaba sentado en la cama, se le veía preocupado, y también cansado. Levantó la vista y la miró.

—¿Cómo está Marion?

—Se ha quedado dormida, pero todavía tiene fiebre. Supongo que dormiré un rato, y yo también debería intentarlo.

—¿Y la madre de Marion, tu hermana?

—Oh, Luela está en el bar donde trabaja, aunque estoy convencida de que hace mucho

más que trabajar. Se ha liado con un tipo y me temo que ha vuelto a las drogas.

—¿Drogas?

—Sí, lo siento, mi vida es muy complicada. Supongo que querrás irte a dormir. Gracias

por haber ido a la farmacia y al supermercado, si me dices cuánto te debo

—No se te ocurra pagarme, Cleo y, para que conste, no voy a irme a ninguna parte. Voy a

quedarme aquí. —¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Joder, Cleo, ¿acaso no lo entiendes?

Cleo se frotó los ojos y bostezó, y él perdió de inmediato el mal humor, o se lo sacudió de

encima. Se levantó de la cama y se acercó a ella para darle un suave beso en los labios y

tirar de ella hacia la cama.

—¿Por qué no te acuestas? Ya hablaremos más tarde.

—¿Te quedarás? —Le pesaban los párpados, apenas podía mantenerlos abiertos.

—Me quedaré.

Cleo aguantó despierta hasta que Sergio se quedó en calzoncillos y con la camiseta.

El despertador sonó a las ocho y Cleo lo golpeó con más ímpetu que de costumbre. Había

dormido poco y maravillosamente bien, había abierto los ojos en dos ocasiones y se había

dormido de nuevo al ver a Sergio dormido a su lado. Salió de la cama con cuidado de no

despertarlo y fue a ver a Marion. La niña estaba dormida, pero estaba ardiendo. Le tocaba

otra dosis de la medicación y quizá un baño de agua fría. Fue a buscar la medicina y un

zumo y a despertar a Luella para informarla de la situación. Le bastó con ver la puerta

entreabierta del dormitorio de su hermana para saber que no estaba, Luella siempre

dormía con la puerta cerrada.

Mierda.

Desconectó el móvil y la llamó frenética. ¿Dónde diablos se había metido? Luella no

contestó, Cleo le dejó un mensaje a pesar de que sabía que no serviría de nada. Maldita

fuera, su hermana se estaba drogando de nuevo y, si no, estaba a punto de hacerlo, o de cometer otra estupidez de semejantes proporciones.

Mierda, mierda. No podía faltar a un ensayo ahora que el estreno estaba tan cerca, pero no

iba a tener más remedio que hacerlo. Su vecina se ocupaba a veces de Marion, aunque

nunca cuando estaba enferma, y no se atrevía a pedírselo. Resignada, cogió la medicina de

Marion y el teléfono. Llamaría después.

Marion engulló la medicina y bebió un poco de zumo. Sollozaba medio dormida por culpa

de la fiebre. Cleo fue al dormitorio, tenía un poco de frío, se pondría una chaqueta y

llamaría.

—¿Cómo está Marion?

Se sobresaltó al oír la voz de Sergio tan despierto.

—Tiene fiebre, y mi hermana no ha vuelto a casa.

—¿Le ha sucedido algo? —Se sentó en la cama y se frotó el sueño del rostro.

—No, sencillamente habrá decidido que tenía ganas de pasárselo bien. No es la primera

vez.

—¿Vas a llamarla?

Cleo levantó la vista del aparato que sujetaba en la mano y miró a Sergio.

—No, voy a llamar a *madame* Coutillard para decirle que hoy no puedo ir al ensayo. Va a

matarme, pero —Se encogió de hombros y buscó el número que se resistía a aparecer.

—Espera, falta muy poco para el estreno. Se pondrá furiosa y probablemente te castigará y

lo tendrá en cuenta para el próximo ballet.

—Lo sé, pero qué quieres qué haga. —Estaba enfadada con las circunstancias y con Sergio

por recordárselas.

—Yo puedo quedarme.

—¿Tú?

—Claro, Marion me conoció anoche y le gusté. Además, te dejo que me llames cada dos

minutos y me preguntes cómo está. Vamos, tengo experiencia en estas cosas, te prometo

que estaremos bien.

—¿Tienes experiencia en estas cosas? ¿Desde cuándo? A los hombres como tú no se os da

bien cuidar niños.

—¿Los hombres como yo? ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Se lo preguntó serio, abandonado el tono más relajado de la frase anterior, dolido y

molesto por las implicaciones

—¿Cleo, tía? Tengo que ir al baño.

Cleo salió corriendo y llegó a tiempo de acompañar a Marion al baño a vomitar de nuevo.

Sergio apareció dos minutos más tarde con los vaqueros encima de los calzoncillos y la

misma camiseta. Se agachó frente a Marion igual que había hecho la noche anterior y le

habló como si fuese su igual.

—¿Cómo te encuentras, lady Marion? ¿Sabes que

tienes el mismo nombre que una

princesa inglesa muy valiente?

—No, no lo sabía.

—Pues sí, además, es de mis preferidas. ¿Me dejas que me quede a pasar contigo la

mañana y te lo cuente? Así Cleo podrá ir al Liceo un rato.

Marion desvió la mirada hacia Cleo.

—Cleo, ¿Sergio puede quedarse?

Sergio también la miró y esperó. Aunque no se lo dijo, Cleo supo que la decisión estaba en

sus manos. Si le pedía que se fuese, él se iría. No discutiría frente a Marion.

—Claro.

Sergio se puso en pie y levantó a Marion en brazos.

—¿Qué te parece si me enseñas tus muñecas y tus cuentos y lápices de colores mientras

Cleo se ducha y se viste? Y, si tienes ganas de volver a vomitar, me avisas, ¿de acuerdo,

lady Marion?

Yo te enseñaré los colores que me compré ayer en el supermercado para pintar contigo.

Cleo se duchó y se vistió. Estaba demasiado aturdida y cansada para cuestionarse por qué

Sergio estaba dispuesto a hacer de niñera, pero él tenía razón. No podía perderse ese

ensayo y a Marion él le había gustado. Mucho, a juzgar por las risas y los cuchicheos

provenientes de la cocina. Salió unos minutos más

tarde de lo habitual, no los suficientes

como para tener que preocuparse, y dejó a Marion y a Sergio comentando las virtudes del

genio azul de Aladdín.

Capítulo 10

Cleo, tal como Sergio había anticipado, le llamó en exceso para preguntar cómo estaba

Marion. Él contestó solícito cada vez e incluso se atrevió a tomarle el pelo. La llamó

neurótica, con cariño, pero neurótica. Cleo aprovechó una pausa para llamar de nuevo a

Luela. Su hermana seguía sin dar señales de vida, hasta que a eso de las cuatro de la tarde

le mandó un mensaje de texto diciendo que tardaría unos cuantos días en volver, que

estaba feliz y enamorada. Cleo estuvo tentada de lanzar el teléfono contra la pared como si

fuese la cabeza de su hermana para ver si así entraba en razón. ¿Enamorada? Y, aunque lo

estuviera, ¿por eso se había olvidado de que Marion existía?

Al terminar el último ensayo apareció Daniel y la saludó desde la distancia con una

sonrisa. Cuando acabó el baile, fue en busca de la toalla para secarse el sudor y vio

sorprendida que Daniel la estaba esperando.

—Hola. —Hola.

—Quería decirte que lo tengo todo preparado para mañana, he reservado en un

restaurante precioso.

—Oh. —Ella no quería reconocerlo, pero se había olvidado.

—Te he echado de menos esta semana.

Le cogió la mano y Cleo lo miró a los ojos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Dónde estaba la

emoción que la saturaba cuando Daniel la trataba como si fuese especial? No la sentía,

únicamente tenía ganas de irse de allí y llegar a casa. «Estás cansada, nada más». —Lo

cierto es que he pensado mucho en ti estos días —añadió Daniel.

—¿Ah, sí?

—Sí, es como si te hubiese visto por primera vez. Estás distinta, no sé explicarlo.

—Soy la de siempre.

—Entonces seré yo el que ha cambiado. Te recogeré mañana por la noche en tu casa, a las ocho. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien.

Daniel le soltó la mano y dio un paso hacia atrás.

—Estoy impaciente, Cleo.

Cleo se quedó donde estaba, observando cómo Daniel se iba. Por fin la había visto, por fin

se había dado cuenta de que existía como mujer y no solo como su amiga. Ella no sentía

ninguna emoción porque no podía creérselo, porque prefería ser precavida. Solo por eso.

Cogió la bolsa y regresó a casa tras cambiarse únicamente el calzado y ponerse el abrigo.

Seguía preocupada por Marion y lo más probable

era que Sergio estuviese desesperado

por irse.

Iba a tener que darle las gracias, tal vez podría comprarle algo. Abrió la puerta a la espera

de que Marion corriese hacia ella o de oír sus llantos, pero la oyó riéndose y cantando.

Caminó intrigada hasta la cocina y la encontró cocinando con Sergio.

—Hola.

—¡Cleo! —Marion se lanzó a sus brazos—. Sergio está haciendo lasaña. ¿Sabes que tengo

nombre de princesa, y tú también? La tuya fue muy valiente e importante.

—¿Lasaña? No sé si tú vas a poder comerla.

—Claro que puedo, no he vomitado nada durante

todo el día, y Sergio dice que es mágica.

—¿Ah sí?

—Sí, lo es. Y solo pueden comerla las niñas que no se salen de la raya al pintar.

—Ah, entonces seguro que puedes comerla.

Marion soltó a Cleo y corrió hacia Sergio, que se había mantenido en silencio y pendiente de la lasaña en cuestión.

—Voy a cambiarme. —Ninguno de los dos le hizo caso.

Volvió a la cocina y los vio tan enfrascados como antes, aunque ahora Sergio acababa de darle a Marion la medicina.

—Muy bien, lady Marion.

—Muchas gracias por todo, Sergio. No hacía falta que cocinaras.

—De nada, y no me importa cocinar. ¿Qué tal los ensayos?

—Horribles, pero me alegro de haber ido, *madame* Coutillard lo está cambiando todo a

última hora. No sé si seré capaz de aprenderlo a tiempo para el estreno.

—Seguro que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Te he visto bailar, Cleopatra.

Cleo se sonrojó y lo disimuló cogiendo un trozo de pan que había cortado en rebanadas en

un cesto.

—Supongo que después de haber estado tantas

horas con Marion ya sabes de dónde viene mi nombre.

—Sí, tus padres tenían una manera de pensar muy peculiar. Te queda bien, mucho mejor que Liz.

—Tal vez, solo me alegro de que se conociesen en la cola de esa película de Liz Taylor y no en la de *Lo que el viento se llevó*. Odiaría llamarme Escarlata, es más difícil de abreviar.

—Se te habría ocurrido algo, estoy seguro.

—¿También habéis hecho pan? —Lo miró incrédula—. Está buenísimo.

—Que te sorprenda tanto ver cómo soy de verdad me resulta insultante. —Se secó las

manos en un trapo y le dio un beso en los labios al

pasar junto a ella—. Voy a buscar a mi

pinche, le prometí que le dejaría sacar la bandeja del horno.

Sergio volvió a la cocina con Marion colgando del cuello. La niña se había ido unos

minutos antes a buscar una muñeca que necesitaba enseñarle a Sergio. Cenaron, Cleo vio

que el plato de Marion no tenía la misma salsa que el suyo y el de Sergio, y ese detalle

volvió a sorprenderla, aunque consiguió disimularlo (un poco). Evidentemente, ella casi

no pudo abrir la boca porque Marion se pasó el rato hablando de las maravillas de Sergio,

estaba tan contenta y acelerada que resultaba difícil de creer que la noche anterior hubiese

estado vomitando. Tras los postres, Marion

convenció a Cleo para que la dejase ver unos

dibujos animados y antes de plantarse frente al televisor dio un beso a Sergio en la mejilla.

La niña se quedó dormida en el sofá apenas unos minutos más tarde y Sergio la llevó en

brazos y la metió en la cama. Cleo se quedó allí, se sentó en la butaca que había frente a la

mesilla de noche y acarició el pelo de la niña. Tal vez había llegado el momento de hablar

seriamente con Luella y pedirle que la declarase tutora de la niña. Cleo todavía recordaba

lo complicado que había sido resolver los temas legales tras la muerte de sus padres y no

quería que, llegado el caso, alguien pudiese arrebatarse a Marion si Luella no estaba. Iba a

ser una conversación horrible, pero tarde o

temprano debían tenerla.

Se puso en pie y le dio un beso en la frente a Marion antes de salir del dormitorio. Fue a la

cocina para ponerla en orden, pero Sergio se le había adelantado.

—No hacía falta que lavaras los platos. Debes de estar cansado.

—¿Ya me estás echando otra vez?

—No.

—Bien, porque no voy a irme. —Secó el último plato y se dio media vuelta—. Estás muy

cansada, apenas puedes sostenerte en pie.

—Estoy bien. —Un bostezo la convirtió en mentirosa.

—Vamos a la cama.

Sergio apagó la luz de la cocina y entrelazó los dedos con los de Cleo para caminar con ella

a su dormitorio. Una vez allí, le soltó la trenza y empezó a desnudarla. Al principio fue

despacio, tierno, un susurro, pero en cuanto aparecieron los besos tanto Sergio como Cleo

perdieron el control. Los dos lo necesitaban, allí, de esa manera, desnudos, no podían

disimular ni ocultar nada. Podían ser ellos de verdad, desearse sin límite, tocarse sin

restricciones, sentirse en cada aliento. Sergio entró en ella muy lentamente, mirándola a los

ojos, reteniéndola con ellos. Estaba encima, se movía despacio, flexionando los músculos,

dejando que sus cuerpos se aprendiesen de memoria las reacciones del otro.

—Cleo, vida.

Ella le tiró del pelo para besarlo y para ocultar la lágrima que le había resbalado por la

mejilla. Tanta emoción no era normal, era imposible. Eso, esto, tan intenso, tan necesario,

tenía fecha de caducidad. Otra opción era impensable. Iba a hacerle mucho daño a Marion

y a ella. Era más que evidente que la niña se había encariñado con él, por eso tenía que

mantener las distancias y asumir que ella no estaba hecha para tener esa clase de

relaciones. Sergio era maravilloso, era mucho más complicado y de verdad de lo que ella

había creído en un principio, pero no era de los hombres que se quedan. Era de los que se

van, solo tenía que estar preparada para cuando

llegase el momento.

Mientras, iba a aprovecharlo.

Bajó las manos por la espalda de Sergio y le clavó las uñas. Levantó las caderas al mismo

tiempo que le rodeaba las nalgas con las piernas y lo besó apasionadamente. Él separó los

labios y la retó a hacer lo mismo, empujó con las caderas y los dos terminaron sujetándose

al otro con todas sus fuerzas.

Más tarde, cuando él le estaba acariciando la espalda porque ella estaba en su lugar de

siempre, Cleo se atrevió a hablar.

—¿Qué querías decirme?

—¿Cuándo?

—Ese mediodía, cuando fui a tu apartamento. Me dijiste que habías estado hablando con

Londres y que querías hablar conmigo.

Sergio respiró profundamente, cogió aire y lo soltó premeditadamente. Siguió

acariciándole la espalda con una mano y la otra la colocó en la cadera desnuda de Cleo, no

había ninguna parte de su cuerpo que no se estuviera tocando con el de ella.

—En la revista para la que trabajaba, *The Whiteboard*, quieren que vuelva. Han decidido

expandirse y el director, a quien considero mi amigo, me ha ofrecido un cargo a su lado,

jefe de redactores.

—Oh, felicidades.

—Gracias, pero no he aceptado. Dejé ese trabajo porque no quiero no ser de ninguna

parte. Estoy cansado de viajar y de no encariñarme con nada. Me he pasado años sin tener

siquiera una taza preferida, un cojín más cómodo que otro. Y no puedo seguir

presenciando desgracias, hablando de ellas con objetividad. Ya no soy objetivo, ya no, y lo

cierto es que no quiero volver a serlo.

—Pero si eres el jefe de redactores puedes no serlo. De eso se trata, ¿no? De tener opinión.

—El trabajo es en Inglaterra.

—Lo sé, me lo has dicho, pero podrías venir a menudo.

Sergio volvió a quedarse en silencio.

—Seguiría sin tener una taza preferida. Y no podría verte.

—Es una gran oportunidad, deberías pensarlo con calma. ¿Cuándo tienes que decirles

algo?

—El estúpido de Gabriel, mi amigo, me ha dicho que puedo ir cuando quiera. No le

ofrecerá a nadie más el puesto hasta dentro de un año. Cleo sintió un profundo alivio.

—Ah, entonces todavía hay tiempo.

—Sí, todavía hay tiempo —repitió él antes de cogerla en brazos y volver a besarla y

hacerle el amor.

Cuando a la mañana siguiente sonó el despertador, fue Sergio quien lo paró y fue al

dormitorio de Marion a ver cómo estaba. Dejó que Cleo durmiese esos minutos de más

porque apenas la había dejado dormir durante la noche. Marion ya no tenía fiebre y,

cuando abrió los ojos y vio a Sergio, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso. Los

tres se vistieron y se asearon dispuestos a enfrentarse al día y, tras un frugal desayuno

porque Marion todavía no podía comer demasiado y Cleo tenía un nudo en el estómago

por ese despertar tan doméstico y familiar, abandonaron el apartamento. Luela seguía

ausente, pero esa mañana a Cleo apenas le importó, solo le habría faltado su hermana.

Dejaron a Marion en la puerta del colegio, Sergio las acompañó, y después ellos dos

caminaron rumbo al Liceo.

—He pensado que esta noche podríamos ir a cenar. Hay un sitio estupendo cerca de mi

apartamento y me gustaría llevaros, seguro que a Marion le encantará.

A Cleo le sudaron las palmas de las manos y el corazón le fue a parar al estómago, donde

se retorció con el resto de órganos.

—Esta noche no puedo.

—¿No puedes? ¿Has quedado con Alice? Esa chica es terrible, no me malinterpretes, es

genial y muy divertida. Está bien, iremos Marion y yo. Ya te lo contaremos mañana.

—No, no he quedado con Alice. —Había llegado hasta allí, no podía ocultarle la verdad.

—¿Ha sucedido algo en el Liceo? ¿Tenéis algún ensayo extra?

Cleo se detuvo, era incapaz de caminar y mantener esa conversación al mismo tiempo.

—No, no tenemos ningún ensayo. —Sergio también se detuvo y la miró confuso—. He quedado con Daniel.

—Has quedado con Daniel. —Su voz perdió calidez.

—Sí, me lo pidió hace días. Se supone que es un secreto, pero le han ofrecido

—Dirigir la orquesta del Liceo de Barcelona, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Se lo ha contado a todo el mundo, Daniel no sabe guardar un secreto.

—Esta noche vamos a cenar para hablar de eso.

—Como amigos. —No fue ni una pregunta ni una afirmación, más bien fue un deseo.

—No lo sé.

Sergio se pasó las manos por el pelo y la miró frustrado.

—Dios, Cleo, sigues enamorada de él. No puedo creérmelo.

—No estoy enamorada de él.

—Dime una cosa, ¿has visto a Daniel estos días? ¿Le has dicho que estás conmigo, que

estamos juntos? ¿Se lo has dicho?

—Tú y yo no estamos juntos, tú vas a irte a Londres, solo estás teniendo una aventura conmigo. Tú mismo lo dijiste la noche que me

conociste.

—No me digas lo que estoy teniendo contigo, lo sé perfectamente. Tal vez tú seas incapaz

de reconocer lo que nos está pasando, lo que tienes frente a las narices, pero yo no. Y esa

noche, joder, esa noche de la que hablas fue hace meses y dije un montón de estupideces.

Y a estas alturas ya tendrías que haber deducido por qué.

—Tú mismo me dijiste que te habían ofrecido ese trabajo en Londres.

Eso sí que no iba a poder discutirse.

—Y te dije que no había aceptado. Mierda, ahora entiendo tus comentarios, querías,

quieres — se corrigió— que me largue. Así no tendrás que elegir entre Daniel y yo, ¿no?

—No.

Sergio se había acercado demasiado a la verdad y Cleo reaccionó poniéndose furiosa.

—¿No? ¿Qué le dijiste a Daniel cuando te contó que tenía la oferta de Barcelona? ¿Le

recordaste que no podía dejar escapar esa oportunidad o le pediste que se quedara?

—No pienso decírtelo. No es asunto tuyo.

—Le pediste que se quedara. Le pediste que se quedara. —Se apartó de ella, como si le

resultase doloroso físicamente estar cerca—. Joder, hay que ser idiota. Sabía perfectamente

dónde me metía, pero me dije que era imposible que después de lo que estaba sucediendo

entre nosotros siguieses sintiendo ese encaprichamiento infantil por Daniel.

—No es infantil, tú no sabes lo que siento. Apenas me conoces, solo te has acostado conmigo.

—No, tú solo te has acostado conmigo, yo he hecho mucho más. Pero eso ya no importa,

tranquila, vas a tener lo que quieres. Me largo, no puedo seguir así contigo. Además,

tienes razón. Lo que te suceda no es asunto mío, tú nunca me has permitido que lo fuera.

Prácticamente he tenido que suplicarte que me dejaras estar contigo, he tenido que luchar

por cada beso y por cada segundo de tu tiempo y aun así eres incapaz de comprenderlo.

—¿Comprender qué?

—Nada, nada en absoluto. No te preocupes, no tendrás que elegir entre Daniel y yo. No

volveré a molestarte. Espero que seas muy feliz con ese hombre que nunca, nunca, nunca

sabrás quien eres.

—Sergio, no...

—Piensa una cosa, hace años que le conoces y ni siquiera sabe que te llamas Cleopatra, ni

que hueles a rosas, ni que siempre te echas exactamente medio sobre de azúcar, pero solo

en el café de la mañana, o que cuando corres hacia el metro cuentas las farolas que hay en

la calle. En todos estos años nunca ha intentado besarte, ni una sola vez. Quédate con él,

Cleo, todo será más fácil. Te lo prometo.

—Sergio...

—Tranquila, no hace falta que me lo digas, no le

contaré nada a Daniel. Adiós, dile a

Marion que lamento no poder cumplir mi promesa.

Sergio se levantó el cuello del abrigo y se metió dentro de un taxi, que apareció casi por

arte de magia a su lado.

Capítulo 11

La cena con Daniel fue perfecta. Él fue a buscarla a la hora señalada. Llevaba un traje

negro que le hacía parecer más rubio y más inaccesible, y le dio un beso en la mejilla en

cuanto la vio. No la sujetó ni la besó como si hubiese muerto de no hacerlo, y tampoco le

preguntó por Marion. Daniel la había conocido un año atrás cuando la niña acudió a una

representación infantil en el Liceo.

Le habló de la nueva partitura en la que estaba trabajando y juntos criticaron al gobierno

por no dar más subvenciones a las artes. Al llegar a los postres Cleo sacó el tema de

Barcelona y Daniel le aseguró que todavía no había tomado ninguna decisión, pero que los

del Liceo barcelonés habían mejorado todavía más la oferta. De todas formas, llegaría el

momento en que tendría que decidirse. Pasó entonces a enumerar todas las ventajas que

tenía seguir en París y a ella no la mencionó en ningún momento. Era una lista absurda.

En ella aparecían los museos, algunas tiendas, y varios platos de comida. Aun así a Cleo le

dolió no aparecer en ella.

«Tú estás aquí, ¿no? Entonces volveré».

A Sergio solo le había importado ella. Nada más. El descubrimiento fue tan de repente, tan

inesperado, que se sintió como una estúpida por no haberlo comprendido antes. Se obligó

a permanecer allí sentada, a prestar toda su atención a Daniel, y a medida que iban

pasando los minutos y él seguía hablando ese amor ciego que había sentido por él durante

todo ese tiempo fue desvaneciéndose. Como si no hubiese existido nunca, como si nunca

hubiese sido real. Daniel no era perfecto para ella, nunca lo había sido y nunca lo sería.

Daniel era un buen amigo, lo había sido siempre, pero sería una pésima pareja para ella, y

tal vez para cualquiera. Daniel era un niño mimado, maravilloso y generoso, pero un

malcriado, pensaba en él y solo en él. Era generoso con su tiempo, con su cariño, incluso con su dinero, pero él siempre ocupaba el primer lugar en su lista de prioridades. Quizá eso cambiara cuando conociese a la mujer adecuada, o quizá no, pero estaba claro que esa mujer no era ella.

—Daniel, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él la miró confuso, le había interrumpido a mitad de una frase.

—Claro.

—¿Te sientes atraído por mí?

Daniel, *l'enfant terrible* de París, se sonrojó.

—Eres una mujer muy atractiva.

—Gracias, pero no te he preguntado eso. Te he preguntado si te sientes atraído por mí.

—No. Te tengo mucho cariño y le arrancaría la cabeza a cualquiera que quisiera hacerte

daño, pero no me siento atraído por ti. Lo siento.

Cleo se rio. La incomodidad de Daniel y el miedo que tenía a la reacción de Cleo era tan

palpable que resultaba gracioso. O tal vez fuese el alivio que sintió lo que la hizo reírse.

—Gracias, Daniel. Yo tampoco me siento atraída por ti, ya no.

—¿Ya no? ¿Antes sí?

—Oh, vamos, no me digas que no te habías dado cuenta.

—Bueno, Sergio me lo dijo.

A Cleo le dio un vuelco el corazón.

—¿Sergio?

—Sí, ese día, en esa discoteca, Le Carmen. Me llevó a un lado y me dijo que no podía

seguir tratándote así, que no podía quedar contigo y presentarme con otra del brazo. Le vi

tan furioso que me asusté, pensé que iba a pegarme.

—¿Te pegó?

—No, aunque creo que tuvo que contenerse. Le dije que tú y yo solo éramos amigos, que a

ti no te importaba verme con otras mujeres, pero él me dijo que era un idiota y que tú

también, pero que mientras me siguieses mirando de esa manera no podía restregarte mis

ligues por las narices. O algo por el estilo. Fue entonces cuando me planteé que quizá

Sergio tuviera razón y por eso te pedí que salieras a cenar conmigo.

—Gracias, pero no era necesario. Tú tienes razón, la has tenido siempre, solo somos

amigos. Muy buenos amigos.

—La verdad es que cuando Sergio me soltó esa bronca pensé que sí que me mirabas de un

modo especial, pero a partir de ese día dejaste de hacerlo. A la mañana siguiente de esa

fiesta ya me mirabas de un modo distinto.

La mañana después del primer beso de Sergio.

—Sí, dejé de mirarte, pero seguí estando ciega.

—Sabes que no soy demasiado profundo, ¿no?

—Lo sé —se rio, aliviada.

—Entonces, ¿vas a contarme de qué diablos estás hablando?

—Todavía no, creo que he metido la pata y lo he echado todo a perder.

—Bueno, cuando quieras contármelo aquí estoy. Para eso están los amigos.

—Sí, y si decides irte a España iré a verte tan a menudo que te arrepentirás de haberme conocido.

—Eso nunca, Cleo.

Daniel la llevó de regreso a su casa. Caminaron cogidos del brazo por la calle porque Cleo se había animado a ponerse unos tacones de infarto, pero en ningún momento ninguno de

los roces que se produjeron por casualidad entre ellos le pareció mínimamente sensual o romántico.

Había sido una estúpida.

Se despidieron en el portal y Cleo subió a recoger a Marion a casa de la vecina que la

estaba cuidando. La niña estaba dormida, así que la llevó en brazos hasta la cama,

balanceando entre los dedos los zapatos de tacón que se quitó para no caerse al suelo. Con

la pequeña acostada, Cleo buscó el móvil e hizo la primera de dos llamadas muy

importantes.

Luela no le contestó. Había dado por hecho que no lo haría, así que le dejó este mensaje en

el contestador:

—Luela, el lunes iré a visitar al abogado que nos asesoró cuando murieron papá y mamá, quiero preguntarle qué pasos tengo que seguir para tener la tutela de Marion. No quiero ser solo su tía. Si

decides volver y acompañarme, estaré encantada de que vengas. Creo que sería lo mejor para todos y

que, si tú estás de acuerdo, podríamos hacerlo muy bien. Y si no quieres cederme la tutela de

Marion y estás decidida a rehabilitarte, cuenta conmigo. Estaré a tu lado pase lo que pase. Esto no

es ninguna amenaza ni ningún plan para chantajarte y obligarte a desintoxicarte, quiero cuidar de

Marion porque la quiero, y a ti también. La reunión es el lunes a las seis de la tarde, te mando un

texto con la dirección. Ven, por favor.

Concluida esa llamada fue a la cocina en busca de un vaso de agua, le temblaban las

manos de lo nerviosa que estaba y antes de realizar la siguiente decidió ponerse el pijama

y desmaquillarse para ver si lograba tranquilizarse un poco. Se sentó en el borde de la

cama con solemnidad, alargó la mano izquierda hacia la almohada en la que él se había

quedado dormido unos días antes, deseando que ese gesto la ayudase a decir lo correcto, y

con la derecha sujetó el aparato y lo llamó.

Sergio no contestó y ese silencio le dolió

muchísimo más que el de su hermana, ni siquiera fue comparable. Tragó saliva y se recordó que él tenía motivos de sobra para no cogerle el

teléfono, para no querer volver a verla nunca más en la vida, pero tenía que recuperarlo.

No podía perderlo.

—Hola, Sergio, soy yo. Lo siento, lo siento tanto... Quiero verte, necesito hablar contigo. Por

favor. —Se secó una lágrima que le resbaló por la mejilla—. He sido una tonta, una idiota, y lo

siento. He ido a cenar con Daniel, sé que no debería decírtelo, pero escúchame. Desde que te has ido

esta mañana no he podido dejar de pensar en ti. Siempre pienso en ti, te has metido en mi cabeza y

en mi corazón sin que me diera cuenta. Cuando he visto a Daniel, me he dado cuenta de que no me

producía ninguna, ninguna, de las emociones que siento cuando te veo. Y que nunca me las ha

causado. Tengo que verte, no quiero hablar de esto por teléfono

Sonó el pitido que indicaba que había concluido el tiempo máximo para un mensaje. Cleo

se apartó el teléfono del rostro y dejó de contener las lágrimas. Lo que sí que tuvo que

contener, y le costó muchísimo, fueron las ganas de volver a marcar y dejar otro mensaje, y

otro, y otro, los que fuesen necesarios para que él la llamase y le diese la oportunidad de

explicarse. Si insistía, seguro que él tarde o temprano le devolvería la llamada, aunque

solo fuese para exigirle que lo dejase en paz. No lo hizo, Sergio se merecía que confiase en

él, que lo respetase, que lo viese y lo tratase como el hombre sincero, generoso, atento,

inteligente, increíble, dulce, sensual, auténtico y único que era. Demasiado tarde, pero por

fin lo había entendido.

Se tumbó en la cama y el cansancio por el llanto y las emociones de todos esos días

hicieron que se quedara dormida. Cuando se despertó, descubrió a Marion tumbada en la

cama a su lado, acurrucada igual que un bebé.

—Buenos días, Marion.

La niña abrió los ojos y le sonrió.

—¿Cuándo viene Sergio? Me prometió que hoy me

enseñaría a volar una cometa y que

comeríamos en el parque, creo que me dijo que se llamaba pig-nic.

—Pic-nic —la corrigió y se le encogió el corazón al recordar la última frase de Sergio—.

No, Sergio me pidió que te dijera que sentía no poder cumplir con su promesa.

—¿Por qué no puede venir? Es sábado, me lo prometió, y yo quiero verlo —razonó como

la niña de seis años que era.

—Lo siento.

Marion se sentó en la cama y al ver el móvil de Cleo encima de la mesilla de noche lo cogió

y se lo acercó.

—Llámalo.

—Es muy temprano.

—Por fa, por fa, por fa, por fa, por fa, por fa.

—Está bien.

Ella quería hacerlo y se justificó diciendo que así tenía excusa, lo llamaba porque Marion

se lo había pedido, no porque ella no pudiese seguir aguantándose.

El móvil sonó y sonó y la llamada fue a parar al contestador.

—*Hola, Sergio, soy yo otra vez. Estoy con Marion* —recurrió a todas sus armas— *y nos*

preguntábamos si te apetecería venir al parque con nosotras. Las dos tenemos muchas ganas de

verte, así que ven. Por favor —carraspeó—. *Estaremos cerca del estanque de ocas que hay en el*

extremo norte y, bueno, nos gustaría mucho que vinieras. Adiós.

—¿Vendrá?

—No lo sé.

Ojalá lo supiera.

Marion saltó de la cama y corrió hacia su dormitorio.

—Tengo que preparar mis cosas y hacer pipí. ¿Dónde están mis zapatillas rosas? Sergio

me dijo que eran perfectas para lady Marion.

Cleo deseó contagiarse del optimismo y la vitalidad de Marion, la niña estaba convencida

de que Sergio iba a reunirse con ellas en el parque. Ella no. Quizá sí que apareciera, la

debilidad que él sentía por la niña tal vez lo

animase a acudir, pero, cuanto más pensaba

en cómo lo había tratado a lo largo de su relación y la de barbaridades que le había dicho

esa última mañana, más motivos encontraba para justificar el distanciamiento y el silencio

de Sergio. Si él la hubiese tratado de esa forma, si le hubiese dicho a la cara que solo se

estaba acostando con ella y que se estaba reservando para ir a cenar y enamorarse de otra,

ella no habría querido volver a verlo nunca más.

Mierda, quería meterse en la cama y llorar, pero se obligó a salir y a ducharse, a

prepararse para pasar el día con Marion. Tenía que asumir que tal vez Sergio no volviese.

Sergio no fue al parque y Marion se lo tomó muy mal, pasó de estar ansiosa e ilusionada a

enfadada y obstinada. Al final, Cleo la riñó y la castigó, y después se sintió culpable y le

prometió que a la semana siguiente, si se portaba bien, la llevaría a ver a Sergio. Esa noche,

después de que Marion se quedase dormida tras una sesión doble de películas, Cleo

comprobó por enésima vez el móvil. No tenía ningún mensaje de Luella ni de Sergio.

Marcó primero el número de su hermana y dejó una breve grabación recordándole la

reunión del lunes con el abogado y preguntándole si estaba bien. Después llamó a Sergio.

—Soy yo, comprendo que estés enfadado y dolido. Me he portado muy mal contigo, pero nunca me

había sentido así con nadie. Sergio, por favor, llámame, o dime que puedo ir a verte.

Por favor.

Colgó antes de ponerse a llorar como una idiota y se recordó que se había prometido darle tiempo.

El domingo cayó una tormenta que hacía juego con la tristeza y la preocupación de Cleo.

Las disimuló ambas por el bien de Marion, y el suyo, y pasaron el día jugando a juegos de

mesa, disfrazándose, Marion, de princesa y ella, de bruja, y comiendo palomitas frente al

televisor. Esa noche repitió las mismas llamadas que la noche anterior, el mensaje que le

dejó a Luela fue más breve si cabe, y el de Sergio con la voz más rota.

El lunes se levantó decidida a seguir adelante. Era un día muy importante, iba a dar el

primer paso hacia la adopción legal de Marion. Tendría que haberlo hecho mucho antes,

tendría que haber buscado la fórmula legal necesaria para proteger a su sobrina, pero el

temor y el amor que sentía por Luela la habían frenado. Ya no, Luela podía destrozarse la

vida si quería, pero Cleo no iba a permitir que le pasase lo mismo a Marion.

La niña por fin estaba bien. Al principio de mudarse allí lloraba siempre que la veía salir

de casa, ahora adoraba el colegio al que asistía y estaba feliz en su dormitorio repleto de

cuentos.

Cleo caminaba por la calle pensando en la importancia de esa decisión y sintió la ausencia

de Sergio como un dolor físico. Si él estuviera

allí, se sentiría más fuerte, más valiente. Ella

lo era de sobra, pero él la hacía mejor, la completaba. Era culpa suya no haberlo

comprendido antes, haber seguido obsesionada con un encaprichamiento infantil. Tendría

que haber comprendido que lo que había sucedido entre ellos, ese deseo, esa fuerza,

existía gracias a sentimientos mucho más profundos. Ellos dos llevaban meses

conociéndose, años si contaba todas las anécdotas que Daniel le había contado a ella de

Sergio, y las que probablemente le había contado de ella a él. La noche que se vieron

ambos lo sintieron, y él metió la pata, probablemente al ver que ella solo estaba pendiente

de Daniel. Y ella había decidido juzgarlo y castigarlo por esos estúpidos comentarios. Esa

noche ya tendría que haberse dado cuenta de que si le dolía tanto lo que Sergio pudiera

decir de ella era por algo. Dios, si era famosa por su indiferencia, por no importarle nunca

lo que dijeran los demás de ella. Sergio había dicho una estupidez y a ella le había dolido

tanto que le había mantenido a distancia por ello durante meses, a pesar de que él se había

pasado todo ese tiempo demostrándole cómo era en realidad, siendo maravilloso con ella.

Caminó hacia el Liceo, o eso creía, porque de repente comprobó que se había detenido

frente al edificio donde vivía Sergio. Tal vez él se negara a verla, pero tenía que intentarlo.

Llamó al timbre y esperó en la calle. Nada, solo silencio. Volvió a llamar, tal vez estuviera

en la ducha o todavía en la cama. Esperó en vano.

—Buenos días, señorita, ¿está buscando a Sergio?

El portero apareció con tanto sigilo que Cleo se llevó una mano al corazón para detenerlo.

—Sí.

—No está, se fue hace unos días.

¿Adónde? ¿Durante cuánto tiempo? No formuló las preguntas en voz alta, no pudo, y

probablemente ese señor tan amable se habría negado a contestarlas.

—Oh, muchas gracias.

—De nada, que tenga un buen día. —Volvió a entrar a ocuparse de la portería.

El resto del día fue igual de desafortunado. Los ensayos fueron un desastre y *madame*

Coutillard le llamó la atención por no seguir el ritmo y estar demasiado cansada. Al acabar

le recomendó que se fuese a dormir de inmediato y volviese al día siguiente siendo la

bailarina excelente que de verdad era. No vio a Daniel, lo cual tal vez fue algo bueno

porque seguro que se habría puesto a llorar y le habría contado la verdad acerca de Sergio

y ella y le habría suplicado que la ayudase a recuperarlo. Durante su cita del viernes, no se

lo dijo porque no le parecía correcto hacerlo sin recuperar antes a Sergio, sin pedirle

perdón y decirle lo que sentía por él. Le parecía un gesto muy cobarde confesar sus

sentimientos primero a Daniel. Pero eso había sido el viernes, hoy era lunes y estaba

desesperada por ver u oír a Sergio.

Salió del Liceo pensativa y se dirigió al colegio a recoger a Marion. La secretaria del

abogado le había dicho que podía ir allí con la niña, que ella la vigilaría mientras ellos dos

estaban reunidos. Era una señora de unos sesenta años que probablemente se pasaba los

fines de semana rodeada de nietos, así que Cleo le dio las gracias y decidió hacerle caso,

así no tendría que preocuparse por buscar a alguien que estuviese ese rato con Marion.

—Hola, creía que hoy no vendrías. —El extraño saludo de la profesora que se ocupaba de

entregar a los niños a los padres que iban a

recogerlos la cogió desprevenida.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Luela ha venido a buscar a Marion hará una hora.

Cleo sintió un escalofrío. Tal vez su hermana había recogido a la niña y habían ido juntas al despacho del abogado.

—Oh, no lo sabía, y Marion tampoco.

—Sí, al principio ha insistido en esperarte.

—¿Y por qué no lo han hecho?

—No lo sé. —La profesora escribió algo en un papel sin hacerle demasiado caso a Cleo—.

El hombre que iba con tu hermana parecía tener prisa.

—¿Mi hermana estaba con un hombre y le has dado a Marion sin más?

Eso captó la atención de la profesora, que levantó la vista de los papeles y la miró como si fuera una niña y se hubiese portado muy mal.

—Es su madre, no podemos negarnos.

—Ya, claro. —Tenía que haber solucionado ese tema mucho antes—. Gracias. Adiós.

La profesora volvió a agachar la vista y Cleo salió corriendo en dirección a casa. Por el

camino, llamó al despacho de abogados, donde le confirmaron que ni Luela ni la niña

habían aparecido y le prometieron que la llamarían en seguida si la situación cambiaba.

Cleo llamó entonces a su hermana. Saltó el maldito contestador.

—Luela, soy yo, no sabía que hoy irías a buscar a Marion. ¿Dónde estáis? ¿Estáis merendando en alguna parte? Puedo acercarme. Llámame en cuanto puedas.

Optó por dejar ese mensaje tranquilo y relajado porque no quería irritar a su hermana y

que esta decidiese desaparecer. Lo primero era encontrar a Marion y asegurarse de que

estaba bien. Después, ya le gritaría a Luela.

Entró corriendo en casa y comprobó horrorizada que no estaban y que su hermana había

vaciado su dormitorio, había cajones en el suelo y ropa esparcida por todas partes. Con el

corazón en un puño, entró en el de Marion y también lo encontró desvalijado, aunque de

allí apenas se habían llevado nada. Se aferró a ese

detalle como si se estuviese ahogando y

fuese una tabla de salvación; si apenas se había llevado ropa para Marion no tardarían en

volver, ¿no? Pero ¿dónde diablos estaban y con quién? Cleo salió del apartamento, tenía

que encontrarlas antes de que le sucediese algo malo a Marion. Ella recordaba cómo era

Luela cuando estaba enganchada, era capaz de olvidarse a la niña en cualquier parte, de

regalarla a un desconocido, y Marion ya no era un bebé, era una niña consciente de todo lo

que sucedía a su alrededor. Detuvo un taxi y le dio la dirección del bar donde trabajaba

Luela; allí nadie la había visto desde hacía meses.

Dios santo, había sido una estúpida.

Recorrió todos los parques a los que solían ir a jugar las tres cuando Luela estaba bien e

intentaba comportarse como una buena madre y en ninguno encontró el menor rastro de

ellas. Volvió al apartamento y llamó a la policía. La agente que la atendió fue muy amable

con ella, pero le dijo que si la niña se había ido con su madre no podían hacer nada, a no

ser que pudiese demostrar que Luela había cometido un delito o estaba a punto de

hacerlo. Cleo se puso histérica, insistió en que no sabía de qué era capaz Luela y que

Marion solo tenía seis años y la necesitaba. La agente intentó tranquilizarla y le prometió

que iría a verla a la mañana siguiente a las siete, antes de empezar el turno, para recoger

una foto de Marion y otra de Luella. Las harían circular extraoficialmente y empezarían a

buscarlas. La mujer le sugirió que fuese llamando a su hermana cada hora, que utilizase

un tono de voz amable y suave, nada conflictivo, que le recordase que la niña era pequeña

y le pidiese que volviesen a casa. Si Luella tenía algún momento de claridad y los

escuchaba, tal vez decidiera hacerles caso.

Cleo le dio las gracias. Esa mujer había comprendido la angustia que sentía, y le dijo que la

estaría esperando a las siete con las fotos. La agente le aseguró que se quedaba con su

número y que, si recibía noticias de alguna descripción que encajase con las dos, la

llamaría. Después de colgar estaba más preocupada y asustada que antes. Si Luella decidía desaparecer con Marion, nunca las encontraría. Jamás.

Lloró desconsolada y cuando logró tranquilizarse buscó de nuevo el móvil y llamó a la persona que más necesitaba.

Capítulo 12

—Sergio, soy yo. No borres este mensaje, por favor. Escúchalo, te lo suplico. Te necesito, te necesito

tanto... Marion ha desaparecido, Luella se la ha llevado esta tarde del colegio y no sé dónde están.

No las encuentro por ninguna parte y mi hermana no me coge el teléfono. No puedo perderla,

Sergio, Marion todavía es pequeña y seguro que a estas horas está asustada Yo también lo estoy.

No

puedo quedarme sin ti y sin ella, no puedo.

La máquina pitó al marcar el final del tiempo permitido para un mensaje y Cleo dejó caer

el teléfono al suelo. Dejó la mirada perdida unos segundos. Lo había tenido todo y no

había sabido cuidarlo, había echado a Sergio de su vida, o no le había dejado entrar, y no

había sido lo bastante adulta como para tomar las medidas necesarias para proteger a

Marion y enfrentarse a Luella. Iba a llorar, se acurrucaría como un ovillo y cerraría los ojos

hasta que desapareciese el mundo.

No, se riñó furiosa, no podía hacer nada de eso.

Tenía que ser fuerte y luchar por lo que

quería. Tenía que dejar de comportarse como una cobarde. Se levantó del sofá y fue al

baño a echarse agua en la cara. Después, enchufó el móvil para no quedarse sin batería y

cogió un papel y un bolígrafo para anotar posibles lugares a los que podía haber ido

Luela. Se los daría por la mañana a la policía junto con las fotografías y ella misma iría a

visitarlos.

A Sergio volvería a llamarlo, lo llamaría cada día hasta conseguir que la escuchase.

Pasó una hora, Cleo preparó las fotografías, buscó una en la que Luela iba maquillada y

otra sin maquillar, y una reciente de Marion. Estaba acariciando esta última cuando sonó

el timbre y la sobresaltó. Corrió frenética hacia la puerta, Luela siempre perdía las llaves.

Era Sergio, y cuando la vio tiró de ella y la abrazó contra su torso con todas sus fuerzas.

—Ya estoy aquí.

Cleo le rodeó la cintura con los brazos, hundió el rostro en el jersey de Sergio y se puso a llorar.

—No se dónde está, Sergio. Marion ha desaparecido y no sé dónde está, ni si está bien o si

tiene frío o hambre. Cuando Luela está así se olvida de esas cosas.

—Tranquila. —La apartó de él y le sujetó el rostro con las manos, capturó las lágrimas con

los pulgares y la miró a los ojos—. Encontraremos

a tu niña, te lo prometo.

Cleo asintió. Esa promesa la tranquilizó más que hablar con la policía. Su parte racional

sabía que Sergio no podía prometerle tal cosa, pero estaba demasiado cansada y

preocupada para ser solo racional. Tenía que creer, y no se le ocurría nadie mejor en quien

creer que Sergio.

Entraron en el apartamento y Sergio cerró la puerta antes de volver a abrazarla. Cleo

tembló en sus brazos. Había estado tan cerca de perderlo, de no volver a tocarlo nunca

más, que seguía estando asustada.

—Lo siento, lo siento tanto... Sergio. Me he comportado como una idiota.

—Chiss, ahora no. No hace falta que digas nada.

Cleo se tensó, tal vez él solo había ido a verla porque estaba preocupado por Marion, tal

vez su visita no significaba que estuviese dispuesto a escucharla y perdonarla. Tal vez

volviera a irse.

—Tú y yo estamos bien. —Adivinó las preocupaciones de ella solo con sentirla y Cleo

volvió a llorar. Cómo podía no haberse dado cuenta de lo que existía entre los dos, cómo

podía haberlo confundido con deseo cuando era amor—. Estamos bien, te lo prometo. No

te preocupes por nosotros. Si quieres, hablaremos de ello cuando recuperemos a Marion,

pero a mí no me hace falta.

Con el plural, las caricias en la espalda, Sergio le demostró de nuevo que la entendía y que

estaba a su lado sin necesidad de palabras, pero ella quería dárselas.

—¿Cómo es posible que me perdones tan fácilmente? Estos días ni siquiera me has cogido el teléfono.

—Estaba herido, y furioso. Cuando me dijiste que ibas a cenar con Daniel, tuve ganas de

gritar, de preguntarte cómo eras capaz de ir a cenar con él después de cómo habíamos

hecho el amor. Quería decirte que no podías ir con él, que no podías hacerme eso después

de haber conseguido que me enamorara perdidamente de ti.

A Cleo se le detuvo el corazón, él acababa de

decirle que estaba enamorado de ella. Era demasiado, demasiado pronto. Demasiado verdad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Necesitaba saberlo.

—Porque mi estúpido orgullo me lo impidió. A ningún hombre le gusta que la mujer que

ama le diga que va a cenar con otro. Y que ese otro sea uno de mis mejores amigos del que

además llevas años enamorada no ayuda demasiado.

—No estoy enamorada de Daniel, nunca lo he estado. Yo te...

Le colocó unos dedos en los labios y no la dejó continuar.

—No me lo digas, sé que no lo sientes. No debería haber sacado el tema ahora, pero me

vuelves loco, Cleo, me conviertes en un idiota. Cuando estoy contigo no sé dónde estoy, ni

cuándo, ni qué quiero, solo sé que estoy contigo y me basta con eso. El resto puede

esperar.

—Pues yo no, yo no puedo esperar. —Apartó los dedos de Sergio y lo miró intensamente a

los ojos—. Te amo, Sergio, y no puedo pasar ni un segundo más sin decírtelo, sin

demostrártelo. Siento haberme comportado como una estúpida, siento haber estado tan

ciega y haberte juzgado durante tanto tiempo por esa frase que dijiste la noche que nos

conocimos, pero tienes que saber algo. Tienes que creerme cuando te digo que nunca he

besado a nadie como te beso a ti, y no quiero

hacerlo. Sé que no debería decírtelo, que es

muy egoísta de mi parte, pero no quiero que te vayas a Londres. No podría soportarlo.

Quiero que estés aquí conmigo y con Marion. Tú me dijiste que habías rechazado la oferta,

pero si has decidido aceptarla

—No la he aceptado. He hablado con Gabriel y le he dicho que necesitaba más tiempo, que

no tomaría ninguna decisión hasta asegurarme de que no podía arreglar las cosas contigo.

Ver que ibas a cenar con Daniel y que no le habías contado que estábamos juntos me hizo

mucho daño, Cleo, pero no iba a rendirme tan fácilmente. Siento no haber cogido el

teléfono, necesitaba pensar. Jamás pensé que me enamoraría tan de repente. Llevaba años

oyendo a Daniel hablar de ti, pero, cuando te vi esa noche, cuando abrí esa puerta, no

sabía quién eras. Y sin embargo te reconocí, algo dentro de mí gritó que eras tú, solo tú.

Fue horrible —bromeó-, me sentí como un hombre de las cavernas, te habría cogido en

brazos y me habría ido de allí contigo al instante. Por eso, cuando Daniel dijo tu nombre,

me asusté. Tenía la teoría de que entre él y tú había algo, que erais más que amigos.

-Solo somos amigos, es lo único que hemos sido siempre. Fui una estúpida y una cobarde

al creer que éramos algo más. Lo utilicé como excusa para no arriesgarme con ningún

hombre en el mundo real. Y funcionó hasta que apareciste tú.

-Tendría que haber sido más sincero contigo, pero me daba miedo precipitarme y perderte

incluso antes de tenerte. Quería darte tiempo, pero en ningún momento habría sido capaz

de darme por vencido. Te lo prometo.

—Creía que estos días te habías ido a Londres, que habías decidido volver —confesó

asustada por el recuerdo y aliviada de tenerlo en sus brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habrías hecho si hubiese sido así? —bromeó, presintió que los dos lo

necesitaban.

—Habría ido a buscarte, te habría perseguido y no habría parado hasta que me

escuchases. Tú a mí también me vuelves loca y me conviertes en una idiota. —Me alegro,

no quiero ser el único que se siente así.

—Te quiero y, si decides volver a Londres, lo único que te pido es que me esperes. Buscaré

trabajo allí, hay muchas compañías donde puedo bailar, y supongo que si Marion vuelve

—No pudo continuar.

—Por supuesto que va a volver.

Cleo asintió.

—Si Marion vuelve y sigo adelante con los papeles del abogado, ella también vendrá

conmigo. Tendré que buscarle colegio y un apartamento donde instalarnos.

—Primero, ¿de qué papeles hablas? Y segundo, aunque ya te he dicho que no voy a volver

a Londres, ¿qué diablos es eso de buscar un

apartamento? Buscaríamos uno para los tres,

juntos, y elegiríamos el mejor colegio para Marion, ¿está claro? Basta de hacer cosas sola,

Cleo, ahora estoy contigo y siempre lo estaré. No me he enamorado para nada. Te amo,

asúmelo, y ahora explícame lo de esos papeles.

Lo dijo con tanta certeza, como quien dice que la tierra es redonda y el sol, amarillo, que

Cleo tuvo que creerlo. Se quedó mirándolo hasta que él le sonrió y le recordó que estaba

esperando que le contestase.

—Quiero tener la tutela de Marion. No quiero que Luella pueda volver a llevársela de

ninguna parte sin mi consentimiento. Sé que es hija suya y, si Luella deja las drogas y

sienta la cabeza, estaría dispuesta a buscar una solución intermedia, pero mi hermana

nunca ha querido ocuparse de la niña, ella sigue siendo una a pesar de la edad.

—Te equivocas en una cosa, Cleo, tu hermana no es la madre de Marion, lo eres tú, y

cuando vuelva nos aseguraremos de hacer todos los papeles necesarios para que lo sepa el

resto del mundo. Si tu hermana decide crecer, podrá venir a buscarnos y estar con ella,

pero antes de que la deje acercarse a Marion tendrá que demostrarme que ha cambiado.

—Gracias por entenderlo y estar a mi lado, aunque si Marion no regresa...

Sonó el timbre y Cleo soltó a Sergio. Tal vez fuera la policía. Abrió la puerta con el corazón

encogido y cayó de rodillas al ver a Marion sola y llorando en la entrada.

La rodeó con los brazos y las dos se pusieron a llorar.

—Tranquila, estás en casa. Estás en casa.

—Mamá me vino a buscar al colegio, yo no quería irme con ella. Estaba con un señor que me daba miedo.

Sergio también se agachó y las rodeó a las dos con los brazos.

—Ya estás en casa con Cleo y conmigo. A partir de ahora todo saldrá bien, lady

Marion. La niña apartó el rostro del cuello de Cleo y lo miró con una trémula sonrisa.

—Has vuelto, Sergio.

—Claro que he vuelto, y prometo no volver a irme. Lo siento.

—No puedes irte, eres el deseo de Cleo.

Sergio no entendió la frase, pero las abrazó de nuevo y cuando dejaron de llorar las ayudó

a entrar y cerró la puerta. Cleo no parecía capaz de soltar a la pequeña, así que se sentó en

el sofá con Marion en el regazo y Sergio ocupó un lugar al lado.

—¿Dónde estabas? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mamá?

—Mamá y ese señor no paraban de discutir. No sé dónde estaba, intentaba fijarme en los

nombres de las calles tal como me enseñaste, pero iban demasiado rápido y estaba

asustada.

—No pasa nada, pequeña, lo has hecho muy bien. Has sido muy valiente. —Iba a matar a su hermana en cuanto la viese.

—¿Cómo has llegado aquí, lady Marion? —Sergio le acarició el pelo.

—Ese señor ha parado el coche y nos ha echado a mí y a mamá. Yo no podía parar de

llorar y ella me ha reñido, me ha dicho que estaba harta de sentir que no hacía nada bien.

Sí, Cleo iba a matar a Luela, cómo se le ocurría hacer sentir culpable a Marion.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Sergio.

—Mamá ha sacado el móvil del bolsillo, creo que iba a llamar a alguien, a uno de sus

amigos,

he oído su nombre cuando le ha insultado porque no le ha contestado pero no me acuerdo.

—No importa, sigue, lo estás haciendo muy bien.

—Entonces ha escuchado tus mensajes. Lo sé porque he reconocido tu voz por el altavoz.

— Marion escondió de nuevo el rostro en el cuello de Cleo—. Me he puesto a llorar y le he

dicho que te echaba de menos, que quería estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo.

—Hemos venido caminando hasta aquí. Estaba muy cansada pero he dejado de llorar

cuando he reconocido los columpios que hay cerca de casa. Mamá me ha dejado en el

portal y me ha dicho que subiera.

—¿Mamá está en la calle?

—No lo sé, he subido corriendo.

Cleo miró a Sergio por encima de la pequeña y él entendió el mensaje.

—¿Por qué no te sientas conmigo un rato y me cuentas tus aventuras? Te he echado

mucho de menos, lady Marion.

Marion sonrió a Sergio y se acurrucó en sus brazos encantada. Cleo soltó el aliento, salió al

vestíbulo y bajó la escalera despacio, prestando atención al menor ruido en busca de

alguno que delatase la presencia de Luella. No lo encontró. Ella no estaba por ningún lado.

Se quedó allí unos minutos, miró a ambos extremos de la calle por si su hermana estaba

esperándola en algún portal, pero no la vio. Iba a subir, triste y feliz al mismo tiempo por

el regreso de Marion, cuando vio un papel que sobresalía de su buzón. Tiró de él y lo leyó.

Era una breve nota de Luela donde le decía que preparase los papeles para adoptar a

Marion, que los firmaría en cuanto volviese de rehabilitación. En medio de unas frases

cortas y muy sinceras, Luela le confesaba que no estaba preparada para formar parte de

sus vidas, quizá nunca lo estuviera, pero que quería lo mejor para las tres y sin duda eso

pasaba por desaparecer y dejarlas a ella dos solas.

Siempre habéis sido un equipo, y yo una

mera observadora. Cuida bien de tu niña. Te prometo que algún día volveré y os sentiréis orgullosas

de mí.

Cleo lloró, esas palabras sí que eran de Luela, de la Luela de verdad. Se acercó el papel al

corazón y después lo guardó con cuidado en el bolsillo. Lo llevaría al día siguiente al

abogado y le pediría que iniciase los trámites pertinentes, aunque se aseguraría de no

hacer nada que pudiese perjudicar la situación legal de Luela. No quería acusar a su

hermana de nada para quedarse con la niña. Su abogado lo sabía, lo había entendido

desde el principio, y le había asegurado que era posible, tendrían que superar un proceso

más largo, pero lo lograrían.

Subió y al entrar en casa encontró a Marion dormida en los brazos de Sergio. Él estaba

acunándola sin intención de soltarla. Lo miró. Él se lo había ocultado hasta ahora, pero

también se había asustado.

—¿Por qué no la llevas a la cama?

Sergio apartó la vista de la pequeña y la fijó en Cleo.

—¿Has encontrado a tu hermana?

—No, ya se había ido. He encontrado una nota en el buzón.

—¿Qué dice?

—Que prepare los papeles para adoptar a Marion. Quiero que la leas. Si formas parte de

esto tienes que leerla.

—Elimina el si de una vez, Cleopatra.

—Quiero que algún día conozcas a mi hermana, cuando vuelva a ser ella. Pero voy a hacer

los trámites necesarios para que Marion sea mía.

—Cogió aire—. Nuestra.

—Así me gusta.

Se levantó del sofá con la niña en brazos y la llevó al dormitorio. La acostaron juntos, los

dos le dieron un beso en la frente y la miraron embobados durante unos minutos.

—Creo que mañana la llevaré al colegio como si no hubiese sucedido nada. Me parece que

será lo mejor.

—Estoy de acuerdo. Si quieres, yo puedo ir a recogerla y después pasamos por el Liceo.

¿Qué te parece?

—Me parece que eres el hombre más fantástico y atractivo del mundo.

—No puedes decirme esto aquí, Cleo.

Cleo sonrió, le parecía imposible haber pasado de la tristeza más absoluta a esa felicidad

abrumadora en cuestión de horas, y tiró de Sergio hacia el pasillo y de allí a su dormitorio.

—Tengo que llamar a la policía y decirles que Marion está en casa, una agente iba a venir

mañana por la mañana.

—Deja que venga, así verá a Marion y podrá oír su historia. Nos irá bien que lo tengan

presente.

—Sí, tienes razón.

Entraron en el dormitorio y Cleo sintió de golpe lo

mucho que amaba a Sergio. Fue

extraño, incluso absurdo, ya le había confesado que lo amaba, que se había enamorado de

él, pero al entrar allí con él, al ver esa cama en la que habían hecho el amor como posesos,

comprendió que esa entrega solo había sido posible porque siempre se habían

pertenecido.

Se detuvo en seco. Necesitaba abrazarlo, besarlo, repetirle que lo amaba, borrar el dolor y

los malos recuerdos de esos últimos días. Giró sobre sí misma y lo besó con todas sus

fuerzas. Se pegó a él, tiró del jersey para desnudarlo, le desabrochó el botón de los

vaqueros. Le faltaban manos y le había echado tanto de menos que no podía ni quería

contenerse. Él le devolvió los besos, el torso le subía y bajaba frenético, los dos gemían y se

mordían buscando el modo de estar más cerca, de besarse más, de meterse en la piel del

otro y no salir jamás.

Sergio deslizó las manos por los brazos de Cleo y la sujetó por las muñecas.

—Para.

—No.

Sergio sonrió y la besó, movió la lengua con sensualidad por los labios de ella,

separándolos, capturando las reacciones que iba despertando a su paso.

—Explícame eso de que soy tu deseo.

—Después.

Necesitaba estar con él, asegurarse de que seguían siendo únicos. Necesitaba sentirlo

dentro de ella, hacerlo temblar, que él la besase y la tocase con ese amor que le fundía los sentidos.

—Ahora.

La cogió en brazos y la llevó a la cama. Allí la tumbó y la desnudó en cuestión de

segundos. Después hizo lo mismo con él y se colocó encima de ella sujetándola por las

muñecas. Cleo arqueó la espalda hacia arriba para que sus pieles se rozasen y levantó la

cabeza en busca de sus labios.

—Sergio, te necesito.

Él no dijo nada, siguió besándola y apartó una

mano, sin soltar las de ella que siguió

sujetando, para deslizarla entre sus cuerpos y penetrarla.

—Explícamelo.

—Necesito que te muevas.

Movió ligeramente las caderas, no lo suficiente, lo bastante para hacerlos enloquecer a

ambos de deseo. Él apretó la mandíbula antes de volver a hablar.

—Explícamelo.

—Sergio, por favor.

—Explícamelo.

—El sábado, cuando tú —tragó saliva y dejó que él viese que se le llenaban los ojos de

lágrimas— cuando tú no estabas, vimos *Aladdín*,
otra vez. Marion me preguntó qué tres

deseos le pediría yo al genio.

—¿Y tú qué le dijiste? —Movió de nuevo
levemente las caderas y los dos gimieron.

—Marion me dijo que no podía decir lo que le
decía siempre, estar siempre con ella,

porque

era hacer trampas porque nosotras siempre íbamos
a estar juntas.

—Marion es muy lista, dime qué le dijiste.

Se movió un poco más y le besó el cuello
lentamente, lo recorrió con la lengua y le mordió

la clavícula.

—Le dije que mi único deseo eras tú, que si me

encontrase al genio le pediría volver a estar contigo, que volvieses a abrazarme y no me soltases nunca.

—No voy a soltarte nunca, te amo.

Abandonó cualquier intento de autocontrol y se movió como los dos necesitaban.

—Yo también te amo, Sergio.

Él levantó la cabeza y la miró antes de volver a besarla. Ella nunca había visto unos ojos tan llenos de verdad.

La amaba y ella a él, no le hacía falta ningún genio que se lo asegurase.

Epílogo

Noche del estreno de La Bella Durmiente en el gran Liceo de París

Sergio estaba sentado junto a Marion en el palco reservado para familiares. Los dos

estaban impacientes y muy nerviosos para ver a Cleo. Esas últimas semanas habían sido

muy intensas para ellos y esa noche significaba mucho para los tres.

Cleo había ensayado como una loca. Ahora que había recuperado a Sergio y que por fin

había decidido luchar de verdad por Marion, parecía poseer energía a raudales y

necesitaba canalizarla. Además, estaba decidida a ser la mejor bailarina posible, por ella

misma y por ellos dos, porque quería que se sintiesen orgullosos de ella. Tanto Sergio

como Marion ya lo estaban, aunque Cleo seguía creyendo que exageraban.

Marion le había contado a la policía lo que había sucedido con su madre y también se lo

había explicado al abogado. La niña no conocía los detalles del proceso, evidentemente,

pero Cleo había decidido no ocultárselo. No quería que de mayor pensase que la había

engañado o que había actuado a sus espaldas. La tarde que ella y Sergio se lo contaron,

Marion les sorprendió — como hacía siempre— diciéndoles que así tendría dos mamás y

un papá. Cleo fue la primera en reaccionar, y abrazó a la pequeña y la llenó de besos.

Sergio todavía no había sido capaz de asimilarlo. Que Marion le quisiera como padre, que

lo eligiera por voluntad propia y no porque la biología así lo había decretado, le pareció

un privilegio, un regalo, y lo atesoraría toda la vida como tal. Él se había planteado ser

padre. Aunque no se lo había dicho a nadie, ese había sido uno de los motivos por los que

decidió que estaba harto de viajar y de no pertenecer a ninguna parte. Ahora le pertenecía

a Cleo, y a Marion, supuso con una sonrisa. El resto iría llegando con el tiempo. Tanto si

tenían más hijos como si no, tanto si vivían en París como en Londres o en Nueva York, si

estaban juntos, el resto carecía de importancia. Por eso había decidido comprar el anillo

que llevaba guardado en el bolsillo del pantalón. No le hacía falta, lo sabía sin ninguna

duda, Cleo y él eran para siempre, pero cada vez que se imaginaba a Cleo bailando en el

escenario con su anillo en el dedo sentía la necesidad imperiosa de verlo. En realidad, reconoció para sí mismo, cualquier cosa que proclamase a los cuatro vientos que Cleo era suya le llenaba de felicidad. Y le excitaba. Carraspeó porque no quería tener una erección allí en medio antes de que se levantase el telón y pensó que más tarde, cuando le diese el anillo, ya daría rienda suelta a su deseo.

Cleo estaba muy nerviosa, era la noche del estreno y Sergio y Marion estaban sentados en el palco esperando a verla. Sergio, suspiró al pensar en él, le quería tanto que tenía miedo de tropezarse en el escenario si lo miraba. Siempre que estaba cerca de él necesitaba tocarlo, besarlo, olerlo Era embarazoso y

maravilloso al mismo tiempo. Le amaba, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para estar con él, y él nunca le pediría que hiciera nada.

Juntos lo harían todo, decidirían qué pasos dar y hacia dónde dirigirse. Ese amor que ella al principio había confundido con deseo podía con todo.

Iba a levantarse el telón, Daniel le sonrió desde su atril. Ese ballet iba a ser el último que él

dirigiría en París. La noticia no cogió por sorpresa ni a Sergio ni a Cleo, igual que a Daniel

no le sorprendió que ellos dos estuvieran juntos.

«Los dos sois mis mejores amigos, por

supuesto que os habéis enamorado».

Sonaron los primeros compases y Cleo ocupó su lugar. Desde donde estaba, vio que

Marion la saludaba y Sergio le lanzaba un beso.

—Te amo —se lo dijo sin sonido.

—Te amo —contestó él también con los labios.

Bailó solo para él y pensó con una sonrisa que si algún día se tropezaba con un genio no

tendría ningún deseo que pedirle.

Patas de alambre. Isabel Keats

¿Qué ocurriría si, de pronto, tuvieras a tu merced al mismo chico, ahora

convertido en un hombre peligrosamente atractivo, que te hizo la vida imposible

en el instituto?

¿Te vengarías, o por el contrario...?

1

Nina se disponía a golpear la puerta entreabierta con los nudillos, cuando desde el

interior le llegaron las palabras airadas de un hombre muy enojado.

—Te vuelvo a repetir, Sam, que no necesito ninguna maldita enfermera. ¿Dónde está

ese tipo malcarado que me ha estado atendiendo estos días?

—José, Alexander, se llamaba José y ha presentado su dimisión. Sus palabras fueron, a

ver, déjame recordar. —Su amigo se sujetó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar,

como si tratara de concentrarse—. Sí, sus palabras exactas fueron: «Ni por todo el oro del

mundo seguiría atendiendo a semejante hijo de puta». Mira Alexander, si no querías verte

en estas difíciles circunstancias, no deberías haber esquiado fuera de pista a pesar de saber

que existía peligro de aludes. Te aconsejo que seas amable con ella; en vísperas de

Navidad es muy improbable que encontremos a otra persona dispuesta a aceptar el

empleo.

Después de escuchar aquel fragmento de conversación, Nina tomó aire y, decidida,

golpeó un par de veces con el puño. Sin esperar una respuesta, empujó la puerta y entró en

la habitación. Tan solo había dado un par de pasos cuando se detuvo en seco. Las

proporciones del dormitorio eran impresionantes,

y el enorme ventanal sin cortinas que

daba al jardín permitía que la luz del sol entrara a raudales; pero Nina ni siquiera lo

advirtió. Su mirada estaba concentrada en el hombre de pelo oscuro y revuelto, y

semblante malhumorado que permanecía semiincorporado sobre la enorme cama con

dosel en la que alguien se las había ingeniado para colocar una serie de poleas y correas

que mantenían en alto la pierna escayolada. El brazo del paciente también estaba enyesado

desde el hombro hasta el pulgar y, por lo que Nina podía adivinar, estaba desnudo por

completo bajo las sábanas.

—Buenos días —saludó, titubeante, sin moverse de donde estaba.

—¡Buenos días! —El tipo rubio y algo sobrado de peso se levantó del butacón colocado

junto a la cama y se acercó a ella con la mano tendida. Nina se la estrechó, mientras el otro

se presentaba, cordial—: Soy Sam Johnson. Usted debe ser la enfermera Stewart.

Acérquese, por favor, y le presentaré a su paciente. Alexander Hamilton, te presento a tu

nueva enfermera, la señorita Stewart.

Los furiosos ojos oscuros del hombre inmovilizado en el lecho —que hasta entonces

habían permanecido clavados en el cuaderno que estaba sobre la colcha con aparente

interés—se alzaron en el acto y enfocaron la cara de la recién llegada. Al instante, sus

pupilas se dilataron y, sin que pudiera evitarlo, su

boca se abrió varios centímetros.

La recién llegada era lo más parecido a un ángel que había visto jamás, si es que existían

los ángeles con cara de duende travieso. Llevaba el cabello, de un tono rubio nórdico poco

común, recogido en un moño informal del que escapaban, alborotados, algunos mechones;

los ojos, castaños, eran enormes y estaban bordeados de espesas pestañas oscuras; pero lo

que más le llamó la atención fueron sus labios. Alexander clavó la mirada en ellos,

anhelante, y una retahíla de adjetivos desfilaron en procesión por su mente: jugosos,

dulces, apetitosos, sensuales... La voz de la recién llegada, acariciadora como un pañuelo

de seda, lo sacó de golpe de su arrobamiento.

—Encantada, señor Hamilton. —Con decisión, le tendió una mano pequeña y delicada

que, al momento, desapareció en la enorme palma de Alexander.

—¿Nos conocemos? —Aunque estaba seguro de que si la hubiera visto antes no podría

haberla olvidado, algo en el rostro femenino le resultaba extrañamente familiar. Fascinado,

observó el modo en que las comisuras de los deliciosos labios de la enfermera Stewart se

alzaban, ligeramente, en una sonrisa maliciosa.

—Quizá de algún tiempo remoto, pero lo dudo mucho a menos que...

—¿Qué? —preguntó él sin aliento.

—Al menos que en aquellos tiempos a mí me llamaran Patas de Alambre-Dientes de

HierroCuatro Ojos y tú fueras Alex el Orco.

Estupefacto, Alexander se la quedó mirando incapaz de decir una palabra y fue su

amigo Sam quien rompió la súbita tensión que los rodeó con la fuerza de un anillo de

acero.

—¡No! ¡No puedo creerlo! ¡No me diga que es usted la niña que inspiró a Alexander

para crear el personaje de dibujos animados que le ha hecho rico y famoso!

Nina hizo una reverencia burlona.

—La misma.

—Nina Stewart... Así que ahora eres enfermera —comentó Alexander cuando logró

recuperar el habla—. Siempre estabas con mi

hermano, metiéndolos en líos y recogiendo por ahí todo tipo de criaturas lastimosas...

—Me alegra saber que aún te acuerdas de mí. Como verás, aún conservo mi vocación de cuidar criaturas lastimosas. —Hizo un gesto que abarcó la enorme cama y lo que esta contenía.

A Nina no se le escapó el respingo que dio el atractivo moreno al oírla. Hacía años que

Alexander Hamilton había triunfado como diseñador y productor de series animadas infantiles. Era más rico de lo que nunca habría podido imaginar y no estaba acostumbrado

a que nadie —y menos una mujer— lo tratara con semejante desdén. Rabioso, se volvió

hacia su amigo y ordenó:

—¡Que se vaya! No necesito ninguna enfermera.

Sam lo ignoró por completo y, volviéndose hacia ella, declaró:

—Creo que es usted la persona ideal para el puesto, Nina. Ya le hablé del horario y del

sueldo cuando hablamos por teléfono. Usted dormirá allí. —El rubio le indicó con un gesto

un cuarto que se comunicaba con el dormitorio principal—. Ahora mismo le diré a Mark

que suba su equipaje. Él se encarga también de hacer la limpieza y de cocinar, y puede

pedirle también cualquier cosa que necesite. Le aseguro que me ha encantado conocerla,

enfermera Stewart. Bueno, Alexander, te dejo en buenas manos. Te veo mañana.

Antes de que el paciente pudiera protestar, su amigo y socio de la empresa abandonó la habitación. Nina y Alexander permanecieron mirándose en silencio, desafiantes, hasta que ella lo rompió al fin.

—Qué razón tenía ese que dijo que la venganza es un plato que se come frío...

—¿Así que piensas vengarte de mí? —Los ojos oscuros recorrieron las largas piernas

enfundadas en unos ajustados pantalones vaqueros, y la camiseta de algodón blanco que

ceñía sus curvas delicadas; debía reconocer que la figura de la antigua Patas de Alambre,

aunque esbelta, se había redondeado de manera muy agradable en los lugares adecuados.

—Debería hacerlo, me hiciste la vida imposible.

—En ese momento llamaron a la

puerta, y entró Mark cargado con la bandeja del desayuno, que colocó sobre el regazo de

su empleador.

—¡Llévatela, no tengo hambre! —ladró este, desagradable.

Mark, un atractivo mulato de casi dos metros de altura, con la cabeza rapada por

completo y un llamativo brillante en el lóbulo de la oreja, miró a Nina sin saber qué hacer.

—No hagas caso, Mark. Yo me ocuparé, puedes irte.

Aliviado por no tener que enfrentarse con su jefe, que desde que había sufrido el

accidente estaba siempre de un humor de perros, el hombrón salió con rapidez de la

habitación.

—¡Soy yo el que da las órdenes en mi casa!

Las aletas de la elegante nariz del colérico Alexander se dilataron, amenazadoras, pero,

sin hacerle el menor caso, Nina se sentó en el borde del colchón, cogió el cuchillo y empezó

a untar una tostada con mantequilla.

—¿Crees que podrás beberte el zumo tú solo o prefieres que te ayude?

—¡No soy un inválido!

—Lamento ser la que da las malas noticias, pero te recuerdo que sí que lo eres; al menos

durante unas cuantas semanas. Así que no te avergüences si te ves obligado a pedirme

ayuda. Para eso estoy aquí —afirmó de buen

humor.

Alexander soltó un bufido, agarró el vaso de zumo de naranja y se lo bebió de un trago.

En cuanto terminó, lo dejó sobre la bandeja con un golpe seco que estuvo a punto de

derramar el café. Nina levantó la vista de la tostada en la que estaba terminando de

extender la mermelada y lo miró sonriente. Incapaz de resistir la dulzura de su expresión,

a su nuevo jefe no le quedó más remedio que desviar la vista.

—Ya está, cuando termines de desayunar, avísame. Voy a sacar mi equipaje.

Dejó el trozo de pan sobre el platillo, se levantó y desapareció por la puerta que

comunicaba con su habitación. Alexander se quedó

solo, sin dejar de maldecir entre

dientes. A pesar de lo que había dicho, estaba hambriento, así que devoró a toda velocidad

la enorme tostada que le había preparado Nina y se bebió el café. Un rato después, ella

reapareció, fue al baño, cogió una cuña de acero y se acercó a la cama para dársela y retirar

la bandeja.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó una vez más.

Por toda contestación Alexander lanzó un gruñido y con gesto brusco le arrebató la

cuña de las manos. Sin dejar de fruncir el ceño, esperó a que ella abandonara de nuevo la

habitación antes de usarla.

«Esto va a resultar humillante», se dijo,

profundamente irritado.

Nina regresó enseguida, tomó la cuña y fue al cuarto de baño a vaciarla. Estuvo un

buen rato trajinando ahí dentro, mientras Alexander, impaciente, la escuchaba tararear el

último éxito de un conocido grupo de rock con entusiasmo, pero sin mucho oído. Después

de lo que se le antojó un lapso interminable, la enfermera Stewart regresó cargada con un

montón de cachivaches y aún tuvo que hacer otro viaje al baño, para traer algunos más. Al

adivinar sus intenciones, Alexander se pasó una mano nerviosa por sus más que

despeinados cabellos oscuros y con los ojos echando chispas exclamó:

—¡No sueñes que vas a bañarme! ¡Llama a Mark!

—Venga, Alex el Orco, no seas pudoroso. No te pega nada. —Los inmensos ojos

castaños brillaron, llenos de malicia—. Para tu tranquilidad, te hago saber que no eres el

primer hombre que veo desnudo. Soy una enfermera profesional, prometo no reírme si la tienes pequeña...

Él la miró boquiabierto. Resultaba inimaginable que una simple empleada, a la que, por

otra parte, pagaba un sueldo más que generoso, tuviera la desfachatez de soltarle

semejante impertinencia. Estaba tan estupefacto que ni siquiera pudo replicar y

permaneció mudo mientras ella, sin inmutarse, continuaba explicándole, igual que si fuera

un niño pequeño, lo que pensaba hacer a

continuación.

—Primero te afeitaré, después te lavaré la cabeza y más tarde el resto del cuerpo

—enumeró con calma—. Creo que serás capaz de lavarte los dientes tú solo.

Una vez más, Alexander fue incapaz de articular ni una palabra; no podía asimilar que

esa pequeña y autoritaria enfermera, tan segura de sí misma, fuera la misma adolescente

asustada a la que él se había encargado de hacer la vida imposible.

Nina aprovechó su falta de reacción para sentarse de nuevo en el borde del colchón.

Entonces, extendió un poco de pasta sobre su cepillo de dientes y se lo dio. Cuando

Alexander terminó de cepillarse los dientes le

tendió un vaso de agua y puso una

palangana bajo su boca para que se enjuagara. Después colocó otra almohada detrás de su

cabeza, embadurnó sus mejillas de espuma y, con destreza, rasuró los oscuros cañones de

aquella barba cerrada con una cuchilla desechable, hasta que el rostro masculino lució un

afeitado perfecto. En cuanto Nina se levantó a vaciar las palanganas en el lavabo, su

paciente exhaló un hondo suspiro; el contacto de aquellos dedos, diligentes y seguros,

resultaba demasiado agradable y era consciente de lo larga que se le iba a hacer toda la

operación. La enfermera Stewart volvió al rato con las jofainas rellenas de agua limpia y

las dejó en el suelo, luego desató la pierna

escayolada de las correas que la sujetaban en alto antes de volverse hacia él.

—Voy a poner tu cabeza de forma que quede al borde del colchón, ¿crees que podrás

moverte un poco o prefieres que llame a Mark?

Otro gruñido salió de su garganta a modo de respuesta, pero, en esta ocasión,

Alexander decidió cooperar y, después de un par de intentos, Nina consiguió colocarlo en

el lugar que deseaba. La chica humedeció su pelo con cuidado, procurando que el agua

sobrante cayera sobre un plástico que había colocado debajo, que desaguaba a su vez en

otro recipiente. Los hábiles dedos femeninos extendieron el champú y empezó a masajear

sus espesos cabellos con suavidad. Alexander cerró los ojos y tuvo que apretar con fuerza

las mandíbulas para contener el suspiro de placer que pugnaba por escapar de sus labios.

Complacida, Nina aprovechó para deslizar sus ojos castaños por el atractivo rostro

masculino. Sus rasgos eran fuertes y varoniles; tenía una nariz fina y ligeramente aguileña

y unos labios firmes que, en ese momento, mantenía muy apretados.

Aún no podía creer que el mismísimo Alex el Orco, el azote de sus inseguridades

adolescentes durante los últimos años de instituto, estuviera completamente a su merced.

Desde luego, la vida daba muchas vueltas. Era curioso, pero ahora, al cabo de los años, al

recordar el nombre con el que la avergonzaba a voz en grito delante del resto de los

alumnos cada vez que se la encontraba por los pasillos del edificio —y que tantas lágrimas

de rabia le había hecho derramar cuando era una niña—, más bien le entraba la risa.

Patas de Alambre, Dientes de Hierro, Cuatro Ojos.

En cierta manera, le halagaba haber inspirado el personaje de una serie de dibujos

animados que llevaba años batiendo récords de audiencia en todo el mundo entre los

niños de ocho a trece años de edad. Debía confesar que ella misma no se perdía un solo

capítulo; los guiones eran muy ingeniosos y el diseño de los personajes, magnífico.

En el instituto tanto los profesores como el resto

de sus compañeros habían tenido claro

que Alexander Hamilton triunfaría algún día.

Elegido durante varios años el chico más

popular de la escuela, era un deportista fuera de serie y sacaba unas notas excelentes. Ella

misma habría sido una más de aquellas admiradoras que bebían los vientos por él si no

hubiera sido porque, desde que cumplió los trece años, Alexander la había elegido como

blanco de sus burlas. Por si eso no fuera suficiente, y para desgracia de Nina, sus casas se

erigían una al lado de la otra y el hermano pequeño de Alexander, Lucas, que tenía su

misma edad, era su mejor amigo. Así que no le quedaba más remedio que sufrir sus

ataques a menudo.

El suspiro de placer que exhaló su antiguo martirizador la devolvió a la realidad y se

dio cuenta de que llevaba un buen rato haciéndole un masaje en el cuero cabelludo.

«Más que un masaje», se dijo apretando los labios, «lo que se merece Alex el Orco es

que lo estrangule con mis propias manos». Con destreza, Nina terminó de aclararle el pelo

y se lo secó con una toalla. En ese momento, Alexander abrió los párpados con lentitud, y

ella sorprendió en sus ojos oscuros una mirada densa que no supo cómo interpretar.

—Ahora, lo más complicado —anunció con su voz más profesional, para romper el

incómodo silencio—. Te ayudaré a ponerte de lado y pasaré un plástico y una toalla por

debajo de tu cuerpo para no mojar la cama.

Lo dispuso todo con su característica habilidad y, enseguida, Alexander se encontró

tumbado de espaldas sobre el plástico y la toalla. Nina cogió una esponja, la escurrió bien

y la pasó por su rostro, luego añadió un poco de jabón y continuó por su cuello, el brazo

que no estaba enyesado, las axilas y las manos. Secó todo bien antes de seguir su recorrido

por el tórax y el abdomen, sin poder evitar admirar los poderosos músculos que se

marcaban bajo la piel morena.

Mientras tanto, Alexander no podía apartar la mirada de aquel rostro angelical que

parecía concentrado por completo en su tarea. Se preguntó a cuántos hombres habría

bañado la enfermera Stewart y si todos ellos
habrían sentido las mismas tormentosas

emociones que su tacto, suave y delicado,
despertaba en él.

Ajena en apariencia a todo lo demás, Nina
prosiguió lavando la pierna sin escayola y su

pie. Cuando terminó, lo ayudó a ponerse de lado y
frotó sus anchas espaldas. Más tarde,

apartó con ligereza la sábana que cubría el resto
de su cuerpo desnudo y pasó la esponja

por sus nalgas, duras como piedras. De pronto, se
sentía extrañamente acalorada y, a

regañadientes, tuvo que admitir que en su vida
había visto un cuerpo masculino tan

perfecto.

—Ya casi está. —Con mucho cuidado, le ayudó a

tenderse una vez más sobre su

espalda. La sábana se había deslizado hacia abajo y, entonces, se percató de la

incuestionable erección que lucía su paciente. En el acto, alzó la mirada para

tranquilizarlo; sin embargo, al descubrir sus ojos fijos en ella, con la intensidad de dos

abrasadores carbones encendidos, no pudo evitar que una ola de rubor cubriera su rostro

y su cuello, y se apresuró a darle explicaciones en un tono de voz que sonó algo

jadeante—: No te preocupes, es... es completamente normal.

Alexander no dijo nada, pero sus pupilas ardientes no se desviaron ni un milímetro de

su rostro sonrojado. Turbada y deseosa de acabar

cuanto antes, Nina terminó de lavarlo, lo

secó bien y lo volvió a cubrir con las sábanas.

—Mañana te cambiaré las sábanas —anunció sin mirarlo. Después se agachó a recoger

las cosas que estaban tiradas por el suelo y las llevó al cuarto de baño. En cuanto terminó

de ordenarlo todo, desapareció con rapidez tras la puerta de su dormitorio y lo dejó solo.

Durante los siguientes días se estableció una rutina que apenas variaba de un día para

otro. Primero, desayuno seguido del aseo; el resto de la mañana, Alexander, con su única

mano operativa, solía dibujar o trabajar en el ordenador hasta la hora de la comida;

después, Nina lo obligaba a descansar un rato mientras ella se abrigaba bien y salía a dar

un paseo por los hermosos y agrestes caminos que rodeaban la espectacular vivienda

diseñada por un conocido arquitecto que, en aquella época del año, estaban cubiertos por

una fina capa de nieve; por la tarde, solían echar una partida de damas o de cartas sin

dejar de charlar sobre lo primero que se les ocurría.

Para su sorpresa, Nina descubrió que nunca les faltaban temas de conversación.

Alexander era un hombre interesante y culto que había viajado por el mundo entero.

Durante muchos años, había estudiado en Japón con los mejores mangakas y tenía un

montón de anécdotas curiosas de aquella época; sin embargo, no era de esos tipos que solo

disfrutaban hablando de sí mismos. Continuamente insistía en que ella le contara cosas de su

vida y se reía con ganas al escuchar las alocadas peripecias en que —la mayoría de las

veces por culpa de su buen corazón—se veía involucrada. Sam, su amigo, también iba a

visitarlo a menudo, y Nina y él se hicieron grandes amigos. A pesar de las protestas del

propietario de la vivienda, decidieron decorar la habitación con vistosas guirnaldas y,

entre los dos, empezaron a colocar los adornos navideños que sacaron de una inmensa caja

de cartón con la que ella se había presentado un buen día.

Ninguno de los dos le prestó la menor atención a un enfurruñado Alexander que los

vigilaba desde la cama con cara de pocos amigos.
Incapaz de apartar los ojos de la grácil

figura de Nina —quien con los ajustados vaqueros,
la camiseta blanca y las zapatillas de

deporte, que parecían constituir su uniforme de
trabajo, iba de acá para allá llenando hasta

el último rincón de su dormitorio con aquellas
absurdas bolas de colores y unas no menos

ridículas estrellas plateadas—, seguía con
atención hasta el último de sus movimientos.

Saltaba a la vista el buen rollo que reinaba entre
aquellos dos metomentodo, pensó,

molesto y, al oír la alegre carcajada que soltó ella
por algo que acababa de decirle su

amigo, su grado de irritación subió unos cuantos
peldaños mientras fruncía el ceño aún

más.

—Voilà! —Nina se volvió hacia él, al tiempo que hacía un gesto con los brazos que

abarcó el ambiente, decididamente de navideño, que había adquirido la habitación.

Las pupilas hambrientas de Alexander se deslizaron por las mejillas sonrosadas; por los

mechones de suave pelo rubio que escapaban de aquel moño informal que ella misma se

hacía a toda velocidad con ayuda de una simple goma de pelo; por los acariciadores ojos

castaños que, en ese instante, brillaban llenos de satisfacción... y sintió una dolorosa

punzada en la entrepierna que lo puso de peor humor aún.

—Ahora mi dormitorio tiene un aspecto

completamente ridículo, ¿ya estáis contentos?

—Creo que el espíritu del Grinch se ha apoderado de ti, amigo mío. ¡Vade retro,

Grinch!

¡Devuélvenos a nuestro amable Alexander, maldito bastardo!

Sam abrió y cerró las manos varias veces del mismo modo en que lo haría un mago

diplomado en hechizos y encantamientos varios y, al verlo, la sonrisa que el áspero

comentario de su jefe había borrado de sus labios durante unos segundos regresó a la boca

adorable de la enfermera Stewart.

Una noche, un grito desgarrador sacó a Nina de un sueño profundo. Sobresaltada, echó

las sábanas a un lado y, descalza, corrió al cuarto de al lado con el corazón acelerado, se

acercó a la cama y, con dedos trémulos, encendió el aplique que había encima de la mesilla

de noche. Alexander, muy inquieto, movía la cabeza de un lado a otro, sin dejar de gemir.

Nina colocó una mano sobre su frente, empapada con un sudor frío, y trató de calmarlo:

—¡Despierta, Alexander! ¡Tienes una pesadilla!

Tuvo que repetirlo unas cuantas veces hasta que sus palabras lograron penetrar en su

cerebro y Alexander abrió los párpados, por fin. Aturdido por completo, trató de

incorporarse de golpe y, al instante, otro profundo gemido, esta vez de dolor, brotó de su

garganta.

—¡Quieto, Alexander!

Con firmeza, Nina colocó la palma de su mano sobre el poderoso pecho desnudo que

también estaba cubierto de sudor, para impedir cualquier movimiento. Entonces, la

mirada confundida de Alexander se posó sobre aquel precioso rostro tan cerca del suyo,

cuyos grandes ojos castaños lo miraban con expresión preocupada, y al punto se serenó.

—Estaba soñando que tenía la nariz y la boca cubiertas de nieve y no podía respirar. —

Hablaba con voz ronca y su respiración era muy agitada.

Nina le acarició la frente con dulzura y susurró:

—Shh. Solo ha sido una pesadilla.

—Quédate conmigo... —suplicó él con un aspecto tan desvalido que la enterneció.

—Está bien. Me quedaré un rato.

Nina se sentó en el borde del colchón sin dejar de acariciarlo y a Alexander no se le

escapó el estremecimiento que recorrió su cuerpo, cubierto tan solo por un fino camisón de

tirantes. Tenía la carne de gallina.

—Estás helada. Será mejor que te metas conmigo en la cama y te tapes con las sábanas.

—Al ver que titubeaba, añadió—: Será solo un momento. Por favor.

Tras pensarlo unos segundos, Nina apartó las sábanas con decisión y se tumbó a su

lado. Alexander pasó su brazo derecho por detrás de su cabeza y la atrajo hacia sí.

—¡Eh!

—No te preocupes. A pesar de mis malvadas intenciones, estos yesos me impedirán violarte.

Divertida por el matiz ácido de sus palabras, no pudo evitar lanzar una carcajada.

—La verdad es que no me imagino a Alex el Orco violando a la pobre Patas de

Alambre.

Él la apretó aún más contra su costado y le advirtió, amenazador:

—Será mejor que no te confíes.

—Cuéntame tus aventuras de cuando estudiabas en Japón —rogó Nina mientras su

boca se abría en un involuntario bostezo. Cuidar

de Alexander era un trabajo muy

absorbente, y solía acabar tan cansada que por las noches caía rendida en su cama.

Obediente, Alexander empezó a contarle anécdotas de sus años de estudiante. Su voz

grave, y el calor que desprendía su cuerpo la arrullaban y, a los pocos minutos, Nina

dormía profundamente. Alexander notó su respiración regular y sonrió en la oscuridad.

Con cuidado, volvió su cabeza hacia ella y hundió su nariz en el fragante cabello que olía

como ella, a una mezcla exquisita de flores, sol y vida. Sin despertarse, Nina se acomodó

mejor contra él y posó su mano en el pecho masculino, al tiempo que cruzaba uno de sus

muslos sobre la pierna sana. Al instante,

Alexander empezó a hiperventilar y tuvo que echar mano de todas sus reservas de autodominio para no colocarse sobre ella, escayolas y todo, y aplacar de una vez el deseo, casi insoportable, que lo atormentaba desde que la pequeña Nina Stewart había vuelto a entrar en su vida. Después de lo que se le antojó una eternidad, consiguió dormirse también y, cuando despertó al amanecer, más descansado que nunca desde que había tenido el accidente, descubrió que ella ya no estaba a su lado.

Al cabo de unos días, Alexander hizo balance y descubrió sorprendido que, a pesar de todo, el tiempo —a excepción de los interminables fines de semana en los que Nina se marchaba a su propia casa para disfrutar de sus

días libres—se le había pasado volando.

Dos semanas antes de Navidad, le habían quitado la escayola del brazo y el médico le

permitió levantarse de la cama. Nina lo ayudaba a sentarse en la silla de ruedas que el

socio de Alexander había llevado y lo sacaba un rato al jardín para que le diera un poco el

aire. Uno de esos días, frío pero soleado, Alexander, sentado en la silla y con la pierna

mala apoyada sobre un enorme macetero de hormigón, dibujaba en su cuaderno una

perspectiva del jardín en su periodo invernal mientras se dejaba acariciar por los tibios

rayos de sol. En un momento dado, levantó los ojos del papel y se dio cuenta de que Nina,

bien envuelta en una gruesa manta de piel, se había

quedado dormida sobre uno de los
sillones del porche.

Al verla con la cabeza apoyada sobre uno de los
almohadones y el moño desecho casi

por completo, el recuerdo, casi olvidado, de una
lejana tarde de verano hacía más de trece

años, lo asaltó de pronto. Él acababa de cumplir
los diecisiete, y sus padres le habían

regalado una caña de pescar fantástica. Regresaba
de probarla en el río, no muy caudaloso,

que discurría a pocos kilómetros de su casa,
cuando descubrió a Nina, que dormía

profundamente a la sombra de un álamo
gigantesco. A su lado, en una cesta de mimbre,

estaba una de aquellas patéticas criaturas que su
hermano Lucas y ella acostumbraban a

rescatar: en esta ocasión un gato sarnoso, con una pata vendada, que lo miraba con desconfianza con su único ojo sano.

Sin hacer ningún ruido, se acercó a ella, se acuclilló a su lado y permaneció

observándola durante un buen rato. Nina se había quitado las gruesas gafas de concha que

usaba desde que él la conocía, y su puño se cerraba en torno a ellas en un ademán

protector. Alexander frunció los labios en un gesto burlón y se dijo que, para rondar los

catorce, la amiga de su hermano no estaba muy desarrollada. De hecho, el mote de Patas

de Alambre le venía que ni pintado. Las piernas tostadas por el sol, largiruchas y muy

delgadas, asomaban como dos palitroques bajo el

ruedo de su falda y, ocultos bajo su

camiseta de manga corta, apuntaban apenas los botones de sus pechos. Sin saber por qué,

imaginó la mano de su hermano Lucas enredada en los suaves cabellos rubios, antes de

deslizarse sobre sus pequeños senos y, de improviso, lo acometió una violenta sensación

de desagrado que le revolvió el estómago.

Al contemplar su rostro —que aún no era el de una mujer, pero tampoco el de una

niña—con las oscuras pestañas sombreando sus mejillas, y aquella boca de labios inocentes

y provocativos a un tiempo que ocultaban su aparato dental, le vino a la mente la imagen

del ángel de mármol esculpido en la lápida de una de las tumbas de la iglesia del pueblo

que tantas veces había dibujado y, de repente, le invadió el deseo irreprimible de tocar

aquella piel inmaculada y comprobar si era tan suave como parecía a simple vista.

Sin pensar, extendió el brazo y con el dorso de su dedo índice recorrió una de las

arqueadas cejas y después la otra con mucha delicadeza. Bajó por el puente de su pequeña

nariz, salpicado por unas graciosas pecas casi imperceptibles, y llegó hasta sus mejillas.

Fascinado, dibujó sus labios con la yema de ese mismo dedo y, mientras luchaba contra las

ganas de inclinarse sobre ellos y cubrirlos con los suyos, los párpados femeninos

temblaron y Nina abrió los ojos.

Alexander estaba tan cerca de ella que pudo leer

sin dificultad todas las emociones que

pasaron por los iris color café. Desorientación, sorpresa y, luego, un temor que lo hirió en

lo más hondo. Enfadado consigo mismo por el poderoso deseo que sentía de estrecharla

entre sus brazos, y con Nina por manifestar el miedo que la invadía solo con verlo, soltó

uno de aquellos comentarios hirientes que, no sabía por qué, solo empleaba con ella:

—¡Caramba, ya se despertó la Feadurmiente! Te advierto que todos los príncipes de los

alrededores han salido corriendo despavoridos al ver tus patas de alambre. Por fortuna, no

han asistido también al horrible espectáculo de tus dientes de metal. Los habrías matado

del susto.

Ella no contestó, pero sus labios temblaron y sus dulces ojos castaños se llenaron de una

sospechosa humedad; sin embargo, luchó por contener las lágrimas. Con un nudo en su

propia garganta, Alexander se dio cuenta de los valientes esfuerzos que hacía por no llorar

y, a pesar de que se sentía el bastardo sin corazón más cruel del Planeta Tierra, se puso en

pie, lanzó una carcajada de fingida diversión y se alejó de allí a toda prisa.

De vuelta al presente, Alexander se preguntó por qué había acosado durante años a una

niña tan tierna y tan indefensa como había sido Nina cuando ambos iban al instituto y, de

súbito, la respuesta le resultó tan evidente como si hubiera tomado cuerpo y acabase de

chocarse de bruces contra ella.

La quería.

La había querido desde siempre. Sabía que era de las pocas chicas de la escuela que no

mostraba ningún interés por él, y sus comentarios hirientes habían sido su forma de tratar

de llamar su atención. No soportaba verla todos los días en compañía de su hermano; se

moría de envidia al comprobar la complicidad que compartían los dos. Ni siquiera cuando

dejó de ir al instituto se había olvidado de ella. Su recuerdo había sido el germen del

personaje que tanta fama y dinero le había aportado. Y durante las semanas que había

pasado a su lado, al verla cada día y comprobar que aquella seductora dulzura que había

mostrado de niña seguía intacta, ese amor que había permanecido latente durante tantos

años había florecido con mucha más fuerza aún.

En ese momento, Nina abrió los ojos y lo pilló mirándola con la misma expresión que

una persona que acabara de ver a un fantasma.

—¿Pasa algo? —Se estiró muy despacio, con inconsciente sensualidad. El movimiento

hizo que la manta se deslizara hasta su cintura, y la fina tela de su camiseta silueteó los

pequeños senos con precisión. Sus mejillas estaban sonrojadas tras la breve siesta y, como

le ocurría tan a menudo de un tiempo a esta parte, Alexander sintió un doloroso tirón en la

entrepierna. Sin embargo, frunció el ceño y respondió con sequedad:

—Nada.

Ella se encogió de hombros, se levantó y se acercó a la silla de ruedas:

—Hace frío. Venga, te llevaré adentro. Me apetece beber algo caliente, ¿quieres un té?

—Nina, quería preguntarte algo...

—¡Qué serio te has puesto, Alexander! —Se envolvió bien con la manta que se había

echado sobre los hombros y se arrodilló junto a él, de manera que sus ojos sonrientes

quedaron a la altura de aquellos otros ojos que parecían arder con alguna oscura

emoción—. Adelante, pregúntame lo que quieras.

—¿Aún me odias por cómo te traté?

Al escuchar aquella pregunta, los iris castaños

recuperaron la seriedad en el acto. Nina

se quedó un rato pensativa, considerando la cuestión, y al fin contestó:

—Ya hace mucho que no te odio, Alexander. En realidad, ni siquiera cuando era una

niña lo hacía. Es verdad que tus palabras me causaban un gran dolor, pero como se dice a

menudo: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Además, siempre conté con la amistad y

el apoyo de tu hermano, y con el del resto de los compañeros. Simplemente, no entendía

por qué eras tan odioso conmigo. Si hubieras sido un chico repelente de los que trata a

todo el mundo a patadas, creo que lo hubiera llevado mejor, pero tus crueles comentarios

parecían reservados solo para mí, y eso me hacía

daño.

Aquel sereno discurso, pronunciado sin el menor rastro de amargura, atravesó todas las

capas de protectoras con las que Alexander se había ido recubriendo a lo largo de su vida,

y se clavó en lo más profundo de su ser; sin embargo, siguió escuchando sin decir nada,

sin apartar las pupilas de aquel bonito rostro que rezumaba sinceridad.

—Lucas tenía una teoría bastante descabellada...

Nina se interrumpió, un poco turbada, pero él la apremió para que continuara:

—Sigue, por favor. No te detengas. ¿Qué teoría tenía mi hermano?

—Decía que eras tan borde conmigo porque en el fondo te gustaba. Absurdo, ¿verdad?

Alexander asintió al instante y lanzó carcajada tan falsa que si hubiera estado encima de

un escenario el público le habría arrojado huevos. Luego se puso muy serio, estiró el brazo

y con el dorso de sus dedos rozó apenas la piel tersa de la mejilla femenina, antes de

suplicar con una mirada cargada de arrepentimiento:

—¡Perdóname!

—Hace tiempo que te perdoné, Alexander — contestó ella con sencillez, antes de

inclinarse sobre él y depositar un beso ligero sobre su frente que le hizo cerrar los ojos y

lanzar un profundo suspiro—. Anda, volvamos. Me muero de frío y de sed.

Y, sin esperar respuesta, se levantó del suelo y

comenzó a empujar la silla en dirección a la casa.

Alexander sudaba a chorros mientras practicaba con su fisioterapeuta la tabla de

ejercicios que este había elaborado para él. Justo cuando estaba a punto de rogarle que le

diera un respiro, la puerta de la sala que hacía de improvisado gimnasio se abrió de golpe

y su hermano se coló dentro con el ímpetu de un caballo desbocado. Lucas se detuvo junto

a la cinta con barandilla en la que Alexander se ejercitaba ahora que también le habían

quitado la escayola de la pierna y preguntó, burlón:

—¿Qué hermanito? Duele, ¿eh?

—Hola, Lucas, siempre tan agradable. ¿Qué mal viento te trae por aquí? —El tono de

Alexander era áspero y en su atractivo rostro había una expresión de profunda desconfianza.

—Visitar a los enfermos es una obra de misericordia. —Lucas le dirigió una mirada

inocente, pero al ver que no había conseguido engañarlo, se encogió de hombros y

confesó—: Necesito un préstamo. Además, me ha dicho un pajarito que Nina te está

cuidando. Desde luego, eres un cabrón con suerte, Al; sé muy bien que siempre has estado

loco por ella... —Su hermano abrió la boca para negar aquella teoría descabellada, pero la

volvió a cerrar sin decir nada—. Por cierto,

¿dónde está? Me gustaría verla.

En ese mismo instante, la puerta se abrió de nuevo y apareció Nina, con una jarra de

agua en una mano y un vaso en la otra. Al ver al hombre que estaba junto a Alexander, se

apresuró a soltarlos sobre una mesa cercana y corrió hacia él:

—¡Lucas, qué alegría! ¡Hacía siglos que no te veía! —Sin dudarle, se arrojó sobre él y le

echó los brazos al cuello. Con una carcajada, su amigo la agarró de la cintura y giró con

ella, encantado. Alexander contemplaba aquella escena enternecedora con el ceño fruncido

y las mandíbulas muy apretadas; una vez más, una desagradable y familiar sensación de

celos abrasadores amenazaba con ahogarlo—.

¿Como va tu hospital de animales? Me han dicho que es todo un éxito.

Lucas la soltó por fin, aunque uno de sus brazos permaneció, posesivo, alrededor de la cintura femenina y contestó sonriente:

—Sí, tenemos un montón de pacientes, pero, por desgracia, la mayoría carecen de

dueños ricos, así que aquí me tienes intentando darle un sablazo a mi archiforrado

hermano mayor...

—Deberías haber venido antes a verlo. No está bien que aparezcas por aquí solo para

pedirle dinero. —Nina lo regañó, risueña.

—Bueno, Alexander ya me conoce. —El recién llegado se encogió de hombros sin darle

mayor importancia.

—Sí. Nos conocemos demasiado bien. —En esta ocasión, el tono de su hermano mayor

tenía un inconfundible matiz amenazador, pero nadie le prestó la menor atención; se

notaba a la legua que tanto Nina como Lucas estaban felices con su inesperado

reencuentro.

Sin esperar a ser invitado, Lucas se quedó a comer y les acompañó durante el resto de la

tarde. Nina y él charlaban y reían sin parar mientras intercambiaban cómicas anécdotas de

sus tiempos del instituto o de gente que solo ellos conocían, lo que hacía que Alexander

tuviera la molesta sensación de ser una carabina indeseada. Notaba que estaba de más, así

que pasó la mayor parte del tiempo encerrado en un mutismo obstinado del que, a pesar

de los esfuerzos de su amable enfermera, se negó a salir. Cuando, mucho más tarde, Lucas

se despidió de ellos, su hermano mayor sintió un tremendo alivio.

—Tengo que irme. Gracias por el cheque, hermanito. Y tú, Nina, cuídate —ordenó, al

tiempo que la estrechaba entre sus brazos y depositaba un beso en sus labios un poco más

apasionado de lo que resultaba conveniente entre amigos. Al verlo, Alexander volvió a

apretar sus mandíbulas con tanta fuerza que le dolió; pero Nina, ajena por completo a la

violenta tormenta que se estaba gestando en el pecho poderoso de su paciente, acompañó

a Lucas hasta la puerta, y regresó sonriente.

De pie junto al sofá, Alexander, con semblante torvo, la esperaba impaciente con una

mano apoyada en su bastón y la otra en la cintura. Sin sospechar lo que se le venía encima,

Nina se acercó a él, dispuesta a acompañarlo a su dormitorio —a pesar de que él ya no

necesitaba que lo ayudara a ponerse el pijama—, sin embargo, las palabras airadas que

salieron de la boca de su jefe la hicieron detenerse en seco a menos de cincuenta

centímetros de él:

—¿Qué demonios hay entre mi hermano y tú?! — Ella lo miró boquiabierta, pero, antes

de poder darle una respuesta, Alexander prosiguió con el mismo tono hiriente—: Sois

amantes, ¿verdad? Me imagino que casi desde los tiempos en que no eras más que una

niña de piernas largas y llevabas aparato dental. Fue por eso por lo que no sufriste por mis

ataques en el instituto, ¿no? ¡Lo tenías a él para consolarte!

—¡Alexander Hamilton, no dices más que tonterías! ¡Además, aunque así fuera no es de

tu incumbencia! —replicó, indignada, en cuanto recuperó su capacidad de hablar.

—Ah, ¿no? —El tono desafiante de Nina lo enfureció aún más. Con un gesto brusco que

la tomó por sorpresa arrojó su bastón al suelo, la agarró por los brazos y la pegó contra su

pecho sin la menor delicadeza, al tiempo que afirmaba en un susurro, ronco y

reconcentrado—: Eres tonta de estar con él, no tiene donde caerse muerto. Yo tengo mucho más que ofrecerte.

—¡Eres... eres...! ¡No quiero nada de ti! ¡Puedes meterte tu maldito dinero por...!

Antes siquiera de que la ofendida Nina pudiera terminar la frase, Alexander enredó los

dedos en los suaves cabellos rubios con tanta rudeza que la goma que sujetaba el moño en

su sitio salió disparada, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y, con el ataque certero de

un ave de presa, se abalanzó sobre su boca y la besó con violencia.

Nina forcejeó como una posesa en un vano intento de liberarse de aquella boca cruel

que maltrataba sus labios sensibles, pero era como

enfrentarse a un diablo enloquecido,

mil veces más poderoso que ella; así que, al ver lo infructuoso de sus esfuerzos, decidió

cambiar de táctica y se quedó muy quieta.

Entonces, en cuanto notó que él se confiaba y

aflojaba un poco su presa, apoyó las palmas de las manos contra su pecho y lo empujó con

todas sus fuerzas.

La pierna de Alexander aún estaba débil y, al carecer del apoyo del bastón, perdió el

equilibrio y cayó de espaldas sobre el sillón, arrastrándola con él. Nina quedó tumbada

sobre su cuerpo todo lo larga que era y se retorció, frenética, tratando de liberarse; pero

aquellos movimientos desesperados tuvieron el efecto contrario y tan solo sirvieron para

enloquecerlo aún más. Sin liberar su boca ni un segundo, la mano de Alexander bajó por

su costado, se introdujo por debajo de la camiseta blanca y acarició uno de sus pequeños

pechos por encima de la tela del sujetador. El calor abrasador de aquellos dedos hizo que

un gemido sofocado escapara, incontrolable, de la garganta femenina y, al oírlo, su

agresor, jadeante, inició un imparable ataque combinado. Mientras el pulgar trazaba

círculos en torno a al endurecido pezón con enloquecedora lentitud, la otra mano sujetó la

delicada nuca de forma que ella no pudiera apartarse ni un milímetro y, sin previo aviso,

sus besos se hicieron más suaves y, al mismo tiempo, más íntimos.

Muy despacio, Alexander dibujó con la punta de la lengua el contorno de sus labios en

una caricia sensual que hablaba a las claras de años de práctica, y Nina, incapaz de

resistirle a aquel delicado y traicionero ataque a sus sentidos, no pudo reprimir un nuevo

gemido que él aprovechó para profundizar en el beso aún más y explorar con su lengua

los misterios de aquella dulce caverna que lo volvía loco. Luego su boca resbaló

lentamente por la frágil columna de su cuello hasta llegar a su pecho y, con avidez,

empezó a atormentar su rígido pezón en un nuevo y enloquecedor suplicio del que, en

esta ocasión, ella no hizo ningún esfuerzo por escapar.

Arrebatada por el deseo, Nina se perdió por completo en las caricias de Alexander

hasta que, nunca supo por qué, algo le hizo recobrar la lucidez. De repente, fue consciente

de que la cálida mano de su antiguo azote escolar se había colado por la cinturilla de sus

pantalones vaqueros y acariciaba sus nalgas desnudas mientras que sus propios dedos,

tras trazar un sendero de caricias por los duros músculos de su pecho, luchaban,

desesperados, con el nudo del cordón que sujetaba su pantalón de deporte.

«¿Por Dios, Nina, se puede saber qué demonios estás haciendo?!», la vocecilla

aflautada de su conciencia gritaba en el interior de su cerebro fuera de sí. «¿Acaso vas a

permitir que Alex el Orco, el famoso rompecorazones del instituto, haga otra muesca en su

cinturón a cuenta tuya porque no hay otra chica más a mano a la que seducir?!».

En vez de ignorar como solía a aquella voz, algo repelente, que acostumbraba a

advertirle del peligro en los instantes más peliagudos de su vida, Nina, cosa rara, en esta

ocasión le hizo caso y se revolvió con violencia. Aquella súbita oposición tomó a

Alexander completamente por sorpresa, y ella consiguió liberarse. Jadeante, se puso en

pie, se encaró con él con los brazos en jarras y gritó llena de rabia:

—¡No vuelvas a tocarme nunca más! —Si no hubiera estado tan enfadada, se habría

reído a carcajadas al ver la expresión de absoluta estupefacción que asomó en el rostro de

Alexander mientras este trataba, sin éxito, de incorporarse en el sillón; saltaba a la vista

que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran—. ¡Guarda para alguna de

tus admiradoras tus dotes de donjuán minusválido, a mí no me impresionan lo más

mínimo!

¡Donjuán minusválido! ¡Esta vez se había pasado tres pueblos la muy bruja!, se dijo

Alexander, aturdido, incapaz de apartar los ojos de aquel precioso rostro sonrojado,

enmarcado por la corta melena rubia y revuelta, y de los grandes ojos castaños, que

chisporroteaban furiosos. Notó que el corazón le

latía a velocidad suicida, y se pasó una

mano temblorosa por los mechones oscuros,
procurando dominar su respiración

desbocada.

—Yo... —Fue lo único que logró decir antes de
que ella volviera a interrumpirlo sin

contemplaciones, con los puños bien apretados
contra sus muslos como si reprimiera el

deseo de estrellarlos contra su barbilla.

—¡No pienso quedarme a tu lado ni un segundo
más! ¡Fuiste un chico odioso y te has

convertido en un hombre más odioso todavía! ¡Ya
puedes ir buscándote a otra estúpida

que te haga de enfermera, pero te advierto que te
va a costar trabajo, tienes un carácter

insoportable!

Aquellas frases hirientes cayeron sobre el pobre Alexander con la contundencia de una

lluvia de puñetazos en la nariz y, de pronto, sintió pánico. Habría querido suplicarle que

no le dejara, confesarle que no podía soportar la idea de estar lejos de ella; que cuando

ella no estaba a su lado sentía que le faltaba una parte vital de su ser; que la quería desde

siempre y que le mataba de celos la relación que tenía con su hermano. Sin embargo, por

primera vez en su vida, Alexander Hamilton se sentía tan inseguro como un adolescente

lleno de granos en su primera fiesta, y lo único que se le ocurrió fue exclamar con un

balbuceo patético:

—¡No! ¡No puedes irte! ¡Has... has firmado un contrato que... que te obliga a estar aquí dos meses más!

—¡Pues denúnciame! —replicó ella, desafiante, antes de dar media vuelta y salir de la

habitación dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Maldiciendo entre dientes, Alexander buscó el bastón que había caído a algunos metros

del sofá y cuando, por fin, consiguió ponerse en pie y salir corriendo —metafóricamente

hablando, por supuesto—detrás de Nina, esta hacía varios minutos que había abandonado

la casa.

Aquella Nochebuena, a pesar de que Sally, su mejor amiga, la había invitado a cenar

con su familia, Nina decidió que prefería quedarse en casa. Tumbada en pijama sobre el

sofá de su pequeño salón y tapada hasta la nariz con su manta favorita, veía la enésima

reposición de una versión antigua de Mujercitas. Justo en el momento en que la pequeña

Beth daba su último suspiro, sonó el timbre de la puerta y, sin dejar de despotricar en voz

baja sobre lo inoportuna que podía llegar a ser la gente, se secó las mejillas empapadas con

el borde de su camiseta de tirantes y fue a abrir.

Al otro lado de la puerta, un mensajero que, debido a las bajas temperaturas, ni siquiera

se había molestado en quitarse el casco le tendió un pequeño sobre acolchado y un papel

para que lo firmara. Nina tomó ambas cosas, muy

sorprendida. Sus padres habían

decidido pasar aquellas Navidades bajo el cálido sol de Miami y ya le habían entregado su

regalo con antelación, por lo que no esperaba ningún envío; pero hacía demasiado frío

como para permanecer elucubrando en la puerta, así que estampó su firma en el albarán y

regresó, deprisa, al calor de su hogar.

Examinó el sobre por delante y por detrás; tan solo ponía su nombre y su dirección en el

anverso. Impaciente, rasgó uno de los extremos y miró dentro con curiosidad. En el

interior tan solo había un DVD con la carátula en blanco. Muy intrigada, Nina lo introdujo

en el lector que había en el mueble bajo el televisor y lo puso en marcha. De inmediato,

surgieron en la pantalla los titulares de la popular serie infantil Patas de Alambre, Dientes

de hierro, Cuatro Ojos y escuchó la sintonía, alegre y familiar.

Desconcertada, se recostó sobre el respaldo, muy atenta a la pantalla y, de repente, cayó

en la cuenta de lo que estaba viendo. Alexander, pues no podía ser otra persona, acababa

de mandarle por mensajero lo que debía ser la copia cero del episodio más esperado por

los niños —y no tan niños—norteamericanos desde hacía casi diez años: el último capítulo

de la serie. Un episodio por el que todas las cadenas de televisión del país matarían sin

duda a su propia madre si la tuvieran.

A pesar de que no conseguía entender de qué iba

todo aquello, Nina se obligó a

concentrarse en lo que estaba viendo y, a los pocos minutos, estaba tan sumergida en la

trama que apenas respiraba.

Después de varios malentendidos, que a Nina le arrancaron un sinfín de carcajadas,

Alex el Orco le confesó, por fin, a Patas de Alambre que, en realidad, estaba enamorado de

ella desde hacía años y que todas sus maldades obedecían a un absurdo intento de llamar

su atención. Alex suplicó a su amada, rodilla en tierra, que fuera su pareja en el baile de

graduación del instituto y, después de hacerse mucho de rogar, la escuálida niña de

gruesas gafas de concha aceptó su propuesta, finalmente, con una deslumbrante sonrisa

metálica.

La noche del baile del instituto resultó mágica. En una de las últimas secuencias,

mientras bailaban muy juntos al compás de una lenta melodía, los labios de ambos se

juntaron en un beso, torpe y lleno de dulzura, que hizo que Patas de Alambre se clavara el

aparato de dientes en el labio inferior. Entonces, los dos soltaron una risita nerviosa al

mismo tiempo y siguieron bailando sin dejar de mirarse a los ojos, embelesados por

completo. La escena terminó con un fundido en negro, y Nina permaneció un buen rato

inmóvil con las pupilas clavadas en los títulos de crédito, sin verlos en realidad, mientras

una interminable hilera de lágrimas descendía con

lentitud por sus mejillas.

Un poco más tarde, volvió a sonar el timbre de la entrada y, de nuevo, Nina se vio

obligada a secarse la cara con la camiseta del pijama antes de correr a abrir la puerta y

encontrarse, frente a frente, con el mismísimo Alex el Orco que esperaba apoyado en su

bastón. Las pupilas de este Alex de carne y hueso se deslizaron, hambrientas, sobre su

rostro y bajaron con un ansia semejante por las suaves curvas que se adivinaban bajo la

camiseta de tirantes, y las largas piernas que asomaban, desnudas, bajo el pantalón corto

del pijama hasta los pies descalzos. Luego, volvieron a subir con la misma lentitud,

siguiendo —de aquel modo, lento y apreciativo,

que erizaba hasta el último de los poros

de su piel— el mismo recorrido a la inversa hasta detenerse, al fin, sobre los grandes ojos

castaños cuyas pestañas húmedas delataban que había llorado.

—¿Puedo pasar? —Su voz, grave y varonil, rompió el tenso silencio.

Nina asintió incapaz de articular palabra, mantuvo la puerta abierta y se hizo a un lado

para permitirle el paso. Una vez dentro, Alexander miró a su alrededor con interés antes

de afirmar:

—Me gusta tu casa, es tan acogedora como tú.

Estaban tan cerca, que ella podía sentir el calor que desprendía su cuerpo; un cuerpo

imponente que parecía empequeñecer aún más las diminutas dimensiones de su hogar. A

pesar de su nerviosismo, Nina consiguió recuperar el dominio de sus cuerdas vocales y

habló por fin en un tono apenas más alto que un susurro:

—Muchas gracias, Alexander. Me ha encantado el capítulo. Me hace mucha ilusión

haber sido una de las primeras personas que lo han visto...

—No de las primeras. Tú has sido la primera persona que lo ha visto —la interrumpió.

Ambos permanecían de pie en mitad del pequeño recibidor, mirándose con fijeza. Sin

apartar los ojos de su rostro, Alexander continuó —: Desde que te fuiste, salvo las sesiones

de rehabilitación, no he hecho nada más que dibujar y dibujar. Mis dedos hormigueaban

con la necesidad de expresar lo que sentía y no salí de casa hasta que terminé y lo monté.

Todavía le faltan muchos detalles, pero la esencia está ahí. Creo que es lo mejor que he

hecho hasta ahora.

—Desde luego, estoy convencida de que va a ser un gran éxito. A la gente le va a

encantar. — Nina le dirigió una tierna sonrisa, y Alexander fue consciente de cuánto había

echado de menos aquella dulce presencia en su vida.

—Me da igual si es un éxito o no. Nina... —Sin apartar sus pupilas candentes de las de

ella, sujetó su delicado mentón entre el índice y el

pulgar, y añadió en un ronco susurro—:

Nina, en ese capítulo está el resumen de lo que siento por ti, de lo que siempre he sentido

por ti aún sin saberlo. Te quiero, Nina.

Al oír aquello, las rótulas de Nina Stewart se licuaron sin remedio y se vio obligada a

apoyar las palmas de las manos en la estrecha cintura de Alexander para mantener el

equilibrio.

—Yo... Alexander, tengo miedo. No quiero que vuelvas a herirme —musitó, aunque

sabía que, a esas alturas, las precauciones eran inútiles; por mucho miedo que tuviese, se

había enamorado sin remedio de ese hombre por el que, ya desde los tiempos del instituto

y a pesar de sus pullas constantes, había sentido algo que no era odio precisamente.

—¡Te juro que te resarciré de todo lo que te hice sufrir en el pasado! ¡Ponme a prueba,

Nina, ponme a prueba!

Los labios de Alexander estaban tan cerca de los suyos que ella tan solo tuvo que alzar

un centímetro el rostro para que se encontraran y, al sentir el suave contacto, una intensa

emoción empañó los ojos masculinos. Sin poder contenerse, Alexander se abrazó a su

cuerpo esbelto con tanta fuerza que Nina pensó que le quebraría algún hueso.

Cuando, por fin, la boca de su antiguo tormento se apartó de ella unos segundos, Nina

boqueó, tratando de recuperar el aliento, antes de

contestar con una mirada cargada de

malicia: —Por supuesto que te voy a poner a prueba, Alex el Orco.

Y así fue. Durante los siguientes meses los papeles se invirtieron y Patas de Alambre,

antaño la dulce víctima, se convirtió en la más despiadada mujer que caminó nunca sobre

la faz de la tierra.

A pesar de que Alex el Orco le pedía que se casara con él al menos un par de veces al

día, Patas de Alambre se mantenía inflexible y, además, como el famoso pez que se

muerde la cola, se negaba a llegar hasta el final con la excusa de que no estaban casados.

A pesar de que semejante tortura ponía a Alexander al límite de su resistencia, en un

momento dado, el castigo se volvió en contra del propio verdugo y era él el que, jadeante,

se detenía cuando su malvada atormentadora, perdida por completo en un mundo de

sensualidad abrasadora, hubiera olvidado gustosamente la pena a la que lo había

condenado y, a pesar de sus súplicas, se negaba a seguir adelante hasta que Nina

prometiera de una vez que se casaría con él.

Por fin, tres meses después, incapaz de resistir por más tiempo su propia sentencia,

Nina Stewart se rindió. Alexander, sacó entonces la arrugada licencia matrimonial que

llevaba en el bolsillo desde la noche en que mandó el mensajero con el DVD a su casa y,

ese mismo día, con su amigo Sam y su hermano

Lucas como únicos testigos, se casaron en una iglesia cercana, a la que semanas antes el novio, muy previsor, había hecho un importante donativo.

Y si aquella noche, después de la breve celebración, a alguien le hubiera dado por apostarse frente a la casa de Alexander para espiarlos, ¿sabéis qué es lo que habría visto?

Habría visto una espectacular miriada de chispas de todos los colores que, con la misma vistosidad que un espectáculo de fuegos artificiales, salían en ráfagas incesantes por todas las chimeneas de la vivienda.

Nota del narrador:

El último capítulo de Patas de Alambre, Dientes

de Hierro, Cuatro Ojos batió todos los

récorde de audiencia, habidos y por haber, y durante los años venideros fue citado como

ejemplo en las principales escuelas de negocios del país.

El vecino perfecto. Erika Fiorucci

Sasha Collins odiaba la Navidad, y tenía buenas razones para ello, hasta que,

literalmente, cayó a los pies de su nuevo vecino, el chef serbio Irek Dragic, quien le

enseñó, a fuerza de comida casera, galantería y un poco de seducción, que la fecha

no era solo decoraciones y compras excesivas, sino estar allí para quienes amas.

Capítulo 1

—¡Odio la Navidad!

Lo exclamé en voz alta cuando la desesperación por estar atascada en el tráfico de la

ciudad de Miami a las seis de la tarde me hizo caer en el fútil, pero reconfortante acto, de

gritar sola encerrada en mi coche. Era mejor esa simple afirmación que perderme en los

recuerdos.

Al momento en que escapé de los fríos inviernos de Seattle, creí que el frenesí que se

apodera de los seres humanos cuando pasan los primeros quince días del mes de

diciembre no se presentaría con tanta fuerza en una ciudad donde, debido al calor, todos

se ven en la necesidad de andar por la calle medio desnudos.

Sin embargo, esa bacteria que solo ataca en el último mes del año y que impulsa a las

personas a colocar luces de colores, comprar con

compulsión y volcarse a la calle en un

patético intento por forzar a todos a su alrededor a estar alegres, aparentemente no tenía

nada que ver con el estado del tiempo.

Cuando mi plan de liderar una revolución que prohibiera el uso de los colores verde y

rojos al mismo tiempo estaba casi listo, ya había llegado a mi edificio. Aparqué justo al

frente y me apresuré para poder encerrarme en mi cueva donde los pinos, los renos y las

imágenes del hombre gordo con barba blanca tenían prohibida la entrada.

Sin embargo, las festividades parecían perseguirme. Mi pasillo estaba lleno de cables

verdes, con todo tipo de adornos y lucecitas titilantes, desperdigados por el suelo como

restos de espagueti al pesto destinados al plato de un gigante. Como colofón una voz

grave y ligeramente desafinada cantaba a todo gañote *All I want for Christmas is you.*

Tanto las luces como la voz parecían provenir del departamento vecino al mío que,

hasta ese día, habría jurado que estaba desocupado.

Me apresuré para escurrirme sin ser vista hasta mi puerta, pero eso de caminar

apuradita por un pasillo cubierto de cables, mientras tanteas con una mano el interior del

bolso para encontrar las llaves, probó ser más peligroso que correr con tijeras. Mi traidor

tacón se enredó en una de las extensiones eléctricas y todo se vino abajo.

Literalmente.

Ese par de segundos, cuando te das cuenta de que tus sesenta kilos van derecho al

suelo y que para amortiguar la caída vas a tener que soltar la bolsa de comestibles que

llevas en los brazos, son desesperantes.

La bolsa fue lo primero que se estrelló. Vi mi caja de cereal y el litro de leche salir

airosos del impacto al igual que unas cuantas manzanas, pero mi cena congelada no corrió

la misma suerte. La tapa de plástico se abrió y el contenido, un bloque sólido de hielo

destinado al horno de microondas, quedó solitario en la alfombra tras deslizarse unos

cuantos centímetros.

Yo fui la siguiente. El golpe en la planta de mis manos, así como en mis rodillas, se

extendió como una caja de resonancia por todo mi cuerpo.

—¡Por Dios! ¿Estás bien?

¡Perfecto! Ahora no solo mi encantadora persona y mis prácticos alimentos estaban en

el suelo, sino también mi honor. Honestamente, si hay algo peor que rodar por el suelo

como un espantapájaros sin corazón, es que existan testigos de ese hecho.

—ESTOY BIEN —respondí más molesta que adolorida sin el valor necesario para

voltear a ver quién era el intruso en mi momento de vergüenza. Simplemente traté de

mitigar mi aparatosa caída con una rápida

recuperación.

—Déjame ayudarte.

Una figura pasó a mi lado mientras aún me encontraba en cuatro patas y, para mi

tranquilidad espiritual, no hizo el menor amago para ayudarme a salir de mi

comprometida situación. Siguió derechito hacía mis compras tratando de regresar el

contenido a la bolsa de papel, que ahora exhibía una raja más grande que la del vestido

negro de Angelina Jolie en aquella edición de los Óscar.

—La Navidad debería estar prohibida por decreto —dije cuando finalmente me puse de

pie—, representa un claro riesgo para la salud pública.

—¿Seguro que estás bien?

El extraño acento me hizo levantar la vista de los brazos que contenían mi maltrecha

bolsa de comestibles. De hecho, más que levantar la vista fue más bien como abrir la toma

en una cámara de video, porque aquel que recogía mis compras era de ese tipo de sujeto

que no se puede apreciar por partes.

No era su nariz, alejada de todos los cánones clásicos; ni su cara irregular; tampoco su

cabello oscuro cortado en una forma impecable ni sus ojos color miel lo que lo hacía tan

llamativo. Ni siquiera se trataba de que, en conjunto, tuviese uno de esos rostros que por

raros son extrañamente atractivos. Era una especie de vibra de «yo soy el jefe» que

emanaba de él, aun cuando estaba vestido en un simple pantalón de ejercicios y una camiseta sin mangas.

—Estoy perfectamente —le respondí con una sonrisa, tratando de aparentar que eso de

lanzarme al suelo como clavadista sin piscina era parte de mi rutina diaria de ejercicio—, y

no tienes que disculparte. Podemos echarle la culpa a la necesidad de ciertas personas de

relacionar el mes de diciembre con decoraciones inútiles en los pasillos.

—Esas son mis luces —me contestó apenado—.

Las saqué de la caja para desenrollarlas

antes de adornar el árbol.

¡Perfecto! Por fin el destino ponía en mi camino un vecino de buen ver y resultaba ser

un fanático de Papá Noel. Aparentemente seguía siendo la ganadora perpetua de ese

billete de lotería cuyo premio acumulado eran cinco centavos. Lo que me faltaba era que

de su casa salieran cinco chiquillos ruidosos y una mujer con aspecto de ser la conejita del

mes de mayo porque, honestamente, ¿a qué sujeto soltero, o al menos heterosexual, le da

por colgar guirnaldas con bombillitos?

—Buena suerte con la decoración —dije extendiendo los brazos para que me devolviera

lo que quedaba de mis comestibles. Del desastre que había dejado mi cena en su proceso

de descongelación me encargaría en lo que pudiera entrar a mi casa para intentar

convencerme de que mi vecino TENÍA que ser

gay.

—¿No necesitas ayuda? —me preguntó manteniendo mis compras cautivas—. La bolsa está rota.

—Si tu puedes, yo puedo. —Le quité el paquete de los brazos, pero una manzana, de más está decir que era verde, conspiró en mi contra y rodó por el piso. Sus compañeras siguieron el ejemplo.

Sonriendo como si siempre tuviera la razón y las manzanas acabaran de probarlo, el misterioso vecino, de tendencia sexual aún por definir, se agachó, recogió la fruta y me hizo una seña con la cabeza hacia mi departamento.

No me quedó más remedio que ir con la corriente y seguir caminando, no fuera a ser

que el Capitán Crunch decidiera sumarse a la protesta. Solo que en lo que estuve frente a

la puerta me di cuenta de que mi tortura continuaría aún un rato más.

—Las llaves siguen en mi bolso —dije mirando fijamente la plaquita de metal que ponía

«3B» como si tuviera la facultad mágica de hacerme crecer otro brazo, pues los dos con los

que había nacido estaban ocupados tratando de evitar que mis compras volvieran a

aterrizar en la alfombra. A mis espaldas, oí una risa.

—¿Puedo?

Resignada, eché mi cadera a un lado y levanté un

poco los brazos para poner más a su

alcance mi bolso. Sorpresivamente, solo metió la mano y la sacó con las llaves. A mí, por lo

general, me costaba un par de vueltas.

Como todo un caballero, hizo girar la cerradura, empujó la puerta y esperó a un lado

para que yo entrara. Luego me siguió al interior de mi guarida, seguramente igualita que

la suya al menos en distribución: un solo ambiente para cocina y recibidor y un par de

puertas a la derecha que marcaban la entrada de la habitación y el baño.

Mientras yo dejaba caer la lisiada bolsa de papel y su contenido en la barra de concreto

y cerámica, que separaba virtualmente la cocina del resto del espacio, él se tomó la tarea de

colocar las manzanas ordenadamente sobre la misma superficie.

—Gracias —dije mitad agradecida y mitad esperando que entendiera la señal y se fuera.

No me gustaba tener compañía porque no me gustaba donde vivía. El edificio era lindo,

sí, con su vista a Aventura Beach y su aire playero, pero ahí terminaba todo. La única

razón por la que podía permitirme vivir en ese lugar era porque mi abuelo me lo había

regalado para que pudiera irme de Seattle. Sin embargo, mis ingresos convertían el

apartamento en un cascarón vacío. Mi mobiliario consistía en un sofá de ratán y una mesa

baja, además del colchón, el televisor y la mesa de

noche que estaban en el dormitorio.

El coche y la ropa eran lo único que me había traído de mi antigua vida.

—Soy Irek, Irek Dragic.

La mano extendida de mi vecino así como su presentación al estilo de un James Bond

presumiblemente balcánico, me hizo darme cuenta de que el susodicho aún no se había

ido y que había algunas fórmulas sociales que debían llevarse a cabo.

—Sasha Collins. —Estreché su mano y, sorprendentemente, el apretón fue fuerte y

amistoso.

Nada de esos apretones flojitos que no llegan a ser ni un saludo ni una caricia.

—Recién me mudé, así que somos vecinos.

—Gracias de nuevo por ayudarme con la bolsa.

—Fue culpa mía —se encogió de hombros y se encaminó hacia la puerta—, y no te

preocupes por tu cena desparramada en el pasillo. Yo me encargo.

Capítulo 2

Parada frente a la nevera, enfundada en unos pantalones cortos de algodón y una

camiseta, me enfrenté al usual dilema nocturno: ¿qué iba a cenar? La comida congelada ya

no era una opción, lo que me dejaba con la sopa instantánea de fideos que intentaba

escondarse de mí en la despensa o con un par de lonjas de pan con la única rebanada de

queso que quedaba en el refrigerador.

Cuando estaba a punto de decidirme, un par de golpecitos tímidos en la puerta

llamaron mi atención. No eran horas para que el conserje llevara la correspondencia.

—¡Hola, Sasha! —Un sonriente Irek Dragic era quien había llamado a mi puerta—. Hice

demasiada pasta y odio comer solo ¿quieres venir a cenar conmigo?

Abrí la boca para decir algo, pero solo entró aire y luego salió. Lo volví a intentar con el

mismo resultado. En vista de que la rutina de pececito fuera del agua iba a perder su

encanto de un momento a otro, opté por la salida más sencilla:

—Déjame agarrar las llaves.

Mientras cruzaba el pasillo enumeré en mi cabeza las razones por las que esto era una

buen idea: necesitaba comer algo caliente y, además, hubiese sido tremendamente

grosero de mi parte negarme. Mi aceptación no tenía nada que ver con lo bien que Irek se

veía en esos vaqueros. ¡En serio! Se trataba de un acto de buena samaritana. El pobre debía

sentirse muy solo si recién acababa de mudarse.

En lo que puse un pie dentro del apartamento vecino, el olor de tomates cocinándose

me dio la bienvenida. Pero eso no fue todo, al estímulo olfativo de la comida se le sumó el

visual proveniente de la decoración.

Él podría ser el recién mudado, pero su casa se veía treinta veces mejor que la mía: un

sofá de cuero, un sillón a juego y una mesa baja de caoba reposaban sobre una alfombra

con visos naranja. Había libros, fotos, cuadros en las paredes e incluso una mesa de

comedor preparada para dos cerca del área de la cocina. La única nota discordante, al

menos para mi gusto, era el enorme árbol de Navidad, atiborrado de luces y bolas de

cristal, que se erguía en una esquina como si fuese el maldito amo del lugar.

—¿Quieres vino? —me preguntó desde la cocina donde trajinaba entre un par de ollas

humeantes—. A esto le faltan un par de minutos.

—Seguro.

Me acerqué dándole la espalda al símbolo internacional de la Navidad antes de que los

recuerdos pasaran ante mis ojos como una mala película. Mientras, mi amable vecino,

ahora enfundado en un delantal blanco, llenaba una copa.

La cocina era hermosa de una forma absolutamente funcional: Utensilios de acero

inoxidable, una estufa de seis hornillas e incluso un horno enorme en uno de los costados

y el dueño se movía en el lugar con la gracia de un actor sobre un escenario.

—Te ves muy competente allí dentro —le dije tomando mi copa y dándole un trago.

—Me alegra saberlo —me respondió levantando la vista de una tabla de picar donde

cortaba delicadamente unas hojitas de albahaca con un cuchillo que haría salivar a Mike

Myers—, ya que por esto me pagan.

—¿Eres modelo? —pregunté imaginándomelo en las páginas de algún catálogo.

—No —respondió conteniendo la risa—, soy chef.

Por un momento esperé que alguien gritara «el avión jefe, el avión» porque me sentía

dentro de un capítulo de *La Isla de la Fantasía*.

Un vecino atractivo, con un acento extraño,

que además es chef. Era demasiado bueno para ser cierto. ¡Tenía que ser gay!

—Estamos listos —dijo cargando dos platos blancos de esos que solo ves en los

restaurantes caros, es decir, demasiado grandes para tu propia salud, y los colocó sobre la

mesa—. Trae tu copa.

La pasta lucía deliciosa: fetuchini con tomates fileteados y, encima de todo, hojas de

albahaca finamente cortadas. Mi estómago dio un gruñido de aprobación, así que seguí a

mi anfitrión hasta la mesa para darle una probada a sus habilidades culinarias.

—¡Oh por Dios! Esto está delicioso —exclamé en lo que tragué el primer bocado y no se

trataba de una mera lisonja. Incluso ni siquiera pensé en hacerle un cumplido.

Simplemente era un hecho que debía ser dicho en voz alta.

El sabor, a pesar de ser simple, explotaba en tu boca mandando una señal casi

orgásmica a tu cerebro mientras tu estómago anticipaba el próximo bocado.

—Gracias —sonrió, no presumido, sino satisfecho.

Yo seguí comiendo y estaba en camino de convertirme en un perro frente a un plato de carne cruda, en un alcohólico frente a una botella de Brandy, o cualquier otro símil que representara a alguien que iba a terminar de comer en cinco minutos con la boca llena de salsa y ¿por qué no? tal vez hasta limpiaría el fondo del plato con mis dedos.

—¿De dónde eres? —pregunté dándome cuenta que era mejor intercalar las ocupaciones de mi boca entre comer y conversar.

—De Serbia.

—¿Cómo terminaste en Miami?

—Hace un año un americano fue a cenar donde trabajaba, le gustó mi comida y me

contrató para ser el chef ejecutivo de su nuevo restaurante que abrirá a mediados de enero

—dio un trago a su copa y por un momento pareció triste—. No quería mudarme antes de

Navidad y pasar las fiestas aquí solo, pero es una gran oportunidad para mi carrera y hay

mucho por hacer antes de la apertura, como diseñar el menú, contratar al personal de la

cocina, establecer contactos con los proveedores, esas cosas.

—Si el resto de lo que cocinas es la mitad de bueno que esto, vas a ser famoso —dije

enrollando un poco de pasta en mi tenedor y pasando por alto todo el comentario

sentimental sobre la Navidad.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Precisamente el tipo de pregunta que no me enorgullecía contestar y en ese momento,

frente a un sujeto que estaba alcanzando logros importantes en su carrera, me hacía sentir

más pequeña.

—Soy recepcionista en una firma de abogados —
puse mi mejor sonrisa como si ese

fuera mi trabajo soñado y decidí cambiar de tema
—, y no puedo cocinar ni pan tostado.

—Eso te hace la vecina perfecta. —Sonrió de
forma pícaro—. Siento la extraña

compulsión de alimentar a los demás.

—Eso te convierte a *ti* en el vecino perfecto. —

Levanté la copa y brindé hacia él.

—Hice *panna cotta* para el postre ¿Te provoca?

—Irek, Irek, Irek —suspiré—. ¿Te casarías conmigo?

Capítulo 3

La mañana siguiente comenzó con el apuro que representa quedarse dormida. Menos

mal que en mi bien equipado closet cada traje colgaba con la camisa que le iba a juego. Mi

impecable guardarropa, lleno de pantalones, faldas y camisas finas, con zapatos y carteras

que combinaban, hizo que el vigilante de la firma me confundiera con una abogada en mi

primer día. El BMW en el que llegué ayudó bastante a reforzar esa impresión.

Lo que el incauto oficial de seguridad no sabía era que el seguro de ese lujoso coche

europeo consumía gran parte de mi salario y vivía rogando que no se le dañara nada.

Venderlo no era una opción, ya que el título de propiedad estaba a nombre de la compañía

de mi padre y, aunque mi progenitor era un sujeto decente, no quería ningún contacto con

esa vida llena de gente mentirosa que te apuñalaba por la espalda.

Si tan solo le hubiese hecho caso a mi abuelo, habría ido a la universidad y tendría una

profesión. Pero no. Me conformé con vivir como una niña rica y malcriada convencida de

que iba a casarme con mi novio de toda la vida.
¡Estúpida!

Con decisión sacudí la cabeza. Lo hecho, hecho estaba y había cosas más entretenidas en las cuales pensar.

La cena con Irek había ido de maravilla. Después del postre, hizo café expreso y nos

quedamos hasta bien pasada la media noche simplemente conversando sobre comida,

Serbia, Miami, películas, libros, música. En ningún momento sentí que me miraba de esa

forma que tienen los hombres para hacerte saber que están adivinando tu talla de

sujetador. Eso y sus vastos conocimientos de arte y música clásica, así como su capacidad

de explicarte las cualidades culinarias del azafrán, lo alejaban ciertamente de la

heterosexualidad. Solo quedaba para la duda esa

masculina seguridad en sí mismo que

ahora atribuía a su capacidad de manejar una cocina que daba al menos sesenta servicios

en una noche.

Una mirada al reloj me dijo que había malgastado diez minutos pensando en Irek, así

que mejor era agarrar mi bolso y continuar con esos pensamientos en el coche.

Cuando pasé por su puerta esta se abrió haciéndome brincar como una heroína de

película de terror. Creo que hasta me puse la mano en el pecho.

—Sasha... —El muy desgraciado estaba fresco como una lechuga y sonreía como quien

tiene un secreto— iba camino a llevarte esto.

Me tendió lo que parecía un panecillo humeante con algo dentro y una taza de esas

para llevar en el coche.

—¿Qué es? —dije al tiempo que mi boca se hacía agua con el olor del pan recién horneado.

—Esta mañana fui a conversar con un proveedor en el puerto y me dio unas muestras

de salmón, así que horneé unos *muffins* y les puse dentro una mezcla con el pescado y algo

de crema. La taza tiene café con leche, vainilla y una pizca de canela.

—¿A qué hora te levantaste? —pregunté horrorizada.

—Me encontré con el proveedor a las cinco de la mañana, lo que me dejó tiempo de

regresar y hornear el pan. —Sonrió como si no

fuera la mayor cosa—. Espero que te guste.

—Quiero una foto tuya, una enorme —dije tomando el desayuno— para ponerla en el medio de mi sala y encenderle velas. Eres mi nuevo héroe. A tu lado Iron Man no es más que un montón de chatarra.

Sin pensarlo me incliné y le di un sonoro beso en la mejilla. Irek simplemente soltó una carcajada.

—Que tengas un buen día, Sasha.

—Tú también.

Por alguna razón no quería irme. Deseaba quedarme y seguir hablando con él, pero el deber llamaba. Despidiéndome con la mano apuré el paso antes de arrepentirme. Por

primera vez en mucho tiempo decidí que no me importaba el atasco de tráfico para llegar

al trabajo. Tendría algo delicioso que comer por el camino.

Capítulo 4

Durante toda mi horrible jornada laboral tuve el impulso de llamar a Irek y lanzar

alabanzas celestiales al desayuno que me había hecho, que además había acompañado con

una notita escrita a mano en la que me deseaba un feliz día. Lamentablemente no tenía su

número y ese asunto, así como las pospuestas alabanzas, estarían en mi lista de

prioridades cuando la esclavitud de ocho horas terminara y pudiese volver a casa.

Sin embargo, mis buenas intenciones se quedaron

en eso. Tras golpear unas cuantas

veces su puerta llegué a la conclusión de que no estaba, lo que me entristeció hasta el

punto del puchero ¡En serio hice un puchero!

Cerca de las once de la noche, sentí unos pasos en el pasillo y la llave de su apartamento

entrar en la cerradura. Debo reconocerlo, fui capaz de escuchar todo eso solo porque en

vez de estar acostada en mi camita viendo televisión, me convencí a mí misma de que,

para variar, sería una buena idea leer un libro en mi incomodísimo sofá de ratán.

Aguanté la respiración cuando sentí que la puerta volvía a abrirse y los pasos venían en

dirección a mi casa. Luego, dos suaves golpes.

Tuve que resistir la tentación de saltar del sofá como si estuviera en llamas y correr

hacia la salida.

—¿Irek? —dije haciéndome la sorprendida en lo que abrí la puerta.

—Hola, Sasha. —Sonrió, pero lucía cansado—. Disculpa la hora. Ví la luz debajo de tu

puerta y se me ocurrió traerte esto —me tendió un recipiente de plástico—, aunque sé que

ya debes haber cenado.

—Sí, bueno...—La imagen de mí misma, recostada contra la nevera, comiéndome las

dos lonjas de pan y la rebanada de queso vino a mi mente—. ¿Qué es?

—Es un filete de atún blanco sobre una cama de ensalada de eneldos y vinagre

balsámico. Espero que te guste.

—Será mi almuerzo de mañana. Te lo aseguro. —
En esos segundos de silencio que se

instalaron entre nosotros sentí el impulso de
invitarlo a entrar, pero se veía tan cansado y

además ¿qué iba a ofrecerle? ¿un vaso de agua?
¿café instantáneo? Definitivamente al día

siguiente tenía que ir a la tienda. Mientras tanto
solo sabía que no quería que se fuera—.

Estuve a punto de llamarte hoy.

—¿En serio? —Por un momento su rostro se
iluminó.

—Pero no tengo tu número.

—Tenemos que remediar esa situación —dijo muy
serio—. ¿Qué me querías decir?

—¿Ese *muffin* con salmón? Nunca me había sentido tan feliz de que fuera de mañana.

¡Ni siquiera quería terminármelo de comer! Sabía que me iba a sentir muy sola cuando ese

delicioso, maravilloso, exquisito bollo de harina no estuviera conmigo.

La carcajada de Irek fue tan fuerte que casi di por sentado que la señora Mullins del

segundo piso iba a poner una queja ante el conserje.

—Me encanta la forma en que hablas de la comida.

—Me encanta la forma en que preparas la comida.

—Sasha. —Hizo una pausa—, necesito pedirte un favor.

—¿Se trata de comida?

—Sí, pero no de mi comida.

—No pretendo engañarte con nadie —dije sonriendo pícaramente. Era fácil flirtear de

manera exagerada con alguien que no estaba interesado en mí de esa forma.

Liberador—. Tú y yo tenemos una relación nueva, pero especial.

—Y a mí me encanta nuestra nueva relación, pero mi jefe insiste en que vaya a probar la

comida de la competencia. Como soy nuevo en la ciudad y nadie me conoce, puedo ir a

otros restaurantes y ver qué están haciendo con su comida.

—¿Una especie de agente encubierto?

—Algo así... ¿Irías conmigo? ¿Mañana en la noche?

—¿Inventaremos palabras claves? ¿Seremos como el señor y la señora Smith?

—Seremos lo que tú quieras que seamos. —Se rio bajito—. ¿A las ocho?

—Es una cita.

Capítulo 5

Estaba consciente de que no era una cita propiamente dicha, solo estaba ayudando a

Irek, como amiga, en un asunto referente a su trabajo. Aun así desde que me levanté no

hice otra cosa que pensar en qué me iba a poner.

Estuve lista media hora antes. Con un vestido color marfil sin espalda que llegaba,

castamente, cuatro centímetros por encima de la rodilla y unos tacones que me permitirían

mirar a Irek directamente a los ojos. Recogí mi cabello marrón oscuro, que normalmente

me llegaba hasta los hombros, en un discreto moño detrás de mi nuca y me apliqué una

prudente capa de maquillaje.

Luego no me quedó de otra que dar vueltas como un león enjaulado hasta que fuese la

hora indicada.

Con una puntualidad inglesa, a las ocho de la noche Irek estaba tocando a mi puerta.

—Luces espectacular —fue lo primero que dijo en lo que abrí, y toda su expresión

respaldaba sus palabras, pero era una simple admiración desprovista de lujuria y eso, no

sé por qué, me entristeció.

—Tú también —dije no solo para regresar el cumplido. Si había creído que se veía bien

en vaqueros, en un traje azul marino de raya diplomática y una corbata roja, Irek era la

imagen del hombre con el que cualquier persona querría ir a cenar.

—Ocean Food es el nombre del restaurant. ¿Lo conoces?

—Sé dónde está. —No era el tipo de lugar en el que pudiese permitirme ir a cenar.

—Podemos tomar un taxi en la esquina —me dijo en lo que salimos del edificio.

—Si vamos a hacer de agentes encubiertos, mejor hacerlo con estilo —dije tocando la

alarma de mi BMW.

—¿Este es tu coche? —preguntó curioso al ver las

luces pestañear—. ¿No necesitan un mensajero en esa oficina de abogados?

—¿Este cacharro viejo? —Puse la llave en el arranque y la giré—. Tiene cuatro años conmigo.

Mi papá me lo regaló cuando cumplí veintiuno.

—Eres muy joven —dijo casi en susurro.

— No sé cómo lo hiciste, pero no sonó como un cumplido. ¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta y dos.

—Está bien abuelito, aprecio la compañía tipos mayores, solo si saben cocinar.

En menos de quince minutos estábamos en el restaurante y éramos escoltados hacia

nuestra mesa. El local estaba a reventar de gente bien vestida que bebía vino y comía

platos delicadamente elaborados sin percatarse realmente de su sabor, solo exhibiendo su

presencia en el lugar como un símbolo de estatus. Yo había sido uno de ellos.

Pero esta noche no era sobre eso. No se trataba de evaluar un sujeto por el lugar al que

podiera llevarte, de ver y de ser vista. Era simplemente un ejercicio honesto de ayudar a

un amigo y, en el proceso, pasar un buen rato espionando el negocio de otros.

A tal fin elegimos platos distintos del menú para que ambos pudiéramos probar una

más amplia selección. A los ojos de cualquier incauto podíamos parecer una pareja que

agarra bocados del plato de otro y comparten risas con miradas cómplices. Nadie sabía

que las sonrisas y la conversación se referían a la evaluación que hacíamos sobre la calidad

del servicio, la vajilla, los manteles y la comida en sí misma.

—¿Sabes una cosa? —le pregunté a Irek mientras ponía en mi boca una imitación de un

estofado de lomo de cerdo y digo imitación porque la carne era una mera insinuación y el

plato estaba lleno de decoraciones y espumas que realmente no sabían a nada—. Tu

comida le da una patada en el trasero a esta en cualquier día de la semana.

—Agradezco la solidaridad, pero esto está muy bueno —dijo poniendo en su boca un

pedazo de dorado a la plancha que descansaba sobre una tartaleta de hojaldre, por lo que

no se sabía si los tres pequeños rectángulos del tamaño de una caja de fósforo eran un

postre o un plato principal—. Yo no puedo cocinar así.

—¡Gracias a Dios! —dije y teatralmente elevé una plegaria—. Tu comida es honesta,

Irek y, más allá de toda la parafernalia, la gente siempre apreciará una buena comida.

—¿Ya te he mencionado que me encanta como hablas sobre la comida?

—Me haces sentir como un fenómeno. —Sonreí negando con la cabeza—. A ver, señor

chef, ¿cómo te refieres tú a la comida?

—Más que nada pienso en ella como símiles.

—¿Por ejemplo?

—Miro tus labios y me recuerdan a una salsa de mandarina. Tu cabello es el chocolate

perfecto para un *fondant*, cada vez que te ríes siento como si bajara por mi garganta la más

deliciosa salsa de pimienta mezclada con vino.

Irek me miraba muy serio y esa mirada unida a sus palabras me hacían sentir como algo

comestible y no me molestaba en lo absoluto saltar al plato.

—¡Sasha Collins! Qué sorpresa encontrarte aquí.

Esa voz me hizo regresar en un segundo del cielo culinario donde me hallaba a un lugar

en el que las serpientes resurgían del pasado y venían por mí.

—Ivy —dije levantando la vista cuando estuve segura de que mi máscara estaba en su

lugar y me encontré con otra similar en el rostro de la pelirroja que alguna vez había

formado parte de mi entorno—, la sorprendida soy yo. Estás muy lejos de Seattle.

—Tú me conoces cariño. Siempre persigo el sol. ¿Te acuerdas de aquel invierno que nos

fuimos a Hawái? Las mejores vacaciones. ¿No fue en ese viaje que Alan...?

—Recuerdo el viaje —dije poniendo los frenos de potencia.

—Te extrañamos tanto en la boda de tu madre...

Claro que me habían extrañado. Todos estarían haciendo apuestas sobre si aparecería,

sobre lo que usaría, sobre las mil interpretaciones

que de cada una de mis expresiones

pudieran hacerse y, por sobre todas las cosas, divirtiéndose en el proceso. Ivy no era una

serpiente. Era, como su nombre lo indicaba, una hiedra pero venenosa, que se extendía por

cualquier cuerpo sólido hasta asfixiarlo.

Sabía que debía darle una respuesta, pronto, pero cualquiera que diera iba a ser

disecionada y aderezada con opiniones personales de aquí hasta Seattle. La presión en mi

pecho era tan fuerte que casi no podía respirar y mientras los minutos se extendían mi

derrota se iba haciendo presente en cada una de mis facciones.

—Hemos estado ocupados.

Irek vino a mi rescate. Al tiempo que las palabras salieron de su boca, su mano encontró

la mía, que reposaba sobre el fino mantel de lino y le dio un cariñoso apretón.

Mi vista pasó de nuestras manos entrelazadas a su cara, que se mantenía fija en Ivy con

su mejor expresión de «aquí el que manda soy yo». Ella lo observaba evidentemente

tomándole las medidas y encontrándolo todo menos deficiente. ¡Serbia por la victoria!

—Ivy, él es Irek Dragic —suspiré con renovadas energías, como si me hubiesen

inyectado una dosis intravenosa de Red Bull.

Para mayor asombro de Ivy, en serio creí que su mandíbula iba a dar a parar al piso,

Irek dobló su servilleta, la puso a un lado y se

levantó para estrecharle la mano.

—Estoy tan feliz de verte tan bien acompañada — prosiguió Ivy cuando pudo

recobrase del gesto de caballerosidad tan en desuso—. Todas estábamos tan preocupadas de que estuvieras por ahí sola en el mundo...

—Sasha es perfectamente capaz de enfrentar al mundo por su cuenta. —Con una

sonrisa Irek volvió a sentarse—, pero soy afortunado de acompañarla en su recorrido.

La hiedra venenosa sabía cuándo había perdido la batalla. Así que después de unos

cuantos «llámame para ponernos al día» desapareció entre la gente.

—Deberías usar una capa o una máscara cuando acudas al rescate de damiselas en

apuros— dije cuando el silencio en la mesa fue más del que podía soportar—, tú sabes, hay que vestirse adecuadamente para el papel.

—Fue divertido. —Se encogió de hombros—. Además conseguí información valiosa:

eres de

Seattle.

—Excelente deducción, Watson.

—Y tu madre recién se volvió a casar.

—En dos semanas se cumplirá un año.

—Y tú no apruebas ese matrimonio. —Terminó con sus tartaletas de pescado y me miró

desde el otro lado de la mesa—. ¿Un mal divorcio de tu padre?

—No, han estado divorciados desde que recuerdo y fue un buen divorcio. Aún dirigen

su compañía farmacéutica juntos. —Di un trago a mi copa de agua pensando en mis

próximas palabras. Irek merecía saber algunos detalles, eso era lo que hacías con los

amigos. El problema eran cuáles detalles—. El nuevo matrimonio de mi madre

simplemente está mal. Me fui porque no podía soportar vivir en medio de tanta

disfuncionalidad: mi padre, sus otros hijos y su última esposa, que es más joven que yo; y

por supuesto mi madre y su chico-juguete, todos pretendiendo que somos una familia feliz

mientras piensan cosas horribles unos de otros.

—¿Ordenamos postre o nos vamos de una vez?

La bocanada de aire que solté no le llegaba ni de cerca al alivio que me embargaba. Ya

era suficientemente malo revelarse así ante una persona y mi experiencia me había

enseñado que toda debilidad podría y sería utilizada en tu contra. Pero él solo tomó la

información y no presionó al respecto.

—Después de haber probado tu *panna cotta* no me queda nada por descubrir.

—Mañana te haré *crème brûlée* —Irek llamó la atención de la camarera para que nos

trajera la cuenta—. ¿Sasha?

—¿Sí?

—Ya no pareces demasiado joven.

—Ahora sí estoy ofendida.

Solo que realmente no lo estaba.

Capítulo 6

Durante todo el camino de regreso, el incidente con Ivy quedó en el olvido y volvimos a

reparar con vicioso criticismo todos los detalles de Ocean Food. Aún nos burlábamos de la

minimalista presentación de los platos cuando caminábamos por el pasillo de nuestros

respectivos apartamentos.

Como el caballero que era, Irek me acompañó hasta mi puerta.

—Mañana en la noche La Malagueña —dijo recordando nuestra próxima misión.

—Amo nuestras citas falsas —le respondí mientras buscaba las escurridizas llaves.

—No son citas falsas —me reprendió.

—Está bien —suspiré rondando los ojos —.
Nuestras operaciones encubiertas ¿Te

parece bien así?

—Sasha...

—Buenas noches, Irek.

Gracias a mis tacones no tuve que empujarme para darle un beso en la mejilla, solo que

en lo que mis labios tocaron su piel regresó esa extraña sensación de que no quería

terminar la noche, de que aún requería de su compañía. Lo curioso del caso era que sus

manos sobre mi cintura tampoco daban el menor indicio de querer dejarme ir.

Mi cuerpo pareció actuar siguiendo una orden que

¡vaya a saber Dios! de dónde

provenía porque, ciertamente, de mi cerebro no era: mi boca se movió unos cuantos

centímetros hacia la derecha y aterrizó directamente sobre sus labios.

Por unos segundos, la acción quedó sin respuesta, pero luego los labios de Irek

reaccionaron moviéndose sobre los míos, sus manos subiendo por mi espalda desnuda

ejerciendo una ligera presión sobre mi piel.

Me perdí en ese beso que sabía a cosas tan discordantes como hombre y postre, como

noche y especias, hasta que tuve que resurgir para respirar y la realidad de mis acciones

me atacó con una ola de vergüenza y deseo reprimido.

—¡Dios! —dije, pegándome a la pared al lado de mi puerta tratando de apartarme de

esa boca que me tentaba—. Se suponía que eras gay.

—¿Gay? —Irek también puso espacio entre nosotros, su cara todo estupor.

—¿No? —pregunté sintiendo que debía estar exhibiendo los colores típicos de la

Navidad: verde y rojo—. Pero tienes más de treinta años, sabes cocinar, tienes la letra

bonita y estás soltero... Ya va. Eres soltero, ¿verdad?

—Sí, soy soltero y no, no soy gay. —Irek se rio bajito—. Sé cocinar porque es mi trabajo,

me agrada que pienses que tengo la letra bonita y cuando te vi en el suelo de este pasillo

pensé que eras la mujer más hermosa que había visto en mucho tiempo.

—Pero nunca. —Ahora sí estaba confundida— me diste la impresión de que estabas

interesado. Solo somos vecinos, amigos...

—Me pareciste muy joven. Encantadora, divertida, con un sentido del humor que se ha

convertido para mí en una necesidad de subsistencia, pero joven —Irek no me miraba.

Tenía los ojos clavados en ese punto donde nos habíamos conocido—. Además no he

podido superar la imagen de ti en cuatro patas en este pasillo, así que pensé que era mejor

tomar las cosas con calma porque vivimos uno frente a otro y yo tengo mucho trabajo para

empezar una relación.

No sé qué parte del discurso despertó la chispa. Probablemente fue eso de «la mujer

más hermosa», aunque aquello de «encantadora» y «divertida» también tenía su peso.

Incluso sus pensamientos lujuriosos sobre mí, en vez de chocantes, le añadían calor a la

situación, atizados por la palabra «relación». Tal vez a fin de cuentas no tenía nada que ver

con el discurso, sino simplemente con que él era dulce, encantador, caballeroso. Solo tenía

claro que esa necesidad que convertía en una tarea titánica el hecho de alejarme regresó

repotenciada y decidí entregarme a ella.

Interrumpí su discurso con un nuevo beso y esta vez no tuve que esperar mucho rato

para ser correspondida. No solo sus labios estaban

sobre los míos, su lengua hacía un

trabajo excelso dentro de mi boca al mismo tiempo que sus manos recorrían mi cuerpo.

Pegué mi espalda contra la pared y, en el proceso, llevé a Irek conmigo, mis manos

aferradas a las solapas de su traje como si fueran un bote salvavidas, pero nada me parecía

suficientemente cercano. Para mi mayor asombro, levanté una de mis piernas para hacerle

espacio y en lo que nuestras caderas se encontraron sentí con satisfacción que él estaba en

el mismo punto que yo. La sensación me hizo emitir un extraño gemido de satisfacción.

—Sasha. —Sus manos acariciaban mi rostro y la pausa en sus besos fue un indicativo de

que debía abrir los ojos. Cuando lo hice, había

cierta resolución en su expresión que me

dijo que estaba a punto de terminar con esta situación e ir a tomar una ducha de agua

fría—. Estamos en medio de un pasillo, creo que deberíamos...

—Ir a dentro —lo interrumpí porque no iba a dejar que lo mejor que me había pasado

en mucho tiempo se me escapara por culpa de un serbio moralista. Nunca había sido

especialmente decidida sobre estas cosas, pero, si había cambiado muchas cosas de mi

vida, valía la pena probar también esa parte— y comer el postre que nos saltamos.

—Sasha... Esto puede volverse muy pero que muy complicado.

—Pero también puede ser muy pero que muy

bueno.

Tomé su mano con una confianza que en realidad no sentía y lo arrastré no a mi casa

sino a la suya. Primero porque no podía recordar si había tendido la cama y, segundo,

porque esperaba que él estuviera más preparado que yo, logísticamente hablando, para

situaciones de este tipo.

Una vez que la puerta se cerró a nuestras espaldas, no le di tiempo ni de prender la luz.

Al día siguiente podía volverme loca con las implicaciones, por ahora solo quería

portarme mal, o bien, según el cristal por donde se mirara.

Ataqué su boca con la desesperación de aquel que ha estado mucho tiempo sin agua y,

a pesar de que Irek me devolvió beso por beso y caricia por caricia, intentó mantener las

cosas en un ritmo menos frenético. Por ello cuando llegamos a su habitación él estaba casi

desnudo y lo único que yo había perdido en el trayecto eran mis zapatos y algunas de las

horquillas que sostenían mi moño. Tratando de remediar la situación, alcancé el botón que

estaba justo detrás de mi cuello, ese que mantenía mi vestido en su lugar.

—¿Por qué estás tan apurada? —susurró en mi oído, lo que generó un temblor que

reverberó directamente en mis genitales.

—No quiero que cambies de opinión. —Aunque, realmente, la que no quería cambiar

de opinión era yo.

—En este punto lo único que podría hacerme parar es que tú me lo pidas.

—No lo haré —dije más como un ejercicio de autoconvencimiento.

Con delicadeza sus manos acariciaron mis hombros para luego seguir su camino

ascendente y desabrochar el botón de la discordia. Casi con reverencia hizo rodar el

vestido por mi cuerpo hasta que cayó al suelo. Solo en ese momento volvió a besarme y

sus manos dejaban trazas de electricidad por cada parte de mi piel por donde pasaban.

La barrera de la ropa interior de ambos desapareció seguidamente y pronto estuvimos

en la cama, retozando en la frontera de eso que ambos queríamos, pero demorábamos por

el placer culposo de alargar el momento lo más posible.

Cuando esperar ya no era una opción, al menos no para mí, mis temores sobre la

logística se disiparon: Irek hizo aparecer un preservativo y se lo colocó. Luego me puso de

espaldas y me cubrió con su cuerpo sin dejar de acariciarme metódicamente con sus labios

en cada lugar que le quedara al alcance.

La invasión fue lenta y tortuosamente deliciosa. Yo tenía mucho tiempo que no hacía

esto, así que pude reconciliarme con la sensación que producía esa parte dura y exigente

de él abriéndose camino en mi interior. Era tan deliciosa que mi visión se llenó de puntitos

blancos. Si todo terminaba ahora por un terremoto,

un huracán o el fin del mundo solo ese instante sería suficiente.

—Sasha... —dijo con un suspiro casi torturado en lo que estuvo completamente dentro— estar en ti se siente perfecto.

Cuando estaba a punto de encontrar mi voz para decirle que perfecto se quedaba corto,

se retiró completamente para volver a introducirse esta vez un poco más fuerte. Antes de

repetir la dosis, tomó una de mis piernas por detrás de la rodilla para hacerse más espacio

y el choque voluntario de cuerpos se tornó más demandante, una danza delirante que con

cada entrada me llevaba más cerca de ese pináculo olvidado por tanto tiempo que se había

convertido en una leyenda.

—Háblame, Sasha —me dijo con palabras entrecortadas—. Dime si te gusta, si es

demasiado brusco para ti.

Sí era demasiado, pero quería más. En ese momento él y lo que me hacía sentir era todo

y estaba lista para recibir más hasta estallar ante la imposibilidad de contener en mí lo que

estaba recibiendo y, si no era mucho pedir, volver a empezar lo más pronto posible.

—Más. —Fue todo lo que dije porque lo que pensaba tenía poco sentido y explicarlo

costaría demasiado esfuerzo para una mente que se derretía entre tantas sensaciones. Aun

así, como no estaba segura de si la palabra había sido entendida, pues a mis oídos solo les

pareció un gemido, puse mis manos en su trasero y lo empujé con más fuerza dentro de

mí—. Lo quiero todo.

No sé si Irek finalmente pudo comprender mis palabras o los gestos hablaron por sí

mismos, pero en ese instante toda pretensión de civilidad y buenas maneras en la cama

voló por la ventana y él se convirtió en una especie de ente con un solo propósito: bombear

dentro de mí.

El orgasmo me sacudió con tanta fuerza que creí que iba a perder el sentido, pero me

mantuve aferrada a la realidad agarrándome con fuerza de la espalda de Irek a quien

todavía le tomó un par de empujones antes de paralizarse y derramarse dentro de mí. El

grito que escapó de su garganta cuando alcanzó el clímax se quedó grabado en mi

memoria como la cosa más erótica que había escuchado en mi vida.

Luego el caballero regresó para abrazarme tiernamente y cubrirme con delicados besos en medio de los cuales me quedé dormida.

Capítulo 7

La última semana había sido la mejor que podía recordar. Después de esa primera

noche, Irek y yo habíamos caído en una rutina que no necesitaba explicaciones. Él

trabajaba como un loco y, aunque algunas veces perdía la paciencia con lo lento que

parecían marchar las cosas en el restaurante, para mí siempre reservaba su lado bueno.

Cada mañana, se despertara conmigo o abandonara la cama muy temprano para ir a

encontrarse con el proveedor perfecto de espárragos, siempre tenía el detalle de dejarme

algo preparado con una notita que yo releía veinte veces en mi camino al trabajo. Por las

noches, tocaba suavemente mi puerta, algunas veces simplemente para dormir a mi lado;

otras, ordenábamos una pizza enorme que comíamos en la cama mientras conversábamos

sobre el día.

Pero ya fuera mientras intentaba explicarme por qué era necesario encontrar el perfecto

sous chef o la razón por lo que nadie debía lavar nunca su sartén especial, o cuando me

despertaba con sus besos, e incluso cuando lo veía

moveirse sobre mí, con sus ojos

enfocados con una concentración y pasión mayor que la que tenía en la cocina, ese extraño

sentimiento de que estábamos echando los cimientos de una relación que podía atreverse

en algún momento a tener una denominación me hacía sentir feliz y al mismo tiempo

preocupada. La vida me había enseñado que las cosas sobre las que te sientes

positivamente segura pueden dar un vuelco en el menor momento.

Prueba de ello era el nombre que identificaba la llamada entrante en mi móvil. Podía

ignorar esa llamada, pero no había duda que seguiría insistiendo e Irek saldría de la ducha

de un momento a otro para acompañarme hasta mi

coche y darme un besito de despedida

antes de que me fuera a trabajar. Lo mejor era acabar con eso de una vez.

—Buenos días, madre —respondí de forma neutra, ni alegre, ni triste, ni molesta. Esa

mujer podía pescar tus emociones y usarlas en tu contra aun a kilómetros de distancia.

—Hola, Sasha —me saludó con su tono «todo negocios»—. Ha pasado algún tiempo

desde la última vez que contestaste una de mis llamadas.

—He estado ocupada.

—Eso he escuchado y con un hombre de muy buen ver según me informan. —Era

evidente que Ivy ya le había ido con el chisme—. Imagino que eso ha ayudado a aplacar tu

pequeño ataque.

¿Mi PEQUE—O ataque? ¿En serio? Tuve que contar mentalmente hasta diez para no

estallar.

—Me gustaría saber si ya hiciste planes para Navidad —continuó, evitándome buscar la

respuesta adecuada—. Nos encantaría que tú y tu nuevo amigo nos visitaran.

—Irek y yo ya tenemos planes. —Esa mujer y su bolsa de trucos no iban a estar ni a un

kilómetro del buenazo Irek si yo podía evitarlo.

—¿Para Año Nuevo tal vez? —insistió.

—No lo creo. —Era hora de terminar con esa conversación. Irek ya había cerrado la

ducha—. Me ha encantado hablar contigo, madre,

pero ahora voy saliendo a trabajar.

—Cuídate mucho, Sasha.

Esa simple conversación tuvo la enorme facultad de arruinar mi día, borrando de mi

campo de visión todos los corazoncitos y flores con los que me había despertado, para

reemplazarlos con copos de nieve ensangrentados y mi madre parada en medio como la

bruja mala de Narnia.

—¿Sasha? ¿Todo bien?

El olor de Irek recién duchado era mejor que el de cualquier cosa que pudiera

prepararse en la mejor cocina de la *Guía Michelin*.

—Sí —dije sonriendo sin proponérmelo al darme

cuenta que venía hacia mí con nada

más que una toalla enrollada en sus caderas—,
solo hablaba con mi madre y eso tiene la

facultad de ponerle un toque agrio a mis mañanas.

—Lo siento. —Se dejó caer en el sofá a mi lado y
me abrazó. Se sentía bien,

peligrosamente bien teniendo en cuenta que él
estaba prácticamente desnudo y yo tenía

que ir a trabajar—. ¿Tienes planes para
Nochebuena?

Me paralicé en sus brazos. Mi visión, inundada
nuevamente de imágenes que no me

gustaba recordar.

—No soy fanática de la Navidad.

Lo más delicadamente que pude me puse de pie,

agarré el bolso y me dirigí a la puerta.

—Mi jefe va a dar una fiesta y tengo que cocinar...

—No hay problema —le respondí sin voltear—, como te dije no hago planes para esos días.

—Puedes llegar al restaurante como a las nueve. Yo estaré entrando y saliendo de la cocina, pero me inspirará tenerte allí.

—Ya va. —Ahora sí volteé —¿Quieres que vaya a la fiesta?

—Claro. —Me miró confundido—. Es una recepción para el personal y también para

algunos clientes potenciales. Les dije a todos que llevaría a mi novia.

«Su novia». De tan solo escucharlo algo calentito se instaló en el medio de mi pecho,

pero de inmediato otro novio y otra Navidad tomaron su lugar enfriando mi alma.

—Yo no celebro la Navidad.

—¿Es algo religioso?

—No, simplemente no me llama la atención.

—¿Pero irás a la fiesta? —De verdad quería contestar, quería decir que sí, pero de dos

años para esta parte la visión de los árboles de Navidad me daban náuseas—. Es

importante. En mi familia somos fanáticos de la Navidad, mi mamá y yo cocinamos todo

el día, mi hermano nos molesta, mi papá se sienta frente al televisor y finge, muy mal por

cierto, que nos ignora. Pasar estas fiestas aquí, solo, es muy duro para mí.

—No estarás solo. Tu jefe estará, tu personal también y seguramente recibirás

felicitaciones toda la noche debido a tus inigualables canapés de brócoli.

—Pero tú no vas a ir.

—Me pasan cosas malas en Navidad.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Me sentía acorralada en una esquina con el sabor amargo de los recuerdos

acumulándose en mi garganta. Tal vez, si mi madre no hubiese llamado, habría sido capaz

de manejar la situación de mejor manera, pero

tener esta conversación justo ahora era

demasiado para mi sistema nervioso. Relatar la verdad me haría revivirla en toda su

intensidad y el dolor de la vergüenza era uno que nunca había llevado bien.

—Sasha...

Cerré los ojos. Tal vez si no lo veía sería más fácil.

—Hace dos años, en Nochebuena, era voluntaria en un comedor para desamparados.

Salí antes porque quería prepararme para la fiesta que habría en casa. Quería verme

perfecta para mi novio. —No pude evitar la sonrisa amarga—, el único que había tenido

desde los diecisiete años y con el que iba a casarme en lo que encontráramos una fecha

conveniente para ambos. Cuando llegué a casa, ya él estaba allí...teniendo sexo con mi

madre al pie del árbol de Navidad. Se casaron el año siguiente.

Abrí los ojos y me encontré con la reacción que más había temido: pena.

—No me mires así.

—¿Así cómo? —Con

lástima.

—No me das lástima, pero me entristece que hayas crecido rodeada de esas personas.

—Es solo cuestión de semántica.

Y sin darle tiempo a que me viera llorar, me fui.

Capítulo 8

Esconderme era un viejo hábito del que aún no había podido despegarme. Esconderme

era mi principal objetivo cuando me fui de Seattle y esconderme fue lo que hice los días

siguientes a la revelación que le había hecho a Irek. Él volvió esa noche y tocó mi puerta y,

al igual que la noche siguiente, escondí la cabeza bajo la almohada para intentar no

escucharlo.

A nivel meramente intelectual sabía que no tenía nada de qué avergonzarme. A fin de

cuentas, no era yo quien había cometido un acto ilícito. No obstante, cuando creces con el

convencimiento de que las apariencias son lo más importante, encarar a aquellos que

saben que tu novio de toda la vida te dejó por tu

madre es una tarea titánica. Incluso

quienes no conocían la historia completa pensaban que yo tenía algo malo, que no era

suficiente, y la prueba irrefutable estaba en que las personas que, en teoría, debían tener el

cuidado de mis sentimientos como máxima prioridad, les había importado muy poco

pisotearlos de la forma más cruel.

Por otra parte, los que se horrorizaban con el comportamiento de mi madre y de Alan

siempre me veían con esa expresión de «pobre niña rica» que era, incluso, mucho más

hiriente que la realidad de los hechos.

Ya había superado lo de Alan, ya no albergaba en mi alma ningún odio asesino hacia mi

madre, pero el peso de la traición y las miradas, curiosas y también de pena, eran algo que aún no podía aceptar con gracia.

El revivir todo aquello precisamente en los días del año que más odiaba y el no saber si

podía retomar mi relación con Irek me enfermó. De veras. La mañana del sábado abrí los

ojos y me di cuenta de que mi nariz goteaba sobre la almohada, que la cara, así como el

resto de los músculos del cuerpo me dolían, y la cabeza la sentía como rellena de algodón.

Un estornudo final confirmó el diagnóstico.

Tomé las dos últimas pastillas de Acetaminofén que quedaban en el gabinete del baño y

me hice un té con la última bolsita que tenía en la despensa; exprimí dentro un limón que

estaba tan tieso que parecía una pelota de golf. Esperaba que los analgésicos hicieran algún efecto antes de ir a la tienda a aprovisionarme para lo que se pronosticaba iba a ser un fin de semana sintiéndome como una piltrafa. Al parecer mi cuerpo había decidido ponerse en sintonía con mi estado de ánimo.

Cuando me desperté, la tarde estaba bastante avanzada, por lo que si quería ir a hacer las compras debía apresurarme. A fin de cuentas era Nochebuena, los negocios cerraban temprano y al día siguiente muy pocos abrirían sus puertas.

A pesar de la sensación de premura, me tomó todo el tiempo del mundo salir de la cama, conseguir ropa cómoda y peinarme. Esto

último fue lo peor. Cada vez que el cepillo tocaba mi cuero cabelludo sentía que estaba siendo torturada por deberle a la mafia o algo así.

Más lenta que una tortuga llegué al recibidor y, si creí que vestirme había sido difícil, conseguir mi bolso y sacar las llaves me dejó completamente agotada.

Cuando finalmente pude abrir la puerta, Irek estaba allí con la mano levantada como quien está a punto de tocar. Por alguna razón pensé que su persistencia era encantadora.

—¿Qué tienes? —Me lo preguntó tan alarmado que por un momento pensé que tenía póstulas en la cara o algo así.

—Estoy enferma.

—¿A dónde crees que vas?

—Necesito medicina y té y limones, también jugo de naranja.

—Vuelve a la cama. Ahora.

Y como si tuviera el convencimiento de que no iba a hacerle caso me cargó en sus

brazos y me llevó hasta la cama, donde acomodó los cobertores y me tapó hasta la barbilla.

—Tengo que salir, Irek. —Mi voz sonaba, si era posible, mucho más fañosa—. Necesito

mi té.

—Yo te lo traigo.

—Pero tienes que ir a cocinar, en la fiesta.

—También voy a hacer eso.

—¿Tienes poderes telequinéticos a distancia?

—Vuelvo pronto —dijo sonriendo, parte de su preocupación diluida en el buen

humor—. Me llevo tus llaves.

Creo que me dormí porque cuando volví a abrir los ojos de lo que asumí había sido solo

un pestañeo, un tazón de té que olía también a limón y a miel estaba frente a mi nariz.

—Tus ojos son como la miel —le dije a Irek aunque no venía al caso—, y no es solo por

el color. También son dulces y densos.

—Tienes fiebre —me dijo poniendo una mano helada en mi frente.

—Eso no tiene nada que ver con el color de tus

ojos.

—Siéntate. —Me ayudó a incorporarme en la cama y se quedó conmigo hasta que me

tomé todo el té y dos pastillas más—. Me tengo que ir a trabajar. Te dejé jugo y más

pastillas en la mesa de noche.

—Irek...—Había tanto que quería decirle, pero me estaba costando formar

pensamientos coherentes.

—Duerme. Te sentirás mejor mañana.

Sí dormí, pero ese sueño fue intranquilo. No podía definir claramente cuándo estaba

soñando y cuándo, despierta. Todo era más confuso porque cada vez que estaba

convencida de que ya había escapado de los

terrenos del Morfeo, Irek estaba allí a mi lado,

dándome agua, acariciando mi cabello o simplemente abrazándome. Tenía que ser un

sueño, primero porque Irek tenía que ir a esa fiesta tan importante para su carrera y

segundo porque nadie en su sano juicio se pasaba la noche sosteniendo a alguien

recubierto de sudor y que olía como la personificación de la Fiebre Española. Al menos eso

era lo que había hecho mi madre cada vez que de niña me resfriaba.

La cosa se volvió más bizarra porque, cuando desperté de verdad, y con esto me refería

a que estuve más de cinco minutos con los ojos abiertos y pude identificar claramente los

contornos de mi habitación iluminados con la claridad de la mañana, me olió a sopa de pollo.

Necesitaba una ducha, pero más urgente era ver de dónde provenía el olor.

Debía haberlo supuesto. Irek estaba en mi cocina dándole vueltas a una olla que obviamente no era mía.

—La estufa debe estar en shock de que sus servicios sean requeridos.

Se volvió sobresaltado. Evidentemente no me esperaba.

—¿Cómo te sientes? —La preocupación en su rostro me rompió el corazón.

—Mejor, pero necesito un baño.

—Vamos.

Para mi mayor horror, apagó la hornilla y comenzó a quitarse el delantal.

—¿No estarás pensando en...?

—No quiero que te caigas y te rompas la cabeza.

De verdad no tenía fuerzas para pelear con él. La mayoría de mis reservas de energía

habían sido usadas para salir de la cama.

No pensé que sería posible que un hombre que me atraía tanto me diera un baño y que

todo el asunto no tuviera ni el menor deje sexual. Fue una diligencia rápida y eficiente a

pesar de que se tomó el tiempo de lavarme el cabello y ponerle acondicionador. Después,

me enrolló en una toalla, me secó y me ayudó a

vestirme antes de volver a ponerme en la cama y arroparme con las mantas.

—En serio, piensa en comprar una capa —dije tratando de ponerle humor a una

situación que hacía que el corazón se me arrugara como una uva pasa.

—Guarda algunas alabanzas para cuando pruebes la sopa.

Desapareció nuevamente y esos minutos de soledad me sirvieron para intentar

discernir lo que había sido la realidad de la fantasía onírica, pero, a fin de cuentas, lo que

importaba era que él estaba aquí, ahora, cuidando de mí, y el hecho era tan ajeno y, al

mismo tiempo, tan deseado, que no entraba en los anaqueles lógicos de defenderte y

atacar pasivamente con los que había crecido.

—¿Estuviste aquí anoche? —le pregunté cuando regresó con un tazón que olía a lo que

deben tomar los ángeles cuando se sienten mal.

—Sí —dijo como si no fuera la mayor cosa. Se acostó a mi lado y rectificó mi posición

hasta que se convirtió en una almohada humana que sostenía mi espalda.

—¿Y la fiesta?

—Estuve allí, cociné, estreché unas cuantas manos. —Puso el tazón en mis manos y las

arropó con las suyas para ayudarme a llevar el caldo hasta mi boca—. A medianoche dije

que mi novia estaba enferma y que tenía que cuidarla.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas qué día es hoy?

Mientras hacía las matemáticas en mi cabeza mi cuerpo dio con la respuesta más rápido

que mi mente, poniéndose rígido ante la amenaza. Nada podía salir bien ahora. Lo

mínimo que podría pasarme es que su gesto considerado no fuese más que una despedida,

alimentada por la caridad y buena voluntad que él asociaba con la fecha. En conclusión:

lástima navideña. Los dos sentimientos que me aterraban mezclados especialmente para

causarme el mayor daño.

—Es Navidad —dije bajito esperando la bomba.

—Y para mí la Navidad no se trata de luces,

adornos y regalos; significa preocuparte

por las personas que te importan, estar con los que
amas.

La fiebre debía estar regresando porque de repente
hacía mucho calor y no tenía nada

que ver con el estado del clima.

—Debo reconocer que también hay algo de
egoísmo —siguió diciendo Irek—. Me

encanta la Navidad y no iba a esperar hasta el año
que viene para sustituir el recuerdo

desagradable que tienes de la fecha por uno mejor.
No pretendo pasar las próximas fiestas

con una mujer que no soporta la visión de un
arbolito adornado y tampoco las quiero

pasar sin ti —besó el tope de mi cabeza—. Dime,
Sasha. ¿Está dando resultado?

Tratando de controlar el temblor que ahora había alcanzado terrenos dominados por la

epilepsia, dejé el tazón sobre la mesa de noche, me incorporé y me puse de rodillas hasta que quedamos frente a frente.

—Feliz Navidad, Irek. —Tomé su cara entre mis manos y lo besé tratando de comunicar

solo en ese beso toda la gratitud, el cariño y la felicidad que solo el ser apreciado de esa

forma puede generar—. Tú eres el mejor regalo y la mejor sorpresa que he recibido en

estas fechas en veinticinco años.

—¡Guau! Creo que tengo que comenzar a pensar desde ahora qué haré el año que viene

para no quedarme corto.

—Tal vez podamos tener sexo al pie del árbol. Tú sabes, para terminar de sustituir los

malos recuerdos.

—Eso sería repetirnos.

—Nunca hemos...

—Eso es lo que vamos a hacer pasado mañana.

Fin....